

Escapando del eurocentrismo

Una historia no-europea del mundo en la Edad Moderna

Rafael Barquín



Ediciones
Universidad
Cantabria

Escapando del eurocentrismo

**Una historia no-europea
del mundo en la Edad Moderna**

Colección SOCIALES #65

Director de colección: Andrés Hoyo Aparicio



CONSEJO CIENTÍFICO

D. Miguel Ángel Bringas Gutiérrez
*Facultad de Ciencias Económicas y
Empresariales, Universidad de Cantabria*

D. Miguel Á. López Morrell
*Facultad de Economía y Empresa,
Universidad de Murcia*

D. Ángel Pelayo González-Torre
*Facultad de Derecho,
Universidad de Cantabria*

D. Marcelo Norberto Rougier
*Historia Económica y Social Argentina,
UBA y CONICET (IIEP)*

D. Javier Fernández Sebastián
*F. de Ciencias Sociales y de la Comunicación,
Universidad del País Vasco / EHU*

La colección *Sociales* ha obtenido, en julio de 2018, el sello de calidad en edición académica CEA, con mención de internacionalidad, promovido por la UNE y avalado por ANECA y FECYT.



CONSEJO EDITORIAL

Dña. Sonia Castanedo Bárcena
*Presidenta. Secretaria General,
Universidad de Cantabria*

D. Diego Ferreño Blanco
*ETS de Ingenieros de Caminos, Canales y
Puertos, Universidad de Cantabria*

D. Agustín Oterino Durán
*Neurología (HUMV), investigador del
IDIVAL*

D. Vitor Abrantes
*Facultad de Ingeniería,
Universidad de Oporto*

Dña. Aurora Garrido Martín
*Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Cantabria*

D. Luis Quindós Poncela
*Radiología y Medicina Física,
Universidad de Cantabria*

D. Ramón Agüero Calvo
*ETS de Ingenieros Industriales y
de Telecomunicación,
Universidad de Cantabria*

D. José Manuel Goñi Pérez
*Modern Languages Department,
Aberystwyth University*

Dña. Claudia Sagastizábal
*IMPA (Instituto Nacional de Matemática
Pura e Aplicada)*

D. Salvador Moncada
*Faculty of Biology, Medicine and Health,
The University of Manchester*

Dña. Belmar Gándara Sancho
*Directora, Editorial de la
Universidad de Cantabria*

Escapando del eurocentrismo

Una historia no-europea del mundo en la Edad Moderna

Rafael Barquín



Ediciones
Universidad
Cantabria

Barquín, Rafael, autor

Escapando del eurocentrismo : una historia no-europea del mundo en la Edad Moderna / Rafael Barquín. – Santander : Editorial de la Universidad de Cantabria, [D.L. 2020]
333 páginas : ilustraciones ; 24 cm. – (Sociales ; 65)

D.L. SA. 463-2020. – ISBN 978-84-17888-04-6

1. Historia económica-Edad Moderna. 2. Globalización-Aspecto económico. 3. Maltusianismo. 4. Europa-Civilización-Edad Moderna.

338.1"15/18"(091)

THEMA: KCA, NHF, 3MD, 3MG, 3ML

Esta edición es propiedad de EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA; cualquier forma de reproducción, distribución, traducción, comunicación pública o transformación solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta obra ha sido sometida a evaluación externa por pares ciegos, aprobada por el Comité Científico y ratificado por el Consejo Editorial de acuerdo con el Reglamento de la Editorial de la Universidad de Cantabria.

Diseño de colección y maquetación: Gema M. Rodrigo

© Rafael Barquín (UNED)

ORCID: 0000-0001-5093-2621

Imagen cubierta: *Yamashita chō hibiya Soto sakurada* de Ando Hiroshige. Biblioteca del Congreso Washington, DC.

© Editorial de la Universidad de Cantabria

Avda. Los Castros, 52. 39005 Santander

Teléf. y Fax: +34 942 201 087

www.editorial.unican.es

ISBN: 978-84-17888-04-6 (RÚSTICA)

D. L.: SA 463-2020

ISBN: 978-84-17888-05-3 (PDF)

DOI: <https://doi.org/10.22429/Euc2021.003>

Imprime: Gráficas Eujoa

Impreso en España. *Printed in Spain*

SUMARIO

PRÓLOGO	11
<i>Bartolomé Yun Casalilla</i>	
INTRODUCCIÓN	17
La gran divergencia	20
Globalización, comercio y «depredación»	29
Maltusianismo: la sopa de piedra	37
Como no ser eurocéntrico y no morir en el intento	50
AMÉRICA, ÁFRICA Y EL OCÉANO	65
Portugal, Brasil, el Caribe y el tráfico negrero	65
El imperio español en América	84
Holandeses en Indonesia	109
El mercantilismo en el mundo, en Europa y en Francia.	116
Gran Bretaña: el imperio propiamente dicho	128
La construcción del imperio ruso	146
Conclusiones.	149
EL ISLAM Y LA INDIA	155
Del Islam clásico al Islam imperial.	155
Recursos naturales	174
El comercio y las ciudades	181
La autocracia	221
Conclusiones	240
CHINA Y JAPÓN	243
China: el imperio y la guerra	243
La tierra, los campesinos y el Estado	257
La tecnología	271
Japón	292
Conclusiones.	310
CONCLUSIONES GENERALES.	313
BIBLIOGRAFÍA	317

A Antonio Escotado,
de un lector y colega de la UNED

PRÓLOGO

Me pide Rafael Barquín, cuya tesis doctoral tuve el placer de dirigir hace muchos años, que prologue este interesante libro. Un prólogo es siempre una forma de presentación del libro, así como una invitación para el lector. Y en la dirección de una tesis se suelen crear vínculos personales duraderos, incluso si, como es de desear, el director se ha convertido con sus críticas en el principal «enemigo» del autor.

El volumen que el lector tiene en sus manos es fruto de una larga reflexión por parte de su autor, así como de un gran esfuerzo de lectura sobre un tema que considero de la máxima importancia y dificultad. Es importante, pues lo es todo aquello que nos ayuda a pensarnos como comunidad, a entender nuestros vicios y nuestros sesgos y a incitar la autocrítica por incómoda que nos resulte. Y el eurocentrismo, en el que a menudo todos caemos como en tantos otros ismos inconscientes, es un tema de importancia. Impregna nuestras decisiones políticas, nuestros prejuicios respecto de la diversidad dentro de Europa y respecto del «otro» en general hasta tal punto que es obligado racionalizarlo para entendernos mejor. Porque el eurocentrismo no es sólo una mirada sesgada sobre sociedades lejanas, sino sobre la nuestra misma; sobre todo en la medida en que esta es una sociedad que bebe y se ha formado en interacción y con influencia de aquellas. La sociedad europea es, en grado diferente pero notable, heredera de judíos, musulmanes e incluso hindúes o budistas y de casi todo lo que se quiera añadir. Más aún, es hoy una sociedad de musulmanes, budistas, hindúes y judíos que pueblan nuestras calles y ayudan a sostenerla. Son parte de Europa y son Europa. Pero además Europa no se puede entender si no tomamos la perspectiva de esas culturas y sociedades, si no nos interesamos por su pasado in situ, en sus propias raíces y origen.

Alguna vez he escrito –permítaseme repetirme y la autorreferencia– que la historia global practicada desde Europa es buena no por lo que nos enseña de otras culturas –que lo es–, sino por lo que nos enseña de Europa. Porque Europa, vista desde fuera y desde muchas de las culturas que la componen dentro, y convertida en una «provincia» más de un mundo plural –por copiar

a Dipesh Chakrabarty¹–, puede resultar muy distinta y más rica, y porque esa mirada nos puede descubrir otra faceta de nuestro pasado y de nuestro presente esencial para relacionarnos con «el otro» y con nosotros mismos.

Este no es un libro de historia global en el sentido que algunos de sus promotores, como Sebastian Conrad, predicán, pero sí es un libro que intenta comparar Europa con otros mundos y, al hacerlo, intenta al menos mirarla desde esos mundos². Sólo por esa razón ya es digno de lectura. Pero permítame el lector decirle que esto es muy difícil, enormemente difícil. Lo es porque al mundo lo miramos con nuestras lentes, con los esquemas de las ciencias sociales que hemos construido durante años, como el citado Chakrabarty nos ha recordado. Esto, a mi entender y también al de Rafael Barquín, no nos debe hacer desistir, pero sí nos debe preocupar. Además, hoy nos falta aún lo que creo sería una gran contribución a la compensación del eurocentrismo: una reconstrucción de cómo esas otras culturas han visto a los europeos y de cómo nos ven en la actualidad. Porque para muchos africanos, asiáticos e incluso americanos, sobre todo de América Latina, Europa es y ha sido un agente de dominación y destrucción, pero también un sueño dorado, una dulce ilusión que puede incluso llevarlos a poner en riesgo sus vidas. Conocer esa historia y esa forma de vernos nos evitaría, creo, muchos problemas y nos ayudaría, como europeos, a digerir nuestro pasado y a entendernos con esos mundos y con nosotros mismos. De ahí que muchos pensemos que debemos dejar de ser eurocentristas sin dejar de ser europeos.

Rafael Barquín lo ha intentado de otro modo: abordando la historia de esas otras áreas del planeta con el utillaje intelectual que le brindan las ciencias sociales «europeas» pero desde ellas mismas, desde su propia historia (quizás menos en el caso de América, cuya evolución es mirada sobre todo desde la perspectiva que nos da la ocupación por los europeos, pese al precedente de libros apasionantes como el de Eric Wolf³). Y lo ha hecho –y esto resulta inquietante– midiendo su capacidad de producir aquello que algunos europeos entienden que es nuestro gran logro histórico: riqueza material y libertad, un binomio que para mí supondría ya en sí mismo una discusión muy larga. Con independencia de que ello sea verdad, me pregunto si es correcto poner a dos o más jugadores a competir en un juego en que uno de ellos im-

¹ Al lector que lea este libro le recomiendo también, aunque entiendo la dificultad que puede representar, Chakrabarty, 2000.

² Conrad, 2017.

³ Wolf, 2005.

pone la forma de medir el éxito –la capacidad de generar riqueza– cuando ya se da por acabada la partida. Y me pregunto si al hacerlo así no terminaremos diciendo, necesariamente, que el perdedor carecía del valor esencial para ganarla: la libertad. Es más, me pregunto qué se entiende por libertad y de qué libertad se habla en este contexto, pues hoy todo el mundo habla de libertad; desde los neoliberales cuya existencia Barquín niega (pero hay quien se autodeclara como tal, dando así vida al concepto), a los radicales de izquierdas y de derechas; desde los que mantienen y apoyan los nuevos nacionalismos a los que, desde los viejos, se declaran partidarios de no aceptar ninguno más; desde McDonald y Coca-Cola o Google y Amazon, grandes defensores de la «libertad» de empresa y de la eliminación de aranceles que obstaculizan la libre circulación de mercancías, al Frente Polisario y tantas organizaciones que defienden o dicen defender la libertad de «su pueblo». Porque incluso si defendemos que se trata de la libertad individual, no se nos debe escapar que la libertad corporativa, y no hablo de los gremios medievales sino de Google o Coca-Cola, puede ser un obstáculo o una amenaza para que tantos de nosotros en cualquier parte del mundo podamos cumplir tantos sueños justos de liberación y de libertad.

Por ese camino, la originalidad de este libro es que se sale además de las grandes preguntas y respuestas que hoy se plantea la historia global y que se orientan sobre todo a entender cómo las distintas regiones del planeta se han relacionado hasta crear el mundo en que vivimos, a aclarar cómo el presente de esas áreas es producto de sus entrelazamientos mutuos, de sus relaciones violentas y amistosas. Y, si bien esas interferencias se reconocen en este libro, se hace para dar preferencia en su corazón argumental a la historia comparada. Con ello, este volumen se acerca a otro componente de la historia global actual, pero se crea otro problema metodológico de gran envergadura, pues ¿qué comparamos? Al definir las unidades de comparación, ¿cómo evitamos pasar por encima de su complejidad interna? Por ejemplo: ¿podemos comparar siglos de historia de un país o de una civilización compleja en sí misma y cambiante en el tiempo como si se tratara de una misma unidad? Y lo cierto es que este no es un problema nuevo, sino el problema con el que han tenido que lidiar autores consagrados, como Jack Goody (un egregio antropólogo que como tal podía permitirse parar el tiempo en un magnífico libro⁴). Es un problema que estaba presente en la metodología de la vieja historia mundial de los manuales de los años sesenta en países como Estados Unidos. Es el

⁴ Goody, 2012

método que lleva a resultados que nos recuerdan al debate que se desarrolla en la Francia del siglo XVIII sobre el despotismo oriental y que simbolizan bien algunos pensadores como Montesquieu: la autocracia, lo que los ilustrados entendían como despotismo oriental –quizás una forma de orientalismo como nos advirtió Said⁵– es lo que ha hecho perder a esas áreas del planeta la carrera cuya medida del éxito definimos nosotros a posteriori. Curiosamente, Montesquieu lo hacía para reivindicar que el mundo en que vivía, el del despotismo ilustrado, habría de ser arrumbado para no ser como la China, país despótico por excelencia en el imaginario de los europeos por mucho tiempo, y abrir así el camino del librepensamiento y el progreso. Era, en cierto modo, una receta para criticar el despotismo francés del momento y para no parecerse a lo que los ilustrados creían que era China y que las investigaciones recientes han desmentido por completo, como es el caso de la de Bin Wong, que nos pinta un emperador poderoso pero una sociedad muy imbuida del principio del bien común que limitaba la capacidad fiscal y de depredación de aquel (evidente en las cifras que aporta este libro) más que en muchos países europeos.

En otras palabras, en este terreno, las posibilidades de caer en la comparación de estereotipos que simplifican y fosilizan en el tiempo una realidad compleja y cambiante, son muchas y quizás sea por ello por lo que los historiadores actuales quieren evitar las grandes comparaciones, se limiten a comparaciones puntuales, a veces a comparaciones asimétricas, y se centren en determinados momentos de cambio (como Pomeranz, que sale malparado de los comentarios de Rafael Barquín) y, sobre todo, huyan de las explicaciones monocausales. Fueron muchos los factores –y no sólo uno– los que explican por qué Europa tuvo éxito en la partida que creemos haber ganado (no sé si con razón y quizás no para siempre). Y fueron tantas las coyunturas en que las cosas pudieron haber ocurrido de otro modo, que se hace difícil dar todo el protagonismo a las estructuras seculares de la religiosidad (cuya importancia niega este libro), a los esquemas mentales o a las relaciones de poder, incluso si admitimos que estas no son estáticas. Muchos fueron los entrelazamientos entre sociedades y muchas las guerras de desenlace incierto entre ellas que las hicieron a unas capaces de dominar los mercados o de hacerse con mayores recursos de cara a crear más riqueza y para cuyo conocimiento necesitamos

⁵ El orientalismo para Said, permítaseme la aclaración, es nuestra tendencia a rechazar al otro porque, a menudo de modo inconsciente, reconocemos en él las mismas taras que sabemos tener nosotros. Said, 2018.

de nuevo la vuelta a la historia narrativa. Todo lo cual nos lleva a otra cuestión importante: la historia no tiene porqué ser una lección moral que sacamos de lo que en retrospectiva entendemos que son sus éxitos y sus fracasos con arreglo a nuestra escala de valores. Se puede ser un defensor acérrimo de la libertad por convicción moral incluso sin ver en ella el origen de la riqueza y reconociendo que esta, la riqueza, ha sido fruto de la violencia, como hace la nueva historia del capitalismo. Todo ello sea dicho sin hablar, como sería lógico, del reparto de la riqueza, que posiblemente sea el principal límite a la libertad.

Pues bien, todos estos y otros temas similares subyacen, afloran y se discuten explícita o implícitamente en este libro inquietante y retador. Y lo hacen sobre la base de un análisis del pasado que, no puede ser de otro modo, se basa en fuentes secundarias. Su autor los presenta con una prosa ágil y cautivadora. Hecha, a veces, a base de latigazos contra tontos y troyanos y con afirmaciones parciales que pueden hasta resultar insultantes para algunas mentes bienpensantes y políticamente correctas. Es más, dice Rafael Barquín que no se quiere tomar el eurocentrismo en su versión provocadora, pero su estilo sí lo es hasta rallar en la irreverencia intelectual, una característica esta que el lector no se debería tomar como un problema, aunque entiendo que a alguno le cause irritación. El estilo, simplemente, hace justicia a la intención retadora del contenido y quizás hasta es una forma de exagerarla y poco más. Mi consejo al lector es que se tome la provocación –y las contradicciones en que a veces se incurre para crearla– como un acicate para pensar y posicionarse frente al autor. No creo que este sea un libro para aprender, si bien hay datos y explicaciones que es bueno conocer y que demuestran una intención de salir de la zona de confort de los historiadores al uso y de autodidactismo, sino también para reaccionar. Algunas de las cosas que se dicen caerían en las garras de los debates entre especialistas y serían rechazadas de plano por algunos. Rafael Barquín parece además dispuesto a entrar solo en los debates que interesan a su argumento (y en otros que se podrían haber evitado pero que le interesan a él, un derecho irrefutable que le asiste como autor) y no creo que el público en general pueda hacerse cargo de ellos. Sobre todo porque el conocimiento de algunos de los hechos y afirmaciones que aquí se contienen ha avanzado y avanza cada día a tal velocidad que sería un problema para cualquiera de nosotros estar al tanto de todos ellos: desde lo que son las estructuras políticas europeas en este período (un aspecto muy controvertido entre los especialistas), a lo que sabemos de los sistemas de herencia (enormemente complejos en las sociedades a que se refiere y que han provocado una extensísima bibliografía), a lo que entendemos hoy que fue la política comercial de los

emperadores chinos o el mercantilismo (un movimiento que algunos colegas niegan también incluso para Europa, incluida Inglaterra), o a las formas de negociación del poder dentro de los imperios (incluidos los más autocráticos según el autor) ... y a tantos otros aspectos que podríamos discutir, por no hablar del contenido que damos a la palabra capitalismo.

En todo caso, este es un libro para leer y para criticar, una acción esta última que nada impresionará ni molestará a un autor crítico como Rafael Barquín. Y cabe al lector el sacar sus propias conclusiones sobre el eurocentrismo, sobre el libro y sobre el recorrido intelectual que en él hace su autor. A él le cabe juzgar hasta qué punto Rafael Barquín ha «escapado» del eurocentrismo «sin morir en el intento», o mejor, haciéndose aún más eurocéntrico. E incluso le cabe decidir hasta qué punto, pese a su título, este es un libro eurocéntrico también. Esa no es tarea del prologuista, aunque este lógicamente saque sus conclusiones. Mi tarea, que cumplo con placer, es animar a su lectura.

Bartolomé Yun Casalilla
Universidad Pablo Olavide

INTRODUCCIÓN

De alguna manera tenemos que anular los efectos de las contingencias específicas que ponen a los hombres en situaciones desiguales y en la tentación de explotar las circunstancias naturales y sociales en su propio provecho. Ahora bien, para lograr esto voy a suponer que las partes están situadas bajo un velo de ignorancia. No saben cómo las diversas alternativas afectarán sus propios casos particulares, viéndose así obligadas a evaluar los principios únicamente sobre la base de consideraciones generales. [...] nadie conoce su lugar en la sociedad, su posición o clase social; tampoco sabe cuál será su suerte en la distribución de talentos y capacidades naturales, su inteligencia y su fuerza, etc. [...] Tendrán que escoger aquellos principios con cuyas consecuencias estén dispuestas a vivir, sea cual sea la generación a la que pertenezcan.

John Rawls

*Teoría de la justicia*¹

Este libro es una Historia Económica no occidental. El período de estudio se extiende desde 1500 hasta 1800, aunque no pocas veces se hacen incursiones después y, sobre todo, antes. El ámbito territorial es el de las civilizaciones no europeas; aunque también en esto hay excepciones, como América, que formó parte de Occidente tras la conquista. Además, se analizan las expediciones y relaciones comerciales europeas en el Índico y Atlántico. De América y del establecimiento de tales vínculos se ocupa el siguiente capítulo. Pero la parte nuclear del libro son los capítulos centrados, en los que el foco de atención está puesto en árabes, turcos, persas, indios, chinos y japoneses. Es decir, en los pueblos que suponían no menos de tres cuartas partes de la población mundial.

Desde el primer momento este fue el guion del libro. Pero su *leitmotiv* ha ido cambiando con los años. En sus inicios fue una indagación sobre lo que

¹ Rawls, 1995: 135-136. Me he permitido modificar muy levemente la traducción original.

ha venido a llamarse «la gran divergencia». Mi actitud hacia este asunto ha pasado de la simpatía al rechazo terminando en la indiferencia. Y tengo la impresión de que esa ha sido la evolución general. No me parece una casualidad que el último libro que conozco sobre eso de la «gran divergencia» no trate de la diferencia entre los niveles de vida de China y Europa, sino de los desarrollos diferenciales de América y Eurasia desde épocas prehistóricas. O sea, un asunto sin relación con la «antigua» gran divergencia².

De todos modos, pronto me interesé por otros temas. En primer lugar, la globalización. Me siento feliz de vivir en la que, hasta ahora, ha sido la mejor época de la humanidad; aquella en la que la eliminación completa de la pobreza no es una utopía, sino algo que espero ver antes de morir. Si tuviera que resumir en muy pocas palabras cómo se está consiguiendo esto diría que todo ha sido una victoria de la Libertad: si a la gente se la deja hacer lo que buena-mente puede, tarde o temprano acaba resolviendo sus problemas. Una de las dimensiones de esa libertad es la globalización. El hecho de que actualmente personas, mercancías, capitales e ideas puedan moverse con una facilidad inédita constituye el principal motor de la lucha contra la pobreza. Y el día en el que esa libertad sea completa –y me refiero, sobre todo, a las personas– la dolorosa visión de los niños famélicos habrá desaparecido para siempre.

Así pues, la globalización es un gran tema de investigación; pero solo para períodos recientes. Este libro trata de civilizaciones estancadas precisamente por haber llegado tarde a ella. La globalización debe ser contemplada como una de las vías hacia el bienestar. Sin embargo, hay académicos que no solo no lo creen, sino que sostienen lo contrario; es decir, que ha sido la causa del empobrecimiento de países enteros. Para ser justos, este planteamiento contra-intuitivo puede tener algún viso de verdad en algunos casos; pocos; muy pocos. La cuestión es que la evidencia en sentido contrario es tan abrumadora que cuesta entender cómo se puede generalizar el caso particular hasta convertirlo, no ya en regla, sino en dogma. Las tesis desarrollistas, aislacionistas y, en una palabra, nacionalistas, han causado un enorme daño a la gente común de América Latina y otros continentes. Y, triste es decirlo, parece que los responsables intelectuales de esos crímenes no solo son incapaces de reconocerlos, sino que incluso se enorgullecen de ellos.

Otro terreno por el que me vi obligado a transitar fue el maltusianismo. El que haya reputados académicos que a estas alturas del siglo XXI aún se tomen

² Watson, 2012.

en serio a aquel reverendo y su horda de santones milenaristas me parece aún menos explicable que el rechazo a la globalización. Quizás obedezca al morboso encanto de las visiones del fin del mundo, desde el Beato de Liébana hasta las guerras mundiales zombis. El extraordinario crecimiento de la población y de la riqueza mundial de los últimos dos siglos es una refutación contundente de sus profecías. El espantoso ridículo en el que cada cierto tiempo van cayendo los propagandistas de las tesis maltusianas –Paul Ehrlich, Donella Meadows y, el primero de todos, el mismo Thomas Robert Malthus– es revelador de la indigencia intelectual de sus principios. Pero el ámbito que realmente me interesa no es el presente o el pasado cercano, sino el período anterior a la Revolución industrial. Igual que antes, expondré de forma muy resumida mi posición. En el pasado el mundo era muy grande y los hombres eran muy pocos, de modo que era inusual que los recursos se agotasen, cualquiera que fuese la tecnología agrícola empleada. La humanidad nunca se ha acercado a su límite potencial, salvo en épocas prehistóricas que no son objeto de estudio de este libro. La gente moría por enfermedades corrientes, epidemias y guerras. Y cuando lo hacía por hambrunas la explicación siempre debe buscarse en el entorno económico e institucional; nunca en la dotación de recursos, que siempre era más que suficiente.

Lo mejor que podríamos hacer con el maltusianismo sería guardarlo en el cajón de los juguetes rotos. El problema es que no solo hay quien aún se lo cree, sino que se emplean muchos conceptos maltusianos; y especialmente para tratar esa gran divergencia. En consecuencia, no puedo ignorarlo. Igual que albergó la esperanza de que antes de morirme mis ojos verán el fin de la pobreza, también albergó la esperanza de que verán el entierro definitivo de Malthus.

Abordar el eurocentrismo acabó siendo inevitable. Con él sucede algo parecido que con muchas ideologías posmodernas y/o preliberales: la culpa nunca es individual. En tanto que formes parte de un colectivo, eres culpable. En este caso, si eres occidental, eres eurocéntrico. Ante esta situación caben tres opciones: ser deshonesto, ser provocador y ser honesto. La opción deshonesto es bajar la cerviz, reconocer la culpa y no hacer nada. La opción provocadora es aceptar tu propia «eurocentricidad» y defenderla orgullosamente. No es mi posición porque no puedo ignorar que hay un problema de eurocentrismo que, además, tiene muchas facetas. La opción honesta es tratar de situarse por encima, hablar de todo y hacerlo sin ruido. Este libro ha sido escrito desde esa perspectiva. Para ello parto de dos ideas. La primera es que el eurocentrismo es un error, no un pecado. La segunda es que ser eurocéntrico es lo mismo que ser euro-céntrico. Es decir, equivale a hacer de Europa el centro mental del mundo, para lo bueno, para lo malo o para las dos cosas. Y no ser eurocéntrico

consiste en lo contrario, es decir, en situar el foco del problema, y también su marco y análisis, fuera de Europa. El tema es tan importante, enjundioso y amplio que terminó por capturar el título. Y está escrito en gerundio porque tampoco creo haberlo resuelto; ni siquiera en mí mismo. Me conformo con plantearlo.

El resto de este capítulo introductorio desarrolla estas cuatro ideas. El lector que tenga prisa puede pasarlo, pues los párrafos anteriores bastan para seguir el hilo del libro.

LA GRAN DIVERGENCIA

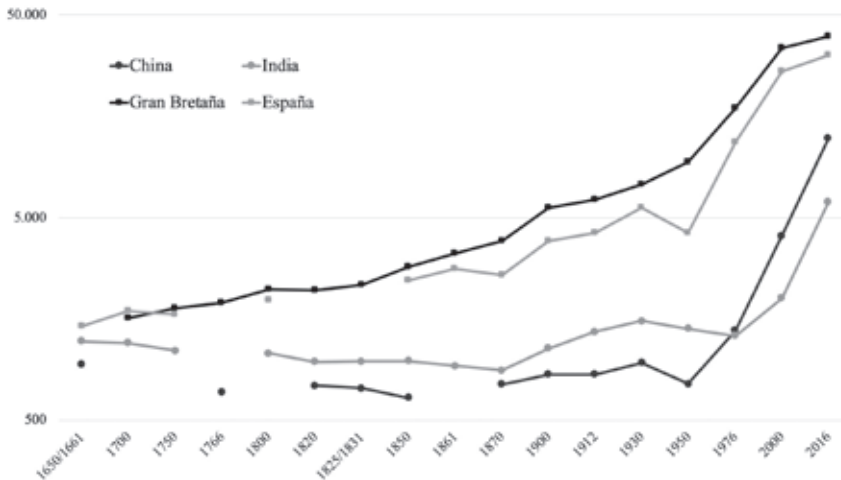
Hace unos quince años, este era uno de los puzles de más éxito de la Historia Económica. En esta disciplina, como en otras, se denomina *puzzle* a un conjunto de investigaciones y debates alrededor de una cuestión polémica que ha tenido un gran desarrollo en la bibliografía, y sobre la que no existe un consenso académico. En inglés la palabra «*jigsaw*» es el equivalente de nuestro «puzle»; es decir, el juego consistente en unir muchas piezas pequeñas hasta formar una imagen. En cambio, «*puzzle*» vendría a ser equivalente a nuestro «rompecabezas» o «acertijo»; y también, aunque con menos frecuencia, a «puzle». La gran divergencia tiene algo de puzle –hay que unir muchas piezas–, pero también tiene algo de rompecabezas –hay que resolver problemas intrincados–. De ahí que sea preferible denominarlo *puzzle*, en inglés y con dos incómodas zetas.

Esta expresión, «La gran divergencia», se hizo común entre los historiadores económicos a raíz de la publicación en 2001 del libro de Kenneth Pomeroy, *The great divergence*. Lo cierto es que es un concepto del que se podría prescindir pues no recoge ninguna idea novedosa. Esa «divergencia» hace referencia a la creciente separación en las condiciones de vida (o en los niveles de renta, o en cualquier indicador razonable del desarrollo o del bienestar) de Occidente con respecto a las demás civilizaciones, especialmente China. Consideremos, como punto de partida, las estimaciones del PIB per cápita realizadas por el Proyecto Maddison, que han venido a ocupar una posición «oficial» entre los historiadores económicos³. En 1820, el PIB per cápita de

³ Proyecto Maddison: <https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/>. University of Groningen. Ferguson, 2012: 91, 399-400 sostiene que las estimaciones para China

Gran Bretaña en dólares de 1990 vendría a ser tres veces mayor que el de China o India (1.706\$ frente a 600\$ y 533\$, respectivamente). En 1870 sería seis veces mayor (3.190\$ frente a unos 530\$, en los dos países). En 1913, ocho veces mayor (4.921\$ frente a 552\$ y 673\$, respectivamente). Y en 1973 catorce veces mayor (12.025\$ frente a 838\$ y 853\$). En los últimos decenios esa diferencia se ha reducido sustancialmente, hasta llegar al punto de partida en 1820; es decir, unas tres veces mayor. Todas estas estimaciones son inseguras y están sujetas a controversia. Pero cualquiera que sea el indicador empleado siempre obtendremos el mismo resultado: durante el siglo XIX y buena parte del XX la distancia entre Occidente y Oriente fue aumentando; así pues, hubo una «divergencia». Ahora bien, nada de esto es desconocido para el gran público. La mayor parte de la gente sabe, o intuye, que en el siglo XIX los europeos y norteamericanos hemos experimentado una mejora en nuestro bienestar que los habitantes de otras latitudes solo han conocido en los últimos tiempos⁴. Por tanto, si esa «gran divergencia» tiene algún interés lo será porque plantea otros problemas.

Gráfico 1. Estimaciones de renta per cápita. Dólares 2011.



Fuente: Maddison Project Database, 2018. Bolt, Jutta, Robert Inklaar, Herman de Jong and Jan Luiten van Zanden (www.ggdc.net/maddison).

aún podrían ser demasiado optimistas, y que la divergencia en la renta per cápita con Europa/Gran Bretaña podrían haber empezado antes.

⁴ Sobre una visión a largo plazo del crecimiento económico diferencial, Caruana (coord.), 2013 y Caruana (coord.), 2017.

En particular, cuándo comenzó. Según las estimaciones citadas, hacia 1700 el PIB per cápita de Gran Bretaña ya era bastante más elevado que el de China o India. Y también lo era en 1600 y 1500, una época en la que las diferencias entre Inglaterra, Francia y España no eran grandes. De hecho, y según Maddison Project, hay que retrotraerse hasta el siglo XV para encontrar cifras parejas entre Oriente y Occidente⁵. Así pues, la gran divergencia habría comenzado a finales de la Edad Media, mucho antes de la Revolución industrial.

Tabla 1. Estimaciones del PIB per cápita. Porcentaje respecto a Gran Bretaña (100 %).

	Holanda	Italia	España	China	India	Japón
*1000	106,3	112,5	112,5	116,5	112,5	106,3
1086				121,4		
1280			137,8			81,3
1400	91,7	150,2	78,7	98,8		
1450	109,0	163,9	81,8	97,9		53,9
1500	106,8	131,8	77,3	80,3		
*1500	106,6	154,1	92,6	84,0	77,0	70,0
1570	125,2	120,9	83,9	80,7		
1600	169,5	113,6	81,3	80,3	63,3	61,9
*1600	141,8	112,9	87,6	61,6	56,5	53,4
1650	158,4	130,0	79,4		60,5	
1700	118,3	86,0	52,3	70,6	39,8	
*1700	170,4	88,0	68,2	48,0	44,0	45,6
1720	109,1	97,4	53,0	59,2		42,1
1750	109,8	84,6	49,4	42,5	33,5	
1800	94,9	63,8	42,9	29,5	27,4	39,8
*1820	107,7	65,5	59,1	35,2	31,2	39,2
1850	80,0	43,6	38,2	20,0	18,6	30,1
*1850	101,8	57,9	46,3	25,8	22,9	29,1
1870	73,9	38,1	38,5	16,0	13,6	26,2
*1870	91,0	49,5	39,8	17,5	17,6	24,9

Elaboración propia a partir de Bassino et al (2019).

Fuentes: Gran Bretaña: Broadberry et al. (2015a), Walker (2014); Holanda: van Zanden and van Leuwen (2012); Italia: Malanima (2011); España: Álvarez-Nogal and Prados de la Escosura (2013); Japón: Bassino et al (2019); China: Broadberry et al. (2018); India: Broadberry et al. (2015b). Todos los países en los años *: Maddison (2010).

⁵ Broadberry, Guan and Li, 2018.

Sin embargo, historiadores como Kenneth Pomeranz sostienen con buenos argumentos que todavía en los años finales del siglo XVIII no existían diferencias importantes en el nivel de vida de los habitantes de Gran Bretaña y de ciertas provincias marítimas de China y del curso bajo del Yangtsé. Una parte considerable del contenido de su obra más conocida, *The great divergence*, es la mera presentación de los resultados de varias investigaciones sobre esas mediciones a través de indicadores de consumo (alimentos, manufacturas textiles, combustibles, etc.). A juicio de Pomeranz, la comparación con Europa revela que antes del siglo XIX no existían grandes diferencias entre Oriente y Occidente. De hecho, dentro de cada ámbito continental, las diferencias regionales habrían sido mayores que las existentes entre las regiones más ricas de cada continente. De ser así, la gran divergencia habría comenzado en el siglo XIX, y las anteriores estimaciones del PIB per cápita serían incorrectas o no representativas. También hay quien ha querido ver una situación comparable en India⁶ y Japón⁷.

Si la gran divergencia entre Europa y Asia comenzó antes de la Revolución industrial, es obligado suponer que surgió como consecuencia de procesos muy largos. Y, en efecto, cada vez es más habitual buscar ese origen en épocas pretéritas: a finales del siglo XVII (con la Revolución de 1688), comienzos del siglo XVI (con el reinado de Enrique VIII), o incluso mediados del siglo XIV (con la Peste Negra)⁸. De un modo u otro, Occidente, no específicamente Gran Bretaña, llevaría mucho tiempo dando pasos hacia la Revolución industrial. El punto es que sería de esperar que esto tuviera como consecuencia una divergencia de los niveles de renta. Lo primero que exige cualquier industria es un mercado, que casi siempre es un grupo numeroso de consumidores con alguna capacidad adquisitiva y hábitos de compra. Esta es la hipótesis planteada por el conjunto de investigaciones de otro puzzle de moda, la llamada «Revolución del Consumo». Es decir, la aparición de una demanda popular de productos baratos de consumo frecuente, como los «ultramarinos» (tabaco, café, té, etc.), una de cuyas «cualidades» era la de ser adictivos⁹.

⁶ Parthasarathi, 2011.

⁷ Hanley, 1983.

⁸ Rostow, 1973. Hobsbawm, 1971. North and Weingast, 1989. Allen, 2009: 106-131. Clark (2007: 239-242) pone de manifiesto que ninguno de esos procesos parece haber incidido en la eficiencia de la economía británica. De todos modos, los autores anteriores llaman la atención sobre los cambios institucionales y/o culturales que hubieran incidido en el largo plazo.

⁹ McKendrick, 1982.

El surgimiento de este consumidor moderno implicaría una elevación previa de los ingresos¹⁰. Y, por tanto, una «gran divergencia» entre Europa y Asia.

Pero supongamos, como sostiene Pomeranz, que hacia 1780 la renta per cápita de esa China costera fuera semejante a la de Gran Bretaña. Dado que en 1850 es indudable que existía una brecha considerable entre los dos países, su desencadenante tuvo que ser la Revolución industrial, un acontecimiento que respondía a circunstancias que solo sucedieron en Gran Bretaña. Ese proceso no habría requerido una «Revolución del Consumo»; o al menos, no una que exigiese un aumento del nivel de consumo en Europa. La Revolución industrial habría ocurrido como resultado de algún hecho puntual en un año cercano a 1800. Por ejemplo, el descubrimiento de las posibilidades del carbón como fuente de energía (la máquina de vapor de Watt) en un país que, además, tenía la fortuna de contar con yacimientos importantes. O quizás el descubrimiento de las posibilidades de mecanización del algodón (hiladora «Jenny» de James Hargreaves) en un país que tenía la fortuna de contar con una gran flota con la que adquirirlo. Cualquiera que fuese el factor desencadenante, habría sido algo único que ocurrió en un momento preciso de la Historia (1780) en una parte concreta del planeta (Gran Bretaña).

Dicho de otro modo, el *puzzle* de la gran divergencia está íntimamente conectado con un tema viejo, el de la «excepcionalidad» de Europa occidental o, incluso, de Gran Bretaña. Sería un enfoque nuevo sobre un problema viejo. En esa parte del planeta habrían concurrido circunstancias especiales que propiciaron la aparición de un proceso llamado «Revolución industrial». En cierto modo, la tesis de Pomeranz sobre la gran divergencia habla tanto de Europa como de China.

La identificación de las circunstancias que hacían a Europa diferente es un programa de investigación de largo recorrido. La búsqueda de este Santo Grial fue emprendida por historiadores, filósofos y todo tipo de pensadores desde, al menos, comienzos del siglo XIX. Quizás el primero en hacerlo con un mínimo rigor científico fuera el filólogo e historiador francés Ernest Renan (1823-1892), para quien la prosperidad de Europa y el atraso de Oriente Medio se debía a la superioridad del pensamiento occidental sobre el semítico. Esta concepción no es, en absoluto, extraña a la época. De hecho, casa bien con la visión que sobre el continente europeo tenía Friedrich Hegel (1770-

¹⁰ Rostow, 1973.

1831)¹¹. Por los mismos años que Renan elucubraba sobre las mentalidades europea y semítica, un filósofo hegeliano (o no tanto), Karl Marx (1818-1883), hizo algunas indagaciones sobre la excepcionalidad del desarrollo europeo; aunque más bien accesorias a lo que constituía el objeto principal de su trabajo, que no era Europa como tal, sino el capitalismo europeo. Así pues, la excepcionalidad europea sería el capitalismo, una idea que, más tarde, Immanuel Wallerstein, Andre Gunder Frank y otros historiadores marxistas desarrollaron a través de su vinculación con el colonialismo, el imperialismo, etc. Sin embargo, Marx no lo planteaba en estos términos. Él simplemente prefirió definir un modo de producción específico para Asia, el «despotismo oriental» o «modo de producción asiático», porque el modelo europeo no se adaptaba a esos países. Esto acabaría generando un gran número de controversias entre los historiadores marxistas, pues rompía la elegante simplicidad del materialismo histórico.

Las aportaciones de Marx al problema de la excepcionalidad europea han sido menos fructíferas que las del sociólogo e historiador alemán Max Weber (1864-1920). En origen, el enfoque weberiano tomó una dirección opuesta al materialismo histórico pues enfatizaba la influencia de los valores culturales sobre los materiales. Pero los trabajos de los historiadores weberianos, como los de los marxistas, pronto se alejaron del punto de partida. Weber encontró una conexión cómoda con Thorstein Veblen (1857-1929). Si este analizaba las ineficiencias de un sistema capitalista dirigido por una «clase ociosa», Weber indagaba sobre cómo la superación de esas ineficiencias abría el camino al progreso tecnológico y económico¹². Y no es casual que el principal objeto de estudio de Weber sea la religión, una de las instituciones que, por su naturaleza inmanente, más se resiste a ese progreso, de modo que diferentes credos generarían distintas actitudes que se reflejarían en un diferente desarrollo económico¹³. Así pues, desde la escuela institucionalista la excepcionalidad podría ser la religión; pero no solo ella.

Durante la segunda mitad del siglo XX las interpretaciones históricas de los problemas relacionados con la globalización, la Revolución industrial y la industrialización, amén de la medición del propio crecimiento económico,

¹¹ Guinzo, 2005.

¹² Nau, 2005.

¹³ Weber, 1997, especialmente, la segunda parte «Ensayos sobre la sociología de la religión» (313-345). Para una comprensión general del estudio de las religiones tras sus estudios del protestantismo, ver las primeras páginas de ese volumen (especialmente, 27-54).

alcanzaron una notable sofisticación. El desarrollo de la cliometría y, sobre todo, del institucionalismo, proporcionaron nuevos enfoques. Ciertos asuntos, como los derechos de propiedad y el funcionamiento de los mercados, adquirieron una importancia capital en las interpretaciones habituales de los historiadores económicos¹⁴. En cambio, la metodología y el vocabulario marxista fueron abandonados. Contempladas en la distancia, las explicaciones sobre la excepcionalidad europea han ido convergiendo. Es posible que aún no se haya encontrado la explicación definitiva a la pregunta de por qué la Revolución industrial ocurrió en Europa, y no en Asia; pero el campo de búsqueda es más reducido. Así, a finales del siglo xx, poco antes de la publicación del libro de Pomeranz, las dos visiones que podrían haber alcanzado más reconocimiento eran la de Eric L. Jones y David S. Landes. El primero (1981), *El milagro europeo*, ponía el acento en la importancia de un sistema de Estados como instrumento para la formación de diferentes modelos de desarrollo económico e institucional; en fin, una suerte de sistema de «prueba y error» de ámbito continental. David S. Landes (1988), *La riqueza y la pobreza de las naciones*, sostenía que lo realmente determinante había sido el desarrollo del conocimiento y los valores culturales. Probablemente Landes haya tenido una mayor proyección a través de autores como Daron Acemoglu (2012) *¿Por qué fallan las naciones?*, Deirdre McCloskey (2006), *Las virtudes burguesas*, o Niall Ferguson (2011), *Civilization: The West and the Rest*. De un modo u otro, los tres ofrecen explicaciones neo-institucionales en las que el acento es puesto en la existencia de instituciones extractivas o inclusivas (Acemoglu), las cualidades burguesas (McCloskey) y un conjunto de *apps* con las que Occidente venció a Oriente (Ferguson).

Lo relevante aquí es que la excepcionalidad se aleja mucho del siglo de la Ilustración. Las interpretaciones de la Revolución industrial como un «maquinismo», como el resultado de una cadena de invenciones geniales de un escogido grupo de inventores, han sido abandonadas. Por supuesto, la Revolución industrial es la aplicación de inventos. Pero estos no aparecen por casualidad, ni solo son el fruto de un talento individual o nacional. Más bien, serían el resultado de esa excepcionalidad a la que, de un modo u otro, se remiten todos los autores, desde Renan hasta Ferguson. El que ese salto sucediera precisamente en Gran Bretaña, y no en otro país europeo, se explica por razones igualmente excepcionales. Es el problema que, por analogía con la «gran» divergencia, ha venido a denominarse la «pequeña» divergencia en-

¹⁴ North y Thomas, 1978. Robert Allen, 2009.

tre Gran Bretaña y el resto de Europa¹⁵. En todo caso, un tema menor dentro de esta sinfonía.

Ahora bien, precisamente el tema de los inventos es uno de los argumentos más sólidos detrás de la tesis de la gran divergencia de Pomeranz. En este campo, la referencia obligada es Joseph Needham (1977), *La gran titulación*. Needham no era un historiador económico; ni siquiera un historiador académico al uso. Solo era un bioquímico aficionado a la Historia que pacientemente recopiló, ordenó y presentó los logros científicos chinos antes de la Revolución industrial. Demostró algo que, en realidad, ya se sabía: durante mucho tiempo China fue la primera potencia científica y tecnológica del mundo, muy por delante de Europa, el Islam o la India. En consecuencia, el que los chinos disfrutaran de unos niveles de vida semejantes a los europeos antes de la Revolución industrial no solo no sería extraño, sino previsible.

Pero si China, además de rica (Pomeranz), era creativa (Needham), ¿por qué no dio el salto a la Revolución industrial? La respuesta de Pomeranz es que, simplemente, fue «adelantada» por Occidente. En su opinión, el *sorpasso* de Europa o, mejor dicho, Gran Bretaña, se debió a que esta disfrutó de dos ventajas: 1ª un imperio colonial. 2ª yacimientos de carbón. Así pues, nuevamente la excepcionalidad europea, aunque desde una perspectiva más «material» que la del neo-institucionalismo o el neo-marxismo. Esta respuesta de Pomeranz tiene varios problemas. En primer lugar, la China del siglo XVIII no era la misma que la China del siglo XII. Incluso si admitimos todas sus potencialidades, hay muchos indicadores de que poco antes de la llegada de los ingleses era una sociedad culturalmente estancada. Por ejemplo, el progreso científico y técnico durante la última dinastía fue muy pobre. Y precisamente la innovación tecnológica es la seña de identidad de la Revolución industrial. Pomeranz no lo ignora, pero reduce y retrasa la ventaja tecnológica de Occidente, y cree que, de todos modos, China seguía teniendo una tecnología agrícola superior.

Otros historiadores han buscado respuestas en la disponibilidad de recursos, tanto por lo que supone de freno a las posibilidades de crecimiento como de incentivo a la innovación. Una de las interpretaciones de mas éxito ha sido la desarrollada por el historiador británico Mark Elvin (1973) *The pattern of the Chinese Past* y (2006) *The Retreat of the Elephants*, conocida como «trampa

¹⁵ Específicamente sobre esta «pequeña divergencia», y al margen de los muchos trabajos sobre los diferentes niveles de desarrollo en Europa, Acemoglu et al., 2005; Allen, 2003; y Pleitj and Zanden, 2016.

de equilibrio de alto nivel». En esencia, describe una situación de equilibrio a medio/largo plazo (pero no a muy largo plazo) entre la población y los recursos, en la que el sistema agrícola y la economía en su conjunto es eficiente, los salarios son bajos, aun es posible sostener a más habitantes, y no hay posibilidades reales de crecimiento porque no hay incentivos a la inversión en capital. Lo que sucede con la interpretación de Elvin es que, en el fondo, es muy poco complaciente con China.

Al fin, todo esto de la gran divergencia es un *cul-de-sac*. Puede que no sea descabellado suponer que hacia 1750 los niveles de vida de China y Europa fueran semejantes; pero más bien parece que no; y, de todos modos, resolver esa cuestión es poco menos que imposible. Es difícil hacer comparaciones sobre niveles de consumo de civilizaciones tan alejadas en las que se empleaban diferentes combinaciones de factores productivos para obtener combinaciones igualmente diferentes de bienes, con los que se obtendrían satisfacciones no cuantificables. Comer con cubiertos de metal en lugar de con palillos de madera no es un rasgo de progreso técnico; solo es una costumbre que no hace a los europeos ni más ni menos avanzados que a los chinos, solo diferentes. Muchos otros elementos que los historiadores económicos tomamos como indicadores de un supuesto bienestar, como la disponibilidad de ganado, son errados porque, antes que nada, son instrumentos para la producción. Si pudiera decirse algo con seguridad sobre este tema sería que antes de la Revolución industrial las condiciones de vida de todos los campesinos del mundo –que en todas partes representaban el 80 % de la población– eran semejantes. Las mismas preocupaciones sobre la fertilidad de la tierra, la cuantía de la cosecha y la detracción de una parte por los poderosos. Las mismas alegrías y miserias cotidianas. El mismo empeño en superar las dificultades, sacar adelante a los hijos y morir con alguna dignidad.

Pero incluso aunque pudiésemos averiguar ese arcano, ¿realmente merece la pena? Aunque la Revolución industrial sucedió en una de las naciones más ricas del mundo, es posible imaginar escenarios en los hubiese ocurrido en naciones más pobres sirviéndose de la demanda exterior, que quizás también hizo una contribución importante en Gran Bretaña. Por ejemplo, podríamos imaginar una Revolución industrial en unos Países Bajos que se sirvieran de los mercados exteriores; incluidos mercados de factores como los del carbón inglés o belga. Otro posible escenario serían las Trece Colonias del Nuevo Mundo, de la mano de un gobierno inglés menos mercantilista y más pragmático del que realmente hubo; como, por cierto, lo era la propia población americana, pobre, pero pragmática y alfabetizada. Y ya que hablamos de alfabetos, ¿por qué no Suecia? Un país aún más pobre, pero aún más

alfabetizado, que podía haber aprovechado las rutas comerciales del Báltico como ya lo hicieron los varegos. En realidad, las posibilidades son muchas; incluida, claro está, China en tiempos aún más remotos. Así pues, la cuestión no debería centrarse en las condiciones materiales de vida de la población china y británica, sino en las condiciones institucionales que facilitaron el desarrollo industrial.

Todo lo cual conduce a otro interesante *puzzle*, el de la globalización.

GLOBALIZACIÓN, COMERCIO Y «DEPREDACIÓN»

Al fin, el relato académico sobre la Revolución industrial y la excepcionalidad europea se construye sobre la enumeración de los prerrequisitos, factores, condicionantes o cómo-quieran-llamarse, que hicieron posible que Gran Bretaña diera aquel salto. Esos factores pueden ser clasificados en dos grupos. Por un lado, el grupo amplio de factores endógenos, es decir, aquellos que poco o nada tienen que ver con lo que sucedía fuera de Europa o Gran Bretaña. Por ejemplo, la existencia de yacimientos de carbón. Por otro lado, podemos reconocer un pequeño grupo de factores exógenos. Desde el siglo XV, las naciones europeas fueron conquistando, ocupando y colonizando territorios en América y, en mucha menor medida, África y Asia. Al mismo tiempo, se desarrolló un intenso comercio entre Asia y Europa, que a su vez conectaba el aún mayor entre Europa y América. Parece razonable suponer que todos estos procesos influyeran en el desarrollo económico del Viejo Continente; y que esa influencia fuera positiva. Así pues, habría que dilucidar qué parte del crecimiento europeo anterior a finales del XVIII fue una consecuencia de la obtención de recursos de otros países.

Estos recursos vendrían del intercambio de mercancías o de su apropiación. Desde la perspectiva de algunos historiadores, no hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro, entre el comercio y el robo, si se realiza a escala planetaria. Los europeos, ya fuera a través del asalto a pueblos indefensos, ya fuera mediante la artera negociación de sus comerciantes, se habrían hecho con ingentes riquezas que habrían sido la base de su ulterior desarrollo. Ante todo, Europa habría sido un eficiente «depredador». Lo cual nos conduce a una cuestión complementaria: ¿hasta qué punto el atraso de Oriente (o América Latina o África) fue una consecuencia de la «depredación occidental»?

La existencia de relaciones biunívocas entre Oriente y Occidente hace que el *puzzle* de la gran divergencia se relacione con otro denominado «globalización».

Hay algunas semejanzas formales entre uno y otro. La globalización, por obvia, no merecería la acuñación de un término específico. Vivimos en un mundo globalizado, crecientemente globalizado; lo que es decir que anteriormente no lo estaba. Y esa es la cuestión. Lo que interesa es el «cuándo», más incluso que el «por qué» o el «cómo»; exactamente igual que con la gran divergencia.

Sin embargo, también hay diferencias importantes entre los dos *puzzles*. En el de «la gran divergencia» no hay una discusión importante sobre el objeto de estudio; tan solo sobre la macromagnitud empleada. En cambio, el problema de la globalización es conceptual: ¿qué significa eso de la «globalización»? Si la definimos como la aparición de relaciones comerciales o de cualquier otro tipo entre partes muy alejadas del planeta, tenemos un mundo globalizado desde no mucho después de la aparición del *Homo sapiens sapiens*. Pero si la definimos como la situación en la que ningún ser humano puede vivir sin estar influido por decisiones tomadas por otros seres humanos que viven muy lejos, aún hoy existen regiones a las que no ha llegado. Entre esas dos posturas caben muchas intermedias. Una de ellas es la de Jan de Vries, para quien, a partir de la definición dada por Flynn y Giraldez, cree que la globalización sería «*the permanent existence of global trade, when all major zones of the world exchange products continuously... and on a scale that generated deep and lasting impacts on all trading partners*»¹⁶. Se trata de un compromiso entre una integración total, que probablemente nunca se alcance, y la existencia de relaciones comerciales que incidan, si no en toda la humanidad, sí en su vasta mayoría.

Aceptada esta definición, la relación entre los dos *puzzles* se plantea en los siguientes términos: Si el mundo estuviera globalizado desde, digamos, el siglo XVI, tendría sentido preguntarse en qué medida el progreso económico europeo que desembocó en la Revolución industrial fue exitoso por la apertura de mercados de bienes y factores (o, según una perspectiva más bizarra, por el «robo de riquezas»). También tendría sentido preguntarse si el *gap* entre los niveles de renta de Europa y Asia fue agrandado por la extracción de dichos recursos o el freno a sus industrias; es decir, por el hecho de que, además de un crecimiento de la renta europea, hubo un decrecimiento o estancamiento de la renta asiática inducido desde Europa. Nótese que la globalización no implica que las cosas realmente sucedieran así; solo abre la puerta a ello. De hecho, podría ocurrir que hubiera habido una globalización temprana, pero venturosa tanto para Oriente como para Occidente, de

¹⁶ Vries (2010: 710) A su juicio, hubo en esta época una globalización que define como «blanda», un primer paso hacia la globalización «dura» del siglo XIX.

modo que los niveles de vida no se separasen. En cualquier caso, si no hubo una globalización temprana (tal y como da por hecho la inmensa mayoría de la Academia) no tendría demasiado sentido preguntarse por su papel en la Revolución industrial, tanto si hubo una temprana divergencia como, sobre todo, si no la hubo.

De todos modos, procesos poco importantes en el conjunto de la economía mundial, pero que prefiguraban una cierta globalización, podrían haber tenido un impacto considerable tanto en Europa como en el resto del mundo. Estos últimos serán abordados, más adelante, pero de forma breve. Los efectos sobre la misma Europa solo serán tratados de modo marginal, así que será bueno que ahora les echemos un vistazo.

La contribución que hizo el comercio internacional a la Revolución industrial británica es un tema controvertido. En parte, es un problema de ámbitos. La contribución del comercio transatlántico antes de 1800 tuvo alguna importancia. Pero una «globalización transatlántica» no es una verdadera globalización, pues esta debería poner en contacto las principales regiones económicas del planeta, y no solo un espacio en el que, como mucho, vivía la cuarta parte de la población mundial. Es difícil o imposible reconocer una influencia relevante del comercio asiático sobre la economía europea antes de ese año. No es extraño que, por convención, el término «primera globalización» haga referencia a un período de la Historia mundial no anterior a 1850¹⁷. Los argumentos que se han ofrecido para defender una globalización temprana e influyente sobre la misma Europa inciden en el desarrollo de corporaciones y Estados comerciales en Europa. Pero estos no necesariamente cosieron los mimbres de la Revolución industrial; en realidad, no lo hicieron en absoluto.

Pero incluso desde la perspectiva más restrictiva, y no global, del comercio atlántico, el papel de los factores exógenos en la Revolución industrial británica parece menor. Aunque cualquier afirmación en este terreno es compli-

¹⁷ Pomeranz, 2018: 171-174. Una posición diferente se mantiene en muchas de las diferentes interpretaciones que han ido surgiendo a partir del trabajo de Wallerstein (1991). Aunque sin emplear el término «globalización», Wallerstein defiende la existencia de una economía globalizada desde el siglo XVI, una «economía-mundo» en la que existía una división internacional del trabajo. Los principales, y diría que únicos, defensores de esta idea son autores igualmente marxistas como Andre Gunder Frank (1998), Samir Amin o Walter Rodney (1982). El mismo Marx participaba de esta visión, aunque su valoración de la extensión del capitalismo al mundo no era tan negativa. Quizás todo el problema sea semántico. Es muy difícil igualar los conceptos de «economía globalizada» y «economía-mundo», de modo que no deberíamos tratar de hacerlo.

cada, hay algunas cosas que podemos dar por seguras. En primer lugar, que las dos potencias que dirigieron la conquista y colonización de América en sus dos primeros siglos, España y Portugal, no obtuvieron de ello ninguna ventaja en la carrera hacia la Revolución industrial. De hecho, la situación relativa de esas dos naciones en el contexto europeo era mejor antes que después de los imperios americanos. Evidentemente, de esto tampoco se puede deducir una relación inversa de causación; simplemente, son procesos diferentes. Lo mismo, o más, se puede decir de Francia y su fantasmal, efímero, o ambas cosas, primer imperio colonial.

Más interesante es el caso inglés. Gran Bretaña construyó un imperio colonial diverso en Norteamérica y el Caribe. Empezó a tomar forma en la década de 1620; pero la mayor parte se perdió hacia 1780 con la fundación de los Estados Unidos. No obstante, la parte económicamente más útil fue la que no se perdió, las Antillas. Esas islas desempeñaron un papel importante como productoras de azúcar, demandantes de textiles, y bases operativas para el comercio. Pero tampoco se puede exagerar su importancia. Por muy ricos que fueran, el mercado generado por unos pocos miles de amos esclavistas caribeños no era ni remotamente comparable al de millones de ingleses. Tanto al norte como al sur del continente (pero más al norte) se extendieron relaciones comerciales cada vez más estrechas, levantadas sobre el interés de las partes, ya fueran los industriales textiles de Manchester, los cultivadores de algodón de Virginia, o los criadores de ganado de la Pampa. Y en no pocas ocasiones se hizo con la oposición de los poderes públicos, desde los Borbones españoles del siglo XVI hasta los políticos «hamiltonianos» de Estados Unidos. Pero su importancia es muy pequeña antes de 1800, por la misma razón por la que las Antillas no eran importantes: apenas había mercado. Y todo ello sin entrar en los costes y riesgos del transporte marítimo. Lo único que se puede decir de los mercados de manufacturas en la Europa preindustrial y, probablemente, de cualquier parte del mundo, es una obviedad: su importancia era inversamente proporcional a la distancia. Desde la perspectiva del artesano o mercader-industrial inglés, ningún mercado era tan importante como Londres, salvo la feria del pueblo o la ciudad mas cercana. Aparte de la ideología subyacente, quizás la razón por la que cuesta tanto entender algo tan obvio sea documental: hay muy buenas cifras de comercio exterior pues había poderosos motivos fiscales (y no-fiscales) para contar con esa información¹⁸. Pero eso no sucede con la producción, el comercio y el consumo interno.

¹⁸ Sobre la producción y el consumo interno inglés, Thirsk, 1978. Sobre el papel del comercio exterior en la Revolución industrial, Crouzet, 1980 y Davis, 1979.

De hecho, y sin ánimo de ser provocador, tiene cierto sentido especular sobre si el desarrollo industrial de Gran Bretaña no hubiese sido más rápido sin el comercio con Asia e, incluso, América. Ese comercio se basaba en mercancías de elevado precio por unidad de peso o volumen, como especias, sedas, porcelanas, azúcar, té, cacao, café, ron y tabaco, cuya aportación al bienestar de los británicos fue pequeña, discutible o nefasta, según los casos. Se ha argumentado convincentemente que la principal contribución de esos productos al desarrollo económico británico fue indirecta, a través de la citada «Revolución del consumo». Pero aquí nos encontramos con un problema circular: sin un crecimiento general de la renta no habría habido tal Revolución; pero sin ella tampoco habría habido un crecimiento general de la renta. En fin, parece razonable suponer que en Gran Bretaña la renta creció en el siglo XVIII por procesos diferentes, endógenos, como la modernización agrícola y la introducción de nuevas rotaciones y cultivos. Lo cual, por cierto, conduce a América, pero por un derrotero inesperado. Quizás la mayor contribución del Nuevo Mundo al bienestar de ingleses y europeos viniera de la introducción de dos plantas, la patata y el maíz; ninguna de las cuales se comercializaba debido a su bajo valor por unidad de peso, aún menor que el del trigo¹⁹.

Al fin, la única aportación importante del comercio extraeuropeo al desarrollo industrial inglés fue el algodón en rama, la materia prima de las nuevas fábricas textiles. Sobre su cultivo recaen las tinieblas de la esclavitud, de modo que bien puede decirse que la producción textil británica la alimentó durante tres cuartos de siglo. Pero lo cierto es que este sistema de explotación, además de cruel, era prescindible. Aunque el cultivo de la planta de algodón no era posible en Gran Bretaña, había muchos otros lugares en el planeta donde sí lo era y se venía haciendo desde hacía siglos, como India o Egipto. Es posible que la historia del mundo hubiese sido un poco más feliz sin el algodón de Virginia; y no solo por la esclavitud, sino también porque las regiones que siempre lo cultivaron, y que estaban mucho más pobladas, se hubiesen visto favorecidas por la relación comercial con Gran Bretaña. No hay motivos para pensar que los (posibles) mayores costes que hubiesen tenido que soportar los fabricantes ingleses por un cultivo realizado con (quizás) peores medios y con (quizás) mano de obra más cara impidiesen el cambio tecnológico de la industria textil británica, pues este fue anterior. Incluso cabe especular con que ese (posible) mayor coste de la materia prima estimulara la innovación. Es significativo que todos los progresos cruciales de esa industria, desde la

¹⁹ Watson, 2012: 221-225.

lanzadera volante de Kay hasta la *spinning mule* de Crompton, fueron anteriores a la gran expansión del cultivo del algodón en América. Es igualmente significativo que la mayor parte del algodón empleado en Gran Bretaña antes de la década de 1820 no llegó de Estados Unidos.

Así pues, no hay motivos para creer que Gran Bretaña no hubiese podido dar el salto a la Revolución industrial sin su imperio o sin los Estados Unidos (no ya las Trece Colonias). Los mercados de bienes no eran esenciales para el desarrollo de la producción interna británica. Los efectos de la Revolución del Consumo no son decisivos. En cuanto a los mercados de factores, solo el algodón fue importante; pero esta materia podría haberse obtenido en muchos países. El consumidor y el empresario inglés, y su interacción, aparecen como los verdaderos motores de la Revolución industrial. En fin, no tiene sentido suponer que esta fue el resultado de la apropiación de grandes e ignotas riquezas en indefensos países tropicales. Por supuesto, las cosas podrían haber sucedido de otro modo. Al fin y al cabo, el comercio ha sido una poderosa palanca de la modernización económica. La contribución exterior fue cada vez mayor en los procesos de industrialización del siglo XIX; aunque también hubo excepciones importantes, como Estados Unidos. Hoy en día los modelos habituales de desarrollo en los países del Tercer Mundo, o al menos los más exitosos, siempre descansan en el comercio internacional. Pero en Gran Bretaña, y en el siglo XVIII, las cosas no fueron así.

Del mismo modo que hasta el siglo XIX no hubo una verdadera globalización de los mercados de bienes y factores, tampoco la hubo de los mercados de trabajo y capital. En Europa no se puede hablar de migraciones importantes antes de comienzos o mediados de ese siglo. Los españoles que viajaron al Caribe, México y Perú fueron pocos; tampoco hubo muchos ingleses que cruzaran el Atlántico; el resto de los europeos ni merece la pena contarse. Fuera de Europa, el único desplazamiento masivo de mano de obra fue el causado por el comercio de esclavos. Evidentemente, la esclavitud no es un mercado laboral, aunque, según la definición anterior, sí podría calificarse como un ejemplo (dramático) de globalización.

No se puede hablar de una globalización de los mercados de capitales, por mucho que, por primera vez, una moneda llegara a ser un medio de cambio realmente universal. Esta fue el «peso duro» o «real de a ocho». Pero la integración de los mercados financieros es mucho más que una moneda popular. Resulta significativo que, hasta el siglo XIX, el precio del oro en términos de plata en China fuese diferente del que había en el resto de Asia, que también era diferente del que existía en Europa y América. Esto solo puede tener una lectura: los mercados monetarios internacionales no estaban integrados.

Tampoco en este campo existía una verdadera globalización. Por supuesto, esto no significa que no existieran flujos internacionales de metales preciosos, como el supuesto gran río de plata y oro que, procedente de América, y a través de Europa, desembocaba en Asia. Pero a este proceso, como a otros, le debemos dar la importancia que merece, no más²⁰.

Existen otros «mercados globalizables» pero no globalizados, incluso hasta el día de hoy. En primer lugar, las religiones. Estas tienen un valor económico importante porque son cauces a través de los cuáles se transmiten valores útiles (y también perjudiciales) para el funcionamiento de la economía. Esto es muy evidente en el caso del islam. El problema de contemplar las religiones como productos de consumo global no solo estriba en la dificultad de definir un precio. Además, muchas de ellas son excluyentes entre sí, al menos en Occidente y Oriente Medio. Así pues, no sirven para la transmisión de conocimientos si no hay una conversión previa que no siempre es voluntaria ni, mucho menos, posible. De ahí que, hasta el día de hoy, el mundo siga dividido por odiosas barreras religiosas. Monarcas como el emperador Akbar, quien trató de hacer algo tan razonable como descubrir cuál era la religión verdadera, son ejemplos de honestidad y valentía. Y también son rarezas.

Desde nuestro moderno punto de vista, supuestamente «científico», el problema del sectarismo religioso no es trasladable a la tecnología; pero nada más lejos de la realidad. La extensión del conocimiento de descubrimientos e inventos fue complicada y lenta. A veces, las nuevas ideas no eran aceptadas porque entraban en colisión con preceptos religiosos. Pero otras veces, porque eran extranjeras, sospechosas o potencialmente revolucionarias. En realidad, todo hace pensar que esto era lo que sucedía, y que la religión solo era una torpe excusa para evitar la «infección». Quizás ningún ejemplo más claro que China durante los Qing. En resumen, la globalización tecnológica tampoco llegó antes del siglo XIX.

Pero hubo una excepción, limitada, aunque no del todo desdeñable: la tecnología militar. Todos los grandes y pequeños Estados orientales que se enfrentaron a Occidente, y fueron inicialmente vencidos (y, a veces, sin ser vencidos), lo primero que hicieron fue imitar las técnicas militares occidentales. Lo cual era más que previsible. Además de ser necesario para su propia supervivencia, no suponía mayores dificultades porque el Ejército no era el refugio de las «esencias vitales» de la nación, ya que ese lugar estaba reserva-

²⁰ Schultz, 2001: 136-145.

do a la religión. Al contrario, el Ejército fue una de las fuerzas «progresistas» de aquellos Estados en crisis. Por eso, a lo largo de la Edad Moderna todos los imperios orientales diseñaron y construyeron armas de fuego a imitación de las occidentales. En ocasiones, y no pocas, también las compraron, pues los europeos no solo demostraron ser espléndidos ingenieros, sino también inescrupulosos traficantes. Y en ocasiones, pocas, la inventiva también fue oriental. Así pues, cuando esas naciones se enfrentaron a Occidente lo hicieron, si no en igualdad de condiciones, al menos solo con una desventaja tecnológica ligera. Por supuesto, disponer del ejército con las armas más modernas proporcionaba más posibilidades de victoria; pero ni este era el único factor que determinaba el resultado de una batalla, ni una sucesión de victorias determinaba necesariamente el resultado de una guerra y la ocupación efectiva del territorio. A la larga, la transferencia de conocimientos militares no libró de la derrota a los imperios orientales, pero sí la demoró. Nada de lo anterior se aplica a las civilizaciones precolombinas en las que la distancia tecnológica con Occidente era gigantesca.

En definitiva, con unas economías tan alejadas de lo que hoy podríamos considerar como los rudimentos de la globalización, la mera idea de presentar la prosperidad occidental como el resultado de una política depredadora global es fantasiosa. Solo podemos referirnos a ella en algunos casos, de los que el de mayores consecuencias fue el comercio de esclavos desde África a América. No es una casualidad que aquella tragedia sucediera donde no existían estructuras políticas que garantizaran los derechos civiles básicos porque no había mercados o eran muy frágiles. Y tampoco es una casualidad que ese comercio fuera impensable sin las armadas europeas y los ejércitos de los nuevos reinos guerreros africanos. O sea, sin la fuerza del Estado.

Y es que el comercio de esclavos, como muchos otros horrores, son creaciones de base política, no económica. Esto es una obviedad que algunos historiadores tratan de esconder debajo de conceptos difusos como «acumulación capitalista»; el cual, habría sido la base de un capitalismo adjetivado como «explotador», «depredador», «salvaje» y demás. Lo único cierto es que la expresión «depredación capitalista», que vendría a englobar todas esas sensaciones, es un oxímoron. Puede haber depredación, y puede haber capitalismo, pero no las dos cosas a la vez. La depreciación es el enriquecimiento rápido basado en el pillaje, y su principal resultado es la ruina o muerte de la víctima. El capitalismo se construye sobre relaciones de mercado labradas en el comercio y la industria mutuamente beneficiosas para las dos partes (aunque no necesariamente en la misma medida) dentro de un marco institucional estable. El capitalismo no puede arraigar en las tierras yermas de la

depredación. La depredación no puede existir en sistemas capitalistas firmemente asentados. Depredación y capitalismo son mutuamente excluyentes.

La anterior digresión es necesaria por un motivo que iremos desgranando: no existiendo nada parecido a una «depredación capitalista», sin embargo, el concepto «depredación» (sin atributo) es esencial en este libro. No explica el progreso, pero explica muy bien el atraso. El capitalismo y la Revolución industrial surgieron en aquellas sociedades dotadas de un entramado institucional que impedía la depredación o, más bien, la limitaba. La ausencia de depredación fue una causa necesaria, aunque no suficiente, para la Revolución industrial. Ese marco propicio y no-depredatorio se llama feudalismo tardío. Esta afirmación puede sorprender porque es un lugar común asociar el feudalismo con, precisamente, la depredación. El punto es que en la Europa de los siglos XVI o XVIII un típico señor feudal podía ser muchas cosas horribles, pero pocas veces era un depredador pues, si lo fuera, su familia y linaje acababan perdiendo el patrimonio y desaparecían. O visto de otro modo, los nobles depredadores se fueron extinguiendo en aquel entorno capitalista, y solo sobrevivieron los no-depredadores; o, según la época y el país, los que no lo eran tanto. Pero la mejor forma de comprender todo esto es observando el Islam. De ello nos ocuparemos más adelante.

Así pues, antes de 1800 apenas se puede hablar de globalización. En la Edad Moderna no existía un mundo, sino varios, con pocas conexiones entre ellos. Y precisamente esto es lo que hace más interesante el *puzzle* de la gran divergencia: si esta hubiera comenzado poco después de 1800 sería inevitable, y fácil, responsabilizar de ella a la Revolución industrial. Pero si la gran divergencia comenzó antes, incluso mucho antes, debemos buscar explicaciones en otro lugar.

MALTUSIANISMO: LA SOPA DE PIEDRA

Ese lugar no es el maltusianismo. Allí solo encontraremos confusión, y piedras.

A finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX un grupo de filósofos y pensadores británicos –Adam Smith, David Ricardo, Thomas Robert Malthus, John Stuart Mill y otros– desarrollaron un conjunto de investigaciones sobre lo que entonces se conocía como Economía Política. Con el tiempo, vendrían a ser conocidos como Escuela Clásica (o manchesteriana) de Economía. Fuera del núcleo británico solo pueden reconocerse tres economistas «clásicos» importantes: Jean-Baptiste Say, en Francia, Jean Charles Leonard Simonde de

Sismondi, en Suiza, y Karl Marx, en Alemania, aunque este último escribió su principal obra en Londres, donde residió sus últimos 34 años de vida. La inclusión de Marx entre los «clásicos» está justificada por formación, intereses y método; al menos en su faceta de economista. Pero por muchas otras razones esa inclusión resulta rara, por lo que es común referirse a Marx como un «clásico heterodoxo»²¹.

La Escuela Clásica generó magníficos economistas, pero pésimos profetas. Hasta el día de hoy, ni el estado estacionario de Ricardo, ni la sociedad sin clases de Marx han visto la luz. Por supuesto, este fracaso cuestiona sus teorías, pero no la valía general de su trabajo. Al contrario, en el campo de las ciencias sociales los experimentos de laboratorio son complicados y es difícil encontrar mecanismos con los que probar la validez de una teoría; por eso son tan frecuentes las teorías no-falsables. Una de las pocas formas de evaluar la condición científica de una teoría es a través de la formulación de predicciones. El problema obvio es que, en tanto que estas se cumplen, o se incumplen, no cabe decir nada sobre la teoría. Peor aún: si nuestro criterio de delimitación de la ciencia y la no-ciencia se circunscribe a esto, no hay forma de distinguir una teoría científica de una leyenda urbana.

En esto de las predicciones existe un peligro adicional: el éxito del predictor no suele guardar relación con su capacidad para discernir el futuro, sino con su capacidad para satisfacer los prejuicios del público. Este puede reducirse a los colegas de la Academia, o abarcar todo un país. Pero sea cual sea su tamaño o composición, nada asegura que lo que piense la mayoría sea correcto. De ahí que a las predicciones impopulares se las deba dar un *plus* de simpatía. A eso se le llama fomentar el pensamiento crítico, una actividad que despierta la enemiga de los poderes públicos y, especialmente, del sacerdocio universitario. Claro que, por otro lado, sostener aquello que piensa la mayoría tampoco es, necesariamente, incorrecto. En fin, no hay normas.

Thomas Robert Malthus disfrutó las mieles del éxito desde muy temprano. A los 32 años se dio a conocer al gran público con la publicación de *An Essay on the Principle of Population* (1798). Después sacó algunos libros más, pero ninguno tuvo una acogida semejante. De hecho, una buena parte de esos trabajos fueron reelaboraciones o disertaciones del *Essay*. En él Malthus formulaba un conjunto de predicciones catastróficas sobre el futuro inmediato que muy pronto demostraron ser falsas. Por ejemplo, preveía que hacia 1900 Inglate-

²¹ Ekelund y Hébert, 2005: 105-300.

rra alcanzaría los 112 millones de habitantes, pero solo produciría alimentos para unos 35. Hoy en día viven unos 60 millones de personas en un país que es un exportador neto de alimentos²².

Esas predicciones eran falsas porque se basaban en un apriorismo: la población humana crece de forma geométrica (o exponencial), pero los alimentos solo lo hacen de forma aritmética (o lineal). Por supuesto, si esto hubiera sido así, resultaría inevitable que en pocas décadas Inglaterra y el mundo entero se hubiera sumergido en el horror del hambre y la guerra, a los que Malthus llamaba «frenos positivos» al crecimiento desmedido de la población. La cuestión es que el crecimiento del número de personas, como el de vacas, trigo o cualquier ser vivo, siempre pueden ser geométrico si se dan las condiciones adecuadas; pero lo normal es que no se den. En el largo plazo, la senda de crecimiento de cualquier población humana, y de las especies animales y vegetales que la sustentan, suele ser algo más parecido a una función lineal que a una geométrica; lo que tampoco significa que exista una ley matemática que lo determine. Todo lo más que podemos decir es que existen ciertas pautas de cumplimiento imperfecto, como que ninguna población tiene una fecundidad descontrolada, o que el descenso de la mortalidad tiene efectos más duraderos sobre el crecimiento que el aumento de la fecundidad²³.

Si Malthus no hubiese escrito nada sobre la población, pero de alguna forma hubiese logrado publicar el resto de su obra, habría pasado a la Historia del pensamiento económico como un discreto miembro de la Escuela clásica; un economista de segunda fila, aunque capaz de hacer aportaciones originales, como su conocida defensa de las «clases improductivas». Esa parte de su trabajo, la propiamente económica, se vio desarbolada en la segunda mitad del siglo XIX con la irrupción del marginalismo; que también arrasó la obra de los otros economistas clásicos. Hasta el día de hoy, el marginalismo sigue siendo la piedra central sobre la que se construye la enseñanza de la Teoría Económica en la universidad. La mayor parte del resto del edificio clásico – aunque no todo– se derrumbó.

²² Malthus, 1798: 7.

²³ Lee and Anderson, 2002. El artículo termina de este modo (217): «As for the vital rates, we have found that most of the long-term change in fertility and mortality was non-Malthusian in origin (that is, unrelated to changes in wages), and instead was a response to other influences such as weather, disease, or institutional change».

Pero Malthus y Marx sobrevivieron a aquel cataclismo. Y lo hicieron de un modo singular, huyendo del país de la Economía para conquistar nuevos territorios. Así, Marx, Engels y otros pensadores desarrollaron un extenso programa de investigación orientado a la Historia y denominado «materialismo histórico»; en el que, con el paso de los años, también han ido encontrando acomodo sociólogos, psicólogos, politólogos y otras especies. Durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX el marxismo se convirtió en la fe dominante y la iglesia militante de la Ciencia Histórica. Había una razón muy obvia detrás de ese éxito: un historiador que desease ser «científico» necesitaba un modelo holístico en el que basarse; y solo había este.

El maltusianismo siguió un camino diferente. En lugar de colonizar un territorio ya descubierto, decidió crear su propio territorio, al que bautizó «Demografía». En realidad, los estudios demográficos habían nacido antes, pero la falta de referentes y las obvias conexiones con la Economía, hicieron que Malthus pronto emergiera como su fundador oficial. También hacia la segunda mitad del siglo XX, el maltusianismo alcanzó el *status* de fe dominante e iglesia militante, un proceso que se vio facilitado por la aparición del Tercer Mundo como sujeto político tras la descolonización y la toma de conciencia de los graves problemas de aquellas naciones.

La incapacidad del marxismo y el maltusianismo para hacer predicciones confiables e impulsar políticas económicas correctas son dos de las principales razones de su decadencia. Pero no son las únicas ni, quizás, las principales. En realidad, sus debilidades eran obvias muchos años antes de su época de dominio escolástico. No es este el lugar para extenderse sobre las políticas y profecías fallidas del materialismo histórico. Lo que sí merece la pena señalar es que, con todos sus problemas, el marxismo era un sistema más defendible que el maltusianismo por dos motivos. Primero, porque sus predicciones no se situaban en un futuro concreto; al fin, Marx nunca explicó cuándo tendría lugar la «Dictadura del proletariado» (ni siquiera lo que era). Segundo, porque al ser un sistema holístico y tautológico no tenía necesidad de confrontarse con la realidad.

En cambio, la demografía maltusiana aspiraba a ser numérica y precisa; y nunca pretendió ser holística. Todo esto la hacía mucho más débil frente a la realidad. Y el hecho es que todo lo que sabemos de la Historia de la población de los últimos dos siglos contradice punto por punto todo lo dicho por Malthus. Por ejemplo, una de sus tesis básicas era que la inmensa mayor parte de la población de cualquier sociedad expansiva acabará teniendo un nivel de vida cercano al de la mera supervivencia, pues cualquier hipotética mejora del bienestar se traduciría en un aumento del número de hijos y la conse-

cuenta reducción del bienestar total. Juzgue el lector por sí mismo si esa es su situación personal, o fue la de sus padres, o sus abuelos, o hasta donde la memoria le alcance. Lo dicho para nuestra sociedad se aplica al Tercer Mundo. Hace un siglo, esas naciones experimentaron una explosión demográfica que habría que atribuir, según Malthus, a una insensata elevación de los salarios de las clases trabajadoras. Esa mejora no solo se ha mantenido, sino que se ha acelerado. Sin embargo, desde hace 20, 30 o 40 años, casi todas las naciones del mundo han experimentado una drástica reducción de sus tasas de natalidad. ¿Por qué inicialmente creció la renta per cápita si la población también lo hizo? ¿Y por qué luego se redujo la tasa de crecimiento de la población si la renta era más alta que nunca, y seguía creciendo?²⁴.

Un maltusianismo que no es capaz de explicar la realidad, sin embargo, acuña términos con los que describirla, como «economía maltusiana» (es decir, economía preindustrial) o «trampa maltusiana», que enseguida veremos. En todo caso, términos exitosos en la jerga académica. Así pues, dos siglos después de la publicación del *Essay*, seguimos hablando del maltusianismo, e incluso hablamos en «maltusianés». En cierto modo, su éxito ha sido mayor que el del marxismo. Parte de la explicación estriba en que el maltusiano moderno no cree en casi ninguna de las cosas en las que creía Malthus. Ninguna persona sensata (nótese que hay muchos académicos insensatos) cree que el número de hijos de una sociedad se determine por lo que físicamente posibilite su salario. Y tampoco nadie sensato cree que los recursos crecen de forma aritmética y la población de forma geométrica. Otra parte de la explicación es que el maltusianismo cumple una función importante alimentando las partes más tenebrosas de nuestra alma, de modo semejante a como lo hacen, por ejemplo, el grupo de rock *Metallica* o la serie de televisión *Walking Dead*. Cuando se toca fondo existe un extraño consuelo en desear el fin de todo; y hay gente que nunca sale del pozo, arrastrando su vida como los *zombies* arrastran su no-vida²⁵.

Pero hay otra explicación más básica; insuficiente, pero necesaria. El maltusianismo sostiene, y es sostenido por, afirmaciones que no solo son correctas, sino irrefutables, como la de que el crecimiento de cualquier población está limitado por los recursos que pueda obtener. Esto es una obviedad; pero

²⁴ Sánchez Barricarte, 2008: 74-79, 96-103, 161-174 y 191-203.

²⁵ En el campo de la Economía tanto el modelo maltusiano como los sucesores neomaltusianos han demostrado ser erróneos una y otra vez. Las predicciones de inspiración maltusiana se han reiterado con pasmosa regularidad a lo largo del tiempo, con el mismo y constante resultado fallido. Rao, 1994. Pinker, 2002: 355-360.

hay muchas obviedades inútiles que, como esta, solo sirven a un campo muy concreto de la investigación científica. Por ejemplo, el Segundo Principio de la Termodinámica, según el cual «la entropía del universo aumenta con el paso del tiempo». Ningún físico teórico negará tal principio; pero tampoco habrá ningún investigador social al que le importe lo más mínimo, salvo, quizás, como metáfora. Nadie en su juicio pensaría que el fin de nuestra sociedad sea su disolución en un infierno «Mad Max», por muy cierto que sea que «la entropía del universo aumenta con el paso del tiempo». Y nadie lo cree, o al menos nadie lo cree como un hecho inevitable, porque la Historia es la Historia, y la Física es la Física. La cuestión es que esto no es un libro de Física, o de Ecología, sino de Historia Económica. El campo de investigación de esta disciplina abarca lo que han hecho los seres humanos en los 50 siglos comprendidos entre la aparición de las primeras civilizaciones y el momento presente. No se ocupa de lo que han hecho los homínidos en el último millón de años. Por supuesto, nada impide que algunas teorías e hipótesis de la Ecología, como de la Física, puedan ser utilizadas; pero no hasta el punto de desplazar a la Economía y a la Historia. En realidad, la aceptación del modelo maltusiano es una claudicación de los historiadores económicos.

La razón por la que la Ecología tiene un campo de actuación muy pequeño en la Historia Económica estriba en que los seres humanos han desarrollado tecnologías que les permiten sobrepasar los límites impuestos por la naturaleza. Además, esas tecnologías no son estáticas; al contrario, cada cierto número de generaciones, cada vez menos, se produce un avance con respecto a la tecnología precedente. Cada nueva tecnología proporciona mejoras en la productividad o la posibilidad de explotar nuevos espacios, o las dos cosas a la vez, con lo que la frontera de posibilidades de producción está en constante expansión. De ahí que las condiciones estáticas que hubiéramos esperado encontrar en sociedades «maltusianas» resultan desconocidas en el mundo real. Para hallarlas tenemos que remontarnos a períodos muy lejanos de la Historia, aquellos en los que gobernó la Ecología, para los cuales tenemos poca información. Así, las sociedades cazadoras suelen estar más cerca de su curva de posibilidades de producción que las sociedades campesinas, a pesar de que en ellas vive menos gente en más espacio. Este razonamiento ha llevado a algunos investigadores a especular sobre el origen de las invasiones de pueblos nómadas como los mongoles tras un supuesto desequilibrio entre la población y los recursos. Es una hipótesis posible, aunque cuestionada²⁶. En

²⁶ Para el caso de los mongoles, Jenkins, 1974. Brown, 2001: 214-217. Sin embargo, Pederson, Hessel, Baatarbileg, Anchukaitis and Di Cosmo, 2014, arguyen exactamente lo contrario. El

todo caso, dudo que nadie encuentre jamás una demostración irrefutable de nada de esto, pues esos pueblos no dejaron registro de sus motivos para atacar a sus vecinos. Al fin, todo bien pudo suceder por el liderazgo de hombres extraordinarios como Gengis, tal y como la tradición oral ha contado. Desde luego, tal interpretación resulta pobre e insatisfactoria; pero, al menos, tiene algo de verdad.

En el otro extremo de la línea del tiempo, el progreso económico y social reduce la Ecología a la nada (bien entendido que hay daños al medio ambiente que, quizás, en un futuro tengan consecuencias en el crecimiento demográfico). Por eso, en ninguna sociedad moderna tiene sentido hablar de crisis malthusianas. Otra cosa es que haya habido episodios de hambre, algunos de los cuales han sido muy graves. Pero ninguna de esas desgracias ha sido consecuencia de la falta de recursos, sino de una mala gestión estatal, o de la guerra. Esto es lo que ha sucedido en todas las grandes hambrunas de nuestra época: la actual del Yemen, las de Corea del Norte en 1995 y 1996, las de Etiopía en la década de 1970, las de China a finales de la década de 1950, las de Biafra a comienzos de esa década, la de Bengala en 1943, las de Ucrania de 1921 y 1933, etc. Y lo mismo se puede decir de la crisis de la patata en Irlanda en la década de 1840, o de la de Bengala en la de 1770. Lo que causó la muerte de miles de hombres nunca fue la falta de recursos, sino la mala gestión política, y las guerras. Unas guerras que, por cierto, tampoco se produjeron como consecuencia de la competencia por los recursos naturales, sino por ambiciones personales, nacionalismo, fanatismo, y otras miserias.

Así pues, tenemos dos espacios definidos y un gran espacio intermedio indefinido. La vida de los homínidos y los pueblos primitivos, y quizás también la de las tribus nómadas de las estepas, se regiría por los principios de la Ecología. La de los hombres «modernos», es decir, la de quienes han vivido desde hace 200 años, se regiría por los principios de la Economía. La tesis de los historiadores malthusianos moderados, o modernos, es que ese gran espacio intermedio es el terreno de las «economías malthusianas». Pero, por muchas razones, esto no pudo ser así.

En este punto es interesante el trabajo de Ester Boserup sobre los condicionantes del cambio agrícola²⁷. Lo que esta economista danesa hizo fue, básicamente, invertir el razonamiento de Malthus. Y lo hizo a raíz del estudio de

cambio favorable de las condiciones climáticas en los siglos XII-XIII fue lo que puso las bases de la expansión mongola.

²⁷ Boserup, 1993.

las condiciones de desarrollo de la que, supuestamente, era la economía más «maltusiana» de su época: la India. Boserup descubrió que el tamaño de la población no venía determinado por la tecnología (y los recursos), sino que era la tecnología la que estaba determinada por la población. Una sociedad más poblada era más compleja y, por tanto, ofrecía mayores oportunidades para el cambio tecnológico. En otras palabras, la curva de posibilidades de producción crecería conforme lo hacía la población. Mirado con perspectiva, nada de esto es una aportación académica extraordinaria. Es evidente que el imperio chino era una sociedad más compleja que Mongolia. Es igualmente evidente que en el imperio chino vivía mucha más gente que en Mongolia. En fin, no parece un hallazgo extraordinario que uno y otro hecho respondan a una misma lógica. La cuestión es que la explicación ecológica encuentra en el trabajo de Boserup una refutación completa precisamente para ese período intermedio del paso de la Ecología a la Economía. No tendríamos que explicar con qué pautas y en qué periodos las reglas de la Ecología dejaron de funcionar. Simplemente, dejaron de hacerlo en el preciso instante en que los hombres empezaron a vivir en sociedad en lugar de hacerlo en tribus. La complejidad social que acontece con la misma aparición de las primeras civilizaciones introduce suficientes incentivos para el progreso tecnológico por la vía del aumento demográfico, del que la escritura es su más claro exponente.

El principal problema de la tesis «anti-maltusiana» de Boserup radica en que, si el crecimiento demográfico expande la frontera de posibilidades de producción, sería poco menos que inevitable encontrar un rápido progreso de la humanidad, en el que las sociedades más complejas y pobladas se habrían impuesto a las más atrasadas y despobladas con relativa facilidad. Es decir, primero los campesinos se habrían impuesto a los nómadas; después los campesinos más innovadores se habrían impuesto a los más conservadores; y después la ciudad se habría impuesto al campo. *Grosso modo*, esto es lo que sucedió. Pero estas «guerras» duraron siglos o, más bien, milenios. Parece mucho tiempo para validar esa tesis, y abre la puerta a que el maltusianismo tenga una larga convalecencia, como acompañante de otras teorías con más sustancia. Pues bien, esa larga convalecencia se construye alrededor del concepto de «trampa maltusiana»²⁸.

La idea básica de este modelo es que, hasta la Revolución industrial, cualquier progreso tecnológico era absorbido por el crecimiento demográfico, de modo que nunca se traducía en una mejora permanente de los niveles de

²⁸ Para una descripción moderna y positiva del modelo maltusiano, Clark, 2007: 19-32.

vida. Por tanto, los avances tecnológicos solo tendrían efectos temporales. Por ejemplo, una mejora agrícola como la introducción de la doble cosecha de arroz se traduciría en una mejora de las condiciones de vida de la población y en un aumento de la natalidad (o una menor mortalidad infantil). Pero al cabo de unas décadas, el propio crecimiento demográfico anularía las ventajas logradas con la nueva técnica, de modo que la gente volvería a las condiciones de vida iniciales. Desde la perspectiva maltusiana «clásica» esas condiciones serían las de la mera subsistencia.

Las trampas maltusianas siguen entrando en contradicción con el trabajo de Boserup. Si la introducción de una nueva tecnología induce un crecimiento demográfico, este también provocaría un cambio tecnológico, que a su vez generaría un aumento demográfico, etc. Es decir, se generaría un círculo virtuoso que, al fin, negaría la misma trampa maltusiana. Así pues, o bien Boserup estaba equivocada y el crecimiento demográfico no es un incentivo a la innovación, o bien deberíamos construir un modelo cíclico de sucesivas e imperfectas trampas maltusianas, la última de las cuales desembocará en la Revolución industrial; que, no por casualidad, ocurrió en uno de los países más densamente poblados del mundo. En todo caso, el maltusianismo habría pasado de ser una distopía de hambre y guerras, a una sucesión de trampas maltusianas que finalmente nos llevarían al reino de la Revolución industrial. No deja de ser un final feliz.

Pero sigue siendo una historia improbable. La principal característica del modelo de la trampa maltusiana es que no es falsable. Es decir, no es ciencia tal y como normalmente se la define. En efecto, si hay algo que caracteriza al progreso tecnológico es que nadie es capaz de prever sus consecuencias. Una determinada invención, digamos que el molino de viento, puede ser esencial para el desarrollo agrícola de una región, pero inútil en el de otra. No obstante, incluso sin molinos de viento los efectos positivos sobre la segunda región pueden ser importantes, aunque impredecibles, por el comercio y el desarrollo inducido sobre otras tecnologías; por ejemplo, el molino de agua. En resumen, es imposible saber a cuánto ascienden los beneficios de una nueva tecnología ni temporal ni geográficamente. Y aún más importante: tampoco podemos cuantificar qué parte de ese impacto económico (que no es mensurable) se traslada al crecimiento demográfico, y qué parte a los ingresos. Y mucho menos cómo lo hace en cada generación. Se supone que una nueva tecnología proporcionará, en primer lugar, una mejora de los ingresos; y que como consecuencia de ello habrá, en un segundo momento, un aumento de la población que terminará anulando esa mejora. ¿Pero con qué ritmos? ¿Y en qué medida? No conozco ni un solo trabajo académico en el que se haya

tratado de medir estas cosas. Tampoco espero encontrarlo. La existencia del comercio y de desarrollos tecnológicos inducidos, y el desconocimiento de las tasas de acumulación y reparto de beneficios, hace poco menos que inimaginable semejante experimento. Y todo ello sin tener en cuenta que hablamos de economías poco avanzadas en las que la información es, de por sí, pobre. Y aún más: todo ello sin tener en cuenta que en el largo plazo ocurren sucesos extraordinarios, como guerras o epidemias, que echan por tierra todos los cálculos.

Pero los problemas de la trampa maltusiana no se reducen a la imposibilidad de medirla. Además, parte de un supuesto falso, si no en todos los casos, sí en la inmensa mayor parte: el de que la oferta de tierra es limitada²⁹. Por supuesto, en un sentido estricto esto es otra obviedad: la superficie emergida del planeta es, poco más o menos, finita y constante. Pero es una obviedad inútil. En el ámbito al que se refiere esta monografía, los grandes países no poblados por europeos durante la Edad Moderna, la inmensa mayor parte de la tierra no estaba cultivada. Y una parte de esa tierra inculta –proporcionalmente menor, pero aún así de enorme extensión– era potencialmente cultivable con poco esfuerzo y con las tecnologías disponibles. Un ejemplo de ello es Marruecos. Desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XIX las fértiles planicies atlánticas estuvieron menos cultivadas, y albergaban menos población, que los estrechos valles del Atlas y el Rif. De hecho, esas regiones estaban menos pobladas que en tiempos de Roma o durante la conquista musulmana y los siguientes dos siglos. Esta distribución irracional de la población durante tanto tiempo no respondía a ninguna lógica económica. Solo era la consecuencia de factores de naturaleza política; probablemente, y de forma resumida, el hecho de que los valles altos de los ríos ofrecían una seguridad política y militar que las planicies abiertas no podían dar³⁰. Esta situación nada tiene que ver con la Ecología o el desarrollo tecnológico de Marruecos. Solo es una consecuencia de factores institucionales poco menos que impredecibles.

Pero incluso en los pocos casos en los que la oferta de tierras estaba realmente limitada y existía un grado de ocupación elevado, que nunca completo, las posibilidades de la intensificación agrícola permitían el crecimiento demográfico sin mejoras tecnológicas significativas. De ahí que extensas regiones del planeta siguieran acumulando población durante mucho tiempo sin que realmente sucediera nada en ellas, con tal de que los poderes públicos

²⁹ Clark, 2007: 24.

³⁰ Medhi, 2018.

lo permitiesen. Esto es lo que ocurrió en los grandes valles de Eurasia. Allí, en los sistemas agrícolas de irrigación por inundación anual, casi cualquier incremento demográfico era posible. Precisamente por ello, y como veremos, hay quien los ha denominado «agujeros negros» demográficos, pues en ellos siempre cabría más población³¹. No es una casualidad que desde hace miles de años los valles del Nilo y del Éufrates-Tigris hayan albergado a varios millones de personas; y que esa población haya experimentado variaciones considerables, que siempre fueron causadas por epidemias o trastornos políticos³². O que aun hoy la cuarta parte de la población mundial viva en regiones en las que se practica ese tipo de agricultura.

Las razones por las que la población de seres humanos creció muy despacio desde el descubrimiento de la agricultura hasta la Revolución industrial hay que buscarlas lejos del malthusianismo. Son, en primer lugar, las que de forma genérica englobamos dentro del concepto «marco institucional». Es decir, los impuestos en especie y dinero, la esclavitud, la servidumbre y otras formas de explotación no-contractual, las restricciones al comercio, la ausencia de seguridad jurídica, las limitaciones a la libertad de los individuos impuestas por religiones y Estados, etc. La segunda razón que explica la lentitud del crecimiento de la población es la guerra; la cual también podría considerarse como parte de ese «marco institucional». La tercera razón, y quizás la principal, es la propagación de enfermedades infecciosas.

Sin embargo, resulta sorprendente cómo muchos historiadores han minusvalorado el impacto de esas enfermedades sobre el crecimiento demográfico para mantener con vida las tesis malthusianas. Por ejemplo, es casi una lección leer que la población europea entró en declive en la primera mitad del siglo XIV como consecuencia de la Peste Negra y de diversas crisis agrícolas provocadas por la superpoblación. De aquí, por sinécdoque, llegamos a un epígrafe clásico en los manuales de Historia: «La crisis del siglo XIV». La realidad fue la siguiente: en 1315-1317 tuvo lugar el «Gran Hambre», que fue la peor hambruna padecida por Europa a lo largo de toda su historia. Sus causas no están claras. Parece que hubo una confluencia de factores, unos institucionales, y otros epidémicos, como la aparición de enfermedades en las plantas debido a un clima demasiado húmedo. Como fuere, no hay motivos para pensar que hubiera una crisis de superpoblación propiamente dicha, es

³¹ Bray, 1986.

³² Sobre el impacto de las epidemias sobre la población de Egipto y Oriente hasta 1500, Pammuk y Shatzmiller, 2014.

decir, que los recursos no fueran suficientes para alimentar a la población³³. Pero esto no es lo importante. Lo importante es que la incidencia de esa crisis dudosamente maltusiana no fue ni remotamente comparable a la de la Peste Negra de 1347-1349, una enfermedad cuya letalidad era independiente del grado de nutrición de los pacientes. Con respecto a la hambruna de 1315-17, hablamos de una diferencia en el número de fallecidos de 10 a 1, o más. Ciertamente, la Peste Negra también fue la peor epidemia de Europa desde el año 1000 (aunque quizás no antes; las de tiempos de los emperadores Justiniano y Marco Aurelio pudieron ser peores). Pero a lo largo de los siglos XVI y XVII, y realmente en todos los siglos, se sucedieron otras epidemias muy duras; y todas fueron mucho peores que cualquier hambruna coetánea (cuando las hubo). En consecuencia, ¿por qué se repite que la mortalidad catastrófica en la Europa medieval y moderna era causada por crisis maltusianas cuando es evidente que la causa principal, con gran diferencia, fue la propagación de enfermedades?³⁴.

En resumen, lo característico de las sociedades preindustriales, o al menos de las que no eran muy «primitivas», es hallarse muy lejos de su frontera de posibilidades de producción. El tamaño de la población era mucho menor del que potencialmente podía ser con la tecnología existente en cada momento. Por este motivo, los gobernantes mantenían posiciones poblacionistas: más hombres son más soldados y más impuestos. También por ello, las religiones dominantes y la cultura popular avalaban esas actitudes; el bíblico «creced y multiplicaos». Nada de esto refleja imprudencia o locura. Simplemente sucedía que la gente corriente, lo mismo que sus gobernantes, no veía en la falta de recursos un peligro para su vida o bienestar. Esos temores se veían en la peste y la guerra.

Se cuenta que en Portugal llegó a un pueblo un mendigo hambriento. Tenía una olla, que lleno con agua de una fuente y que puso a hervir; y en la que, solemnemente, arrojó una piedra. A continuación, dijo a los aldeanos que de este modo haría una sopa muy sabrosa, y que no necesitaba nada más. No obstante, aceptaría que otros colaborasen añadiendo sus verduras o lo que creyesen conveniente para mejorarla. Los campesinos se rieron de la

³³ Jordan (1996).

³⁴ A mi juicio, a un historiador «científico» le resulta difícil aceptar que los hechos que relata son un mero producto de la casualidad, y que no hay una teoría científica detrás. En otras palabras, subyace el miedo a reconocer que «el emperador está desnudo», y que los historiadores son poco más que cronistas ennoblecidos.

ocurrencia del mendigo, pero fuera por simpatía o por compasión, empezaron a echar sus sobras en la olla. Tantos campesinos vinieron y tantas sobras echaron que, al final, la sopa se formó, y, en efecto, era bien sabrosa. Ese mendigo era inglés y se llamaba Thomas Robert. El maltusianismo es su piedra. Y los campesinos somos todos nosotros, que echamos factores políticos, económicos y patológicos a la olla, para satisfacción de aquel reverendo de tan extraordinaria labia³⁵.

Hay un último aspecto del maltusianismo sobre el que merece la pena detenerse: se trata de un producto genuinamente europeo. La trampa maltusiana y el resto de artefactos han sido desarrollados por historiadores y economistas que miraban un espacio agrícola muy particular, Europa occidental, donde el clima es templado, los suelos profundos, y la pluviosidad abundante y regular. Con las técnicas adecuadas, ese espacio agrícola puede ser muy productivo, lo que tiene como contrapartida una precaria sostenibilidad a largo plazo. Es decir, el gran problema de los campesinos europeos de todas las épocas ha sido cómo mantener la fertilidad de la tierra sin recurrir a largos barbechos. Para resolverlo desarrollaron diferentes sistemas de rotación de cultivos en los que la implementación de la ganadería fue cada vez mayor. El resultado final fue la llamada «revolución agrícola».

La cuestión es que pocos lugares del planeta ofrecen características semejantes. En particular, ninguna de las grandes civilizaciones en las que ha vivido el 80 % de la población mundial. En esos lugares, el problema del mantenimiento de la fertilidad de la tierra o bien era inexistente, o bien se planteaba con otros términos. En los grandes valles fluviales de Asia y África la fertilidad se reponía por la inundación de las aguas repletas de sedimentos arrastrados desde las cabeceras de los ríos. Soluciones diferentes para la reposición de la fertilidad se desarrollaron en el secano sin ganadería y con barbechos prolongados del Mediterráneo, la ganadería extensiva de las estepas asiáticas, o la agricultura extensiva de la sabana³⁶.

Esta es la razón por la que los europeos introdujeron pocos cambios en el paisaje agrario de las naciones que conquistaron o colonizaron. Solo lo hicieron en las pocas «nuevas Europas» que hallaron en la costa este de Nor-

³⁵ Poco antes de la publicación de este libro, me enteré de que Malthus padecía palatosquisis (labio leporino), pese a lo cual ganó premios de declamación en griego, latín e inglés. Por este motivo decidí dejar el texto como estaba, como reconocimiento a un hombre que fue capaz de sobreponerse a las travesuras de la genética.

³⁶ Andreae, 1981: 127-149 y 174-181.

teamérica, el Mar de Plata, Nueva Zelanda y el extremo sudoriental de Australia, donde las condiciones de suelo y clima eran semejantes. En el resto del planeta su paso dejó poca o ninguna huella, según los casos. En conjunto, los mayores cambios tuvieron lugar en América. La ganadería extensiva abrazó todo el continente. La agricultura de plantación prosperó en el Caribe, para desgracia de los africanos arrastrados por la fuerza hasta allí. Las vides crecieron en el Cono Sur; y también se cultivó trigo donde era posible hacerlo. Con todo, gran parte de los sistemas agrícolas de Latinoamérica permanecieron tal y como estaban. Fuera de ese continente, los cambios fueron aún menores. Globalmente el más importante vino de la introducción de dos plantas americanas, la patata y el maíz. La introducción de técnicas agrícolas, animales o plantas europeas fue prácticamente nula en China, India, Irán o Egipto. La modernización agrícola de esos países ha sido muy reciente, en la mayor parte de los casos posterior a 1950. En cuanto a la comercialización de productos agrícolas, tampoco hay mucho que decir con anterioridad a 1800 o, más bien, 1850; salvo el azúcar y otros productos de plantación que no hicieron aportaciones reales a la nutrición.

Así pues, y dado que los sistemas agrícolas de esas naciones fueron, en todo momento, tan diferentes de los europeos, lo correcto sería estudiar las relaciones de causalidad entre población y recursos con modelos nativos, no europeos. Pero no sucede así. Los modelos que se aplican a la evolución económica y social de esos países son de matriz europea como, por ejemplo, la trampa maltusiana. Así pues, a la hora de abordar los problemas de esas sociedades no-europeas deberíamos ser vigilantes con nuestros prejuicios, manteniendo a raya nuestro latente eurocentrismo. Veamos este importante asunto con más detenimiento.

COMO NO SER EUROCÉNTRICO Y NO MORIR EN EL INTENTO

El problema del eurocentrismo es mucho más insidioso que el del maltusianismo porque no hay un corpus doctrinal al que referirse. Ser eurocéntrico no suele ser algo que uno decida por sí mismo, adscribiéndose a una determinada escuela de pensamiento, declarándose seguidor de un determinado filósofo, o colgándose un pin con la efigie de... ¿de quién? Ser eurocéntrico es algo que a uno le cae encima, como una maceta. Algo que se atribuye, pero

que no necesariamente es. En una palabra: un insulto. Y como tal, tendría el valor intelectual que merecen los insultos; o sea, ninguno.

Pero, desafortunadamente, las cosas no son tan sencillas. Y es que el eurocentrismo existe, no como escuela, sino como relato. Convencionalmente se le define como la tendencia a considerar los valores culturales, sociales y políticos de la tradición europea como modelos universales. La forma de expresar esa universalidad no es única, pues tampoco hay un único discurso sobre las cualidades (o defectos) que adornan a la civilización occidental. En lo que sigue distinguiré cinco discursos eurocéntricos: el selectivo, de concepto, teleológico, capitalista y demonizador. No son excluyentes unos de otros; de hecho, el último agrupa a los anteriores. Pero aún podrían reconocerse más. Sin un «manual de uso del eurocentrismo», resulta difícil pronunciarse sobre cuántas formas hay, y cuáles son sus fronteras o conexiones. Máxime cuando el eurocentrismo puede adoptar muchas facetas y agazaparse detrás de cada esquina. De hecho, nadie está libre de la acusación de ser eurocéntrico³⁷.

Una primera forma de eurocentrismo es el que denominaré «eurocentrismo selectivo», es decir, la tendencia de los académicos a tratar con preferencia temas europeos en historias supuestamente globales³⁸. Siento que, aunque todos somos vagamente conscientes del problema, no nos damos cuenta de su magnitud, que es colosal. Por ejemplo, el espléndido manual de Rondo Cameron, traducido a muchos idiomas y titulado *A Concise Economic History of the World: From Paleolithic Times to the Present*, dedica unas 40 páginas de 400 a las economías no europeas, lo que no es, precisamente, equilibrado. Por mucho que queramos elevarnos por encima de las groseras reducciones del todo a una parte, lo cierto es que la diferente incidencia de los temas se refleja en los resultados. Y es que este problema no se limita a la docencia, sino que anida en la misma investigación. Por ejemplo, en el momento de escribir estas páginas (mayo de 2020) en Google Scholar la búsqueda de «History of the Mughal Empire» generaba 40.700 resultados; la de «History of the Indian pepper», 135.000. Es decir, la diminuta historia de cómo la pimienta de la

³⁷ Y tampoco faltan inquisidores encargados de buscar herejes. Por ejemplo, James M. Bault dedicó una gran parte de su trabajo a la denuncia de colegas «eurocéntricos». Así, el segundo volumen de su trilogía inacabada tiene por título «Eight Eurocentric Historians». Eran Max Weber, Lynn White Jr., Robert Brenner, Eric L. Jones, Michael Mann, John A. Hall, Jared Diamond y David Landes. La verdad es que algunos de ellos no tienen problema en reconocer su eurocentrismo; pero uno no puede menos que preguntarse quién se creía el señor Bault que era para expedir certificados de inocencia eurocéntrica.

³⁸ Austin, 2018.

costa malabar cruzó los océanos para deleite de algunos miles de europeos ha generado una producción científica tres veces mayor que la de uno de los mayores imperios de la Historia. Si la investigación es la base de la docencia, no debería extrañar que en el libro de Cameron ese imperio sea poco menos que invisible³⁹.

Este primer eurocentrismo es, quizás, el más difícil de resolver. Ningún historiador se dirige hacia un público indefinido de seres humanos, sino hacia un público bien definido de gente corriente que vive en un determinado tiempo y lugar. La gente corriente siente interés por lo cercano, de modo que no deja de tener cierto sentido que los lectores occidentales se interesen mucho más por la pimienta malabar que por el imperio mogol. Por razones históricas bien conocidas, actualmente el público occidental es mucho mayor que la suma de todos los públicos no-occidentales. Y, por mucho que prospere el mundo en los próximos lustros, que lo hará, no parece que esto vaya a cambiar. Normalmente los historiadores vivimos de los presupuestos de universidades públicas que son financiadas con dinero de los contribuyentes. Es lógico, y bueno, que esos contribuyentes demanden investigaciones sobre los temas que les interesan. Por si todo esto no fuera suficiente, las fuentes documentales sobre el comercio de especias son mucho más prolijas y detalladas que las de otros temas; y, además, están escritas en inglés u otro idioma europeo. Quizás con mucha didáctica e investigación sea posible corregir este eurocentrismo selectivo. Quizás las generaciones futuras sean más cosmopolitas que las actuales. Pero es inimaginable que este problema se resuelva en el corto o medio plazo.

Un segundo tipo de eurocentrismo es el de concepto, consistente en la extensión indebida de ideas y razonamientos occidentales a mundos no-occidentales⁴⁰. El maltusianismo, a cuya indigencia intelectual ya nos hemos referido, ha sido uno de sus más prolíficos reservorios. No me extenderé más sobre él. Ahora me referiré a otros ejemplos de eurocentrismo conceptual. En primer lugar, la religión. La idea que de ella tenemos los europeos no suele corresponder con la que existe fuera de Europa, sobre todo en Oriente. Cada religión es única, por lo que sus numerosos efectos sobre la sociedad también son distintos. A grandes trazos, el cristianismo es una de las religiones más institucionalizadas del planeta, con una teología muy desarrolla-

³⁹ Hay muchos ejemplos de este tipo de eurocentrismo, pero pocas veces se llama la atención sobre ello. Si lo hace Sharman, 2019: 124-125.

⁴⁰ Austin, 2018: 24 y 30-32.

da, unos rituales complejos, un mensaje moral inquisitivo, y, hasta hace bien poco, una notable intransigencia. Es, pues, una religión «de extremos». Y, con todo, otras religiones le sobrepasan en muchos de esos aspectos. Por ejemplo, el islam tiene un desarrollo normativo mucho más complejo, y ha sido, y es, más intransigente en cuestiones relativas a la moral individual y sexual. El desarrollo filosófico/escatológico del budismo y el hinduismo es tanto o más sofisticado que el del cristianismo. Los ritos de budismo tántrico son mucho más complejos que los del cristianismo. Por otro lado, es importante observar que las diferencias teológicas entre las religiones son enormes. El mismo concepto de Dios es inasible en el islam, múltiple en el hinduismo, y prescindible en el budismo. En fin, las religiones tampoco son estáticas. Por ejemplo, el hinduismo ha evolucionado mucho desde sus orígenes védicos, hasta el punto de que sus estudiosos hablan no ya de una sino de tres religiones sucesivas. Y precisamente los mensajes religiosos más relacionados con la economía y las finanzas son los que probablemente más cambios han experimentado. En fin, resulta muy eurocéntrico tratar este universo bajo la limitada perspectiva de una sola religión.

Otro ejemplo de eurocentrismo conceptual es la extensión indebida y general del término «feudalismo» y otros asociados con él, y en particular los de «nobleza» y «aristocracia». El feudalismo es un producto típico de Europa que podemos aplicar sin demasiadas dificultades a Japón. Y a ningún otro sitio, al menos, de forma completa o como tal sistema político-económico. Seguramente, una parte de esas falsas atribuciones tenga su origen en el supuesto marxista (y no solo marxista) de que todas las sociedades deben pasar por las mismas fases o «modos de producción»⁴¹. Siendo la nobleza la clase social que define a una de esas fases, el feudalismo, muchos académicos identificaron cualquier casta militar con aquella. Pero la casta militar europea que llamamos nobleza, como la japonesa de los daimios, tenía características únicas y bien definidas, como la (relativa) independencia del monarca, la autonomía territorial y la capacidad para legar. Las castas militares del resto del mundo, con contadas excepciones, no tenían alguna de esas características; y a menudo, no tenían ninguna.

⁴¹ Los mismos autores marxistas reniegan de esa etiqueta. Así, Samir Amin (1989: 148-166) prefiere hablar de «modo de producción tributario» del que el feudalismo sería una versión «periférica»; es decir, una forma primitiva del modo de producción tributario propiamente dicho, que tiene su origen en la debilidad del poder central.

¿Estamos en condiciones de eliminar cualquier vestigio de eurocentrismo conceptual? Quizás, sí. Tampoco es tan complicado comprender que el feudalismo o la idea de un Dios único son conceptos occidentales que no debemos trasladar a Oriente. No obstante, y como veremos más adelante al abordar el «orientalismo» de Edward Said, surge una dificultad importante: normalmente comprendemos los conceptos lejanos por comparación con los próximos. En el mismo lenguaje deben existir conexiones entre lo desconocido y lo que nuestra cultura nos permite conocer. Establecer esas conexiones mediante un uso incorrecto del lenguaje puede ser un procedimiento errado, una burda metáfora. Pero es que las metáforas ayudan a comprender las cosas. Por tanto, la pretensión de extirpar cualquier concepto occidental del relato histórico de civilizaciones no occidentales puede que no solo no sea posible, sino que ni siquiera sea deseable.

En tercer lugar, existe un «eurocentrismo teleológico» según el cual la civilización occidental sería el destino o fin último de la humanidad. Así como defender la superioridad de una civilización sobre las demás es complicado y poco elegante, argumentar que, desde sus oscuros orígenes, Occidente ha ido superando a las demás civilizaciones, es una posición comedida y aceptable. Incluso puede deducirse, sin desdoro, cierto fatalismo: todas las sociedades no occidentales estarían condenadas a imitarnos, pues de no hacerlo desaparecerán, continuando una tendencia que se reconoce desde hace siglos. Pero como al imitar a Occidente esas sociedades pierden su idiosincrasia, también terminarán desapareciendo. En otras palabras, el fin último de la humanidad es Occidente.

Los relatos teleológicos no son originales. Se pueden elaborar muchas visiones finalistas de la Historia con un gran número de temas. Se puede redactar una historia del imperio romano bajo la premisa de que su destino era la cristianización de Europa, lo mismo que otra del imperio sasánida bajo la premisa de que el suyo era la islamización de Oriente Medio. De hecho, tanto el cristianismo como el islam son relatos teleológicos. Pero en los dos casos sucede que el pasado ha terminado por opacar el futuro. Así, desde la perspectiva de los creyentes, la hagiografía de Mahoma es más importante que la llegada de un todavía desconocido *mahdi*.

Quizás por ello, los mejores relatos teleológicos no son religiosos, sino laicos. Por ejemplo, el *Estudio de la Historia* de Arnold Toynbee, según el cual todas las civilizaciones están condenadas a replicar un modelo universal que podemos reconocer en la Historia de Roma y, en tiempos más recientes, en Occidente. Al final, todo se reduce a un combate entre la civilización y la bar-

barie. Otra teleología laica, aunque solo esbozada, se halla en *La rebelión de Atlas*, de Ayn Rand, que, según parece, en algún momento ha sido el libro más influyente en Estados Unidos después de la Biblia. En este caso, la teleología se construye sobre la liberación del hombre de los «místicos del músculo y del espíritu», es decir, la religión y el colectivismo. La Historia acabará cuando el hombre, un empresario de perfiles heroicos, se libere de esos tiranos, lo cual sucederá en los Estados Unidos de América. Otros relatos de epopeyas occidentales victoriosas pueden encontrarse en ámbitos territoriales menores, siempre desde visiones nacionalistas y/o religiosas. Por ejemplo, las doctrinas del Destino Manifiesto, el *lebensraum*, y la patria *afrikáner*. El sionismo podría entrar en el mismo grupo si aceptamos que la forma moderna de judaísmo trasladado a Palestina es un producto occidental. Lo que todas estas ideologías tienen en común es la concepción de la Historia como un combate entre grupos sociales. Es decir, el desprecio a la idea, mucho más intuitiva, de que la sociedad se construye sobre la cooperación entre individuos, tal y como postulaban, por ejemplo, Adam Smith o Aristóteles. Estas visiones conflictivas son inevitablemente teleológicas porque determinan de antemano qué bando saldrá victorioso.

La principal crítica a la Historia como Destino fue realizada hace casi un siglo por Karl Popper. En resumen, lo que argumentaba convincentemente es que la Historia carece de significado; es decir, carece de una teoría que pueda compararse con éxito a un modelo científico. Ningún relato, teoría o interpretación histórica satisface las condiciones de falsabilidad. Por tanto, ninguna es capaz de proporcionarnos una teoría segura ni sobre lo que fue el pasado ni sobre lo que nos depara el futuro. Todo lo cual, según Popper, tampoco invalidaría a la Historia como disciplina.

La crítica popperiana al eurocentrismo teleológico es sólida, pero también un tanto innecesaria. Hace mucho tiempo que esta forma de eurocentrismo está en declive. No deja de ser significativo que Samuel Huntington, el profeta de la lucha de las civilizaciones, no crea en la victoria final de Occidente. Al contrario, su mayor preocupación es articular medidas enérgicas para evitar su derrota⁴². Pero las inquietudes de Huntington son exageradas. En efecto, en los últimos 50 o 100 años Occidente ha ido perdiendo su identidad como civilización diferenciada; pero ello no ha sido consecuencia de una derrota ante las otras civilizaciones, sino de su propia universalidad. El mundo ha ido convergiendo hacia una europeidad en la que se disuelve su identidad como

⁴² Huntington, 1997. Una de las numerosas críticas a esta posición en Ferguson, 2012: 56.

civilización única. Desde mi egoísta perspectiva, no me parece un desenlace indeseable, incluso si comporta la pérdida de algunas esencias.

De todos modos, es intrigante porque una civilización que se extiende por el mundo, y socaba y destruye a todas sus rivales, sin embargo, encuentra tantas dificultades en definirse a sí misma como el destino de la Humanidad. Es decir, porque esa postura encuentra tan pocos valedores y está socialmente tan mal vista. Al fin y al cabo, tal interpretación se basa en un buen número de evidencias, que son mucho más sólidas que las de los otros eurocentrismos; los cuales, además, suelen incurrir en flagrantes contradicciones. En mi opinión, el eurocentrismo teleológico solo es refutable desde un plano epistemológico un tanto abstruso, que ni siquiera interesa a los científicos sociales. Creo que una parte del problema, quizás la principal, estriba en que en Occidente se ha perdido cualquier interpretación metafísica del cosmos. Por tanto, aunque la universalidad de la occidentalización sea una evidencia incuestionable, no es, en sí misma, interpretable. Es un simple hecho carente de una teoría, religión o cuento de hadas que lo respalde. En fin, no seduce.

Una cuarta forma de eurocentrismo es el que denominaré «capitalista». En el contexto de la Historia económica, y de la Historia en general, esta formulación lleva acarreada una estrecha conexión con el materialismo histórico. Para los autores de esta tradición, la primacía de los valores económicos en la configuración de las estructuras sociales lleva a identificar el eurocentrismo con la defensa del capitalismo⁴³. Se trata de una interpretación teleológica, pues plantea un conflicto histórico con un final ineludible: la derrota de ese capitalismo (o habría que decir «eurocapitalismo») por fuerzas obreras revolucionarias. Nótese que el conflicto no se plantea abiertamente entre naciones o religiones, sino entre clases sociales o, más bien, castas, pues se asume que no hay movilidad entre ellas o que es anecdótica. Como fuere, al final de los tiempos, una de esas castas-clases, el proletariado, emergerá victoriosa sobre los capitalistas. Da la impresión de que aún queda mucho tiempo antes de que esto suceda. Mientras tanto, vivimos en un sistema capitalista de matriz occidental que construye un conjunto de superestructuras para su propia justificación.

Pero, ante todo, ¿qué es el «capitalismo»? Este es un clásico ejemplo de «esencialismo metodológico» o «problema de las definiciones». Una defini-

⁴³ Amin, 1989.

ción es una relación entre dos términos, *explanans* y *explanandum*. Las definiciones nos deberían ayudar a comprender el mundo haciendo que el segundo término sea comprensible a través del primero. El problema es que a menudo esto no sucede, por lo que encontrar definiciones precisas de las cosas suele ser una pérdida de tiempo. Por ejemplo, la definición «un triángulo es un poliedro de tres lados» sería útil si el concepto «poliedro» fuera más aprehensible que el concepto «triángulo». Pero no es así. Intuitivamente comprendemos el *explanans*, «triángulo», antes que el *explanandum*, «poliedro». Y es que se llega al poliedro a través del triángulo, el cuadrado, etc., y no al revés⁴⁴. Con el capitalismo sucede lo mismo. Podemos encontrar muchas definiciones, pero las más precisas son muy largas e incluyen muchos más términos desconocidos que el que quieren definir, de modo que son inútiles⁴⁵.

Por ello, por mera comodidad, las definiciones más imprecisas y cortas son las más empleadas. De hecho, en nuestra vida cotidiana nos movemos con definiciones de capitalismo que son poco más que intuiciones. Se trataría de un sistema económico (¿qué es un «sistema económico»?) en el que hay propiedad privada y libertad para hacer negocios. El problema de esta definición es su subjetividad, pues entendemos que esos derechos a la propiedad y a los negocios no pueden ser absolutos, así que tampoco encontramos límites definibles del capitalismo. Con todos sus defectos, esta definición pedestre es mucho mejor que otras más académicas. Por ejemplo, Maurice Dobb caracteriza al capitalismo como aquel sistema en la que la fuerza de trabajo se convierte en mercancía. ¿Pero qué significa eso? En lo que aquí concierne, necesitamos un criterio que nos permita saber si tal evento ocurrió en una u otra sociedad; y cuándo; y con qué intensidad⁴⁶. En cambio, para Inmanuel Wallerstein lo que define el capitalismo es que el capital, que viene a ser riqueza acumulada, es empleado para acumular más capital. Misma pregunta: ¿realmente qué significa esto? Aquí habría que averiguar cuanto capital hay, qué parte se dedica a la producción y qué parte al consumo, atesoramiento u otros usos no productivos (que también habría que definir)⁴⁷. Nótese que estos dos historiadores, que

⁴⁴ Popper, 1945.

⁴⁵ La más larga y precisa la he encontrado en la wikipedia. La versión española ofrece una definición «minimalista» de 62 palabras; no quiero imaginar lo que hubiera sido una versión «maximalista». La versión inglesa proporciona una definición más comedida: «Capitalism is an economic system based on the private ownership of the means of production and their operation for profit».

⁴⁶ Dobb, 1971: 13-33.

⁴⁷ Wallerstein, 1998.

emplean la misma «metodología» marxista, proporcionan definiciones muy diferentes. Al fin, se hace necesario leer a Dobb y Wallerstein para descubrir lo que nos interesa: que el capitalismo comenzó en el siglo XVI en Europa, y que desde este continente se extendió al resto del mundo.

Esto es muy discutible. Con esas definiciones «científicas», lo mismo que con la anterior definición «pedestre», en ningún caso el origen del capitalismo estaría Europa en el siglo XVI. Por entonces, India y, sobre todo, China, serían sociedades tanto o más capitalistas que Europa. Y podríamos extender el origen no-europeo del capitalismo a otras civilizaciones en períodos anteriores, como el Islam Clásico, Roma, Grecia o los Fenicios. Europa, una civilización más bien tardía, sería un pobre candidato a esa paternidad; aunque bien es cierto que, seleccionando adecuadamente los atributos del capitalismo, podríamos otorgársela. Dicho de otro modo, hay que ser muy eurocéntrico para creer que el capitalismo es un «invento» europeo. Es muy significativo que, inicialmente, la principal contribución de Occidente a la extensión del capitalismo fue destructiva más que constructiva. Consistió en la eliminación de las restricciones económicas y políticas de unas sociedades que, en el pasado, habían sido más libres; o sea, más capitalistas. Por ejemplo, cuando en las décadas de 1850 y 1860 los norteamericanos impusieron el libre comercio en Japón solo estaban devolviendo al país a un estado de cosas existente dos siglos antes, durante el gobierno de los primeros sogunes.

Y es que la suposición de que el capitalismo ha sido difundido por los europeos mediante la conquista y colonización del planeta tiene muchos problemas; sobre todo, si lo planteamos como un proyecto deliberado y consustancial a esa expansión. Desde luego, no hubo nada antes del siglo XIX. Quienes viajaron a los Trópicos lo hicieron movidos por la avaricia, la rapiña, el saqueo y la búsqueda de esclavos o de algún lucrativo monopolio amparado por la fuerza del Estado. Todo ello más o menos disimulado tras algunos nobles ideales, singularmente, la evangelización (aunque, para ser justos, hubo muchos misioneros con verdadera vocación). La «transformación capitalista» del planeta nunca fue un objetivo perseguido por potencia, compañía o sujeto alguno.

Pero más revelador es lo que sucedió después. En el siglo XX la occidentalización siguió avanzando. Fue promovida, y de forma intencionada, desde el «imperialismo» norteamericano; obviamente, capitalista. Pero también, y aún más, desde el comunismo soviético. En China la Revolución cultural y otros horrores acabaron con 2.000 años de tradición confuciana, así como con un número desconocido de templos y monjes budistas. Se impuso a 1.000 millones de personas una ideología de raíz europea que les era completamen-

te extraña. No cabe atribuir esta situación a la supuesta peculiaridad de la dictadura china. En otros ámbitos en los que existió competencia electoral entre «derechas» e «izquierdas», las primeras han sido «indigenistas» y las segundas «europeístas». Por ejemplo, en Sudáfrica el «izquierdista» CNA marcó una agenda occidentalizadora, mientras que el «derechista» Inkatha abogaba por la nación zulú. Una identidad semejante podemos hallar en la India entre el «izquierdista» Partido del Congreso y el «derechista» Bharatiya Janata Party. O en Argelia entre el «izquierdista» FLN y el «derechista» FIS. O en Turquía entre el «izquierdista» CHP y el «derechista» AKP. Claro que tampoco esas identidades son automáticas. En América Latina el indigenismo es de «izquierdas» –Evo Morales– mientras que el europeísmo es de «derechas» –Jairo Bolsonaro–. En la guerra de Vietnam los católicos eran pronorteamericanos mientras que los budistas apoyaban al Vietcong. Lo único que puede decirse con seguridad es que las adscripciones políticas son caprichosas. Y también que, a veces, la Historia juega malas pasadas: en Irán tanto los partidarios del proamericano Shah como los del izquierdista Tudeh eran, cada cuál a su manera, occidentalizadores. La Revolución iraní los aniquiló por igual⁴⁸.

En resumen, ni el capitalismo es propiedad de los europeos, ni la europeización fue un subproducto del capitalismo. Hay que despreciar mucho a los no-europeos para negarles el mérito de haber construido su propio capitalismo. Hay que desconocer mucho a los no-europeos para creer que solo el capitalismo les occidentalizó. En fin, hay que ser muy eurocentrista para ser anti-eurocentrista.

Y es que, al fin, Marx y todo el materialismo histórico reconocieron importantes méritos al capitalismo; al menos, como una etapa necesaria en el desarrollo de la Humanidad. No obstante, ese reconocimiento tenía límites que han ido variando con el tiempo, pero que descansan en la idea de que, cualesquiera que sean sus méritos, siempre es posible alcanzar algo mejor. El problema es que podemos vislumbrar muchos mundos mejores, pero nunca fuera del capitalismo. Este sistema de tan complicada definición es el que más bienestar, igualdad y libertad ha proporcionado a la Humanidad; y sigue haciéndolo; y cada vez con más velocidad. Su éxito ha sido colosal, y el fracaso

⁴⁸ Lo mismo sucede hoy en día. Más allá de la lucha partidista, el movimiento feminista es el principal ariete de la occidentalización en el Tercer Mundo, especialmente en los países árabes. Pero el feminismo no tiene una ideología económica definida; puede ser calificado indistintamente como «derechista», «izquierdista», «conservador» o «progresista». Lo único claro es que por sus orígenes, sus líderes, sus objetivos, y su misma idiosincrasia, es un movimiento netamente occidental.

de sus alternativas (si es que realmente hubo alguna), apabullante. Por tanto, atribuir a Occidente la creación y difusión del capitalismo termina siendo una posición insoportable para unos historiadores que llevan dos siglos profetizando la muerte de un tipo que no solo no se decide a morir, sino que no deja de hacernos regalos.

De ahí que, en coincidencia con la aparición de nuevos identitarismos, el viejo eurocentrismo capitalista ha ido mutando. Este es el origen del eurocentrismo «demonizador», que podríamos definir como la tendencia a considerar los valores culturales, sociales y políticos de la tradición europea como modelos universales... del Mal. La forma común que adopta ese Mal ya no es, o no solo es, el capitalismo, sino algo más etéreo llamado «neoliberalismo».

Este palabro es interesante. En primer lugar, porque no hay neoliberales. Al menos, yo no conozco a persona o institución alguna que se defina así. En realidad, es lógico, pues la segunda característica del neoliberalismo es que es prescindible. Según el tipo de discurso que se haga, puede sustituirse por liberalismo o libertarismo (ideología), capitalismo (sistema económico) o conservadurismo (política, cultura). Y es que el palabro en sí no aporta nada. Por ejemplo, hay una ideología liberal desde hace 200 años, pero no hay una ideología neoliberal diferente de aquella. Para bien o para mal, los postulados liberales de, por ejemplo, Friedrich Von Hayek (1899-1992), John Stuart Mill (1806-1873) o, incluso, John Locke (1632-1704), apenas difieren de los que defienden los liberales actuales⁴⁹. Otros usos son incluso más desafortunados. Por ejemplo, la identificación del liberalismo con el conservadurismo es, esencialmente, falsa. Y a veces, ridícula. La cultura «ciberanarquista» de la que surgieron *bitcoin* y las otras criptomonedas es libertaria (que no liberal), transgresora y decididamente anti-conservadora.

Pero la tercera y más notable de las características del palabro «neoliberalismo» es que, siendo invisible y prescindible, ¡lo ocupa todo! Según algunos académicos «mono-pensadores», el neoliberalismo es el «pensamiento único» que imprime toda nuestra sociedad; no solo las relaciones económicas, como supuestamente hacía el capitalismo, sino las instituciones políticas, la

⁴⁹ Por supuesto, lo ideal sería poner ejemplos de neoliberales modernos; pero es que no hay. Al menos, no hay nadie que se defina así. Es significativo que los principales líderes políticos liberales actuales como Justin Trudeau, Barak Obama o Emmanuel Macron encuentren idéntica oposición en políticos tradicionalistas conservadores como Donald Trump o Marine Le Pen, que en políticos tradicionalistas de la izquierda como Bernie Sanders o Jean-Luc Mélenchon.

cultura popular e incluso las jerarquías raciales y de género. Y como el neoliberalismo es, por definición, el Mal, nuestra civilización neoliberal es, también por definición, el Mal Absoluto⁵⁰.

La idea de que Occidente es la encarnación del Mal sobre La Tierra es reciente. Por supuesto, ha habido muchos europeos que han criticado la intervención europea en el mundo. Desde Bartolomé de las Casas hasta Edmund Morel ha habido una larga tradición de denuncia del colonialismo y el imperialismo, que se sostiene sobre una no menos larga lista de atrocidades⁵¹. Pero lo relevante es que quienes trataron estos temas en el pasado lo hicieron desde la perspectiva de la superioridad moral del cristianismo o los valores occidentales, o desde la creencia de que no existía ningún tipo de superioridad moral. En cambio, el actual eurocentrista demonizador considera que la superioridad moral corresponde a los pueblos no occidentales; o, más bien, que Occidente es moralmente inferior.

Así pues, estamos ante poco más que un relato moralizante. De ahí también que la Historia, o las historias, del crimen, sea uno de sus temas favoritos. Pero precisamente aquí es donde ese relato es más groseramente eurocéntrico. En primer lugar, porque se difumina el número de víctimas y se resalta la condición del asesino o de la víctima; no el hecho básico de que hablamos de seres humanos. La muerte de un occidental es mucho más importante que la de un no-occidental, del mismo modo que el crimen perpetrado por un occidental es mucho más importante que el de un no-occidental. Desde esta peculiar perspectiva, las civilizaciones extra-europeas son presentadas bajo un barniz roussonian; y Europa (y específicamente Gran Bretaña) como el gran Leviatán. Por supuesto, la europeización del mundo se habría construido sobre una sucesión de crímenes perpetrados sobre lo que antes era poco menos que un paraíso virginal. Esta visión maniquea de la realidad ignora el hecho de que todos los imperios derrotados por los europeos, y, en realidad, todos los imperios y civilizaciones de todos los tiempos, han cometido crímenes terribles. Los conquistadores musulmanes destruyeron la rica diversidad religiosa del Oriente Medio; la expansión de los *han* arrasó con casi todas las culturas previas de China; la expansión de los pueblos bantúes destruyó los modos de vida de pigmeos, bosquimanos y hotentotes. Y podemos seguir avanzando hacia atrás por la noche de los tiempos hasta el exterminio de los

⁵⁰ Numerosos ejemplos en Lander (ed.) 2000.

⁵¹ Sobre Morel y los crímenes del rey Leopoldo II de Bélgica, Hochschild, 2002.

neandertales por los cromañones⁵². Conceder una importancia sobresaliente a los occidentales por el hecho de ser los últimos en llegar, que no los peores, denota una enorme falta de perspectiva histórica. En realidad, lo único que se puede decir sobre esto es que: 1º en el muy largo plazo ha habido una reducción de la violencia política, y 2º esa reducción se ha acelerado en los últimos tiempos⁵³.

En fin, el eurocentrismo demonizador resume y sublima todas las formas anteriores de eurocentrismo. Como el selectivo centra su atención en los europeos, ignorando al resto de la humanidad. Como el conceptual emplea categorías occidentales para agravar los cargos contra los europeos (y hacerlos comprensibles a un público mayoritariamente europeo). Como el teleológico, cree que el destino de la humanidad es Occidente; un destino que es una condenación. Como el capitalista atribuye a la avaricia de los europeos, es decir, a su «capitalismo», la causa última de que el Mal se esparza por La Tierra. En fin, el eurocentrismo demonizador es la estilización de todas las formas de eurocentrismo. Un producto refinado para paladares exquisitos, y también plebeyos. Y que camina muy lejos de aquellas ciencias sociales que emplean herramientas estadísticas para probar o refutar hipótesis falsables.

En resumen, con el actual grado de conocimientos, o prejuicios, es poco menos que imposible no incurrir en alguna forma de eurocentrismo. Se puede caer en él por un despiste, por una frase escrita de prisa, por repetir un tópico. Se puede ser eurocéntrico por decir cosas falsas e inmorales; y también por decir cosas ciertas y morales. Se puede ser eurocéntrico por no ser lo bastante elocuente en la defensa o en el ataque de determinados episodios históricos; y también por serlo. Al fin, la verdadera cuestión es si realmente merece la pena ser virtuoso y no pecar.

Creo que merece la pena. Lo importante es que hay un problema. Incluso si despreciamos al Ejército de Salvación, ignoramos profecías y esquemas teleológicos, y nos limitamos a escribir Historia, sin más, aún entonces tenemos que ser cuidadosos. Nos movemos en un terreno maltratado en el que no siempre sabemos lo que necesitamos saber; y en cambio, sabemos muchas cosas que no son importantes y nos desvían del recto juicio. Creo que, ahora

⁵² Harari (2014) pone de relieve que, desde poco tiempo después de la expansión del *Homo sapiens* en La Tierra, la humanidad lleva milenios embarcada en un proceso de destrucción de la diversidad cultural, en la que los grandes imperios han jugado un papel de primer orden.

⁵³ La evidencia de ambos asertos es abrumadora. Pinker, 2012.

mismo, la lucha más urgente que tiene ante sí la Historia, y no solo la Historia Económica, es vencer su eurocentrismo. Necesitamos el «velo de la ignorancia» de John Rawls. Solo si aprendemos a valorar a todos los hombres por igual, cualquiera que sea su género, raza y creencias (sobre todo, esto último), estaremos en condiciones de escribir una verdadera Historia de los seres humanos.

AMÉRICA, ÁFRICA Y EL OCÉANO

PORTUGAL, BRASIL, EL CARIBE Y EL TRÁFICO NEGRERO

Los primeros siglos de la civilización occidental fueron difíciles. Ubicada en el tercio occidental de un pequeño continente, y asediada al norte, este y sur por pueblos nómadas, durante los primeros siglos su supervivencia fue precaria. Sobre todo, corrió un peligro real de desaparecer como consecuencia de la invasión musulmana. La derrota del reino visigodo en la batalla de Guadalete de 711 pudo haber señalado el comienzo del fin; pero unas décadas más tarde los árabes fueron derrotados en las montañas de Asturias y en algún lugar de la llanura que se extiende entre Tours y Poitiers. Lo decisivo fue que, quizás por la pobreza del norte, los árabes no volvieron a hacer ningún intento serio de conquista de Francia. Luego hubo una lenta recuperación de tierras en Iberia y algunas grandes islas del mediterráneo. Hacia el siglo XIII, o bastante antes, el peligro estaba totalmente conjurado.

Pero otras amenazas aparecieron por el este. En 1241 y 1242, una horda de jinetes mongoles derrotó a varios ejércitos de caballeros cristianos, y el sur de Polonia, Bohemia, Hungría y Austria fueron sometidas a pillaje. Como los turcos unos siglos más tarde, los mongoles llegaron a las puertas de Viena. Pero no fueron más lejos por un hecho imprevisto, la muerte del gran kan Ogodei, cuyo sobrino Batú dirigía la ofensiva contra Europa. Batú regresó al este para reclamar el trono mongol, pero fracasó y tuvo que conformarse con ser kan de los mongoles en Rusia y Asia Central. En los siguientes años las tensiones con el nuevo gran kan, Kuyuk, hizo inviable retomar la ofensiva. Luego, nuevos problemas políticos tras las sucesiones de Kuyuk y Batú volvieron a postergar la invasión de Europa y provocaron la desintegración del imperio. En resumen, los mongoles dejaron de ser una amenaza. Pero, aunque el peligro se desvaneció por sí mismo, todo hace pensar que este segundo asalto fue mucho menos peligroso que el primero. Incluso hay quien argumenta que aquellas hordas se retiraron en 1242 porque habían tenido demasiadas pérdidas, y los enemigos que vislumbraban en el horizonte eran demasiado poderosos.

Al fin, en el siglo VIII los árabes llegaron al corazón de Europa, mientras que en el siglo XIII los mongoles apenas entraron en sus marcas orientales.

Así pues, en esos 500 años los europeos se habían vuelto más resistentes y diestros en la guerra. De hecho, habían extendido el ámbito de su civilización al sur de Italia, casi toda Iberia, Escandinavia y el este de Europa. Además, protagonizaron dos sorprendentes, aunque fallidos, intentos de conquista de Bizancio y Palestina. Por tanto, habían dejado de ser víctimas propicias. La expansión europea era militar, pero también, y, sobre todo, demográfica y económica. Es cierto que se detuvo bruscamente cien años después de la invasión mongola por la Peste Negra; pero aquello solo fue un freno temporal.

En efecto, en la segunda mitad del siglo XV comenzó una nueva fase de expansión europea. Fue impulsada desde Portugal que, al igual que Aragón, había visto cerrado su acceso al sur de la península Ibérica por las conquistas reino de Castilla. A la Reconquista portuguesa solo le quedaba una salida «natural», el mar. De ahí que Lisboa siguiera intentando prolongar la guerra en Marruecos, un proyecto bastante insensato, pero que solo se esfumó tras el desastre de la batalla de Alcazarquivir en 1578.

De todos modos, las motivaciones que latían detrás de la empresa africana no eran única ni principalmente religiosas. África prometía riquezas sinnúmero a los conquistadores, sobre todo, oro. La inmensa mayor parte del metal de las monedas que circulaban en Europa se obtenía con técnicas rudimentarias de varios yacimientos situados en tres zonas diferentes al sur del desierto del Sáhara: Senegal, el golfo de Guinea y Sudán. El oro, y también los esclavos negros, viajaban hacia el norte en caravanas de camellos como contrapartida de mercancías mayoritariamente obtenidas en el Magreb, como la sal, útiles de cobre y manufacturas textiles. Por otro lado, los europeos vendían en las plazas del Norte de África manufacturas de metal (y, anteriormente, esclavos) a cambio de especias, tejidos, diversos productos de lujo y, por supuesto, oro. Por tanto, acercarse a los centros auríferos, salvando los intermediarios árabes, parecía un buen negocio¹.

Pero también era un negocio difícil. La costa occidental africana era tan hostil como desconocida; y el océano, bravo. Como las técnicas de navegación aún estaban poco desarrolladas, era necesario establecer escalas en lugares accesibles y fáciles de defender. Las islas Canarias hubiesen podido ser una

¹ Sobre la expansión portuguesa en la costa occidental africana, Oliveira e Costa, 2014: 46-99; y Hermano, 1989: 149-160.

excelente plataforma para la explotación de la ruta africana portuguesa si Castilla, tras un largo forcejeo, no se hubiera hecho con ellas a comienzos del siglo XV. Por supuesto, Castilla podría haber emprendido la tarea de buscar las fuentes del oro por su cuenta, pero los españoles no mostraron mayor interés por esa u otras aventuras comerciales, lo que sería una constante en los siguientes dos siglos de expansión territorial. Portugal y Castilla no fueron las únicas potencias interesadas en la conquista. Génova y Aragón también enviaron expediciones. Y, de hecho, la primera conquista, la de las islas canarias orientales, no fue emprendida por ninguna de esas naciones, sino por un noble normando que fletó un navío en el puerto de La Rochelle. Así pues, desde que se tuvo noticia de su existencia el archipiélago se convirtió en un objeto de deseo de los europeos. Y por eso llama la atención que ni el imperio romano ni, sobre todo, ninguno de los Estados árabes del noroeste de África intentara esa conquista anteriormente.

Una posible explicación es que no se apreciaba su potencial. Las islas más cercanas al continente, Fuerteventura y Lanzarote, también eran las más pobres, casi un desierto. Puede que los marinos árabes lo supieran y creyeran que no había más islas o que las que había serían semejantes. Sin embargo, la realidad es que varias de aquellas islas, y las más grandes, eran muy feraces. Y por eso albergaban poblaciones más densas. Sus pobladores, los guanches o aborígenes canarios (estrictamente, los guanches solo eran los habitantes de Tenerife, aunque es común aplicar el gentilicio a todos los isleños), llegaron unos 2.000 años antes desde el norte de África, y habían olvidado las técnicas de navegación. En este terreno, como en muchos otros, el grado de desarrollo de esos pueblos era muy bajo en comparación al que por entonces había en sus lugares de procedencia. Si tiene algún sentido hablar de «estadios evolutivos», el de los guanches sería similar al de las comunidades neolíticas. Desde la perspectiva europea, aquellos nativos, carentes de los rudimentos de una civilización escrita, solo eran un estorbo. Los españoles y los otros conquistadores mostraron poca compasión, y muchos aborígenes fueron masacrados en guerras mal justificadas. Anticipando lo que poco más tarde sucedería en América, la invasión de patógenos hizo una contribución aun mayor al exterminio².

Los demás archipiélagos del Atlántico eran menos interesantes que las Canarias. Las islas Madeira y Azores no servían para el comercio africano por su lejanía de la costa africana. Las islas de Cabo Verde, aunque más cercanas a la

² Crosby, 1988: 86-121.

costa, todavía estaban a unos 500 kilómetros, y precisamente en su extremo occidental, por lo que llegar a ellas implicaba hacer un rodeo. Lo cierto es que precisamente esa posición excéntrica las daba un valor estratégico mucho mayor, pero como escala de un viaje hacia un continente aún desconocido, América. Así pues, los portugueses optaron por servirse de plazas situadas en la misma costa. La más importante fue Arguim, una minúscula y árida isla situada dentro de una bahía en la costa de Mauritania; un enclave semejante a Ormuz, del que luego hablaremos. A medida que pasaron los años el interés de estos parajes como escalas del viaje africano disminuyó, al tiempo que aumentó su valor como puertos negreros.

Y es que los portugueses estaban aprendiendo a navegar en alta mar. Hasta el siglo XIII, la mayor parte del saber náutico se había formado en el mar Mediterráneo, un ámbito en el que la navegación era relativamente sencilla. Las grandes tormentas eran raras, pocas veces se perdía de vista la costa, y había numerosos puertos en los que recalar. Con los árabes las pequeñas velas cuadradas de los romanos fueron sustituidas por velas latinas, de forma triangular; no tanto para ganar fuerza como maniobrabilidad. Luego vino el timón, con la misma finalidad. De este modo, en la alta Edad Media un barco de remos auxiliado con velas pequeñas, una galera, era una solución adecuada y suficiente. Este fue el motivo por el que la fuerza humana fue empleada durante tanto tiempo por sarracenos, pisanos, venecianos, genoveses, catalanes y turcos, cuyas naves no eran muy distintas unas de otras. Lo que sí cambiaba era la forma de reclutar la fuerza que las impulsaba. En los barcos venecianos remaban prisioneros de guerra o remeros profesionales. En los españoles, galeotes. Y en los turcos y argelinos, esclavos, como en tiempos de Roma.

Esta navegación de corta o media distancia, en pequeños saltos, no era muy distinta de la que practicaban los vikingos; que, al contrario de lo que se supone, eran pésimos marineros. Su máxima preocupación era no alejarse de la costa, por lo que resulta sorprendente que llegaran a Islandia, a Groenlandia y, finalmente, a Terranova; aunque aquí su presencia fue poco más que testimonial. Se cree que alcanzaron todos esos lugares por casualidad. Para navegar cerca de la costa y entrar en los puertos y ríos fluviales (atacaron París, Londres y Sevilla) empleaban remeros que, al mismo tiempo, eran soldados. Era una buena solución si el propósito era saquear; pero no lo era para el transporte de mercancías, pues el espacio que ocupaban los remeros, los remos y las bancas no se podía emplear como carga. Por otro lado, el oleaje del Atlántico, más fuerte que el del Mediterráneo, incomodaba el uso de los remos. En resumen, los barcos vikingos eran inapropiados para el comercio, pero esto tampoco importaba demasiado porque realmente solo eran lanza-

deras de hombres. De ahí que cuando la navegación estrictamente mercantil se hizo dominante hubo que buscar alternativas.

Hacia el siglo XIII aparecieron las primeras brújulas empleadas en barcos italianos. Probablemente fue una invención china llegada a Europa a través de los árabes. Su importancia puede haber sido exagerada, pues servía de poco si no se disponía de mapas; pero era el primer paso hacia la navegación de altura del atlántico. Con el tiempo fueron apareciendo otros instrumentos que mejoraron sus posibilidades, como el cuadrante, el astrolabio o la rosa acimutal. Y, sobre todo, el reloj de navegación, que acabó siendo esencial porque la única forma precisa de conocer la longitud (posición con respecto a un meridiano) era midiendo la velocidad en un rumbo más o menos alineado con la eclíptica (trayectoria del sol en el cielo).

Al mismo tiempo mejoró el diseño de los barcos. Apareció un nuevo tipo, la coca, una embarcación pesada, de vela cuadrada, con una maniobrabilidad deficiente, pero con dos importantes cualidades: tenía una gran capacidad de carga y requería pocos marineros para su manejo. La coca desempeñó un papel crucial en el desarrollo del tráfico marítimo en el norte de Europa, pero no era una nave adecuada para la exploración. Ese papel fue desempeñado más adelante por otro navío, la carabela, que combinaba las cualidades náuticas de la coca con las de la galera; es decir, la fuerza de la vela cuadrada con la maniobrabilidad de la vela latina. La carabela apareció a fines de la Baja Edad Media en la costa atlántica compartida por Andalucía y Portugal. Por su ligereza y versatilidad fue la nave característica de los descubrimientos. Pero no la de las grandes rutas comerciales, ya que resultaba pequeña. Ese papel fue desempeñado por barcos de tipo galeón y, más tarde, fragata.

También empezó a haber un mejor conocimiento de las corrientes marinas. Es posible que la causa de este aprendizaje estuviera en la estrechez de la plataforma continental de la península ibérica, que obligaba a los pescadores a buscar caladeros alejados de la costa. Al parecer, persiguiendo los bancos de bacalao en el siglo XV los marineros vascos llegaron a las proximidades de Terranova, como antes hicieran los vikingos por el norte³. Lo que vascos y portugueses descubrieron era que podían aprovechar los vientos y corrientes marinas para adentrarse en el océano y volver. La clave consistía en emplear una ruta distinta en cada caso, incluso haciendo grandes rodeos. De todos modos, los progresos de la navegación vasca solo tienen valor anecdótico. La

³ Lucena, 1992: 35-36.

verdadera navegación de altura exigía un conocimiento sistemático, algo que superaba en mucho las posibilidades de las cofradías del Cantábrico.

Ese conocimiento se desarrolló en Portugal. En este campo hay una figura cenital, el infante Enrique el Navegante. Aprovechando su privilegiada posición en la Corte promovió expediciones de exploración y conquista a lo largo de la costa atlántica de África. Y, sobre todo, hizo de la localidad de Sagres un centro de reunión de especialistas; un lugar que actuaba al mismo tiempo como escuela de capitanes, astillero de nuevos modelos de barcos, y puerto de salida hacia África. En Sagres vieron la luz todo tipo de descubrimientos relacionados con la navegación en alta mar. El conocimiento era el bien más valioso allí producido, cuando no comprado: mapas, instrumentos, técnicas de navegación... Este saber empezó a adquirir un elevado valor estratégico. Y, por tanto, se convirtió en un secreto de Estado.

A lo largo del siglo XV los portugueses fueron avanzando por la costa africana hacia el sur. En 1488 el navegante Bartolomeu Días dobló el Cabo de Buena Esperanza. Y una década más tarde otro explorador, Vasco da Gama, alcanzó la India. A diferencia de las demás potencias europeas, la llegada de Portugal al subcontinente fue muy violenta. En pocos años se tomaron al asalto dos ciudades importantes, Goa y Malaca, la segunda en la península malaya⁴. Al hacerlo mataron o expulsaron a una parte considerable de su población, aunque muy pronto las dos volvieron a recuperar su tamaño. En realidad, esas ciudades, como otras bajo tutela portuguesa, acrecentaron su actividad comercial y tamaño durante su gobierno, lo que era de esperar dado que el propósito de la conquista era convertirlas en bases para el tráfico de especias con Europa. Es decir, nunca fueron, ni pretendieron ser, las «cabezas de playa» de un inimaginable imperio portugués en la India o Malasia. Por eso a menudo los asentamientos fueron pactados. Desde Malaca, y en busca de especias como el clavo y la nuez moscada, los marinos lusos llegaron al sub-archipiélago de las Molucas, una parte del gran archipiélago indonésico. Allí construyeron un imperio precario que, contra toda probabilidad, logró subsistir casi cien años.

Aunque hacia 1515 las operaciones militares de Portugal en la India podían darse por concluidas, durante mucho más tiempo continuaron las campañas contra el imperio otomano en el golfo Pérsico y el mar Árabe. La ocupación de la isla de Ormuz en 1507 fue, en términos estratégicos, su pri-

⁴ Ferguson, 2012: 79-80.

mer y mayor logro. Aquel minúsculo pedazo de tierra situado frente a la costa iraní carecía de cualquier recurso natural, incluida el agua potable; pero desde él se podía controlar el tráfico de entrada y salida al Golfo Pérsico. Portugal también se hizo con otras pequeñas plazas en la península Arábiga, como Mascate y Adén, aunque fracasó en la conquista de Basora, que era, con gran diferencia, el principal puerto del Pérsico⁵. Lo cierto es que el tráfico comercial en el golfo apenas se redujo, y Basora mantuvo su vitalidad durante el siglo XVI. En realidad, la ciudad tenía preocupaciones mucho mayores derivadas de su posición fronteriza entre los imperios safaví y otomano, y de la amenaza de los beduinos. Pronto se hizo patente que el verdadero interés de Portugal en el golfo Pérsico no era acabar con la actividad mercantil, sino aprovecharse de ella. De ahí que poco después de la conquista de Ormuz se tomó la pequeña villa de Gamrun, situada enfrente y en territorio persa, que fue renombrada como Comorão, y desde la que durante un siglo se mantuvo una estrecha relación comercial con el imperio safaví.

Así pues, Portugal controló el comercio intercontinental entre Europa y la India, así como dos rutas secundarias, pero importantes: las que unían aquel país con, por un lado, el imperio safaví, y, por el otro lado, Malaca y las islas Molucas. El conjunto, constituía una suerte de imperio colonial de estructura ramificada sobre diferentes «capitales» y «sub-capitales», de insignificante extensión territorial (el único «gran» espacio ocupado fue la isla de Ceilán, y solo parcialmente), pero con una fuerza naval poderosa, aunque numéricamente pequeña. Por encima de todo, era un imperio muy lucrativo. No obstante, esta imagen es un tanto engañosa. La prosperidad lusa del siglo XVI era casi exclusivamente la de su capital, Lisboa, una ciudad mediana en un mediano país europeo. Además, esa prosperidad debía tanto o más al comercio con Brasil que con Asia. Y, al fin, todo esto no dejó más huella que unos espléndidos palacios, en gran parte destruidos por el terremoto de 1755.

La forma en la que Portugal organizó sus relaciones comerciales con Asia (pero no con América) se basaba en un monopolio estatal de la pimienta y el resto de las especias dirigido desde la llamada *Casa do Indias*. Correcta o no, la monopolización de ese comercio guardaba cierta lógica. La ruta con Asia se fundaba sobre la venta de productos de elevado valor, algunos de los cuales eran obtenidos en mercados libres, y otros en islas tomadas por la fuerza. Como quiera que fuera, las especias llegaban a Europa a través de rutas peligrosas en las que el papel de la Armada era esencial, tanto en los puertos

⁵ Oliveira e Costa, 2014: 105-128.

y ciudades del Índico como en la cadena de «factorías» que bordeaban África, y en las que iban recalando los barcos. Por tanto, en todo el negocio el Estado era un colaborador imprescindible, cuando no su principal actor. Era lógico que ese Estado también fuera el único beneficiario. De todos modos, la posición gubernamental sobre este asunto fue suavizándose a lo largo del siglo XVI. Una de las razones fue la imposibilidad de mantener el control en todos esos dispersos territorios⁶.

A finales del siglo XV los portugueses descubrieron que la mejor ruta para alcanzar el sur de África no era seguir la costa, sino adentrarse en el mar desde las islas de Cabo Verde, y dejarse llevar por la corriente del Atlántico Sur. Es decir, dando un rodeo paralelo a la costa de Brasil, y virando luego hacia el este. El regreso se realizaba por el centro del Atlántico, al oeste de África, pero al este de la ruta de ida, hasta alcanzar los vientos alisios, que, en las islas Azores, conducían hasta Lisboa. Es posible que, en uno de esos viajes, probablemente de ida, algún navío llegara por casualidad a la costa de Brasil. Cabe la posibilidad de que esto sucediera antes del descubrimiento oficial del país en 1500 por Pedro Alvares Cabral⁷. Incluso pudo haber sucedido antes de que Colón llegara al Caribe, lo que convertiría a esos desconocidos marinos portugueses en los «verdaderos» descubridores de América, con permiso de vikingos y vascos.

Desde el primer momento, la exploración de Brasil se vinculó con la explotación de la caña de azúcar y el tráfico de esclavos. A medida que los barcos portugueses avanzaban por la costa africana fueron surgiendo nuevas oportunidades de negocio; cada vez más necesarias por cuanto que los yacimientos de oro del golfo de Guinea se estaban agotando (aunque otros más ricos se hallarían en Mozambique). Una de esas oportunidades era el comercio de especias desde Asia. Otra fue el azúcar. En el siglo XV este no era un producto desconocido en Europa, pero muy pocos hogares se lo podían permitir. La caña de azúcar exigía mucho calor y agua, por lo que solo se podía cultivar en la parte más meridional del continente, y con regadío. Así pues, su producción era mínima, y el precio, prohibitivo. Cuando los portugueses llegaron a Madeira descubrieron una isla despoblada con condiciones idóneas para su cultivo. Precisamente el nombre que la dieron aludía a la frondosidad de sus bosques. Muy pronto aquel vergel fue arrasado y cubierto de cañas. Pero, aún más que sol y agua, su cultivo exigía mano de obra, tanto para la zafra como

⁶ Roque de Oliveira, 2003.

⁷ Hermano, 1989.

para la obtención de azúcar y melaza en los «ingenios». Madeira no contaba con población nativa, y tampoco resultaba viable llevar trabajadores desde el continente pues las condiciones laborales eran muy malas. La solución consistió en traer esclavos desde la costa africana, algo relativamente sencillo porque ya existía una larga tradición de trata de hombres. La operación resultó exitosa y pronto la isla se convirtió en el gran proveedor de azúcar de Europa⁸.

Pero aquello solo fue un pequeño experimento. Los mismos portugueses habían encontrado un territorio mucho más grande en donde cultivar la caña: Brasil. La amenaza de que la Corona española pudiera hacerse con aquel país, tal y como había sucedido con las Canarias, fue conjurada mediante el Tratado de Tordesillas de 1494, por el que, literalmente, los reinos castellano y portugués se repartieron el mundo. Con la excepción de los países que ya eran cristianos, y otros territorios sobre los que existían ambiciones muy concretas de una u otra nación, el resto del planeta se dividió en dos partes, una portuguesa y otra española, a partir de un meridiano no muy bien definido. Solo el extremo occidental del actual Brasil quedaba bajo control portugués; pero sucesivos tratados fueron ampliando ese territorio⁹. A diferencia de lo que sucedió en Asia, allí no se restringió ni el tráfico de mercancías ni el asentamiento de colonos. Empresarios sin escrúpulos llegaron para establecer nuevas plantaciones siguiendo el modelo de Madeira; es decir, con esclavos procedentes de África. La producción de azúcar creció espectacularmente; y como la demanda no lo hacía tan deprisa, el precio cayó. A pesar de que en los siguientes siglos fueron surgiendo otros competidores, hasta el día de hoy Brasil ha seguido siendo el gran productor mundial de azúcar¹⁰.

⁸ Johnson, 1990: 203-206.

⁹ Suele considerarse al Tratado de Tordesillas y, sobre todo, sus sucesivas modificaciones (como el Tratado de Zaragoza), como un éxito de la diplomacia portuguesa; o lo que es lo mismo, un fracaso de la diplomacia española. El hecho de que el tratado fuera firmado temprano, en 1494, pudo suponer una ventaja para los portugueses, que tenían un mejor conocimiento del verdadero tamaño del planeta y que sabían que, tal y como se trazaban los meridianos, España quedaría excluida de la India (Hermano, 1989: 160-162). Más llamativas fueron las sucesivas ampliaciones del Brasil portugués. Una explicación discutible de esta pésima y continua negociación es suponer que los monarcas españoles ya preveían una futura alianza o, incluso, una unión de los dos reinos; y querían evitar la existencia de litigios pendientes entre el «pequeño» Portugal y la «gran» España.

¹⁰ Johnson, 1990: 206-218. Schwartz, 1990: 191-218.

Una de las razones que explican la importación de mano de obra esclava desde África es su ausencia o escasez en el propio Brasil. Allí los indios eran relativamente pocos, y muchos murieron cuando llegaron los europeos. Una estimación reciente para todo el país en 1800 los cifra en algo más de 100.000, frente a 700.000 blancos y 1.500.000 negros¹¹. Es seguro que hacía 1500 eran muchos más, aunque lo rudimentario de sus prácticas agrícolas, nunca intensivas ni exclusivas, y la ausencia de concentraciones urbanas, descarta poblamientos ni remotamente comparables a los de las altiplanicies andina o mexicana. Lo cierto es que los pocos indios que sobrevivieron a la conquista y las enfermedades no mostraron actitudes para el trabajo ni docilidad para ser esclavizados. Aunque hubo esclavos indios en Brasil, nunca fueron suficientes para atender la gran demanda de trabajo.

Así pues, de forma casi inmediata se buscaron trabajadores esclavos en África, tal y como se había hecho en Madeira. Los portugueses emplearon sus factorías costeras para contactar con los jefes de las tribus y comprarles mercancía humana. El pago se efectuaba con tejidos (frecuentemente llegados de la India), quincallería y armas, las cuales precisamente les servían para vencer a los enemigos del interior y traer más esclavos. Estos eran transportados a Brasil bajo condiciones espantosas, y allí eran empleados hasta la extenuación en el cultivo de la caña de azúcar y, más tarde, la extracción de minerales. Esas producciones luego marchaban a Portugal; y desde allí, normalmente vía Gran Bretaña, se distribuían a Europa. También desde Gran Bretaña, vía Portugal, se enviaban manufacturas a África y Brasil. De esta forma se constituyó en el Atlántico lo que ha venido a llamarse un «comercio triangular»: esclavos africanos hacia América, azúcar americano hacia Europa, y manufacturas europeas hacia África. Como se ve, era algo más complicado que un mero triángulo.

Las consecuencias del comercio negrero fueron nefastas. Entre los siglos VII y XV se habían formado varios Estados en África Negra, como los reinos de Ghana (en el actual Mali), Mali, Songhai, Kanem, Benín, Kano, Abisinia, Kongo (en Angola más que en Congo), Zandj y Monomotapa (Zimbabué). En ocasiones su nacimiento estuvo vinculado a la propagación del islam; otras veces surgieron de forma independiente. Por supuesto, eran organizaciones políticas primitivas. Y en todos los términos de la vida material, su comparación con Occidente o el Islam mostraba un grado de desarrollo muy inferior. Por ejemplo, casi ninguno conocía la escritura. Pero con todas las objeciones,

¹¹ Bucciferro, 2013.

eran Estados prometedores. Se sostenían en una economía de base agrícola, conocían la metalurgia del hierro, y fundaron algunas ciudades importantes, como Benín, la llamada «Gran Zimbabue», y la mítica Tombuctú. Quizás no fuera la civilización tal y como nosotros la conocemos, pero se le parecía mucho. Aunque no eran Estados con fronteras bien definidas, hasta el siglo XV mantuvieron cierta estabilidad política¹².

Pero el comercio de esclavos lo cambió todo. Mucho antes de que vinieran los europeos, el tráfico esclavista árabe había hecho un enorme daño al África oriental. No es exagerado decir que gran parte de la historia del reino de Abisinia, en la actual Etiopía, es la de la resistencia de un pueblo frente a los esclavistas. Medido en términos demográficos, y en el largo plazo, probablemente el comercio negrero árabe fue mayor que el europeo. Pero al extenderse durante mucho más tiempo (al fin, enlaza con el tráfico esclavista del imperio romano), y concentrarse en una parte del continente, su impacto global puede parecer menor. Lo cierto es que en el siglo XVI el tráfico negrero en África estaba dando muestras de agotamiento; pero entonces fue revitalizado, desde el oeste, por los europeos.

La trata de esclavos europea se extendió desde comienzos del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX. De esos cuatro siglos, el mayor tráfico se realizó durante el siglo XVIII. A diferencia de la trata árabe, la europea llegó a todo el África Negra (salvo el Cuerno de África), y penetró en el interior del continente con profundidad¹³. En sentido estricto, los europeos no capturaban esclavos, pues se servían de intermediarios africanos. Esto era obligado, pues las enfermedades tropicales eran para ellos una barrera infranqueable. De hecho, incluso en las plazas costeras africanas, donde inevitablemente algunos tenían que residir para realizar las transacciones, las tasas de mortalidad de los blancos eran increíbles, a veces superiores al 50 % anual (ni qué decir tiene que esos empleos estaban muy bien remunerados). El negocio de capturar esclavos para los traficantes blancos era tan provechoso que dio lugar a la construcción de nuevas entidades políticas. Se levantaron reinos guerreros como Dahomey, cuya economía se basaba exclusivamente en la esclavitud. Y

¹² Rodney, 1982: 31-72.

¹³ Una estimación del comercio esclavista en África entre 1400 y 1900 (Nunn, 2008: 151-153) señala que 10,3 millones de personas fueron traficadas por la ruta del Atlántico y 5,4 por las rutas transahariana, el océano Índico y el mar Rojo. La importación de esclavos desde África por Europa antes de 1400 era nula (no tanto la exportación), y la de los países islámicos durante el período del Islam clásico fue considerable; y además el Islam también traía esclavos desde el Cáucaso y otras regiones.

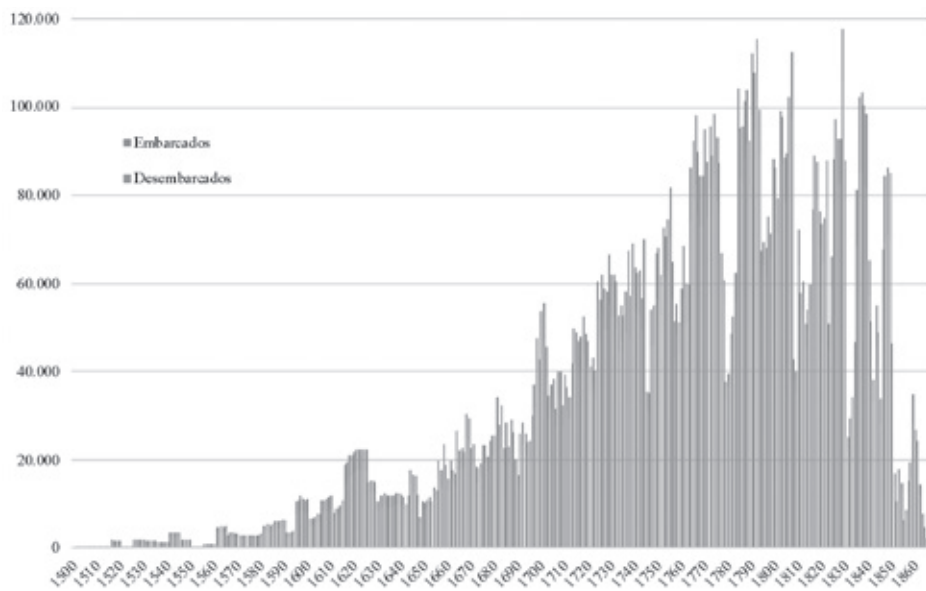
muchos antiguos reinos sucumbieron incapaces de resistir esa presión. Como los nuevos reinos esclavistas no pudieron proporcionar la estabilidad política de los antiguos, en poco tiempo África se sumergió en un caos de guerras internas que alimentaba el propio tráfico de esclavos. Se estima que entre los siglos XVI y XIX no menos de nueve millones de personas fueron enviadas al otro lado del océano; pero estos fueron muchos menos que los que murieron en combates, saqueos y desplazamientos internos. Puede que estemos hablando de la muerte de unos 30 millones de personas a lo largo de cuatro siglos. Es una cifra colosal que igualaría la misma población de África.

Tabla 2. Esclavos embarcados con destino a América entre 1501 y 1800.

Por bandera	España	Portugal	Gran Bretaña	Estados Unidos	Francia	Países Bajos	Dinamarca /P. Bálticos		Total
1501-1550	31.738	32.387							64.125
1551-1600	88.223	121.804	1.922		66	1.365			213.380
1601-1650	127.809	469.128	33.695	824	1.827	33.558	1.053		667.894
1651-1700	18.461	542.064	394.567	3.327	36.608	186.373	26.338		1.207.738
1701-1750		1.011.143	964.639	37.281	380.034	156.911	10.626		2.560.634
1751-1800	10.654	1.201.860	1.580.658	152.023	758.978	173.103	56.708		3.933.984
Total	276.885	3.378.386	2.975.481	193.455	1.177.513	551.310	94.725		8.647.755
Por región	Imperio español	Brasil	Caribe inglés	Norte-américa	Caribe francés	Caribe holandés	Caribe danés	África y Europa	Total
1501-1550	63.489							637	64.126
1551-1600	178.428	34.686						266	213.380
1601-1650	254.362	377.649	34.726	141	628			387	667.893
1651-1700	58.939	532.712	370.391	19.815	49.728	145.980	22.610	7.564	1.207.739
1701-1750	70.489	1.012.119	771.972	178.100	357.426	148.174	16.544	5.811	2.560.635
1751-1800	104.949	1.198.811	1.367.848	180.745	821.093	191.385	65.257	3.895	3.933.983
Total	730.656	3.155.977	2.544.937	378.801	1.228.875	485.539	104.411	18.560	8.647.756

Fuente: (www.slavevoyages.org).

Gráfico 2. Esclavos embarcados por traficantes europeos entre 1501 y 1866.



Fuente: (www.slavevoyages.org).

Esto explicaría porque entre los siglos XVI y XVIII no hubo crecimiento demográfico en el continente; acaso, lo contrario. Precisamente los siglos de la trata de esclavos coinciden con la etapa final de la «agrarización» del África subsahariana, un proceso vinculado a la emigración de poblaciones bantúes y camitas (etíopes) desde el Sahel y Sudán hacia el sur. Bajo circunstancias normales lo previsible hubiera sido que, como consecuencia de ese doble proceso de colonización y expansión agrícola, el conjunto de la población africana hubiese crecido, aunque fuera a costa del exterminio de algunas poblaciones primitivas (pigmeos, bosquimanos, hotentotes, etc.) muy poco densas. También entraría dentro de lo previsible que hubiesen surgido Estados más sólidos que los existentes (o que estos se hubiesen fortalecido), los cuales habrían levantado estructuras económicas y sociales más complejas, que habrían mantenido poblaciones mayores, que habrían aplicado nuevas técnicas agrícolas, y así sucesivamente. Pero nada de esto sucedió. En los últimos mil años, el coste en vidas humanas de la esclavitud en África solo es comparable al del hundimiento de algunas grandes dinastías en China,

como luego veremos. En cualquier caso, uno de los mayores genocidios de la Historia¹⁴.

Por lo demás, esta tragedia no termina en África. Tras pasar varias semanas en cárceles inmundas, los esclavos eran embarcados hacia América. Normalmente viajaban encadenados, hacinados en celdas o sujetos en camastros, sin apenas luz y con una alimentación mínima. Muchos morían antes de llegar al puerto y eran arrojados al mar (aunque si viajaban en barcos portugueses eran previamente bautizados; una curiosa forma de compasión). Detrás de este comportamiento brutal yacía un frío cálculo económico: el coste de la pérdida de una parte del pasaje, digamos que un 10 %, era inferior al de lograr una supervivencia mayor con mejores condiciones de alimentación, higiene y habitabilidad¹⁵. De todos modos, el destino de los esclavos llegados a América también era la muerte, con contadas excepciones. Ser capturado con vida y vendido a los traficantes no era mejor que morir luchando. Al contrario, solo implicaba retrasar unos años un fin ineludible, arrastrando una miserable existencia de privaciones y sufrimiento.

Portugal fue la nación que inauguró este comercio, pero ninguna potencia europea se abstuvo de participar en él. Como resulta previsible, los comerciantes de las naciones que tenían más intereses en minas y plantaciones, como Portugal y Gran Bretaña, también fueron los que más invirtieron en el negocio esclavista. Este era tan lucrativo que incluso era objeto de negociación política. Así, una de las cláusulas del Tratado de Utrecht entre España e Inglaterra fue el llamado «Asiento de negros», es decir, la autorización concedida para la introducción de hasta 144.000 esclavos en las colonias españolas de América durante 30 años. En números redondos, tanto Inglaterra como Portugal vendieron unos tres millones de personas a lo largo de los tres siglos que separan 1500 de 1800. A bastante distancia, Francia –un millón de esclavos–, Holanda –medio millón– y otras naciones europeas y Estados Unidos. Sin duda, sorprende la reducida participación de España en este comercio –menos de 300.000 esclavos– siendo la primera potencia territorial de América, y del Caribe en particular. Como luego veremos, esto se debe a las características de ese imperio, y la escasa importancia que en él tuvo la economía de plantación; así como al empleo de otras fuentes de mano de obra forzada.

¹⁴ Sobre el tráfico de esclavos en África y sus efectos en el continente, Manning, 2004. Rodney, 1982: 93-147. También Acemoglu y Robinson 2012: 250-258.

¹⁵ Sobre el transporte de negros, Blackburn, 1997: 174-177.

En cuanto a los destinos, el principal fue Brasil, adonde llegaron la práctica totalidad de los tres millones de esclavos portugueses. Al principio, solo se adquirían para la producción de azúcar en la costa; pero progresivamente se fueron empleando en otros cultivos, como café y algodón, cada vez más en el interior del país. No es en modo alguno incorrecto afirmar que la ocupación del territorio siempre comportaba el asentamiento de esclavos. En los últimos años del siglo XVII se encontró oro en el actual Estado (provincia) de Minas Gerais, al suroeste del país, lo que provocó una nueva demanda de esclavos para su extracción¹⁶. De hecho, alrededor de las dos terceras partes de los llegados a Brasil en toda su historia lo hicieron en el siglo XVIII. De modo coherente, el peso demográfico del país se desplazó hacia el interior¹⁷.

Con todo, por entonces el Caribe estaba reemplazando a Brasil como principal demandante de mano de obra esclava. El establecimiento de plantaciones azucareras en el Caribe supuso un grave trastorno para Portugal, que hasta entonces había disfrutado de un monopolio en su producción. En 1627 la isla Barbados fue ocupada por una flota británica, algo que resultó muy sencillo porque estaba completamente deshabitada (un siglo antes los indios habían sido aniquilados por los españoles quienes, a continuación, la abandonaron). Pronto se organizó la explotación industrial del azúcar, y hacia 1650 Barbados ya producía alrededor de una cuarta parte de la que llegaba a Europa. Muy pronto la isla se enfrentó a problemas por el rápido agotamiento del suelo y, lo que era más grave, la competencia de otras Antillas. Primero fueron otras pequeñas islas ocupadas por la misma Gran Bretaña, como Montserrat, Antigua y San Cristóbal. Luego vino la competencia de las islas mayores. En 1655 Jamaica fue igualmente ocupada por Gran Bretaña, lo que resultó sencillo porque, como en Barbados, los indios habían desaparecido, y la presencia española era muy débil. A finales del siglo XVII comenzó allí la producción azucarera a gran escala, que pronto superó a la de las demás colonias inglesas. Por otro lado, hacia 1660 colonos franceses empezaron a asentarse en el oeste de La Española, territorio que más adelante formaría la República de Haití. Las autoridades españolas no hicieron esfuerzos serios para impedirlo, en parte porque, como era habitual, había poca gente. A finales del siglo XVII, y una vez que el territorio fue legalmente cedido a Francia, comenzó la producción de azúcar en gran escala. También por las mismas fechas, el terri-

¹⁶ Blackburn, 1997: 483-494. Simonsen, 2004: 162-190 y 313-378. Russell-Wood, 1990: 260-285. Bergad, 1999 y 2007. Pérez Herrero, 1992: 119-127 y 182-196.

¹⁷ Malamud, 2010, 195-220.

torio continental de Surinam se unió al club de productores. En todas estas colonias, grandes o pequeñas, el auge de la producción azucarera se sostenía en la importación masiva de esclavos desde África, cuya supervivencia era tan reducida como en Brasil¹⁸.

España, la primera potencia europea en América, también era la que menos azúcar producía; hasta el último tercio del siglo XVIII, cantidades insignificantes o poco más. Aunque desde 1500 se construyeron algunos ingenios en La Española, el cultivo de la caña y la obtención de azúcar solo se emprendió en gran escala a partir de 1763 en Cuba; y, solo porque en el año anterior la isla fue ocupada brevemente por tropas británicas, y algunos ingleses establecieron las primeras empresas azucareras. El problema de fondo era el desinterés de los españoles por las Antillas. Los colonos que llegaban al Caribe enseguida saltaban a «Tierra Firme», donde había mejores perspectivas de enriquecimiento, y el clima no era tan caluroso. Allí también fueron enviados los esclavos negros que, por eso mismo, fueron relativamente pocos. Sin el desarrollo de una economía de plantación, o al menos, sin la del azúcar, no eran tan necesarios. Los que llegaron se asentaron, sobre todo, en Venezuela y Colombia, y fueron empleados en actividades diversas: cultivos tropicales, minas y servicio doméstico. Algunos llegaron al Río de la Plata donde se constituyó una pequeña comunidad negra que lentamente desapareció por «absorción» de la gran mayoría blanca llegada desde Europa (salvo en el casco antiguo de Montevideo). Los libertos negros del Río de la Plata tuvieron una participación destacada en las guerras de emancipación americana en el ejército del general José de San Martín¹⁹.

Así pues, las Antillas españolas se fueron convirtiendo en un peculiar desierto demográfico. De hecho, la conquista se detuvo allí antes que en ningún otro sitio por falta de soldados. Tras algunas expediciones fallidas por indios y huracanes, la ocupación de Florida se redujo al poblado-fuerte de San Agustín, y el resto de la costa caribeña de los actuales Estados Unidos fue ignorada. Como también lo fueron las Guayanas, al sur del Caribe. En esos lugares, como en la mayor parte de las islas, realmente no había españoles. Tampoco había negros, pues no había azúcar. Y tampoco había indios, pues habían sido exterminados. En fin, la escasa población del Caribe, islas y las costas de «Tierra Firme» se concentraba alrededor de puertos como Veracruz, La Habana o Cartagena de Indias. En algunas de las islas mayores, como Cuba, era posible

¹⁸ Blackburn, 1997: 217-305 y 401-456.

¹⁹ Blackburn, 1997: 494-500. Malamud, 2010: 133-134 y 193-194.

encontrar grandes terratenientes viviendo en el más absoluto aislamiento y miseria; una imagen espléndida de lo errado que estaba Malthus y de lo acertada que estaba Boserup.

Siendo territorios despoblados y adecuados para la agricultura de plantación, así como la «puerta» para la América continental, la región pronto despertó la codicia de otras potencias europeas. Se organizaron varias expediciones de pillaje y conquista; pero las autoridades españolas tuvieron bastante éxito en la defensa. Hasta mediados del siglo XVII la presencia extranjera quedó reducida a Barbados y otras pequeñas islas azucareras, y a la piratería y sus asentamientos clandestinos, como el muy famoso de isla Tortuga. A partir de la década de 1660 las pérdidas fueron mayores: Jamaica y la mitad occidental de La Española. Pero teniendo en cuenta la gravedad de la amenaza, la falta de poblamiento, y la debilidad de la monarquía española en Europa, bien puede decirse que aquellas pérdidas fueron minúsculas. Lo cual también es un indicio de algo que iremos viendo: con todos sus defectos, que eran muchos, el imperio español en América era una estructura sólida y bien organizada. La exitosa defensa de Cartagena de Indias en 1740-1741 frente a una enorme flota inglesa es un ejemplo de ello.

Dado que la economía del azúcar era la mejor (o única) oportunidad de negocio en el Caribe, el asentamiento de esclavos negros era inherente al desarrollo de las colonias. Pero los mismos negros eran una amenaza. Los esclavos podían rebelarse; y, de hecho, lo hicieron muchas veces, aunque casi siempre con mal resultado. Pese a todo, hubo esclavos que lograron huir a la selva y vivir como fugitivos, los llamados cimarrones. Incluso se crearon tribus de negros y zambos (el hijo de un negro y una india). Y en una ocasión, en Haití, la rebelión tuvo un éxito completo, aunque exigió muchos años de lucha.

Los últimos destinos importantes del tráfico negrero fueron Estados Unidos y Cuba, aunque con una participación mucho menor que los anteriores. Entre 1700 y 1781 los dos países pudieron recibir unos 500.000 esclavos, aproximadamente la mitad cada uno. La suerte de los esclavos cubanos no fue muy distinta de la de sus compañeros de infortunio del Caribe²⁰. No así la de los llegados a Norteamérica, como veremos enseguida.

Así pues, hasta finales del siglo XVIII la inmensa mayor parte de los esclavos africanos desembarcaron en Brasil y unas pocas colonias del Caribe. El des-

²⁰ Garavaglia y Marchena, 2005: 226-245.

tino de casi todos fue la muerte por agotamiento y maltrato, en un período más o menos dilatado pero que rara vez superaba los diez años desde el desembarco. Brasil, Haití, Jamaica, Barbados y Cuba fueron grandes mataderos de hombres; y cada uno de ellos pertenecía a una potencia europea diferente. Sobre la supuesta mayor benevolencia de los españoles, hay que recordar que hasta 1886 la esclavitud fue legal en Cuba, siendo el penúltimo territorio americano en prohibirla (el último fue Brasil, dos años más tarde). De hecho, la principal razón por la que la isla se independizó tan tarde fue que la metrópoli garantizaba el sistema, mientras que el movimiento independentista cubano era antiesclavista. No es una casualidad que Cuba se independizara doce años después del fin de la esclavitud.

Las posibilidades de supervivencia de un esclavo a menudo dependían del tipo de explotación en la que trabajaba. Los empleados en la zafra y los ingenios de azúcar, o en las minas de oro, que fueron la inmensa mayoría, morían al cabo de unos años, con muy pocas excepciones. Pero los que eran enviados a plantaciones de café, cacao, tabaco y (hasta cierto punto) algodón tenían mejores perspectivas de supervivencia. Además de la dureza del trabajo, una diferencia crucial estaba en el tamaño de las granjas, pues cuanto menor fuera también lo sería el número de esclavos con relación a los propietarios blancos. Es decir, eran menos prescindibles y había más convivencia con los amos, lo que llevaba a convertir al esclavo, el antiguo *instrumentum vocale* de Catón el Viejo, en algo parecido a un ser humano, con inteligencia y sentimientos; en fin, digno de respeto.

Otro factor determinante en la supervivencia fue el propio funcionamiento del mercado de esclavos. Allí donde la oferta de mano de obra era abundante, y su precio barato, no había razones que justificaran su reproducción. Por tanto, era más rentable explotar al hombre hasta el agotamiento y luego comprar otro. Pero a comienzos del siglo XIX el mercado de esclavos empezó a encoger. En 1807 y 1808 Gran Bretaña y Estados Unidos, respectivamente, prohibieron el comercio; decisión a la que se fueron sumando otras naciones cuya opinión pública estaba más o menos sensibilizada por los ideales de la Ilustración, las tormentas de la Revolución francesa y las revueltas de Haití, donde la población blanca francesa había sido casi exterminada. Aunque la esclavitud en sí misma no fue abolida, la prohibición del tráfico negrero tuvo consecuencias importantes. El precio de los esclavos empezó a crecer, de modo que era rentable, y hasta imprescindible, permitir que tuvieran hijos. Esto implicaba un trato más humano, pues no se puede criar niños sin un domicilio y una cierta libertad de movimientos. Así pues, los esclavos que eran padres gozaban de unas condiciones de vida algo más dignas. Además, sus hi-

jos disponían de dos herramientas con las que rebajar la dureza de la esclavitud: el idioma y la religión. A los ojos de los amos los hijos de los esclavos eran más útiles y más «humanos». Por cierto, el hecho de que los esclavos fueran envejeciendo ya no era un problema tan grave, pues siempre era mejor tener un trabajador débil y lento, que no tener ninguno. Y, además, su familia se encargaría de cuidar de él. Por tanto, no era necesario matarles, o facilitar su muerte, como sucedía anteriormente.

Las ratios demográficas de la población negra en Estados Unidos fueron bastante mejores que las del Caribe o Brasil. De hecho, incluso hay algunos resultados sorprendentes. Por ejemplo, la esperanza de vida de los blancos en las grandes ciudades portuarias del este, como Filadelfia o Nueva York, era inferior a la de los negros en las plantaciones de algodón del sur. Hay varios motivos. Por un lado, el trato en Estados Unidos era más humano por meras razones organizativas: en cada una de las haciendas algodoneras se empleaban menos esclavos que en las minas de oro o en las plantaciones de caña. Y aún menos en las granjas tabaqueras, que fueron las primeras en establecerse. El clima (en invierno era necesario proporcionarles un alojamiento), la consolidación de una sociedad blanca muy mayoritaria que no temía las revueltas, y el tipo de trabajo efectivamente realizado en las granjas, fueron otras razones que favorecieron la supervivencia de los esclavos. Y también el momento histórico: la llegada de esclavos a Estados Unidos adquirió un volumen considerable poco antes de la prohibición del comercio negrero. Así pues, los esclavos en Norteamérica pronto se volvieron más caros que en ningún otro sitio, por lo que era económicamente interesante su reproducción²¹.

Pero, además, hay motivos para pensar que el trato a los esclavos negros en Norteamérica era más humano por razones estrictamente éticas. Ciertas corrientes del protestantismo anglosajón, como los cuáqueros, rechazaban tajantemente la esclavitud. La cuestión se planteó desde la misma Declaración de Independencia, que implícitamente la rechazaba. Sin embargo, a efectos prácticos se estableció una excepción en los Estados del sur a la espera de que sus gobiernos aceptasen la igualdad de los hombres cualquiera que fuese su raza. Puede decirse, de forma resumida, que la guerra de Secesión de

²¹ Blackburn, 1997: 459-483. Hace unas décadas, el trabajo de Fogel y Engerman, 1974, desató una viva polémica al plantear que las condiciones de vida de los esclavos negros en Estados Unidos habrían sido mejores que las de otras colonias. A pesar de las críticas formuladas tempranamente sobre los métodos empleados en las mediciones (Gutman, 1975) las tesis fundamentales del libro, que son las menos radicales, parecen muy sólidas. Ver, por ejemplo, la revisión bibliográfica de Weiss en 2001 en EH.net.

1860-1865 estalló porque el Sur no puso en marcha los cambios legislativos. Tampoco puede ignorarse que la guerra estalló porque existía un amplio movimiento abolicionista, incluso en esos Estados sureños.

Por lo demás, el rechazo ético a la esclavitud no fue exclusivo del mundo anglosajón. En comparación a los Estados Unidos, donde pronto se desarrolló un movimiento antiesclavista, en muchas regiones de la América española dominó una actitud más o menos compasiva con los esclavos. Una actitud no política, pero quizás más efectiva. Las condiciones de vida de los esclavos negros en Colombia, Venezuela y otras partes de la «Tierra Firme», siendo peores que las de la población blanca, tampoco eran las de sus compañeros antillanos y brasileños. Lo más relevante es que las manumisiones fueron frecuentes. Y aunque el antiguo esclavo no disfrutara de condiciones ideales, al menos era libre y capaz, hasta cierto punto, de marcar su destino²². Luego, hubo procesos de mestizaje que incluso condujeron a la desaparición de la comunidad negra como una entidad diferenciada²³. Lo más interesante de todo esto es que no hay detrás razones económicas claras. El precio de los esclavos en Colombia no era distinto del de Brasil. Así que, a falta de otro argumento, solo cabe suponer que las mejores condiciones de vida y las manumisiones respondían a un estado de opinión favorable. O quizás sea más correcto plantear el asunto bajo otra perspectiva: allí donde no existía una estructura de poder basada en la esclavitud, esta tendía a desaparecer por sí misma.

EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMÉRICA

Es de sobra conocido que Cristóbal Colón descubrió América por casualidad. Esta es una de las pocas cosas seguras que se pueden decir sobre él, pues pocos personajes han tenido tanto empeño en ocultar su pasado. De hecho, incluso su origen genovés ha sido puesto en duda. Existe toda una mini-disciplina colombina que trata de desentrañar los arcanos del sujeto; un asunto que interesa a historiadores generalistas, y no pocos ocultistas, antes que a historiadores económicos de verdad²⁴. Naciese donde naciese (la hipótesis de Génova es

²² Ferguson, 2012:189-196.

²³ Bowser, 1990: 146-154.

²⁴ Pérez Mallaina, 2002: 54-66. Malamud, 2010: 43-44. Una buena parte de las dudas sobre el origen italiano de Colón radican en ese empeño, lo que justificaría que fuera un judío converso (y español) temeroso de la Inquisición. Otros argumentos a favor del origen ibérico

la más sólida), Colón creía que La Tierra era mucho más pequeña de lo que realmente es, y que, por tanto, era posible alcanzar Asia navegando hacia el oeste durante algunas semanas. Había llegado a esa opinión a través de la lectura de varios libros, incluida la Biblia, confundiendo las medidas de longitud de unos países con otros, y de unos siglos con otros, en un ejercicio inaudito de convencimiento fraudulento muy difícil de explicar. De hecho, lo normal, e incluso lo lógico, era cometer el error contrario: suponer que el planeta era más grande de lo que es.

Con esa idea, u obsesión, en la cabeza, durante las décadas de 1470 y 1480 Colón trató de convencer a varios monarcas europeos, y sobre todo a los de Portugal, para que le financiaran un viaje hacia Occidente. Estos rechazaron su proyecto porque les parecía, con razón, disparatado²⁵. Sin embargo, la reina Isabel del vecino reino de Castilla aceptó el proyecto, acaso porque era poco lo que pedía –unos barcos y grandes e inciertos derechos sobre unas tierras desconocidas– y mucho lo que se podía ganar. Al fin y al cabo, siempre cabía la posibilidad de que, contra todo el saber de la época, Colón tuviese razón. Por supuesto, la expedición nunca llegó a Asia; pero por el camino descubrió América²⁶.

Así pues, el descubrimiento, conquista y colonización de América fue el resultado fortuito de un hecho que se anticipó en varias décadas al momento en el que debería haber sucedido. Cabe imaginar que sin Colón e Isabel I toda esta historia hubiera sido protagonizada por otra u otras naciones europeas. Pero los descubridores fueron los españoles, y esto tuvo como consecuencia que la mitad del nuevo continente acabarían formando parte de la Hispanidad en lugar de la *Francophonie* o la *Commonwealth*. Y es que una de las cosas que se demostraron en las siguientes décadas fue que ser el primero en llegar era importante. En general, la potencia colonial que antes asentaba su bandera lograba mantener la posición. Por supuesto, hubo excepciones. En el siglo XVII Portugal perdió su dominio del este de Asia. España también perdió

descansan en el correcto castellano de su famoso diario, y en la presencia de «portuguesismos». Por otro lado, la tesis portuguesa resultaría coherente con la tradición lusa de exploración. Además, está acreditado que vivió en Portugal desde los 25 años. Pero hasta que no aparezcan mejores pruebas, y no solo indicios, habrá que dar por hecho que era genovés, pues existe una partida de nacimiento que, en principio, es suya.

²⁵ Se ha especulado con que la creencia ciega de Colón en su proyecto obedecía a que en Portugal conoció a alguien, el llamado «primer nauta», que habría desembarcado en Brasil en una fecha indeterminada pero anterior.

²⁶ Malamud, 2010: 43-44.

algunas colonias caribeñas; pocas, como vimos. Y más tarde, en el XVIII, Francia perdió casi todo su primer imperio colonial. Pero incluso en estos casos la regla se cumple con solo introducir un pequeño matiz: la ocupación inicial tenía que ser efectiva, es decir, realizarse con un cierto número de soldados y colonos; no muchos, pero sí los suficientes.

El descubrimiento de América tuvo lugar el 12 de octubre de 1492, fecha recordada, y más o menos celebrada, en muchos países de habla hispana y en Estados Unidos²⁷. Existe un aburridísimo debate semántico sobre si el 90 % de la población del planeta descubrió al 10 % restante, y si plantear el relato de este modo resulta ofensivo para alguien; un asunto que interesa a historiadores generalistas, y no pocos indigenistas, antes que a historiadores económicos de verdad. En los siguientes 50 años los españoles se hicieron con un territorio que superaba varias veces el de la península y el resto del imperio en Europa. Los dos grandes hitos fueron la conquista del imperio azteca por Hernán Cortes en 1521, y la del imperio inca por Francisco Pizarro en 1531. A lo largo de los últimos cinco siglos, estas hazañas, y otras (el descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, las expediciones a la Florida y el Paraná por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el descenso del Amazonas por Francisco de Orellana, la fundación de Asunción, Buenos Aires y Valdivia, etc.) han sido presentadas en tonos épicos. Y, ciertamente, muchas de esas expediciones fueron auténticas proezas. Las tropas de Hernán Cortes estaban formadas por unos pocos centenares de hombres; y las de Pizarro eran, exactamente, 168 soldados. Unos y otros tuvieron enfrente a ejércitos de miles o decenas de miles de hombres; y, pese a todo, vencieron. Es indudable que el valor, por no decir la temeridad, jugó un papel importante en esas victorias. Pero también es indudable que solo con valor no se ganan las batallas. Necesariamente los españoles tuvieron que poseer ventajas militares objetivas que les permitieran suplir la enorme desigualdad de hombres con una mayor efectividad en el combate. Cada soldado español «equivalía» a

²⁷ En aras de la corrección política varios países de América Latina cambiaron las denominaciones anteriores de «Día de la Hispanidad» y «Día de la Raza» por otras que ponen el acento en la multiculturalidad (Argentina, «Día de la Diversidad Cultural Americana»; Costa Rica, «Día de las Culturas»; Perú, «Día de los Pueblos Originarios y del Diálogo Intercultural»), la descolonización (Bolivia, «Día de la Descolonización en el Estado Plurinacional de Bolivia»), los pueblos indígenas (Guatemala y Venezuela: «Día de la Resistencia Indígena»), o un poco de todo (Ecuador, «Día de la Interculturalidad y Plurinacionalidad con inclusión y justicia»). Por ahora, en Estados Unidos el 12 de octubre es, y siempre ha sido, el «Día de Colón».

muchos soldados aztecas o incas²⁸. Y es que los grandes imperios americanos eran muy débiles, y por eso cayeron ante un empuje bélico que cualquier pequeño condado europeo hubiese podido hacer frente²⁹.

El desarrollo tecnológico en América estaba muy por detrás del de Eurasia. Allí se desconocía la metalurgia del hierro, de modo que la peor de las espadas de los españoles era mejor que la más bruñida de las de sus enemigos. Los indígenas americanos tampoco conocían la pólvora y las armas de fuego. En general, las técnicas militares estaban poco avanzadas porque no se conocía la escritura (los incas) o era de tipo pictográfico; y solo tenía un uso religioso u ornamental (aztecas y mayas)³⁰. También por eso, el grado de desarrollo de muchas otras ciencias y saberes técnicos era débil. Así, en la arquitectura –lo que también vale para las fortificaciones– no se conocía la bóveda. Además, en los ejércitos inca o azteca nunca hubo un cuerpo de caballería porque en América no había caballos. Los únicos animales domesticados se hallaban en Perú, la alpaca y la llama, de los que se obtenía lana y carne, pero no leche; y que tampoco servían como animales de tiro. Por este motivo, en la agricultura precolombina no se araba la tierra, sino que se sembraba con ayuda de un palo. Parece que tampoco se conocía la rueda; fuera así o no, lo cierto es que no había carros para el transporte o el combate. Casi toda la actividad económica desarrollada en el mar se reducía a la pesca. Los barcos eran pequeños y las rutas comerciales marítimas tan solo bordeaban las costas meridional y atlántica, y septentrional y pacífica, de cada uno de los dos núcleos de civilización de Mesoamérica y los Andes, respectivamente. Los centros políticos de los grandes Estados se situaban en el interior; y aunque teóricamente controlaban amplias regiones costeras nunca se les prestó atención, pues en ellas no vivía mucha gente³¹. En consecuencia, no existían relaciones de ningún tipo entre esas dos grandes áreas de civilización. Esto también supuso una desventaja militar, pues los incas no supieron de la conquista del imperio azteca porque sencillamente desconocían su existencia, de modo que no pudieron

²⁸ Sobre la conquista desde un punto de vista técnico y militar, Lynch, 2001: 27-73, Diamond, 1998: 73-89. Wachtel, 1998: 173-174, Ferguson, 2012: 157, Malamud, 2010: 77-101.

²⁹ Aunque, obviamente, hubo muchos factores que explican la conquista y, sobre todo, su rapidez. Al respecto, Restall, 2005: 200-206. Pérez Herrero, 2002: 61-67. En el caso del largo declive maya, se apunta la inestabilidad política (Acemoglu, 2012: 143-151).

³⁰ Diamond, 1998: 254 refiere la existencia de una docena de escrituras mesoamericanas más o menos relacionadas entre sí.

³¹ Sí pudo haber relaciones indirectas, intercambios comerciales a través del istmo, si bien el flujo de información parece haber sido muy pobre. Caravaglia y Marchena, 2005: 106-109.

prepararse. Y lo mismo se puede decir de los aztecas con respecto a la conquista del Caribe por los españoles³².

En resumen, las civilizaciones precolombinas estaban mucho menos avanzadas que las de Europa, Asia y África; lo que en modo alguno significa que no alcanzaran logros notables³³. Los incas construyeron una espléndida red de carreteras; los aztecas desarrollaron una próspera agricultura de regadío; los mayas tenían conocimientos astronómicos muy avanzados. Los tres desarrollaron estructuras políticas complejas, levantaron ciudades de un tamaño considerable, y construyeron grandes pirámides y otros templos. Cuando Hernán Cortés llegó a México aquel país bien podría tener el doble de habitantes que Castilla; y su capital, Tenochtitlán, era una de las urbes más grandes del planeta. Al fin, lo más llamativo de esas civilizaciones es que fueran capaces de llegar tan lejos con bases tecnológicas tan pobres. En particular, es sorprendente que con sistemas agrícolas tan primitivos se obtuviesen rendimientos lo bastante elevados como para mantener ciudades populosas³⁴.

Sin duda, esto no hubiera sido posible sin la existencia de autocracias militaristas muy intrusivas, capaces de imponer su voluntad a millones de súbditos. De hecho, pocos Estados en el Viejo o Nuevo Mundo podían compararse. Uno de ellos hubiera sido el Egipto faraónico, otra civilización tecnológicamente pobre, pero capaz de movilizar ingentes masas de hombres para levantar pirámides colosales, comparables e incluso mayores que las de América. Lo que Egipto y los imperios amerindios tenían en común era, precisamente, la fuerza de sus respectivas autocracias. Pero en este terreno seguramente América superaba a Egipto. Así lo sugiere el ingente número de sacrificios humanos realizados en Tenochtitlan, así como entre los mayas y los incas, que no admite comparación en ningún lugar del mundo. Una imposición tan brutal y extensa solo es imaginable en civilizaciones increíblemente opresivas, tanto en el plano militar como, aún más, en el religioso. Pero esa opresión permitía la movilización de una ingente cantidad de recursos, empezando por el más importante: la mano de obra. También tuvo un coste para los propios aztecas. Una de las claves de su derrota ante los españoles fue que estos lograron el

³² Elliott, 1990: 142-155.

³³ Pérez Herrero, 2002: 75-84.

³⁴ Rojas, 1992: 374-382 y 407-408. Alcina y Palop, 1992: 443-456 y 464-467. Sobre las diferencias entre las civilizaciones del Nuevo y Viejo mundo, Watson (2012). El autor vincula las diferencias entre las culturas materiales de cada hemisferio con las condiciones naturales en las que se desarrollaron las diferentes civilizaciones.

apoyo de muchos pueblos sometidos, en parte, porque la construcción de su imperio era reciente e incompleta.

Una vez que los grandes imperios precolombinos fueron derrotados, la sumisión de la población fue muy rápida. Inmediata en el caso de México, y algo más lenta en Perú, donde hubo focos de resistencia hasta finales del siglo XVI. Aún así, todo fue bastante sencillo; tanto que los peores enemigos de los españoles acabaron siendo los propios españoles. Francisco Pizarro, sus hijos y sus capitanes perdieron mucho más tiempo y sangre matándose entre ellos que combatiendo a los herederos del Inca. La facilidad con la que aquellos pueblos se sometieron se explica por la naturaleza de sus estructuras políticas. Como el dominio de la clase dirigente era omnímodo, su defenestración acabó con todo el sistema. Así, la estrecha imbricación de las esferas religiosa y civil hizo que la derrota militar y la ejecución de los dirigentes políticos también fuera la del estamento religioso; y en más de un sentido, la de los antiguos dioses. De ahí que quedase un hueco enorme para cualquiera que ofreciese una alternativa; y solo estaban los soldados y frailes españoles para llenarlo. Los capitanes se convirtieron en reyes, y los sacerdotes en obispos. La conversión al cristianismo fue tan rápida que muy pronto generó sus propias advocaciones. Por ejemplo, hay testimonios sobre la primera ermita de la Virgen de Guadalupe menos de diez años después de la conquista de Tenochtitlán. Como veremos, a ello contribuyó el cataclismo demográfico que acompañó y siguió a la Conquista. El idioma español tardó algún tiempo más en imponerse, pero hacia el siglo XVII ya era dominante³⁵.

Todo lo anterior hace referencia a la parte del continente americano gobernada por los imperios inca y azteca, los diversos reinos mayas y, quizás, otros Estados menores en el valle del Cauca y otras regiones de Colombia. Es decir, la parte «civilizada» de América. En términos demográficos era la mayor; pero territorialmente era bastante más pequeña que la «no-civilizada». En sí mismo esto es otro indicio del atraso de América. Hacia 1500 muy pocos lugares de Eurasia seguían poblados por sociedades cazadoras y recolectoras. Incluso la agricultura de roza estaba en extinción. Sin embargo, esa era la vida de los indios de la Amazonia, la Pampa y las Montañas Rocosas. Estos modos

³⁵ Las dificultades para controlar realmente todo el territorio, extender la frontera, conquistar zonas marginales, o vencer las distintas formas de resistencia de los indios, desmontarían lo que Restall (2004: 107-122) califica como «mito de la completitud». Es decir, la idea de que la conquista española fue rápida y completa. Todo ello es cierto; pero también lo es que la conquista española fue incomparablemente más rápida, extensa y efectiva que la realizada por cualquier otra potencia europea en la Edad Moderna.

de subsistencia exigen densidades demográficas muy bajas y, por tanto, pocos hombres, pocos soldados, una estructura social sencilla, etc.

Pero precisamente esos territorios fueron los que ofrecieron una mayor resistencia a la conquista. Pizarro necesitó un solo año para hacerse con todo el Perú; pero avanzar por el Chile poblado por los indios araucanos le supuso a Pedro de Valdivia más de diez años de penas y sufrimiento. Dificultades semejantes encontraron los españoles en aquellos lugares en los que los indios no vivían bajo estructuras políticas complejas. En tanto en cuanto tuvieran bosques frondosos o grandes llanuras en los que refugiarse, era muy difícil vencerles. Esta es una de las razones (no la única) por las que el dominio español en la América del siglo XVIII apenas se diferenciaba del que existía a finales del siglo XVI. Los españoles jamás ocuparon la cuenca del Amazonas, la desembocadura del Mississippi, ni el territorio situado a cuatro o cinco leguas de Buenos Aires o Asunción. No podían hacerlo o, más bien, no merecía la pena arrostrar los peligros que implicaba hacerlo³⁶. Como veremos, este patrón se repitió en los tres siglos siguientes en todos los continentes. A los europeos les resultaba mucho más fácil vencer a un Estado organizado que a una tribu movediza.

Pronto se hizo necesario desarrollar una filosofía política y legal que rigiese las relaciones entre conquistadores y conquistados. Los españoles que llegaron a América trajeron consigo el espíritu intransigente de la Reconquista. Pero esto no necesariamente era perjudicial para los indios, pues se les reconocía una importante cualidad, la de no ser ni musulmanes ni judíos. Los españoles les veían como ignorantes, aunque potenciales, cristianos; en una palabra, niños. Todo esto implicaba, por un lado, que no podían ser esclavizados. En repetidas ocasiones los poderes civil y religioso se pronunciaron tajantemente al respecto; lo que hace pensar que, al fin, existían formas encubiertas de esclavitud. En todo caso, el hecho de que no hubiera indios esclavos implicaba cierta seguridad jurídica, de la que, por ejemplo, carecían los negros. No obstante, la posición legal del indio tampoco podía equipararse a la del español. Como habían estado gobernados durante siglos bajo leyes bárbaras, en las que incluso tenían cabida los sacrificios humanos, no se les podía considerar responsables, del mismo modo que tampoco los niños son

³⁶ Sharman, 2019: 34-47 cree que la conquista española no debe tanto a una ventaja tecnológica como al apoyo de aliados y de enfermedades. En casos como el de los mapuches en Chile, la efectividad militar de los indios era superior a la de los europeos, habituados a un tipo de guerra más adaptada a las condiciones de los imperios inca y azteca.

responsables de sus actos. Debían someterse al gobierno de los cristianos para que se convirtieran a la verdadera fe y se mantuvieran en ella. Incluso una vez bautizado el indio debía estar por debajo del español, de modo semejante a como en Castilla el cristiano viejo era superior al judeoconverso.

El desarrollo jurídico de esta filosofía, a la vez protectora y pueril, fueron las llamadas Leyes de Indias³⁷. Se trata de un conjunto de normas que fueron delimitando los derechos y deberes de la población indígena y española. Las primeras normas de cierta relevancia fueron las llamadas Leyes de Burgos, publicadas en 1512; o sea, demasiado tarde para salvar a los indios del Caribe. Surgieron como respuesta al reporte de varios religiosos sobre los abusos de conquistadores y encomenderos. En ellas se estipulaba no solo la ilegalidad de esclavizar indios, sino incluso la de imponer castigos. De todos modos, no parece que su aplicación fuera, en absoluto, la adecuada, lo que explica la publicación en 1542 de las llamadas «Leyes Nuevas», en las que, entre otras cosas, se negaba el carácter hereditario de las encomiendas, un asunto de cierto interés, como veremos.

Unos años más tarde, las denuncias de varios religiosos, así como la sucesión de audiencias con los consejeros del rey, desembocaron en la llamada «controversia de Valladolid», o «polémica de los naturales» (1550-51). Este fue un debate público en el que se trataba de dilucidar hasta dónde podía llegar la libertad de los indios, y hasta dónde el derecho de los españoles a mandar sobre ellos. Los principales defensores de cada causa fueron el citado Bartolomé de las Casas y el jurista Juan Ginés de Sepúlveda. Las conclusiones fueron elaboradas por Francisco de Vitoria³⁸. En general, el resultado de la polémica fue favorable a las tesis de Las Casas, pero su alcance fue, una vez más, modesto. Se modificaron algunas leyes, e incluso se paralizaron nuevas conquistas; un hecho verdaderamente singular, pero de escasa trascendencia porque hacia mediados del siglo XVI ya se habían alcanzado todos los objetivos posibles con un coste razonable. El significado social y político del debate tiene más interés. Aquella controversia, como el conjunto de la legislación y el funcionamiento de la administración española, pone de relieve las contradicciones de un sistema político que tenía compromisos económicos y civilizadores incompatibles, como se puso dramáticamente de relieve en la

³⁷ Pérez Herrero, 2002: 184-187. Sobre la organización del imperio español, Yun, 2019: 27-30 y 51-67.

³⁸ Malamud, 2010: 65-68.

minería argentífera. De todos modos, tampoco sería justo considerar inútiles a las leyes de Indias.

Quizás porque el foco de la diferenciación social recaía en la religión, o por el simple hecho de que muy pocas mujeres viajaron a América, los conquistadores no manifestaron actitudes racistas ni en lo concerniente a las relaciones sexuales ni en muchos otros aspectos de la vida cotidiana. Otra cosa es que la sociedad hispanoamericana, como la española, estuviese segregada por barreras. La principal era la que separaba a los cristianos viejos de los nuevos. Pero también en este aspecto había diferencias importantes a cada lado del Atlántico. En España el cristiano nuevo era un antiguo judío y, por tanto, un sospechoso de judaizar. En América era un indio, al que, obviamente, no se le podía acusar de ello. Un aspecto llamativo de la América española que lo diferencia de España y, aún más, del resto de Europa, fue la práctica ausencia de persecuciones religiosas. Como en España, existía un Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, pero apenas tuvo actividad porque sus causas se circunscribieron a protestantes, judíos o a personas con comportamientos morales indecentes, como la bigamia³⁹. Es decir, la Inquisición no investigó ni persiguió hipotéticos delitos de paganismo (en ocasiones, sí lo hizo con alguno de «brujería»). De ahí que, a pesar del éxito de la evangelización, se preservaran algunas creencias indígenas, unas veces mezcladas con la religión oficial, otras veces como cultos propios en comunidades apartadas.

Inicialmente, el territorio fue organizado sobre la base de una nueva figura jurídica, la *encomienda*, que tenía su origen en el Medievo español. Cada comunidad de indios era puesta bajo la responsabilidad de un español, el encomendero, que, teóricamente, se hacía cargo de su protección y educación religiosa. Como los indios desconocían la moneda, y las que introdujeron los españoles tardaron en usarse, estaban obligados realizar pagos al encomendero con productos agrícolas o, más comúnmente, con prestaciones personales. Dicho de otro modo: la encomienda supuso una traslación imperfecta del modelo feudal europeo en su estado más primitivo, el de los siglos oscuros que siguieron a la caída del imperio romano. Al fin, tampoco era nada desconocido: los imperios azteca e inca también habían estado exigiendo importantes contribuciones no-monetarias a sus súbditos.

Más tarde, las encomiendas fueron sustituidas por una institución de origen igualmente europeo y medieval, pero también amerindio: los *repartimien-*

³⁹ Malamud, 2010: 115-116.

tos. No obstante, hubo lugares en los que repartimientos fueron tempranos; y otros, como Perú y Chile, en los que las encomiendas se mantuvieron bastante tiempo. En los repartimientos, los indios eran obligados a trabajar varios días en haciendas, negocios u obras públicas, típicamente, ocho al mes. La principal diferencia estribaba en que eran los alcaldes y los «jueces repartidores» los encargados de asignar ese trabajo a los beneficiarios del repartimiento, que eran españoles que pagaban a la Corona por ese derecho, así como un pequeño jornal a los indios. De este modo, su tutela era desplazada del encomendero hacia los representantes públicos; lo cual, a menudo, tampoco suponía un cambio importante. Capítulo aparte merece el «repartimiento del Potosí», sobre el que enseguida volveremos.

Aún hubo otras formas de organización de la mano de obra. En algunas regiones, especialmente en Paraguay, los indios fueron puestos bajo la protección de órdenes religiosas como los jesuitas o los franciscanos, dando lugar a *reducciones*. En la etapa final de la colonización, todas estas figuras fueron desplazadas por la gran propiedad territorial, es decir, por la hacienda o estancia⁴⁰.

Sobre este entramado local se establecieron instituciones políticas. La América Española fue dividida en varios virreinos. En un principio hubo dos, el de Nueva España –desde el oeste de los actuales Estados Unidos hasta Costa Rica, además del Caribe y Venezuela– y el de Perú –desde Panamá al sur, salvo Venezuela–. Posteriormente se crearon otros dos: Nueva Granada –Colombia, Venezuela, Ecuador, Panamá y algunas regiones aledañas– y Río de la Plata –Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y parte de Brasil–⁴¹. Los virreyes eran designados por el rey a través del Consejo de Indias, uno de los órganos colectivos que le asesoraban. Por mero pragmatismo, es decir, por la distancia entre América y España, estos virreyes tenían facultades amplísimas, de modo que su dependencia del rey y del Consejo de Indias, aunque cierta en los asuntos importantes, era inexistente para todo lo demás. De ahí que fueran nombrados por un número limitado de años, al final de los cuales siempre eran sometidos a un «juicio de residencia» en España; es decir, un procedimiento dirigido a juzgar su gestión con independencia de que hubiera o no denuncias de abuso, malversación o cualquier delito.

⁴⁰ MacLeod, 1990: 150-157. Morner, 1990: 123-124.

⁴¹ Pérez Herrero, 2002: 168-172 y 182-183.

La máxima autoridad judicial se encontraba en las Reales Audiencias, creadas a imitación de las chancillerías castellanas. Formadas por oficiales de Indias, letrados de las universidades españolas, ejercían una suerte de contrapoder frente a los virreyes; quienes también podían ser presidentes de las audiencias de su jurisdicción⁴². De todos modos, la esencia del funcionamiento de la Justicia en América era la misma que en España; es decir, la de un sistema basado en la desigualdad del hombre ante la ley en función del estamento al que pertenecía. De ahí que la capacidad de las comunidades indígenas para recurrir a las instancias judiciales era limitada. En muchos sentidos, estas comunidades vivían de espaldas a las instituciones. Contaban con sus propios dirigentes, los caciques, que intermediaban con españoles y criollos. Era lo que vino a llamarse la teoría de los dos reinos, el español y el indígena. El segundo supeditado al primero, pero también parcialmente autónomo⁴³.

En resumen, los españoles plantearon la conquista de América como una ocupación real del territorio, algo inusual entre los europeos. Por eso el imperio español fue tan radicalmente distinto a los otros imperios, sobre todo los asiáticos, que solo aspiraban a dominar unas pocas plazas desde las que controlar las rutas comerciales. Más aún, los españoles en América quisieron hacer del nuevo continente una extensión de España. Pese a las evidentes diferencias entre uno y otro hemisferio, desde una perspectiva política y jurídica primaba el deseo de unidad, aunque preservando algunas instituciones singulares. Por eso mismo, la palabra «colonia», tan habitual en la historiografía, no tiene uso en América hasta finales del siglo XVIII. Por extraño que parezca, en sentido estricto o, si se quiere, jurídico, América nunca fue una colonia española. Solo era una parte del imperio español, como podría serlo Nápoles o Flandes.

Con ser importantes, ninguna de estas cuestiones político-jurídicas fue tan decisiva para la vida de los indígenas como el simple problema de la supervivencia a las pandemias. La llegada de los españoles a América vino acompañada de un colosal cataclismo demográfico. Es muy difícil saber cuántas personas vivían en América antes de 1492. Como no existen registros solo se pueden formular conjeturas basadas en el tipo de agricultura, el tamaño de las ciudades y otros indicios arqueológicos. Con semejantes materiales, los márgenes de error son muy grandes, lo que explica que se hayan manejado

⁴² Pérez Herrero, 2002: 172-175.

⁴³ Malamud, 2010: 146-149. Yun.

cifras muy variadas, desde los 8,4 hasta los 300 millones de personas⁴⁴. Recogiendo las investigaciones de varios autores, se estima que hacia 1492 en todo el continente americano podría haber unos 57 millones de habitantes, de los que 25 vivirían en los imperios azteca e inca. En los dos siglos siguientes al Descubrimiento esa población se redujo a un 10 o 20 % de la original⁴⁵. Así, a comienzos del siglo XVI México albergaba unos 20 millones de personas, 15 de los cuales estarían en el imperio azteca. En 1570 en todo el país habría poco más de tres millones. Y hacia mediados del siglo XVII, en el posible punto más bajo de la serie, tan solo dos millones. El primer censo fiable del Virreinato de Nueva España se realizó en 1790, poco antes de la independencia, y le otorgaba 4,5 millones de habitantes. Hubo que esperar a la década de 1930 para que México alcanzara los 20 millones; es decir, la (posible) cifra de 1492⁴⁶. Con todas las incertidumbres que hay en una materia tan esquivada como esta, resulta evidente que hubo un desplome demográfico brutal.

La inmensa mayor parte de las muertes ocurrieron como consecuencia del sarampión, la viruela y otras enfermedades que también padecían los españoles, pero que en ellos tenían una letalidad muy inferior. En pocas palabras, lo que sucedió en América fue que una población aislada recibió de golpe todos los patógenos que se habían ido acumulando en el resto del planeta⁴⁷. Como la inmunización no es un proceso sencillo, tras el primer impacto, que siempre era el más grave, durante décadas se sucedían rebrotes epidémicos. Esto explica porque la población tardó tanto tiempo en volver a crecer. La mortalidad de la mayor parte de esas enfermedades no estaba relacionada, o muy poco, con las condiciones de vida; exactamente igual que

⁴⁴ En ocasiones, y no pocas, se hacen estimaciones disparatas sobre la población americana que, además, se publican. Solo a título de ejemplo citaré a Cook y Borah, a quienes haré el favor de no incluir en la bibliografía, y que calcularon la población de La Española antes de la llegada de los españoles en casi ocho millones de personas. Estoy haría de aquella isla un territorio diez veces más poblado que la España de entonces, y 30 veces más que las islas Canarias anteriores a la llegada de los europeos, que tenía un desarrollo social y tecnológico similar a La Española. Una estimación más sensata (Mira Caballos, 2017: 328) sitúa su población en 136.000 habitantes. Hay que decir que, por ejemplo, el mismo Bartolomé de las Casas también dio cifras fabulosas, de hasta tres o cuatro millones.

⁴⁵ Sobre las muy variadas estimaciones de la población precolombina, García y Romero, 2012: 323-327. Socolow, 1994: 218-234. Caravaglia y Marchena, 2005: 207-208.

⁴⁶ Caravaglia y Marchena, 2005: 208-21. Wachtel, 1998: 170-178. Malamud, 2010: 117-126. Sánchez-Albornoz, 1990: 15-23.

⁴⁷ Crosby 218-241. García y Romero, 2012: 327-331.

en Europa, donde las pandemias golpeaban por igual a ricos y pobres. De ahí que la muerte de la mayor parte de los indígenas tampoco estuviera relacionada con el tipo de ocupación del territorio por encomiendas, repartimientos o reducciones. Ni con la posición o el estatus de cada indio. Ni siquiera la lejanía de los españoles era una garantía. Las enfermedades se transmitieron por todo el continente con una velocidad de vértigo, de modo que era habitual que el primer golpe llegara antes de la conquista española. Por ejemplo, poco antes de que Pizarro entrara en Perú los incas habían sufrido una devastadora epidemia de lo que se cree que fue viruela. No se sabe cómo llegó la enfermedad, pero lo que parece descartado es que la trajera directamente un español. Más bien, se supone que fue llevada por algún indio que había tenido contacto con los españoles. La viruela, como otras enfermedades, hizo su «aportación» a la victoria española; aunque, por las razones ya expuestas, seguramente no fue decisiva.

Es interesante observar que el camino inverso apenas tuvo viajeros. Solo se sabe de una enfermedad que llegara a Europa desde América, la sífilis (hay indicios muy dudosos sobre el origen americano de la tuberculosis). Aunque se propagó con rapidez y causó no pocos estragos, su daño no se puede comparar ni remotamente con cualquiera de las epidemias que golpearon América. La escasa agresividad de los patógenos americanos era una consecuencia de la escasa población amerindia y su modo de vida. En comparación con Eurasia, en América vivían pocas personas. Como, además, las civilizaciones americanas habían sido más tardías que las eurasiáticas, el «campo histórico de cultivo» de los nuevos gérmenes era más pequeño: y con poca gente era poco probable que se desarrollasen nuevas enfermedades. Además, a menudo los patógenos se mantienen o desarrollan en «reservorios» de animales. Algunos de ellos no están cerca de los hombres, como muchas gripes que son «guardadas» por las aves. Pero los reservorios más comunes son los animales domésticos, como cerdos y bóvidos. Así pues, la estabulación favorece la aparición de nuevos gérmenes. Pero los indios americanos no tenían animales domésticos estabulados de gran tamaño, con la única excepción de las llamas y alpacas de los Andes; que, por otro lado, vivían separadas físicamente de los hombres⁴⁸.

Tras la propagación de enfermedades, la segunda causa del declive demográfico de América fue la drástica caída de la tasa de natalidad entre los indios. Por los testimonios de la época, pero también por comparación con

⁴⁸ Diamond, 1998: 223-246.

lo sucedido en otros ámbitos mejor conocidos –por ejemplo, los maoríes de Nueva Zelanda–, sabemos que la respuesta de la población amerindia al colapso de su civilización debió ser muy recesiva⁴⁹. Desde la perspectiva indígena lo que estaba sucediendo con la llegada de los españoles no fue algo diferente del Apocalipsis. Todos los referentes culturales y religiosos de los indios se vinieron abajo, generando un estado de crisis y desmoralización difícil de entender hoy en día. Hay numerosos testimonios de suicidios colectivos entre los indios. Por sí mismas, estas tragedias tuvieron poca incidencia demográfica; pero reflejaban un estado anímico anti-natalista. Muchas familias indias decidieron no tener hijos, no pocas veces recurriendo al aborto o, incluso, el infanticidio. En América, como en el resto del mundo, en situaciones normales las elevadas tasas de natalidad apenas cubrían las también elevadas tasas de mortalidad. De ahí que un descenso significativo y prolongado de los nacimientos tuviera un enorme efecto recesivo, que se sumaba al continuo rebrote de las epidemias. Por supuesto, no todo el mundo reaccionó de la misma manera. Los indios que asumieron la nueva situación, por ejemplo, bautizándose, habrían estado más predispuestos a tener hijos. Esto ayuda a explicar porque América experimentó una mutación cultural tan rápida. La supervivencia de los niños estaba directamente relacionada con la capacidad de adaptación de sus padres al nuevo entorno⁵⁰.

Una tercera causa del declive demográfico fue la misma acción de los españoles, asunto en el que podemos incluir tanto la guerra y las atrocidades que la acompaña, como los abusos de las autoridades, y en particular, de los encomenderos. Los españoles nunca plantearon una política de exterminio de los indios; habría sido estúpido. Pero, al fin, este fue el resultado práctico en una gran parte del continente que, no por casualidad, era donde vivía menos gente. La tasa de supervivencia de los indios parece estar directamente relacionada con su grado de civilización, que también guarda relación con su número y, en fin, con su «utilidad» para los propios españoles. Así, el exterminio de los indios del Caribe no dejaba de ser una tragedia previsible. Eran pocos, la mayoría murieron con las epidemias y, sobre todo, los que quedaron no formaban comunidades políticas complejas sobre las que asentar un nuevo orden social. Para los españoles, su supervivencia como colectivo no aportaba nada, lo que explica que hacia 1500 no quedasen indios en la mayor parte de las islas del Caribe, como tampoco en las Canarias. Algo similar suce-

⁴⁹ Crosby, 1988: 242-295.

⁵⁰ Wachtel, 1998: 174-189.

dió con otras comunidades primitivas de la costa atlántica, motivo por el que actualmente los países bañados por ese océano, desde Colombia a Argentina, apenas tienen población indígena. Pero también por este mismo motivo, las regiones que entonces estaban más desarrolladas, y en las que vivía más gente, mantuvieron su población. Eran regiones más atractivas precisamente por sus enormes masas de indios civilizados, es decir, potenciales siervos y, también, cristianos⁵¹.

De todos modos, los abusos de los encomenderos están acreditados en todo el continente, lo que no dejaba de ser igualmente predecible. Cuando cayeron los grandes imperios precolombinos la Corona cedió a las pretensiones de los conquistadores sobre los indios. A fin de cuentas, ellos eran los dueños del lugar. Se crearon numerosas encomiendas que semejaban los feudos europeos; pero que tampoco eran exactamente iguales pues no otorgaban ningún tipo de propiedad. El encomendero no era un terrateniente sino algo más parecido a un guerrero de la época de los godos al que se le hubiese otorgado derechos amplios e imprecisos sobre las vidas y los bienes de mucha gente. Ciertamente, la posible condición heredable de las encomiendas se planteó desde el primer momento. Pero en 1542 las Leyes Nuevas establecieron que no había lugar, y, además, se prohibieron la fundación de nuevas encomiendas. Todo esto revela la desconfianza de la Corona hacia los encomenderos que, por otro lado, estaba ampliamente justificada.

Parece que la lenta desaparición de las encomiendas mejoró el trato a los indígenas. De todos modos, lo cierto es que ni estas ni los repartimientos se podían legar, pues ni siquiera eran propiedad territorial, sino sistemas de trabajos forzados. Y tampoco lo eran las reducciones de indios que, más bien, eran instituciones políticas. Es decir, en el agro americano no se crearon formas de propiedad típicamente capitalistas; lo cual era lógico, pues en la misma España la «perfectibilidad» de la propiedad territorial solo era un programa político apenas imaginable en el siglo XVI. Esto fue desastroso para los indios. Es improbable que un señor feudal lleve la explotación de su feudo hasta el punto de acabar con las vidas de sus siervos, pues, al fin, esas vidas son suyas y de sus hijos. Algo parecido se puede decir del hacendado, la figura emergente en la etapa final de la colonización española en América. Él sí es propietario de su tierra y, por tanto, quiere que se preserve, y que los peones a su cargo tengan de qué vivir. Pero el encomendero no era ni un se-

⁵¹ Pérez Herrero, 2002: 67.

ñor feudal ni un hacendado, pues no podía legar ni vender su encomienda. Por tanto, su mejor estrategia era la depredación. Los relatos de Bartolomé de las Casas podrán haber sido exagerados (como lo era él); pero son, como mínimo, verosímiles.

Una cuarta y muy dudosa causa del declive demográfico fue la introducción de nuevas actividades económicas que habrían perjudicado a los indios porque implicaban cambios demasiado bruscos a los que no pudieron adaptarse, o solo con muchas dificultades. De todos modos, no hay motivos para pensar que, en el medio plazo, o incluso en el corto, estos procesos dañaran el crecimiento económico y demográfico de América. De hecho, lo que cabría esperar es exactamente lo contrario. Sobre todo, dado el punto de partida. La introducción de vacas, cerdos, cabras, ovejas, gallinas y otras especies animales permitió a los indios acceder a alimentos de los que nunca habían disfrutado, como huevos, leche y carne; así como lana. El caballo, el asno y la mula proporcionaron fuerza de tiro para arados y carros⁵². Es razonable suponer que los daños causados por la extensión de esas cabañas se compensaran por la mayor diversidad de productos agropecuarios. Por lo demás, a menudo las cabañas llegaron a tierras muy poco pobladas, como el norte de México, el Istmo centroamericano y los Llanos de Colombia. Este despoblamiento a veces habría sido reforzado por el mismo cataclismo demográfico, pero, en general, América era un continente poco poblado en el que dominaban los sistemas agrícolas extensivos (cuando no la caza y recolección de frutos).

La quinta y última causa del declive demográfico fue la minería argentífera. Este asunto merece un espacio propio porque sus implicaciones superan al continente americano. Aparte de la prolongación de la Reconquista, el comercio de oro había sido el motor de las expediciones portuguesas a la costa occidental de África. Y no es una casualidad que la palabra «oro» sea una de las más repetidas en el famoso diario del primer viaje de Colón. Los descubridores y conquistadores anhelaban enriquecerse apropiándose de supuestos tesoros acumulados durante siglos por los nativos americanos. Nada más elocuente de aquella pulsión que la pervivencia del mito de El Dorado. Según cierta leyenda de los indios de Colombia, cada año un cacique de la región era cubierto con polvo de oro, para luego bañarse en una laguna a la que también se arrojaban otros objetos valiosos. De este modo, esa laguna se habría convertido en un inmenso depósito de riquezas. Este relato, que

⁵² Florescano, 92-101.

quizás tuviera algún lejano viso de realidad, despertó la fantasía de los españoles. Los indios, advirtiendo su avaricia, embellecieron la historia que fue adquiriendo tonos cada vez más exagerados. De ahí que durante años los españoles buscaran inútilmente aquella maravillosa laguna, perdiendo en ello hombres y recursos. Todavía en el siglo XVIII, dos siglos largos desde que se tuvo la primera noticia se seguían organizando expediciones en Colombia⁵³. Incluso Voltaire bromeaba sobre el asunto. En su *Cándido* el protagonista y sus amigos llegaban a un maravilloso país, más o menos por Brasil, donde el oro carecía de valor precisamente por lo abundante que era. Lo cierto es que los españoles apenas lo hallaron. Algo consiguieron saqueando los tesoros de los reyes azteca e inca. Otra parte, explotando los yacimientos del Caribe, que enseguida se agotaron. También descubrieron yacimientos en Colombia (Antioquía, Cali, Santa Fe de Bogotá...) y otras áreas dispersas por casi todo el continente; pero nunca en grandes cantidades. En conjunto, lo obtenido no era mucho para lo que podría haberse esperado de un territorio tan extenso⁵⁴.

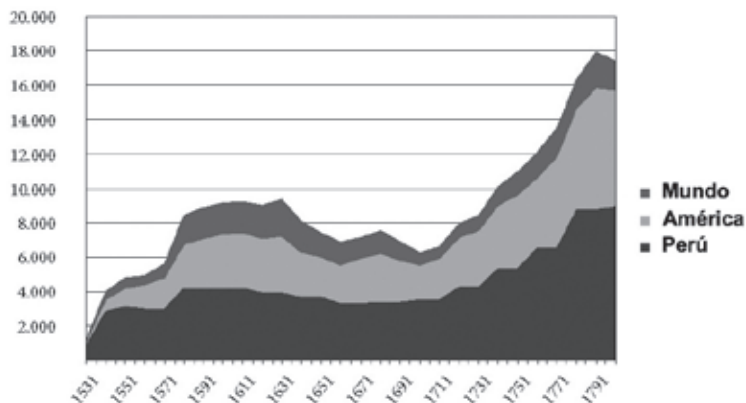
Pero las expectativas se cubrieron con creces con otro metal precioso: la plata. En los Andes los españoles encontraron el gran yacimiento de Potosí y otros mucho menores. En México, y en orden de importancia, Zacatecas, Guajanato, Durango, San Luis Potosí (no confundir con la mina boliviana, a la que debe su nombre) y otra media docena más. En conjunto, los dos virreynatos competían por la mayor producción, aunque el de Perú parece haber llevado la delantera, gracias a Potosí. Desde su puesta en explotación en la década de 1540 hasta la independencia de Perú-Bolivia su cerro fue la mayor mina de plata del mundo; y la ciudad la mayor aglomeración urbana del hemisferio austral. En su mejor momento, a comienzos del siglo XVII, pudo albergar unas 160.000 personas. Claro que llamar «ciudad» a la sucesión de barracones en los que se apiñaban miles de mineros y obreros puede resultar excesivo. Potosí era tanto una gran concentración de hombres como una curiosa variedad del infierno. En medio de la nada, a 4.000 metros de altura, el clima era helado y seco, el agua faltaba, y hasta el mismo oxígeno era un bien escaso⁵⁵.

⁵³ Brown, 2012: 36.

⁵⁴ TePaske, 2010: 23-46. Bakewell, 1990: 88-89.

⁵⁵ TePaske, 2010: 141-163. Brown, 2012: 15-35. Bakewell, 1990: 49-91. Malamud, 2010: 172-176. Ferguson, 2009: 38-43.

Gráfico 3. Producción de plata en Perú, América y el mundo. 1531-1810.



Fuente: TePaske, 2010: 178.

La importancia de la minería argentífera en la economía americana se revela de muchos modos, pero quizás ninguno tan significativo como la balanza comercial. Para los españoles América era un continente muy deficitario. La población indígena no tenía necesidad de productos europeos, aunque eso iría cambiando poco a poco. Sin embargo, la creciente comunidad de origen español dependía de las importaciones para proveerse de lo más básico, o de lo que ellos consideraban tal. Como la producción industrial española era incapaz de satisfacer esa demanda, y como el mercado americano estaba reservado, se fue desarrollando un extenso contrabando de productos europeos no españoles. Iberoamérica se convirtió en uno de los grandes mercados exteriores de Gran Bretaña⁵⁶. Aunque ilegal, el negocio era conocido, tolerado y hasta promovido por las autoridades españolas, que encontraban en él una forma de obtener ingresos adicionales. Dado que el origen del problema estaba en la abrumadora diferencia entre la calidad y capacidad de producción industrial de España y Europa (sobre todo, Gran Bretaña), el problema solo hubiera encontrado solución con la plena liberalización del comercio. De hecho, incluso hubo un primer paso. En el tratado de Utrecht la fuerte posición negociadora inglesa condujo al llamado «barco de permiso», es decir, una au-

⁵⁶ Lynch, 1992: 229-286.

torización muy limitada de comercio directo entre Gran Bretaña y el imperio español en América. Pero esta cláusula no tuvo continuidad. Los Borbones, como antes los Austrias, mantuvieron la exclusividad del mercado americano para los fabricantes españoles; al menos, oficialmente. La demanda de un comercio libre terminó siendo una de las reivindicaciones de la burguesía criolla, el grupo social más activo durante las guerras de emancipación.

Pues bien, precisamente por ese déficit, aunque no solo por él, la minería argentífera adquirió un enorme interés para la Corona. Aquella actividad hacía viable la explotación de América. La plata era la principal partida de las exportaciones de América hacia España. Hasta el siglo XVII los metales preciosos suponían más del 80 % de su valor. La inmensa mayor parte del resto se repartía entre cuatro productos: dos tintes, la cochinilla y el añil, los cueros y el azúcar. El declive de la producción argentífera y el aumento de las exportaciones de otras mercancías (cacao y, luego, azúcar) dieron algo más de variedad al comercio, pero aún así, a finales del siglo XVIII la participación de la plata en las exportaciones seguía siendo mayoritaria. Y es que la producción industrial americana solo abastecía parte del mercado de la propia América; al principio por su propia debilidad, y ya en el siglo XVIII también por la política mercantilista de los Borbones.

La explotación argentífera en Perú exigía un considerable tributo anual de sangre. Además de Potosí, en el Virreinato existía otra mina de importancia crucial, Huancavelica. Esta era una mina de cinabrio, una mineral formado por azufre y mercurio (llamado azogue), metal que sirve para extraer la plata del mineral extraído en Potosí. En esas dos minas la mano de obra era reclutada a través de la llamada *mita*, un tipo de repartimiento semejante a otros agrícolas o urbanos, cuyo origen estaba en el imperio inca; de ahí lo de los indios «mitayos». Entre los incas la *mita* nunca tuvo efectos comparables a los que tuvo después, ya que ni siquiera se empleaba en la minería, que no estaba tan avanzada⁵⁷. Pero con los españoles, el sistema adquirió un cariz diferente. Cada pueblo de una extensa área del Perú debía proporcionar cierto número de hombres jóvenes como mineros. Muchos de ellos, quizás siete de cada diez, no regresaban a sus hogares pues morían en el cerro de Potosí, ya fuera en la extracción del mineral, ya en las actividades asociadas. Huancavelica demandaba menos trabajadores que Potosí, pero las tasas de mortalidad eran aún mayores; tan elevadas que, en ocasiones, las mismas autoridades es-

⁵⁷ Bakewell, 1990: 56-65.

pañolas prohibieron temporalmente la extracción del cinabrio. Aquellos repartimientos tuvieron consecuencias funestas sobre la demografía peruana⁵⁸.

Surgía así una contradicción palmaria entre el espíritu protector de las Leyes de Indias, y la realidad de una minería que devoraba a los indios. La Corona jamás logró resolverla. Ciertamente, los españoles ensayaron otras soluciones. Así, a veces se emplearon esclavos negros, como en las minas de esmeraldas de Colombia. En México inicialmente se forzó a los indios a trabajar en las minas de plata, pero la imposibilidad legal de esclavizarles y su bajo rendimiento laboral condujo a que se optara por la contratación mediante un salario, tal y como sucedía en Europa. El mismo procedimiento fue empleado en otras minas de plata de los Andes, pero no en Potosí y Huancavelica. No obstante, incluso en ellas una parte de la mano de obra no era forzada, sobre todo en los puestos que exigían una mayor especialización laboral. Su proporción fue aumentando con el tiempo. El hecho de que la mano de obra asalariada compitiera con la forzada durante mucho tiempo, y que incluso la desplazara en México, sugiere que los repartimientos de indios no eran imprescindibles para el mantenimiento de las explotaciones, y que la mita podría haber desaparecido con una simple decisión gubernamental, y sin mayores quebrantos.

También revela la existencia de masas de trabajadores muy pobres. Cualquiera que fuera el salario, un indio que optaba voluntariamente por trabajar en la mina sabía que viviría menos; quizás, ni siquiera un año⁵⁹. Sin embargo, la existencia de esos trabajadores misérrimos no es incompatible con un fuerte crecimiento económico. De hecho, eso es lo que sucedía en Europa, donde las ingentes masas de mendigos urbanos y las condiciones brutales de explotación en las minas son la imagen tenebrosa de un continente que crecía. Lo mismo puede decirse de la América española, un enorme territorio que durante tres siglos experimentó un notable crecimiento, y se dotó de infraestructuras y recursos inimaginables hasta entonces. Se fundaron ciudades, especialmente en la costa, que dieron lugar a de redes de transporte terrestres y marítimas. Y se pusieron las bases económicas para unas sociedades que eran mucho más formadas, ricas e igualitarias que las de la época precolombina. Las estimaciones sobre el crecimiento de la renta son, lógicamente, compli-

⁵⁸ Bakewell, 1990: 65-74 Brown, 2012: 52-58 Espina, 2001.

⁵⁹ Sobre las condiciones de trabajo en las minas, Brown, 2012: 58-70.

cadass; pero la tendencia al alza es clara y general en todo el continente⁶⁰. Lo que marcó una diferencia abismal entre Europa y América fue el cataclismo demográfico que siguió a la Conquista, no el crecimiento económico.

Tiene cierto interés analizar cómo en su momento fueron vistos estos eventos y, sobre todo, cómo han sido interpretados después. Hemos visto que hubo una causa principal detrás de la gigantesca mortandad de indios, la expansión de enfermedades infecciosas, un fenómeno que los españoles nunca llegaron a comprender; aunque, quizás, algunos intuyeron. Fuera de esas pocas personas, el punto de vista habitual era el derivado del rígido esquema religioso del catolicismo forjado en la Reconquista; y que tampoco era tan diferente del de otros europeos. A su juicio, la propagación de enfermedades solo sería una expresión de la cólera divina, un castigo colectivo sobre pueblos impíos semejante a las plagas de Egipto o la lluvia de fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra. Dentro de esta visión, teleológicamente eurocéntrica y cristiana, la destrucción de la hermosa Tenochtitlan sería un precio irrisorio para la dicha que se prometía a los indios, el paraíso, y la desdicha que se les evitaba, el infierno. Nada de esto era extraño ni en América ni en Europa. Los sacrificios humanos rituales en México, la noche de San Bartolomé en Francia, las campañas de caza de brujas en Alemania, el trabajo en las minas de cobre de Falun (Suecia), o la sordera y locura de los artilleros navales en todos y cada uno de los barcos de guerra europeos son buenos ejemplos de inhumanidad, en unos casos excepcional, en otros cotidiana.

Pero ningún esquema cultural puede mantenerse sin bases políticas y económicas. La violencia institucional instaurada por los españoles tenía su origen en el sistema de relaciones económicas levantado tras la Conquista, que no era el capitalismo, sino algo más indefinido y arcaico. Los conquistadores establecieron un sistema de trabajo forzado mediante encomiendas y repartimientos, dos figuras jurídicas que tenían su origen en los sistemas de prestaciones personales existentes en la España de la que ellos venían; o, más bien, sus antepasados. Lo importante es que esos sistemas promovían la depredación, pues no había ningún incentivo en la mejora de las explotaciones y el respeto a los indios. La lógica económica que las guiaba era la misma que la de la esclavitud: la explotación del indio hasta su muerte. Si

⁶⁰ Por ejemplo, y en lo concerniente a Nueva Granada en el siglo XVIII, Torres Moreno, 2013 desde la perspectiva de los agregados monetarios, y Dobado-González and García-Montero, 2014 y 2010 desde la de salarios y estaturas. Aún más relevante, y a tenor del último trabajo, nada hace pensar que esa sociedad fuera particularmente desigual, al menos en lo concerniente a Colombia.

el sistema no fue tan destructivo como aquel fue porque, al contrario de lo que suponen algunos historiadores anglosajones, el imperio español contaba con un entramado jurídico sólido, y las Leyes de Indias protegían al indio, aunque imperfectamente. Además, el Estado fue minando las encomiendas y, con menos determinación, los repartimientos (había demasiados intereses alrededor de Potosí). Esa lucha culminó con su sustitución por la propiedad territorial capitalista; es decir, la hacienda. La emergencia de esta institución demuestra que, con todos sus defectos el sistema colonial español podía evolucionar. El éxito económico de América Latina en el siglo XVIII debe mucho a la afirmación del capitalismo, que quizás fue más rápida e intensa que en la misma metrópoli.

Pero incluso antes de la aparición de la hacienda también hubo progreso material. Hay dos razones que lo explican. Por un lado, América partía de un desarrollo tecnológico muy bajo, no solo inferior al de Europa, sino también al de África. De ahí que la aportación tecnológica europea fuera revolucionaria. El segundo motivo fue el propio imperio español. Este era una estructura política mucho menos depredadora que los antiguos imperios precolombinos y, en algunos sentidos, y no pocos, una organización moderna. Para los españoles era prioritario mantener el flujo de plata hacia España, incluso si implicaba un elevado coste humano. Pero para todo lo demás llevaron a cabo una labor de construcción política y económica desconocida hasta entonces, que se fue afirmando con el fin de los sistemas de explotación forzosa del trabajo. De ahí que una vez superados los estragos de las enfermedades –que se prolongaron varias décadas–, la población volvió a crecer; y lo hizo con fuerza, alcanzando niveles de bienestar muy superiores a los existentes antes de la Conquista. En la América española la presión fiscal era baja; la injerencia de las autoridades era pequeña, ineficaz o circunscrita a ámbitos muy concretos. Y quizás lo menos importante, pero también lo más significativo: el ejército era minúsculo para un imperio de semejante tamaño. Solo a finales del siglo XVIII, ante la creciente amenaza de Gran Bretaña (guerra del Asiento o de la Oreja de Jenkins), esa presencia militar fue aumentando; y con todo, siempre fue limitada⁶¹.

Sin embargo, este relato no es el más común ni en América Latina ni tampoco entre muchos académicos europeos y americanos. El probable origen

⁶¹ Grafe e Irigoin, 2012. 163-215. Esta evidencia entra en colisión con la hipótesis planteada por Acemoglu de que el peor resultado de Latinoamérica con respecto a Norteamérica fue causado porque la primera tuvo instituciones «extractivas» y la segunda «inclusivas».

de tales equívocos es la «Leyenda Negra». Bajo este título se engloban tantos temas que es fácil perderse. Estos van desde el asesinato del infante Carlos por su padre Felipe II, a los autos de fe de la Inquisición; pasando –y es lo que aquí concierne– por la brutalidad de la conquista española de América. En todo este batiburrillo solo hay un hilo conductor: España y los españoles como modelo universal del Mal, un interesante precursor de muchos discursos eurodemonizadores. Quizás lo más chocante de este caso sea el empleo de la palabra «negra» como sinónimo, más o menos expreso, de «oculto» o «escondido». Las tropelías, abusos, crímenes y masacres cometidos por los españoles en América fueron cualquier cosa menos eso. Ya vimos que se trataron ampliamente por la Corona dando lugar a una legislación extensa y a debates públicos. Como tema de investigación histórica, la Leyenda Negra es mucho más interesante por su construcción que por su contenido⁶².

Con el tiempo, ese conjunto de relatos evolucionó en la previsible dirección identitaria que cabría esperar del «despertar indígena»; que precisamente por serlo, señala al otro con una identidad diferente, de color blanco. La culpa que ahora se achaca al imperio español es la de haberse levantado sobre unas estructuras de poder que sobrevivieron a su derrumbe, y que tuvieron efectos perniciosos sobre el ulterior desarrollo de Latinoamérica. De modo resumido, facilitaron la dominación de una gran masa de pobres por una minoría de criollos al servicio de potencias extranjeras, sobre todo Gran Bretaña y Estados Unidos⁶³. En todo este relato hay un fondo racista construido sobre la idea de que los pobres eran indios, y los indios eran pobres. Ese argumento resulta dudoso en un continente en el que el mestizaje ha dejado a pocas comunidades indígenas incólumes. Sin embargo, la nota racista es importante porque agrava un relato que, de otro modo, no sería bastante eurocéntrico. Al fin, América Latina forma parte de Occidente. En resumen, la herencia maldita del imperio español fue algo más diabólico que el simple capitalismo. Ese sistema de dominación político, económico y cultural, ese Mal infinito, aún peor que la malvada España, fue el neoliberalismo. No me extenderé más sobre estos delirios que contradicen la apabullante evidencia de los siglos XIX y XX.

Sin ir tan lejos, pero contemplando el largo plazo, el imperio español en América trajo una considerable mejora del nivel de vida de los indios; por supuesto, de aquellos que sobrevivieron a las plagas y el hundimiento de las civi-

⁶² Roca Barea, 2017.

⁶³ Galeano, 1971.

lizaciones precolombinas. Podría decirse que todo el proceso fue una apuesta diabólica: muerte (la opción más probable) o bienestar (la menos probable). La sociedad que se formó en América en los tres siglos siguientes a la Conquista era rica. Lo era con respecto al punto de partida; pero también con respecto a, por ejemplo, las Trece Colonias de Norteamérica, e incluso Europa. Nuestra visión de una Latinoamérica pobre y conflictiva es muy reciente, y no tienen nada que ver con la que existía hace dos siglos. Evidentemente, el imperio español en América no era idílico. Pero no era, ni mucho menos, el peor de los mundos de la Edad Moderna. Quizás fuera uno de los mejores.

Queda un último asunto, un tema de cierto interés que podría denominarse «el circuito mundial de la plata (y el oro)». Gran parte de la producción argentífera era enviada a Sevilla donde se registraba en la Casa de Contratación; pero no se quedaba en España. Más pronto que tarde se encaminaba hacia los mercados europeos debido a la baja competitividad de la industria española y el endeudamiento de la Corona. Desde finales del siglo XVII sucedió algo parecido con el oro portugués extraído de Minas Gerais. Al desembarco de la plata en España y Europa se le ha atribuido un importante efecto inflacionario, que incluso ha recibido un título ya clásico: la «revolución de los precios»⁶⁴. Tal denominación es excesiva. Para el conjunto de Europa, en el siglo XVI la inflación pudo rondar el 2 % anual, lo que tampoco resulta muy «revolucionario». Es fácil encontrar períodos históricos con inflaciones mucho mayores; por ejemplo, la Roma del siglo III. Además, existen motivos sobrados para pensar que la mayor parte de esa moderada inflación fue causada por factores endógenos; básicamente, la expansión económica y demográfica de Europa. Uno de los muchos indicios en este sentido es que en el siglo XVII los precios se estabilizaron y cayeron, a pesar de que siguieron llegando remesas de plata desde América, y en una cuantía mayor que en el siglo anterior. Esa deflación tenía su origen en la profunda recesión causada por las pérdidas demográficas de varias epidemias y guerras. En el siglo XVIII los precios volvieron a subir, pero moderadamente; y lo hicieron con aparente indiferencia a la llegada de plata y oro de América. Por supuesto, y desde un punto de vista teórico, un aumento de la masa monetaria debería tener consecuencias sobre el nivel precios. Pero todo indica que la economía europea era demasiado grande, y tenía sus propias dinámicas, como para verse demasiado influida⁶⁵.

⁶⁴ La paternidad de la tesis corresponde a Hamilton, 1934, posteriormente reforzada por Chaunu, Arbellot et Chaunu, 1955-1959.

⁶⁵ Yun, 2004: 128-146. Yun, 2019: 73-77. Von Glahn, 2016: 233-237. Sobre las cifras totales de metales preciosos llegados desde América, Morineau, 1985: 550-599.

Una de las razones, seguramente menor, por las que esos efectos fueron moderados fue que parte de esa plata volvía a salir del Viejo Continente. La balanza comercial de Europa con Asia siempre era negativa, de modo que la única forma de cubrir el déficit era con exportaciones de metal precioso. Por otro lado, desde tiempos remotos, y en términos de oro, la plata valía más en Asia que en Europa, por lo que había incentivos poderosos para su salida. Con el tiempo, las mismas salidas de plata llevaron a que las relaciones bimetálicas de los dos continentes se aproximaran. Pero China siguió siendo un país anómalo. Hacia 1500 la relación en valor entre uno y otro metal en Europa se situaba algo por encima de 1:10; mientras que en China podría estar en 1:6 o 1:7. A mediados del siglo XVII, la relación en Europa, India y Japón se situaría entre 1:13 y 1:16, pero en China solo había aumentado a 1:8. Solo hay una forma de explicar el mantenimiento de esas diferencias, y es suponer que, a pesar de todo, la plata no llegaba a China con suficiente fluidez para satisfacer su sistema monetario, que era argentífero. Y esto era debido a que el comercio entre China y el resto del mundo era pequeño por los obstáculos que imponía el mismo gobierno imperial.

Como fuere, China era un comprador mundial de plata. El que los españoles encontraran ese metal en América fue una circunstancia afortunada, pues facilitó la provisión de plata a través de sus, por otro lado, deficientes relaciones comerciales. En realidad, la fortuna fue doble, pues en los mismos años la producción de plata en Japón se disparó como consecuencia del descubrimiento de la mina de Iwami. Así, entre 1550 y 1645, las exportaciones de plata japonesa a China fueron iguales o superiores a las procedentes de América⁶⁶. De un modo u otro, la plata acababa en China, proporcionando un aumento regular de medios de pago.

En este circuito de los metales preciosos no puede ignorarse el papel desempeñado por India. La economía de aquel país era mucho más abierta que la de China, lo que se pone de manifiesto en una relación bimetálica asimilable a la del resto del mundo. En realidad, tanto por su población como por su comercio, India era un país mucho más importante. Esa mayor apertura era debida, en parte, al simple hecho geográfico de ser una península. Pero también a que las autoridades políticas normalmente intervenían poco en el comercio internacional. Además, el mayor Estado de la India, el imperio mogol, no alcanzaba los puertos comerciales del sur desde los que se exportaban a Europa, y en barcos europeos, especias y otros productos exóticos. Como

⁶⁶ Von Glahn, 2016: 307-309. Flynn y Giraldez, 2002.

ese comercio era deficitario, India fue recibiendo cantidades crecientes de plata que, parcialmente, intercambiaba por oro en China. Más adelante, tras la puesta en explotación de las minas brasileñas, también llegó oro desde América. La cuestión es que, así como América era el punto de salida del oro y la plata, India y China eran, respectivamente, el punto de llegada de esos metales. Históricamente, la India ha sido el gran «sumidero mundial del oro», el cual servía al sostenimiento de su sistema monetario, pero también como valor refugio de las familias. Por su parte, China habría sido el «sumidero mundial de plata». Por tanto, más que «circuitos» habría habido «viajes» de ida sin vuelta.

¿Qué consecuencias tuvo la llegada de estos metales preciosos en las economías de India y China? El interés de esta pregunta estriba en que efectos poderosos avalarían la tesis de una temprana globalización monetaria y, por tanto, económica. Si fuera así, sería posible imaginar un sistema-mundo en el que las decisiones tomadas por los europeos tuvieran consecuencias importantes sobre el resto del planeta. Pero no parece que esto sucediera. Si los precios en Europa fueron tan poco sensibles a la producción argentífera y aurífera de América, ¿cabría esperar que en Asia sucediera algo diferente? Por grande que fuera la proporción de metales preciosos que terminaba en India y China, la enormidad económica de esos dos países en la Edad Moderna anula cualquier argumento sobre la influencia de la producción minera en los ciclos económicos asiáticos. Y todo ello sin contar a Japón, cuya producción argentífera superó a la de España durante bastante tiempo. Claro que, si no fuera el caso, si realmente las economías india y china sufrieron un impacto profundo de la extracción y exportación de plata y oro, necesariamente tendríamos que suponer que el «capitalismo comercial» asiático estaba mucho menos desarrollado que el europeo, lo cual no es verosímil.

HOLANDESES EN INDONESIA

1566 es una fecha importante en la Historia europea porque señala el comienzo de la guerra de independencia de Holanda⁶⁷. Su origen se encuentra en el empeño de los Austrias españoles por mantener el catolicismo en una

⁶⁷ Sobre el origen de la República Holandesa y su «edad dorada», Prak, 2005. Una muy extensa historia de Holanda, aunque no centrada en el imperio holandés, Israel, 1995. Para ese imperio, Israel, 1995: 318-327 y 934-959.

sociedad que había abrazado, aunque solo parcialmente, el calvinismo. La guerra de Holanda fue, pues, civil y religiosa; pero también internacional, pues participaron varias potencias europeas, singularmente España y Gran Bretaña. Fue uno de los conflictos más enquistados de la Edad Moderna, y un pozo sin fondo para las arcas de Felipe II. Hasta 1609 los Países Bajos no lograron la plena independencia, aunque desde 1579 ya existía algo bastante parecido a un Estado, la Unión de Utrecht. De todos modos, Holanda nunca fue una nación al uso. Fue incapaz de resolver satisfactoriamente las tensiones existentes entre distintas fuerzas políticas, así que optó por la solución menos conflictiva: constituirse como una federación de provincias autónomas; una de las cuales, Holanda, terminó por dar nombre a todo el país. El calvinismo se convirtió en la religión oficial, marginando política y socialmente al catolicismo, aunque sin incurrir en los excesos de países vecinos, tanto protestantes como católicos. Esta relativa tolerancia, o intolerancia contenida, así como el éxito de la nueva nación, seguramente se explica por su escasísima vocación estatal. Las autoridades políticas mostraron un gran interés por proporcionar un marco institucional que protegiera las relaciones económicas; pero muy poca solidaridad con la causa protestante, y aún menos ambición territorial⁶⁸.

Lo cual, por otro lado, era lógico. Holanda era una nación burguesa y débil; un país superpoblado y sin recursos naturales dignos de mención. Desde la Edad Media la existencia de sus numerosas ciudades solo se explica por el comercio exterior. Como los holandeses siempre habían dependido de un poder extranjero, y como el comercio miraba fundamentalmente al norte –Gran Bretaña y la Liga Hanseática–, durante el siglo XVI los holandeses apenas participaron en los descubrimientos de otras naciones. Pero con la casi-independencia de 1579 Holanda se convirtió en la principal potencia naval de Europa. Por entonces, su marina mercante contaba con tantos barcos como las del resto de las naciones europeas juntas⁶⁹. De forma resumida, el negocio holandés consistía en obtener materias primas del Báltico e intercambiarlas por manufacturas de otros países; es decir, era un intermediario intraeuro-

⁶⁸ Sobre las características generales de la economía holandesa, De Vries and der Woude, 1997.

⁶⁹ Es muy conocida la cita de Daniel Defoe según la cual los holandeses eran «the carriers of the world, the middle persons in the trade, the factors and brokers in Europe» (Singh, 2006: 102). Quizás lo más interesante es que esas palabras son de poco antes de 1728, es decir, muy posteriores a la edad dorada de Holanda, cuando las relaciones entre las dos potencias eran cordiales.

peo⁷⁰. La mayor parte de su enorme flota rara vez salía del Atlántico Norte; ni siquiera solía penetrar en el Mediterráneo. Todo lo concerniente al imperio holandés en Asia era la parte más brillante, más lucrativa, y también menor, del comercio exterior holandés. Claro que, en términos relativos, también Holanda era la nación en la que ese comercio tenía más peso⁷¹.

A mediados del siglo XVII Holanda alcanzó la cima de su poder; pero en la segunda mitad del siglo XVII sostuvo tres guerras navales con Inglaterra que se saldaron con la pérdida de esa hegemonía. En realidad, el elemento decisivo no fue la guerra con Gran Bretaña (hubo varias batallas con distinto resultado) sino la participación francesa en 1672-1678, que resultó muy destructiva. El problema de fondo era que, en un continente de poderosos y grandes Estados, la pequeña república holandesa difícilmente podía mantener su preminencia política. Como veremos, el imperio holandés sobrevivió, aunque mermado, por dos motivos: 1º porque se sostuvo en una parte muy localizada del globo, Indonesia; 2º porque Holanda alcanzó una suerte de alianza estratégica con Gran Bretaña.

Aparte de la enemiga hacia España y, por tanto, Portugal, los holandeses tenían las mismas razones que sus predecesores para seguir las grandes rutas comerciales: oro, azúcar, tabaco, esclavos, especias... En fin, dinero y negocios. Hubo algunas expediciones temporalmente exitosas contra Brasil. Holanda también se hizo con algunos pequeños territorios en el Caribe, como las Antillas holandesas. Igualmente, los holandeses llegaron a Norteamérica, donde fundaron Nueva Amsterdam, la futura Nueva York, en 1614. Pero, al final, quedó muy poco de aquel imperio americano. A mediados del siglo XVII los portugueses recuperaron la inmensa mayor parte del territorio perdido en Brasil. Gran Bretaña tomó la isla de Manhattan en 1664, y a cambio, cedió un territorio que ocupaba en el sur del Caribe, colindante con otro ocupado anteriormente por Holanda, lo que dio origen al actual Surinam. Asimismo, los holandeses lograron retener algunas islas del Caribe⁷².

⁷⁰ De Vries and der Woude, 1997: 350-382 y 412-428. Wallerstein, 1984, 36-71.

⁷¹ De Vries and der Woude, 1997: 490-501 hacen una estimación más precisa para 1770, en vísperas de la Revolución industrial y antes las guerras de la Revolución francesa y napoleónicas. Es decir, Las importaciones de fuera de Europa (América, África y Asia) suponían el 44 % del valor total, pero de ellas el 40 % eran reexportaciones de otras naciones europeas, sobre todo Francia. Las exportaciones extra-europeas suponían mucho menos, apenas un 8 %, de ellas solo un 25 % con dirección a Asia.

⁷² Sobre la expansión y retroceso holandés en el Atlántico Sur, Klooster, 2016. Israel, 1995: 932-935.

Holanda también estableció plazas en la costa africana, como El Cabo, adonde llegarían colonos cuyos descendientes forman la mayoría de la población blanca de Sudáfrica. El propósito de este y otros asentamientos africanos, como Ghana y la isla de Mauricio, era el mismo que el que había movido a los portugueses a establecer factorías en África: disponer de bases navales en la ruta hacia la India que también servirían como puertos esclavistas. La principal diferencia era que las mejoras náuticas no hacían necesario tener tantas bases, de modo que Holanda se conformó con unos pocos asentamientos.

Durante los dos primeros tercios del siglo XVII los Países Bajos fueron la principal potencia europea en la India; lo que, en realidad, tampoco era mucho. Ese «imperio» colonial consistía en una multitud de asentamientos y oficinas comerciales portuarias. A menudo se establecieron con el beneplácito de las autoridades locales, como en Masulipatnam y Surat. Otras veces fueron tomadas a Portugal, como Cochín y Pulicat. Y a veces, la transferencia de unos a otros fue decidida por las autoridades locales indias, como en Negapatnam. En todo caso, los enfrentamientos directos con los indios fueron evitados, y una vez establecida la oficina comercial, los holandeses no trataban de ampliar su posición hacia el interior; lo que, por otro lado, tampoco habría sido fácil. Les bastaba con ejercer cierta influencia política sobre los reinos vecinos, por motivos de seguridad más que económicos⁷³. De todos modos, el imperio holandés en la India terminó siendo más breve que el portugués. La ausencia de territorios bajo estricta soberanía holandesa, las guerras con Gran Bretaña, y la llamada «fusión anglo-holandesa» (infra) hizo que se perdieran todas esas colonias; a diferencia de Portugal que, mal que bien, conservó Goa.

Ceilán fue un caso aparte. Este era un lugar estratégico para el comercio de especias, y el principal (o único) productor mundial de canela. En 1518 Portugal había establecido una base estable en Colombo, y a lo largo de los siguientes cien años incrementó su influencia sobre la isla, aunque su dominio directo se limitaba a la costa sudoccidental. Tras una sucesión de golpes de mano, a comienzos del siglo XVII su poder alcanzaba más de la mitad de isla. Pero en 1658 los portugueses fueron expulsados por la flota holandesa apoyada desde el interior por el reino singalés de Kandy. De este modo, y durante otro siglo largo, la mayor parte de la costa estuvo dominada por Holanda, mientras Kandy regía el resto. A diferencia de Portugal, Holanda no hizo

⁷³ Fieldhouse, 1987: 89-94.

ningún intento serio por hacerse con el interior, y la paz se mantuvo (con un breve paréntesis en la década de 1760). En 1796, la colonia holandesa fue repentinamente conquistada por la Armada británica, que, al cabo de un par de décadas, destronó al último rey singalés⁷⁴.

En 1641 los holandeses también conquistaron la gran ciudad de Malaca, en la península malaya, entre el Índico y el mar de Indonesia. Como siempre, fue tomada a los portugueses; y como siempre, la perdieron más tarde ante Gran Bretaña. De todos modos, la principal base operativa de Holanda al este de la India no fue Malaca, sino Batavia, la actual Yakarta, en la isla de Java. Tampoco allí los holandeses mostraron grandes ambiciones territoriales. Durante mucho tiempo todas sus posesiones se redujeron a aquel enclave y los alrededores. De hecho, la conquista de la isla fue un proceso tardío y lento; y en gran parte causado por el rechazo de los isleños. El proceso no concluyó hasta el siglo XIX. En el resto de Indonesia las operaciones militares holandesas estuvieron dirigidas a la lucha contra los europeos antes que contra los nativos. Casi siempre fueron expediciones esporádicas y carentes de un plan de conquista. De hecho, hasta 1800 solo dos islas pobladas y de pequeño-mediano tamaño habían sido enteramente ocupadas. E incluso en una fecha tan tardía como 1914 en Indonesia había extensos territorios sobre los que Holanda no ejercía ningún poder real, aunque nominalmente estuviesen bajo su soberanía⁷⁵. Holanda también logró concesiones en lugares más alejados y aparentemente más atractivos, como Indochina y Japón; siempre con el visto bueno de las autoridades locales.

En resumen, la política holandesa consistía en mantener vivo el comercio, pero nunca ocupar países que pudieran exigir gastos y comprometer la posición alcanzada. Al fin, Holanda solo era una pequeña nación de comerciantes. El principal negocio en Asia era la exportación de especias hacia Europa a cambio de metales preciosos. Con el tiempo se desarrollaron otros. En primer lugar, el transporte dentro de Asia. En Indonesia los barcos holandeses establecieron rutas comerciales que enlazaban Batavia con Vietnam, China y Japón. Así, durante dos siglos Holanda fue la única potencia europea que mantenía relaciones comerciales con aquel lejano país. Luego, en la India los holandeses desarrollaron una réplica del sistema doméstico europeo de industria rural. Los artesanos indios fabricaban prendas de seda y algodón ricamente estampadas que se vendían en Europa. Este negocio resultó ser

⁷⁴ Peebles, Patrick, 2006: 41-51. Fieldhouse, 1987: 105-106 Israel, 1995: 935.

⁷⁵ Villiers, 1976: 228-245. Fieldhouse, 1987: 106-107. Israel, 1995: 322-325.

extraordinariamente lucrativo, si bien no sería Holanda la nación que sacaría más provecho de él.

Aunque inicialmente las expediciones con Asia eran empresas privadas con fines estrictamente comerciales, muy pronto una gran parte del tráfico intercontinental fue canalizado por una compañía privilegiada o, más bien, semi-pública, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC en acrónimo holandés). Estaba dirigida por un consejo de representantes de las 17 provincias del país, aunque a efectos prácticos la dirección era ejercida por los de la provincia (no el país) de Holanda. Así pues, la jefatura de la empresa era, esencialmente, estatal. Pero el capital era privado, dividido en participaciones que, también muy pronto, pudieron ser intercambiadas entre particulares. De este modo, estas se convirtieron en los primeros títulos con todas las características de las acciones societarias. Y también se originó un pequeño mercado secundario, una bolsa, que es considerada la primera del mundo⁷⁶.

Como compañía semipública la VOC era el Gobierno holandés en Oriente. Debido a la distancia, el Gobernador General en Batavia tenía una autonomía aún mayor que la de los virreyes españoles. Por ejemplo, era él quien negociaba y firmaba tratados con los sultanes malayos en nombre de la República Holandesa. A diferencia de Portugal, los funcionarios holandeses fueron tolerantes en cuestiones religiosas e hicieron pocos o ningún esfuerzo para evangelizar a la población. De hecho, la facilitación de las rutas de Indonesia con Occidente y, por tanto, con el resto del mundo musulmán, favoreció su islamización, haciendo más «canónica» su versión del islam, hasta entonces una mezcla de sufismo (un tipo de misticismo islámico) y varias religiones orientales. Un dato elocuente del carácter ecléctico de este islam, o de la indiferencia holandesa, es que los funcionarios de la VOC no tenían claro si los javaneses eran o no musulmanes. En otro sentido, las actitudes de esos mismos funcionarios eran marcadamente racistas. Por ejemplo, tenían prohibido casarse con mujeres nativas.

La VOC fue una empresa muy rentable. Durante casi dos siglos repartió un buen dividendo entre sus accionistas, a menudo superior al 10 % anual de la inversión realizada; y a veces de hasta un 30 %. Es posible que las dificultades que la compañía tuvo a finales del siglo XVIII estuviesen causadas por ese exceso de generosidad con los accionistas. Dicho de otro modo, la VOC

⁷⁶ Israel, 1995: 320-322.

estaba consumiendo su capital fijo, o posponiendo inversiones necesarias para mantener la cotización de las acciones. Pero seguramente esta no es la única explicación. Otro factor importante fue la creciente intromisión de los holandeses en los asuntos indonesios, lo que les obligaba a asumir obligaciones e incurrir en más gastos. Claro que cabe preguntarse si realmente había otro camino. Algo semejante le sucedió a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Y, además, de no haber actuado así la presencia holandesa se hubiese visto amenazada por, precisamente, Gran Bretaña. En fin, la extensión del imperio colonial fue haciendo la conquista un proceso casi inevitable, no siempre deseado, y mas bien lento por la escasa competencia de otros europeos y las dificultades geográficas de conquistar aquella interminable sucesión de islas⁷⁷.

Fuera del comercio, hasta finales del siglo XVII, la presencia holandesa en Indonesia fue poco importante. Aparte de Batavia y su entorno javanés (más o menos, el tercio occidental de la isla), se reducía a las Molucas, un subarchipiélago dentro del gran archipiélago indonesio. Aquellas islas, poco pobladas y alejadas de las rutas comerciales, sin embargo, albergaban la más fabulosa concentración del mundo de plantas productoras de especias exóticas. Por este motivo, aquí sí hubo una ocupación efectiva del territorio, que fue muy destructiva. La VOC arrasó la producción autóctona de algunas especias, el clavo y la nuez moscada, para concentrarla en ciertas pequeñas islas fácilmente defendibles, como Ambon. Hubo enfrentamientos con la población nativa que se saldaron en varias revueltas y la expulsión de los habitantes de alguna isla. Se daba la circunstancia de que los habitantes de aquellas islas eran, en parte, católicos. En el siglo XVI portugueses y españoles habían llegado a las Molucas de modo casi simultáneo, por el oeste (Portugal) y el este (España). Durante algún tiempo, y advirtiendo su potencial, disputaron su posesión. Tras varios conflictos y negociaciones, los portugueses ganaron la plaza, aunque su victoria duró poco debido a que pronto fueron expulsados por Holanda. Pero hasta entonces propagaron el cristianismo con cierto éxito. Así pues, aquel lejano conflicto entre europeos y nativos reproducía a pequeña escala el que tenía lugar al otro lado del planeta, en los Países Bajos, entre protestantes y católicos. Por supuesto, todo esto no deja de ser anecdótico dentro del gran teatro de Indonesia y del mundo.

⁷⁷ Sobre la rentabilidad de la VOC y su importancia en la economía holandesa, De Vries and der Woude, 1997: 457-564.

EL MERCANTILISMO EN EL MUNDO, EN EUROPA Y EN FRANCIA

Algo que tienen en común las tres naciones europeas sobre las que han girado los apartados anteriores es que mantuvieron políticas comerciales indefinidas, inconsecuentes o, en el extremo, «liberales», si es que esta palabra tuviera algún significado en aquella época. O dicho de forma negativa: sus políticas comerciales fueron pésimos ejemplos de mercantilismo. Esto es un hecho anómalo. Esta fue la teoría comercial del mundo en la Edad Moderna, cuya forma más sofisticada se alcanzó en algunas naciones europeas, aunque fue más radical en Asia. Antes de presentar el mercantilismo europeo más conocido, el francés, merece la pena echar un vistazo a las políticas comerciales de Holanda, Portugal y España.

Y al respecto, conviene diferenciar los Países Bajos de Iberia. Aquella nación era una federación de ciudades dedicadas al comercio exterior, con un Estado débil y una enorme marina mercante. Puesto que el consumo interno era modesto, y el gran negocio era la intermediación, la facilitación del comercio lo era todo. Holanda, pues, no tenía una verdadera política comercial. Y lo mismo se podía decir de la política monetaria. El gobierno holandés tenía un control más bien reducido de su divisa debido a la autonomía de las provincias y el inmenso flujo de monedas de todo tipo que entraban y salían del país. En general, las empleadas dentro eran de baja calidad, monedas de cobre envilecidas por el señoreaje. En cambio, las empleadas en las transacciones internacionales, a menudo de acuñación holandesa, eran de alta calidad⁷⁸.

La reserva del mercado colonial a los comerciantes y empresarios españoles, y el control del comercio con América a través del puerto de Sevilla (luego Cádiz), fueron dos objetivos claros de las autoridades españolas. Pero estuvieron lejos de lograrse debido a la extensión del contrabando, un problema irresoluble desde el momento en el que contaba con tantos apoyos internos. La aplicación de una política comercial restrictiva resultaba difícil en un imperio tan diverso como el español. La llegada de los Borbones trajo una orientación mercantilista (y francesa) algo más decidida, pero que apenas tuvo realizaciones en América. De hecho, la más notable fue la autorización del comercio con América a varios puertos a fines del XVIII, una decisión que,

⁷⁸ De Vries and der Woude, 1997: 81-91.

siendo muy beneficiosa en términos generales, no era precisamente mercantilista. En cuanto a la política monetaria, tanto los Austrias como los Borbones hicieron poco o nada por seguir las directrices de la escuela. Desde los Reyes Católicos, España se había dotado de un sistema monetario con un defecto muy evidente: el elevado valor intrínseco de su moneda. Esto hacía que hubiera fuertes incentivos para su exportación. De forma reiterada, arbitristas, cortesanos y doctores de la Iglesia recomendaron a la Corona que rebajara ese contenido metálico (o que elevase el valor nominal), pero esas demandas no fueron atendidas. La gran calidad de la moneda española de alto valor alimentaba la ya de por sí inevitable salida de plata americana hacia el resto de Europa. En particular, con el «real de a ocho», también llamado «peso duro», «peso fuerte» o «dólar español», que tuvo una extraordinaria difusión, y que acabó convirtiéndose en lo más parecido a una divisa internacional desde comienzos del siglo XVI hasta comienzos del siglo XIX⁷⁹.

Al igual que en España, en Portugal se trató de controlar el comercio asiático a través de un solo puerto, Lisboa. Pero lo más determinante fue el condicionamiento de la política comercial por un poder externo. Durante algún tiempo, la Corona de los Austrias, tras la unión temporal con España (1580-1640). Pero, sobre todo, Inglaterra, con la que ya se firmó un primer tratado en Londres en 1373, que se fue renovando desde entonces (obviamente, con el paréntesis español). La alianza política entre Portugal e Inglaterra, que en ocasiones ha sido presentada como una suerte de colonialismo, se traducía en el plano económico en un tráfico comercial amplio entre las dos naciones que, por supuesto, incluía a Brasil. Como consecuencia de los déficits comerciales de Portugal, el oro brasileño llegaba a Gran Bretaña para terminar en la India.

En definitiva, las tres naciones aplicaron de forma débil o inconsecuente políticas mercantilistas; y no siempre. No frenaron la salida de metales preciosos y tampoco impidieron la entrada de manufacturas. Pero nada de esto fue deliberado. Simplemente, las circunstancias existentes llevaron a ello. Lo relevante es que esas tres naciones débil o inconsecuentemente mercantilistas poseyeron durante gran parte de la Edad Moderna las mayores flotas e imperios coloniales de Europa; a veces, enfrentados entre sí. Solo a mediados o finales del siglo XVII, otras dos naciones europeas con un programa económico más firme, Francia y Gran Bretaña, desarrollaron sus propias flotas e imperios. Es decir, desde una perspectiva europea el entorno político-económico

⁷⁹ Marichal, 2001. Bernal, 2000.

en el que se desarrolló la expansión ultramarina europea no fue el mercantilismo «puro», sino una versión suavizada, cuando no su inexistencia.

El fondo más o menos explícito del mercantilismo, su verdadero corazón, es el metalismo o *bullonismo*; es decir, la identificación de la riqueza con el metal precioso. Así de simple. Obviamente, un planteamiento tan burdo de los problemas económicos tiene mil fisuras. Por ejemplo, el caso español: si el metal precioso es riqueza y la riqueza es metal precioso, ¿por qué la nación con las mayores minas de plata del mundo tenía tantos problemas económicos? En realidad, esas riquezas solo sirvieron para pagar las guerras del Imperio en Europa. Y ni siquiera esto es del todo cierto. Los Habsburgo se endeudaron bajo la ilusión, o el pretexto, de que Potosí lo pagaría todo. Como era de esperar, los verdaderos paganos fueron los pecheros de Castilla. Y los grandes beneficiarios fueron las familias Fugger y Welser, a despecho de las sucesivas quiebras de la Hacienda imperial.

Asimismo, la plata y el oro de América sirvieron para satisfacer la demanda de numerario de Europa. Pero este efecto no parece haber sido esencial para el desarrollo de la economía. Los comerciantes europeos se sirvieron del talento propio, y de los banqueros, para improvisar nuevos medios de pago como las letras de cambio y, más adelante, los billetes de banco. Su desarrollo es una medida muy precisa del de la economía. No lo es el de la moneda en sí. Es significativo que los medios de pago de peor calidad se empleasen dentro de Europa (España y Holanda son buenos ejemplos de la Ley de Gresham), y los buenos se dirigiesen a la exportación⁸⁰.

Así pues, pronto se puso de manifiesto que el comercio era un aspecto esencial en aquel programa metalista. De poco servía disponer de grandes minas de plata y oro si el déficit comercial o la sobrevaloración de la moneda se llevaba aquella riqueza en cuanto tocaba puerto. Por esta y otras incongruencias, aquel primer «mercantilismo metalista» evolucionó hacia lo que propiamente conocemos como mercantilismo; que no era incompatible con el anterior, pero sí más sofisticado. Si, como argumentaban los metalistas, la riqueza de una nación dependía del oro que acumulara, la mejor política

⁸⁰ Sobre esto, bien puede plantearse una «ley» de cumplimiento universal: lo característico de las economías prósperas no es la existencia de medios de pago de buena calidad, sino su diversidad. Durante la Edad Media europea el numerario de peor calidad, pero más diverso, se encontraba en Italia. El de mejor calidad, pero más escaso, en Inglaterra. Lo mismo sucedió en la Edad Moderna con Holanda y España, respectivamente. Es revelador que el papel moneda se inventase en dos sociedades prósperas separadas 500 años, la China de los Song y la Inglaterra de la Restauración.

económica sería aquélla que evitase su salida y propiciase su entrada; es decir, la que generase saldos comerciales positivos con el exterior. La forma en la que esto debía conseguirse fue objeto de discusión, así como el punto de partida para sucesivos desarrollos; aunque en general predominaba un enfoque intervencionista más que propiamente económico⁸¹.

En todo caso, los problemas de españoles y portugueses no eran excepcionales. La plata española y el oro portugués llegados a otros países europeos servían para sufragar sus déficits con Asia. Estos tenían su origen en la importación de sedas, porcelanas, té, especias y otros caprichos. Aún peor, una parte considerable del azúcar producido en América se empleaba para endulzar el café y el té llegados desde Asia; una costumbre que no tenían los asiáticos. Al fin, todo resultaba terriblemente prescindible. El azúcar hacía una minúscula contribución a la nutrición de los europeos o, más bien, de las clases medias y ricas de Inglaterra. No era mucho, pero era más que lo que podría decirse de otros productos americanos, como el tabaco y el ron, cuya contribución al bienestar de los europeos era negativa. El resto de los productos llegados de América tuvieron un consumo muy reducido: cacao (un capricho de los curas), vainilla (una especia sin uso), pieles (para los aristócratas), tintes y poco más. En realidad, la mercancía más útil procedente del oeste no vino de América, sino del océano que la separa de Europa: el bacalao. En conjunto, la contribución del comercio americano al bienestar europeo era tan irrisoria como la del asiático. El oro y la plata de América alimentaban la guerra en Europa y el comercio de lujo con Asia que, a su vez, alimentaba la producción y el comercio americano, basado en productos igualmente prescindibles. Mientras, los esclavos africanos eran empleados en los ingenios de azúcar y los lavaderos de oro.

De todos modos, este planteamiento «continental» de las relaciones comerciales y del mercantilismo tiene poco sentido porque el enfoque de esa escuela siempre fue estrictamente nacional. Por eso mismo, ni siquiera se debería hablar de tal «escuela». La palabra «mercantilismo» fue acuñada por Victor Riquetti, tercer conde de Mirabeau (y padre del Mirabeau «amigo de los hombres») en 1763, quien aludía con ese término a un sistema un tanto ilógico, pero dominante, de ideas económicas de pensadores que no tenían relación entre sí⁸². Lo cierto es que sí existía un cuerpo doctrinal común, el *bullonismo* y la política comercial derivada. Además, todos los mercantilistas

⁸¹ Sobre el mercantilismo, Ekelund y Hebert, 2008: 43-70. Escohotado, 2008: 419-442.

⁸² Ekelund y Hebert, 2008: 44.

participaban de una común idea de defensa de la nación y la Corona. En ocasiones, esa defensa debía hacerse con las armas; y el resto del tiempo, con el comercio, el cual era contemplado como un prolegómeno o preparación para la guerra. Desde esta perspectiva, el comercio era un «juego de suma cero», en el que lo que ganaba uno, el que exportaba, era lo que perdía otro, el que importaba. Descendiendo a aspectos concretos, la importación de productos de lujo no era criticable si se dirigía a la reexportación, no al consumo interno. En tal caso, sería doblemente ventajosa porque, además de mejorar la balanza comercial propia, debilitaría la posición del vecino. Así pues, el comercio con Asia o con América podría ser bueno en tanto en cuanto satisficiera los intereses generales del reino.

Uno de los aspectos sobre el que menos se incide es que, en realidad, el mercantilismo fue una doctrina universal. Jamás hubo una teoría sobre el comercio internacional que suscitara un consenso tan amplio y prolongado. Dicho consenso no concernía a la «filosofía económica» subyacente, sino a las medidas concretas. Por ejemplo, el esquema mental que yacía en la política económica del imperio otomano se construía sobre tres teorías interrelacionadas: los *cuatro humores del cuerpo*, el *circulo de la Justicia* y la *economía familiar del imperio*. No es este el lugar de explicarlas, pero sí merece la pena señalar que sería complicado encontrar semejanzas entre esas teorías y las del mercantilismo occidental, a pesar de que tenían un origen común en Aristóteles (en el caso musulmán, a través de Ibn Jaldun). En cualquier caso, las «recetas» propuestas por los pensadores económicos otomanos eran las mismas que las de los mercantilistas europeos. Así, Solimán Penah Efendi (1740-1785), un funcionario otomano defensor de la imprenta de Muteferrika (infra), mantenía posiciones en todo coincidentes con el mercantilismo, como la conveniencia de favorecer la importación de materias primas, dificultar o prohibir la de bienes de lujo, evitar la salida de dinero, etc.⁸³.

Ejemplos similares podemos encontrar en todo el ámbito musulmán, en el que el comercio era concebido, en primer lugar, como un instrumento al servicio del Estado. Y precisamente en los imperios más dependientes del comercio es donde encontramos ejemplos de políticas mercantilistas más extremas. Por ejemplo, en 1605 Abbas I de Persia ordenó el traslado forzoso de todos los habitantes de la industriosa ciudad armenia de Julfa a un enclave

⁸³ Lo mismo que el otro gran pensador económico de la época en el imperio otomano Ebubekir Ratub Efendi, embajador en Viena, significativamente más preocupado por las cuestiones militares y la fortaleza del Estado. Ermis, 2014: 32-71 y 122-151.

en las afueras de la capital, un lugar que pasó a llamarse Nueva Julfa. A continuación, destruyó la ciudad vieja para evitar que en un futuro el imperio otomano pudiera hacerse con ella y aprovechar su tradición textil (si es que quedara algo)⁸⁴. Este crimen de Estado es tan aborrecible como consecuente con una rigurosa política mercantilista.

Lo mismo sucedió en Asia Oriental. Japón desde la década de 1630, y China desde los Ming, implementaron políticas de una enorme brutalidad para protegerse de supuestas o reales amenazas del exterior. Hablaremos de ellas más adelante. Lo que ahora viene al caso es que, una vez alcanzados sus objetivos, o constatado su fracaso, esas políticas derivaron en un control estricto del comercio, sobre todo del procedente de Europa. La finalidad última era mantener una balanza comercial favorable que permitiera un flujo regular de plata; o, al menos, que no redujera las reservas internas. Para lograrlo, esos gobiernos imperiales emplearon medidas coercitivas extremas, como la prohibición de todas las importaciones europeas que no se realizaran por dos puertos, Nagasaki y Cantón (previamente, Macao); así como la misma restricción de las importaciones procedentes de esas naciones, y también del resto del mundo. Una consecuencia de todo ello es que no solo se limitó el comercio con Europa, sino también los intercambios entre China y Japón. Ninguna de las medidas adoptadas por aquellos regímenes hubiera parecido extraña en Europa. Por ejemplo, tanto España como Portugal establecieron monopolios portuarios. La diferencia estriba en que ningún país europeo llevó ese tipo de medidas tan lejos y durante tanto tiempo.

La universalidad de este mercantilismo práctico, bajo distintos nombres y con distintos orígenes filosóficos, sugiere que era sostenido por algún tipo de creencia irracional fácil de comprender tanto por las élites gobernantes como por sus súbditos. Esa base era el «embrujo del oro», el *bullonismo*, la identificación de la riqueza con el metal precioso. Al fin, el mercantilismo es la idea económica primaria de las mentes sencillas; y también de cualquier Estado fuerte con capacidad para acuñar moneda y mantener un ejército, dos cosas para las que se necesita oro. Los gobernantes de los imperios asiáticos,

⁸⁴ La antigua Julfa se ubicaba a ambos lados del río Aras, que actualmente marca la frontera entre Irán y Azerbaiyán. Su cementerio, en el lado azerí, contenía miles de hermosas losas mortuorias conocidas como khachkar, que desde la década de 1990 fueron sistemáticamente destruidas por el gobierno con objeto de borrar el pasado armenio de la región. En esos años, Azerbaiyán y Armenia estuvieron en guerra por el enclave de Nagorno-Karabaj. Parece que existe un empeño del destino por hacer desaparecer a los seres humanos de ese lugar, tanto los vivos como los muertos.

como los de los reinos de Europa, educados en una larga tradición militar, no tendrían reparos en emplear la fuerza para controlar el comercio y captar o retener metal precioso. Al contrario, lo verían como el modo normal de hacer las cosas, aunque no siempre fuera el más efectivo. No parece una casualidad que algunos de los monarcas más identificados con esa doctrina, como el citado Abbas, o Aurangzeb en la India, también fueran grandes generales⁸⁵.

Así pues, Europa no fue original. Ciertamente, las aportaciones realizadas por los mercantilistas franceses e ingleses eran sofisticadas; pero solo eso. En conjunto, y hasta el siglo XVIII, Europa fue menos mercantilista que Asia; al menos, en el sentido de que sus políticas comerciales y monetarias estaban menos orientadas a la defensa cuasi-militar del Estado que las de los imperios asiáticos. Y todo ello sin valorar el que hubiera naciones europeas con una vocación mercantilista débil o inconsecuente, como Holanda, España y Portugal. Así como otras que igualmente no participaban de ese tipo de políticas porque formaban parte de la monarquía española (gran parte de Italia), porque sus intereses eran otros (Venecia y el Imperio austriaco), o porque eran Estados pequeños sin verdadero control monetario y aduanero.

No obstante, el mercantilismo europeo tiene una característica, o circunstancia, que sí le diferencia del resto del mundo: la expansión colonial. Es importante entender que ni esta se explica por aquel, ni aquel por esta. Los casos español, portugués y holandés son bastante ilustrativos. Los intereses que movieron a los europeos a marchar a países tropicales fueron diversos, como diversos fueron los resultados, desde el asentamiento de oficinas comerciales hasta la conquista de enormes imperios. Las motivaciones extraeconómicas fueron tanto o más importantes que las económicas; por ejemplo, a menudo el afán de conquista fue el resultado de la competición política entre potencias rivales. No obstante, en dos casos, Francia e Inglaterra, hubo una clara orientación mercantilista en la gestión de las colonias y la política comercial. Pero los resultados alcanzados por cada potencia fueron dispares. El imperio colonial francés nunca funcionó bien, y terminó desapareciendo. En cambio, el imperio inglés/británico prosperó hasta ser, en el siglo XIX, el mayor del mundo. Esto daría al mercantilismo una valoración ambigua como «gestor» de imperios coloniales. Pero teniendo en cuenta: 1º que Gran Bretaña perdió

⁸⁵ Y tampoco parece una casualidad que la sorprendente política económica propuesta por el Estado criminal conocido como Califato Islámico de Irak y Levante fuera, precisamente, el retorno a las monedas de oro. Parece que las mentes sencillas de aquella cuadrilla de asesinos aún estaban sometidas al embrujo del metal dorado.

una de sus piezas más queridas, las Trece colonias de Norteamérica, como consecuencia de esa política comercial, y 2º que el mercantilismo francés fue más consecuente que el inglés; la valoración final más bien tendría que ser negativa.

Desde el descubrimiento de América, los reyes franceses mostraron un gran interés por los nuevos territorios y propiciaron viajes de exploración, como los de Jacques Cartier en Canadá. Sin embargo, esta política pronto se vio abortada por las guerras contra España y, sobre todo, por los conflictos civiles, que no terminarían hasta el Edicto de Nantes de 1598. Así pues, el establecimiento de colonias francesas permanentes hubo de esperar al siglo XVII. Y no tomó velocidad hasta el ministerio de Jean-Baptiste Colbert (1665-1683), uno de los hombres clave del reinado de Luis XIV, y seguramente el mejor representante del mercantilismo europeo⁸⁶. La importancia de su figura se pone de relieve en la acuñación de un término, *colbertismo*, la versión francesa del mercantilismo, y también la forma más acabada de aquella doctrina⁸⁷.

La principal diferencia de este mercantilismo con el inglés, que veremos más adelante, estriba en la implicación del Estado. La Corona francesa propició la creación de un imperio colonial, entre otras medidas, con la extensión de un considerable número de «cartas de privilegio» a compañías privadas; 75 entre mediados del siglo XVI y la Revolución Francesa. Una carta de privilegio es un documento oficial por el que se autoriza a un particular o sociedad la explotación de una ruta comercial o de un territorio dentro o fuera de la misma nación. Lo anterior es una definición muy amplia, pero es que también lo era el rango de las cartas de privilegio. Podían afectar a territorios sobre los cuales ese Estado tenía una autoridad reconocida, a territorios libres, o a otros gobernados por otros Estados. Así pues, hubo cartas de privilegio que tácitamente implicaban un conflicto, como mínimo diplomático, con otras potencias europeas. El privilegio podía limitarse a la comercialización de un determinado producto, o extenderse a su producción, a la colonización de tierras, o incluso a funciones propias de los Estados, como la defensa o la firma de tratados.

⁸⁶ Sobre el mercantilismo, la obra de referencia es Heckscher, 1994, publicado originalmente en sueco en 1931. Una visión más breve y analítica en Ekelund y Hébert, 2008: 40-75. Una visión más centrada en la actuación concreta de las potencias europeas en Wallerstein, 1984.

⁸⁷ Sobre Colbert, Sargent, 2004. Específicamente sobre su interpretación del comercio exterior, Sargent, 2004: 40-50.

Visto con una perspectiva actual, la concesión de cartas de privilegio parece un exceso propio de organizaciones mafiosas antes que de Estados de Derecho. Al fin, es la entrega de un monopolio de dudosa legalidad a unos particulares de dudosa honorabilidad. Por parte del Estado, pareciera más prudente desentenderse, y que fueran los empresarios los que se repartieran el negocio colonial dentro de las reglas de juego de una libre competencia no regulada y, mejor, desconocida. Sin embargo, hay razones que las justifican. Una operación tan arriesgada como el envío de una expedición a Ultramar exigiría una retribución extraordinaria que las débiles Haciendas de los Estados europeos no podían ofrecer. En cambio, sí podían conceder una carta de privilegio. Si la expedición fracasaba el Estado no perdía nada; y si tenía éxito, supuestamente obtendría beneficios en la propia conquista, aunque tuviera que pagar la servidumbre de ese monopolio. Además, siempre cabía la posibilidad de, en un futuro, incumplir los compromisos adquiridos y revocar la carta. Al fin, todo esto fue la historia de Cristóbal Colón, un aventurero genovés al que se le concedieron privilegios extraordinarios (las Capitulaciones de Santa Fe) por una empresa suicida que increíblemente tuvo éxito. Y que, precisamente por eso, fue desposeído de ellos.

La concesión de cartas de privilegio fue consecuente con otro tipo de medidas destinadas a favorecer el comercio de ultramar, como la autorización a los nobles para que participaran en las compañías mercantiles, o la de la misma Corona. De hecho, no pocas veces el rey era el principal inversor. Por ejemplo, de los 15 millones de libras que formaban el capital de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, solo se suscribieron 7,4; y de ellos 4,2 lo fueron por el rey. Otra iniciativa en el mismo sentido fue la promoción de astilleros, una seña de identidad del *colbertismo*, que se tradujo en un espectacular crecimiento de la marina francesa. E igualmente la promoción de «manufacturas reales», fábricas de capital público a menudo orientadas a la fabricación de los mismos bienes que se importaban, o de bienes que podían ser exportados a otros países europeos. Acertadas o no, estas medidas revelan la existencia de un programa coherente de impulso comercial e industrial de inspiración nacionalista.

En lo que respecta al gobierno de las colonias, y de modo coherente con esos principios, la colonización francesa se caracterizó por el afán del gobierno por controlar su marcha. Dicho control implicaba, en primer lugar, negar a los ciudadanos franceses asentados en Ultramar derechos políticos que, de todos modos, tampoco se reconocían en Francia. Las nuevas colonias eran dirigidas por funcionarios públicos, normalmente un gobernador general y un intendente, elegidos desde París. Nada de esto significa que la Administra-

ción fuera eficiente, ni siquiera racional. La improvisación presidió muchas actuaciones. De hecho, ni siquiera existía un único órgano de control en la metrópoli, como lo era el Consejo de Indias en España. Las mayores preocupaciones de la Administración colonial se circunscribían a dos campos. Primero, el comercio exterior, en el que la metrópoli frecuentemente era la única autorizada para el tráfico mercante. Segundo, la fiscalidad, que se articulaba sobre figuras impositivas diferentes de las existentes en Francia, que eran más penosas. El tema fiscal era relevante porque todas las colonias francesas se vieron envueltas en varios conflictos, sobre todo con Gran Bretaña; y los ingresos fiscales que generaban no eran suficientes para hacer frente a los gastos de su defensa.

El primer establecimiento permanente francés en América se constituyó en la ciudad de Quebec, Canadá, en 1608; que, como excepción, fue una iniciativa privada ajena a la Corona. Dicha colonia se situaba en la zona donde Cartier había realizado expediciones 70 años atrás; muy lejos de las posesiones españolas; pero no tanto de las colonias británicas de la costa este de los actuales Estados Unidos. En 1642 se dio un nuevo impulso a la colonización con la fundación de otra ciudad, Montreal, ahora con el respaldo de la Corona. Las expectativas económicas generadas por el Canadá eran grandes, pero la realidad no era halagüeña. En todo aquel gran país no había nada que tuviera verdadero valor para el pueblo o el Estado francés, con la única salvedad de las pieles de castor con las que se desarrolló un activo, aunque minúsculo, comercio, que empezaba en los indios iroqueses y terminaba en los salones de París; una vez más, un producto de lujo. Por lo demás, la colonización era difícil por el clima y el difícil acceso fluvial. Al Canadá fueron llegando pequeños grupos de colonos que, disponiendo de un enorme territorio casi despoblado, prosperaron inmediatamente. Si algo había allí era tierra con la que cultivar cereal, que, evidentemente, no se exportaba a Francia. De todos modos, la diferencia con las colonias británicas siempre fue enorme. Así, en ese año fundacional de 1642, aquellas ya reunían a 50.000 personas. Y un siglo más tarde, cuando Montreal fue tomada por el ejército británico, en todo el Canadá apenas vivían 100.000 franceses, frente a millón y medio de ingleses en el resto de Norteamérica⁸⁸.

Francia también levantó una sucesión de fuertes a lo largo de las cuencas de los ríos Missouri y Mississippi, en un extenso territorio que vino a llamarse Luisiana. Aquella región tenía un clima continental extremo, pero menos

⁸⁸ Sobre el Imperio francés en América, Pritchard, 2004. Fieldhouse, 1984: 18-36.

frío que el de Canadá. Por eso mismo, tenía una población indígena mayor, con la que hubo que pactar o a la que hubo que someter. Más al sur, en la desembocadura del Mississippi, se estableció una colonia de cierto tamaño, Nueva Orleans. Pero, al fin, el problema último siempre era el mismo: la falta de atractivo económico del territorio. Esto era algo que los españoles ya habían descubierto dos siglos antes, y que explica que apenas hicieran tentativas para establecerse en toda la costa que separa el río Grande de Florida. En 1763 aquella enorme Luisiana fue cedida a España, que retuvo la soberanía hasta 1801, cuando brevemente volvió a Francia. En 1803 fue vendida al gobierno de Estados Unidos a precio de saldo, pues Napoleón necesitaba dinero para seguir llevando la guerra y la muerte por Europa.

Los primeros intentos franceses de colonización en el Caribe se dirigieron a lo que mucho más tarde sería la Guayana francesa, con un resultado catastrófico por la resistencia indígena. Los colonos supervivientes se asentaron en unas pocas islas costeras. En 1635 Francia logró hacerse con otra isla, Martinica, que inmediatamente se convirtió en un centro productor de azúcar, en competencia directa con Barbados y Brasil. Martinica también sirvió de base de operaciones para el asalto de islas próximas, como Guadalupe o Santa Lucía. En 1624, Francia y Gran Bretaña habían logrado hacerse con la mítica isla de Tortuga, que en sí misma tenía poco interés, pero que desde 1659 fue utilizada como base para el asentamiento de colonos en la mitad oriental de La Española, donde también se desarrolló un sistema de plantación de azúcar con mano de obra esclava. En el Tratado de Rijswijk de 1697, España reconoció esa colonia, que sería el futuro Haití. Con el fin de proveer de esclavos al Caribe, pero también para atender la ruta a la India, Francia se hizo con algunas plazas en África occidental.

Todos estos territorios americanos y africanos se perdieron en el último tercio del siglo XVIII y la primera década del XIX, sobre todo por las operaciones de la Armada británica en el contexto de las guerras de la Revolución y el Imperio napoleónico. No obstante, Martinica y Guadalupe volvieron a Francia gracias a una acertada negociación en el Congreso de Viena de 1815⁸⁹. Caso aparte fue Haití. El número de esclavos negros con relación a los amos blancos y mulatos era enorme, por lo que las revueltas eran constantes. Una de ellas comenzó en 1791 y culminó en 1804 con la independencia de la nueva república tras más de una década de matanzas y varias intervenciones

⁸⁹ Pérez Herrero, 1992: 119-127 y 182-196. Landes, 2000: 232-233.

extranjeras⁹⁰. Haití fue la segunda nación americana en independizarse, tras Estados Unidos, pero su historia fue mucho menos feliz que la de su vecino del norte.

Como en Gran Bretaña y Holanda, los gobernantes galos vieron las extraordinarias posibilidades comerciales de la India⁹¹. No obstante, el problema era el de siempre: la India era un gran exportador y un pobre importador, de modo que la balanza comercial se saldaba con salidas netas de oro y plata. La única forma de resolver este problema era mediante la reexportación de productos indios a otros países europeos. También cabía ignorar el problema, que fue lo que acabó sucediendo en Francia y en el resto de las potencias europeas. Para el establecimiento de relaciones comerciales con la India se constituyó una Compañía Francesa de las Indias Orientales que logró la concesión de un establecimiento en la costa sudoriental india, Pondicherry, así como otras bases menores. Como puntos de enlace con Europa, Francia se hizo con dos pequeñas islas en el océano Índico, Mauricio (que conquistó a los holandeses) y Reunión, así como otros establecimientos en Madagascar y la costa occidental africana. A mediados del siglo XVIII aquella compañía presentaba excelentes resultados económicos; pero los sucesivos conflictos con Gran Bretaña fueron letales⁹². Las colonias inglesas en la India eran más numerosas, tenían más soldados, forjaron mejores alianzas, y contaban con un suministro marítimo más seguro. De modo previsible, Francia sufrió varias derrotas severas, y solo logró conservar Pondicherry (y alguna otra plaza menor) al precio de no fortificarla ni, por tanto, desempeñar un papel político relevante.

Así pues, tras la pérdida del Quebec, Luisiana, Haití y (a todos los efectos relevantes) la India, a comienzos del siglo XIX todo lo que quedaba del primer imperio colonial francés eran las islas de Martinica y Guadalupe, así como algún otro enclave en el Caribe e Índico. La política colonial francesa en los siglos XVII y XVIII fue un rotundo fracaso. Colonia por colonia, se descubre un elemento común en todas ellas: Francia apenas ocupó el territorio que supuestamente le pertenecía. Había muy pocas personas en Quebec; la ocupación de Luisiana por medio de fuertes era poco menos que testimonial; aunque los ingleses que residían en la India eran pocos, eran muchos más

⁹⁰ Malamud, 278-283.

⁹¹ Sobre la búsqueda de los mercados asiáticos en el mercantilismo francés, Ames, Glenn J., 1996.

⁹² Haudrère, 1999.

que los franceses que residían en Pondicherry. Incluso en Haití se repite este esquema: los blancos no eran muchos; pero, sobre todo, eran muy pocos con relación al enorme número de esclavos negros, de modo que cualquier sublevación tenía posibilidades de éxito. En definitiva, la experiencia francesa viene a matizar la de españoles, portugueses u holandeses. En efecto, llegar el primero era importante; pero había que llegar de verdad.

GRAN BRETAÑA: EL IMPERIO PROPIAMENTE DICHO

De lo visto hasta ahora, se desprende que hubo varios tipos de imperios coloniales, más o menos exitosos, más o menos globales, más o menos comerciales o de ocupación. Seguramente no merece la pena entrar en distinguos, desarrollar una «taxonomía imperial» de escasa utilidad porque el número de categorías igualaría al de ejemplos. Como fuere, si por convención decidiéramos que solo puede haber un «verdadero» imperio colonial, este sería el británico. A diferencia de otros imperios, no era un extenso conjunto de territorios, sino un conjunto de territorios extensos. Pero, además, fue el más exitoso y el más global. Y fue tanto un imperio comercial como de ocupación. En suma, el imperio británico fue el imperio por antonomasia.

Una de las preguntas más importantes, y más obvia, sobre los imperios europeos es: ¿para qué? También es una pregunta que pocas veces se plantea, acaso porque los imperios trajeron indudables beneficios a los actuales habitantes del Viejo Continente, empezando por la extensión de los idiomas europeos. Pero este tipo de beneficios estaban situados en un futuro muy lejano de quienes se embarcaban en aquellas empresas. Hay una segunda razón para dar por obvio lo que quizás no lo sea tanto. Desde, como mínimo, Marx, se da por supuesto que los imperios coloniales son rentables porque su misma esencia es el lucro capitalista. En el mejor de los casos esta suposición es simplista; en el peor, una simpleza. De los imperios coloniales podemos decir cuatro cosas con seguridad. Primero, que no fueron condición necesaria ni suficiente para el ulterior desarrollo económico de los países europeos. Segundo, hubo muchas razones extraeconómicas detrás de la expansión colonial, sobre todo, dos: la evangelización en el caso de España y (menos) Portugal, y la rivalidad política, en el caso de Francia y Holanda. Tercero, en rigor, la teoría económica dominante, el mercantilismo, era contraria a las expediciones coloniales en Asia. Cuarto, hablar de «capitalismo» en las expediciones comerciales de la Edad Moderna, realizadas mediante compañías privilegiadas, no pocas ve-

ces sirviéndose de la trata de esclavos, y financiadas por familias de banqueros cuyo principal negocio era el Estado (cuando no era el propio Estado quien las financiaba), es una forma muy curiosa de definir tal concepto.

Dicho lo cual, Gran Bretaña vuelve a ser distinta, una *rara avis* en esa taxonomía, pues en su imperio las razones de tipo económico se antepusieron a cualquier otra. Por supuesto, también hubo motivaciones extraeconómicas, como la rivalidad con España (con la que existía un soterrado conflicto religioso) y, luego, con Holanda y Francia. Y aun hubo otras motivaciones más extrañas, como el interés de ciertos grupos religiosos marginales por escapar de Inglaterra y fundar una nueva Jerusalén en América... y el interés de la Corona por librarse de ellos. Con todo, las razones económicas, bien o mal entendidas, siempre fueron fundamentales.

En la Baja Edad Media Inglaterra era un país pobre y poco poblado. Sus mayores activos eran los rebaños de ovejas y la ciudad de Londres, ya por entonces una urbe de tamaño considerable para la extensión y población del reino del que era capital. Como consecuencia de varios sucesos dinásticos y religiosos imposibles de prever (como las dificultades de Enrique VIII para tener un hijo varón), desde el siglo XVI hubo una transformación profunda de sus estructuras económicas y políticas. De todos modos, el país era pequeño, y el nivel de partida bajo. Por hondos y positivos que fueran esos cambios, Inglaterra estaba en peores condiciones que otras naciones para construir un imperio colonial. De ahí que se realizaran pocas expediciones, y ninguna de importancia; las más conocidas fueron las de John Cabot, o Giovanni Caboto, a Norteamérica. Los trastornos político-religiosos que acompañaron el cisma de la Iglesia Anglicana, así como la ocupación efectiva de Irlanda, distrajeron otras aventuras coloniales. Durante el reinado de Isabel I los principales esfuerzos se dirigieron a socavar la autoridad española mediante el corsarismo. Se enviaron varias expediciones contra ciudades costeras de la península Ibérica, las islas Canarias y el Caribe. Y se consiguieron botines. Pero, al fin, todo resultó fútil, pues ni se detuvo el flujo de metal precioso desde América, ni se expulsó a los españoles del Caribe.

A comienzos del siglo XVII comenzó una fase distinta en la expansión británica. Por un lado, se fundaron varios asentamientos en la costa este de Norteamérica. En unos casos fueron iniciativas reales (Jamestown, Charleston). En otros, expediciones de grupos religiosos disidentes con el anglicanismo, como los famosos *pilgrim fathers* del Mayflower, en Massachusett. Las nuevas colonias crecieron con extraordinaria rapidez porque recibieron un flujo constante de emigrantes; y porque, una vez superadas las dificultades de los

primeros años, las posibilidades de supervivencia en aquellos espacios vírgenes eran muy elevadas. Las colonias americanas ofrecían un enorme atractivo para aquellos que querían comenzar una nueva vida en un territorio similar a Inglaterra. Entiéndase una vida mejor, pero sin diferencias sustanciales con la que ya tenían. De hecho, no fueron pocos los que viajaron bajo contratos que solo escondían formas de esclavitud; eso sí, con un plazo (largo) de finalización⁹³.

La adaptación de los hombres se vio acompañada por la de la fauna y flora. Hubo una rápida aclimatación de especies europeas que desplazaron y extinguieron las autóctonas. De este modo, el paisaje natural de la costa este de Norteamérica empezó a replicar el del otro lado del Atlántico. El camino inverso apenas se recorrió; aunque algunas especies americanas desembarcaron exitosamente en Europa, su impacto en los ecosistemas fue muy pequeño. En realidad, vino a repetirse lo sucedido con los gérmenes en Mesoamérica y el Perú, de modo que los hurones, los cangrejos americanos y los mejillones-tigre fueron algo así como la sífilis de las enfermedades humanas: la excepción que confirma la regla. La explicación es la misma: las especies euroasiáticas eran más fuertes y competitivas que las americanas porque se habían desarrollado en un territorio más grande, con una masa biológica mayor y, por tanto, más diversidad. Las zonas de clima templado de América no solo eran más pequeñas, sino que estaban aisladas entre sí por la forma del continente americano. Por eso, lo sucedido en el este de Estados Unidos y Canadá se repitió 10.000 kilómetros al sur, en la Pampa. En los dos casos, la frontera a la invasión de especies se fijó más al oeste, en las tierras altas de las Montañas Rocosas y los Andes, donde las condiciones de clima ya no eran tan parecidas a las de Europa occidental⁹⁴.

⁹³ Lo que constituye un hecho muy significativo para, entre otros, Ferguson, 2012, pues explica por qué las colonias inglesas del Norte acabaron triunfando sobre las españolas del sur. Una de las muchas objeciones posibles a estas teorías de la «path dependance» es que, al cabo de dos, tres o diez generaciones, es improbable que quedase mucho del espíritu de los primeros colonizadores. Sobre todo, que quedase algo de la diferente predisposición económica hacia la responsabilidad y el aventurismo, en cada caso.

⁹⁴ Crosby, 1988. Algo semejante sucedió cuando los europeos llegaron a Australia, otro continente «débil» frente a Eurasia. Las especies europeas arrasaron a las australianas que solo lograron transferir una especie propia, el eucalipto, y solo por razones económicas. Sin embargo, la penetración de especies europeas en las grandes planicies del interior de América se fue haciendo más difícil. Es allí donde ahora se pueden seguir encontrando un gran número de especies autóctonas americanas. Posiblemente, aquí el medio era demasiado diferente del de procedencia, y las especies locales competían con ventaja por estar mejor adaptadas.

Así pues, la construcción de una «Nueva Europa» en Norteamérica (y en el Río de la Plata) resultó poco menos que inevitable. Pero desde la perspectiva de la Corona esto no era deseable. La prioridad era que las colonias fueran sostenibles y útiles a la metrópoli. Y precisamente por esa similitud Norteamérica no lo era, pues con las mismas producciones, que además eran de escaso valor por unidad de peso, el comercio interoceánico carecía de sentido. No obstante, es necesario distinguir las colonias del norte (desde Massachusett a Maryland) de las del sur (de Virginia a Georgia). Desde el punto de vista de la colonización, todas eran territorios proclives al asentamiento de granjeros. Pero para el tráfico comercial el sur tenía cierto interés, pues, además de cereales, allí se obtenían otras producciones comercialmente atractivas: en primer lugar, tabaco, y más tarde, algodón. Todo esto tuvo consecuencias políticas. En el sur la presencia del gobierno británico fue mayor, así como la lealtad de los súbditos a la Corona y, por casualidad o no, la presencia de la Iglesia Anglicana. En cambio, en el norte la adhesión a la Corona era más débil, y era más notoria la presencia de grupos marginales como baptistas, presbiterianos, congregacionalistas, cuáqueros e, incluso, católicos. Cuando estalló la guerra de independencia, esta fue, en no poca medida, un conflicto entre un sur leal y un norte insurrecto.

La sociedad anglo-americana se organizó de modo distinto a como lo hicieron otras colonias inglesas o europeas. En primer lugar, existía un notable grado de autonomía. Cada colonia tenía su propio estatus jurídico surgido de las condiciones en las que se realizó el primer asentamiento. Algunas fueron entregadas como feudos a ciertos aristócratas. Otras fueron «colonias reales», por ejemplo, muchas de las formadas por compañías privilegiadas que, inexorablemente, iban quebrando. En cualquier caso, cada colonia tenía sus propias instituciones; por ejemplo, asambleas de representantes, a veces elegidos democráticamente, con capacidad para legislar sobre cuestiones que no entrasen en conflicto con la legislación inglesa⁹⁵. Incluso dos colonias eran las encargadas de nombrar a los gobernadores; es decir, al mismo representante del rey. Por su parte, el Gobierno británico prácticamente se abstuvo de fijar y cobrar impuestos. Un ciudadano en Norteamérica pagaba muchos menos tributos que el mismo ciudadano en Inglaterra.

Solo hubo un campo, el comercio exterior, en el que la Corona mostró cierto interés en recaudar impuestos y, aun más, controlar la actividad. Y es que la autonomía de las colonias tenía un límite estricto en la política comer-

⁹⁵ Acemoglu, 2012: 19-28.

cial. Como en Francia, las normas que la dirigían eran las del mercantilismo. Para todas las colonias británicas existían dos principios generales. El primero era que solo debían servir a la industria británica como mercados de bienes y factores. Por tanto, el comercio con otras potencias europeas o sus colonias estaba prohibido. Incluso se prohibió a los navíos de otras banderas recalar en puertos norteamericanos, aunque no tuvieran intención de comerciar. Como las colonias no podían competir con la industria británica, las exportaciones hacia la metrópoli estaban restringidas. En pocas palabras, existía una exclusividad comercial absoluta con Gran Bretaña. Quizás este fue el único terreno en el que la Administración no fue indolente. Y no por casualidad, también fue el *casus belli* de la guerra de independencia, cuyo primer episodio fue el célebre «motín del té».

El segundo principio rector de las colonias era que no debían suponer una carga al Estado. Como, por otro lado, la recaudación fiscal era mínima, se entiende que la inversión en gastos de defensa fuera insignificante. Una de las notas más llamativas de las colonias británicas en Norteamérica era su total indefensión frente a hipotéticos ataques de otras potencias. Claro que, como tampoco eran colonias particularmente atractivas, ese peligro no dejaba de ser un tanto remoto. Las restricciones presupuestarias no solo se manifestaban en la pobreza de ese clásico «bien público», sino también en la de otros concernientes a la Administración general; y, en fin, en la debilidad o ausencia de organismos reguladores o de control. Londres encontraba más económico dejar que los colonos se gobernasen a sí mismos; por supuesto, dentro de ciertos límites.

Con relación a los esfuerzos realizados, Gran Bretaña se hizo con muy pocas colonias en el Caribe, de modo que esta región podría considerarse, quizás, como su mayor fracaso. De todos modos, aquellas con las que se hizo fueron muy rentables. Tras muchos enfrentamientos con España, Holanda y Francia, la *Union Jack* acabó ondeando en Jamaica, la Guayana británica, y algunas islas y archipiélagos menores como Trinidad, Barbados y Bermudas. Siguiendo el modelo político de las Trece Colonias, se las concedió una amplia autonomía. Y siguiendo el modelo económico portugués, se emplearon, sobre todo, en la producción de azúcar. En poco tiempo se convirtieron en lugares muy prósperos para los colonos blancos, así como grandes mataderos de esclavos negros. Desde la perspectiva de la Corona, eran todo lo contrario que Nueva Inglaterra: lugares atractivos como exportadores de azúcar (parte de la cual se reexportaba al resto de Europa) y también como mercados para la industria británica. Es un dato significativo que con una población 4,5 veces inferior a la de las Trece Colonias (casi 40, si excluimos los esclavos negros),

exportarán tanto como aquellas. La importancia económica de esas pequeñas colonias ha sido uno de los principales argumentos para defender la importancia de los factores exógenos en la Revolución industrial inglesa. Pero, al fin, Europa continental era un mercado mayor. Y con toda seguridad, el de la propia Inglaterra era mucho mayor que todos los mercados exteriores juntos, aunque en una medida desconocida.

Tabla 3. Exportaciones inglesas de Gran Bretaña. Miles de libras.

	1699-1701	1722-1724	1752-54	1772-1774
Tejidos de lana				
Europa continental	2 745	2 592	3 279	2 630
Irlanda e Islas del Canal	26	19	47	219
América y África	185	303	374	1 148
India y Oriente	89	72	230	189
Otras manufacturas				
Europa continental	456	367	647	987
Irlanda e Islas del Canal	60	40	168	280
América y África	290	376	1 197	2 533
India y Oriente	22	15	408	501

Fuente: Davis: 1962: 292.

Tabla 4. Exportaciones y población de regiones exportadoras de América. 1770.

	Exportaciones totales (miles de £)	Población (miles)	Población blanca (miles)	Exportaciones per cápita (£)	Exportaciones per cápita (£). Blancos
Caribe danés	215	29	3	7,4	71,7
Caribe holandés a	573	100	5	5,7	114,6
Caribe inglés	2 669	479	45	5,6	59,3
Caribe francés	3 819	458	46	8,3	83,0
Todo Caribe b	7 276	1 066	98	6,8	74,2
Nueva Inglaterra	496	581	566	0,9	0,9
Colonias medias	609	556	521	1,1	1,2

Colonias alto sur	1 169	650	398	1,8	2,9
Colonias bajo sur	534	345	189	1,5	2,8
Trece colonias	2 808	2 132	1 719	1,3	1,6

Notas: a excluye a Curaçao, Saba; b excluye el Caribe español.

Source: Eltis, Lewis and Richardson, 2005: 674.

Los esclavos procedían de pequeñas guarniciones británicas en el golfo de Guinea, que también servían de puertos amigos en la circunnavegación de África hacia la India. Conforme mejoraban las técnicas de navegación la necesidad de mantener esos enclaves fue disminuyendo, de modo que antes de finales del siglo XVIII o comienzos del XIX solo existían tres fortalezas en las costas de Gambia, Sierra Leona y Ghana, cuya insignificancia territorial no guardaba relación con su importancia económica como proveedoras de esclavos. Con la abolición de aquel comercio tuvieron un fortísimo declive.

Sin duda, el mayor éxito de la política colonial británica en el siglo XVIII, y en toda su historia, fue la India. La colonización de aquel gran país por un número tan reducido de soldados ha adquirido tintes míticos y, posteriormente, demoniacos; eurocéntricos de un modo u otro.

La llegada de Gran Bretaña al Índico fue más o menos coetánea de la de Holanda, pero más complicada. Los ingleses encontraron muchas dificultades para establecer oficinas comerciales porque los Países Bajos tenía una posición más sólida; sobre todo en el sur, que era la puerta de salida de la pimienta, el principal producto de exportación indio hacia Europa. La presencia inglesa en la India se canalizaba a través de otra compañía privilegiada, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales (en adelante, EIC), cuyos objetivos eran similares a los de su homóloga holandesa, pero que contaba con el respaldo de un Estado más sólido. Ese respaldo era importante para tener éxito en la competición con las otras potencias europeas. Entre otros motivos porque, llegado el caso, la guerra se libraba no solo en las colonias, sino y, sobre todo, en Europa. En cambio, en la propia India el respaldo de un Estado fuerte no era tan importante porque las potencias europeas eran débiles frente a los grandes o medianos reinos indios.

Y es que los europeos no disfrutaban de ninguna superioridad militar en la India; salvo, por supuesto, en el mar. Esta idea entra parcialmente en conflicto con la llamada «revolución militar europea» que habría ocurrido entre 1500 y 1700. El concepto fue planteado en 1955 por Michael Roberts, siendo

desarrollado por otros historiadores modernistas hasta la actualidad. Se argumenta que durante ese período Europa hizo progresos considerables en la industria de armas, lo que la permitió sostener una expansión militar que, al fin, sostenía la propia innovación militar⁹⁶. Lo que hay de cierto en todo esto es la primera parte y, acaso, un poco de la segunda. En efecto, los progresos de la industria armamentística europea durante ese período fueron considerables; como también lo fueron en muchas otras industrias, desde la albañilería a la fabricación de instrumentos ópticos. Sin embargo, y al contrario de lo que defiende esa tesis, los progresos de esa industria no sostuvieron la expansión colonial porque Europa no dispuso de superioridad militar alguna hasta, por lo menos, el siglo XVIII. Solo disfrutó de ella en un ámbito muy concreto, la Armada. O, dicho de otro modo, la expansión colonial que permitió esa «revolución» fue muy limitada, como limitada, estrictamente naval, era la superioridad militar. Con mejores barcos y mejor armados, los europeos podían llegar muy lejos y conquistar muchas plazas costeras, siempre que no contasen con buenas defensas. Pero nada más⁹⁷.

Y precisamente esto explica su falta de ardor guerrero fuera de la seguridad de la costa. Los europeos evitaron los enfrentamientos con los grandes imperios islámicos porque se sabían inferiores. Y donde el conflicto era inevitable, en Europa oriental, la actitud fue defensiva. De hecho, la primera gran victoria terrestre sobre el imperio otomano se logró en la defensa de una ciudad, Viena. Y es significativo que aquella victoria tuviera lugar a finales del siglo XVII. Del mismo modo, los ingleses en la India, como el resto de los europeos, evitaron un enfrentamiento directo con los Estados allí asentados. Hasta bien entrado el siglo XVIII, la política inglesa en la India se basó en mantener relaciones lo más cordiales posibles con el imperio mogol. Así, la primera oficina comercial inglesa fue abierta en Surat, dentro de las fronteras del imperio, y con la aquiescencia de las autoridades. Aquella tutela terminó siendo demasiado pesada, por lo que la EIC trasladó la mayor parte de sus operaciones a siete pequeñas islas de la misma costa, la mayor de las cuales, Bombay, daría nombre a una gran urbe. Evidentemente, Gran Bretaña buscaba una mayor autonomía, pero toda la operación fue planteada de la forma menos hostil posible. La EIC se desplazó a un territorio insignificante cedido por la Corona portuguesa y que nunca había pertenecido al imperio mogol. Además, mantuvo abierta la oficina de Surat. En realidad, las relacio-

⁹⁶ Roberts, 1955. Parker, 1976.

⁹⁷ Sharman, 2019.

nes cordiales se mantuvieron porque los intereses eran diferentes. Ni Gran Bretaña aspiraba a conquistar la India, ni el imperio mogol deseaba expandirse por el mar. O, al menos, así fue hasta la llegada al trono de Aurangzeb. Debido a su política expansionista, que incluía un programa naval, el choque terminó siendo inevitable. Fue la llamada «guerra de Child» (1686-1690), que se saldó con la rendición de Bombay y una rotunda victoria mogola; un hecho notable porque aquel episodio fue, básicamente, una guerra naval. A lo que parece, la supuesta superioridad militar europea sobre los asiáticos ni siquiera estaba clara en el mar. La ciudad volvió a manos inglesas solo tras el pago de una cuantiosa reparación y la petición de perdón de Inglaterra al emperador.

De todos modos, la guerra de Child fue algo insólito. De hecho, fue la única ocasión antes de la conquista final, en la que una potencia europea combatió directamente al imperio mogol. Los mayores problemas de los ingleses, y de todos los europeos, vinieron de los propios europeos. En general, Gran Bretaña mantuvo una posición, si no pacífica, constructiva. Con el debilitamiento de la posición de Portugal en la India y Brasil, y su complicada separación de España (guerra de la Restauración, 1640-1668), se recuperó la antigua alianza entre Londres y Lisboa. Pero esto acrecentó la rivalidad con Holanda. A mediados de siglo XVII las dos naciones protestantes se embarcaron en tres guerras, 1652-1654, 1665-1667 y 1672-1674, cuyo principal o único motivo era el comercio de Ultramar. Su resultado fue dispar. La primera se saldó con una victoria inglesa; la segunda, holandesa; y la tercera también fue una victoria holandesa, pero en el contexto de un conflicto más amplio que la enfrentó a Francia. En resumen, Luis XIV invadió los Países Bajos, con un resultado catastrófico para los holandeses. Entonces sucedió algo imprevisto, la Revolución Gloriosa de 1688, una de cuyas consecuencias fue que Guillermo de Orange, el *estatúder* de Holanda –una especie de «rey de la República Holandesa»–, se convirtió en rey de Inglaterra con el nombre de Guillermo III. El cambio dinástico trocó la rivalidad entre las dos compañías de las Indias orientales, la EIC y la VOC, en cooperación. Algunos historiadores han denominado este proceso como la «fusión anglo-holandesa»⁹⁸. Así, los principales accionistas de la EIC pasaron a ser banqueros y empresarios holandeses. Se alcanzó un acuerdo por el que el comercio de pimienta india sería controlado por los Países Bajos; al fin y al cabo, en lo concerniente a especias su posición en Indonesia le daba una ventaja considerable. A cambio, en el

⁹⁸ Fergusson, 2016: 58-61.

comercio de tejidos indios, Inglaterra tendría preferencia. A largo plazo, el acuerdo fue claramente favorable a Gran Bretaña, pues las posibilidades de expansión del mercado textil eran mucho mayores que las del ya viejo mercado de especias⁹⁹. En resumen, a finales del siglo XVII Gran Bretaña había logrado construir un entramado de relaciones diplomáticas y económicas con Portugal, Holanda y el mismo imperio mogol. Se abría una venturosa etapa de prósperos negocios.

Entonces, y como una suerte de broma, Gran Bretaña decidió hacerse la guerra comercial a sí misma. El tráfico intercontinental de textiles era interpretado a la luz de la teoría mercantilista, según la cual la importación de tejidos procedentes de la India era indeseable salvo que fueran reexportados hacia otros países. Se aducía que amenazaban la industria textil británica; argumento chocante dado que a comienzos del siglo XVIII esa industria empleaba casi exclusivamente lana y lino¹⁰⁰. Como fuere, se consideró prioritario defender los intereses de aquellos industriales antes que los de los consumidores. En 1701 fueron prohibidas las importaciones a Inglaterra de *calicoes* (estampados) indios, salvo que fueran reexportados. Esta norma fue tan ignorada que tuvo que reiterarse 20 años más tarde. Desde el punto de vista del gobierno, que era quien tomaba las decisiones, seguramente lo único importante era la creencia de que de este modo se protegía la balanza de pagos pues las importaciones de tejidos indios suponían una salida de metal precioso.

En todo caso, ninguno de estos eventos, prohibiciones, guerras, o «fusiones», marcan una línea divisoria en la expansión británica en la India; la cual, por otro lado, fue muy lenta. En 1639, antes de la primera guerra con Holanda, Gran Bretaña se hizo con una posición en la ciudad de Madrás, al sur de la India. En 1668, después de la derrota de la segunda guerra con Holanda, fundó Bombay. Finalmente, en 1690, tras una nueva derrota, ahora con los mogoles, la EIC firmó un acuerdo con el emperador para el establecimiento de una oficina comercial en una aldea del este de la India llamada Calcuta. Hasta 1744 solo se unieron a las anteriores algunos pequeños emplazamientos comerciales costeros sin verdadera autonomía. En resumen, durante más de un siglo el imperio británico en la India estuvo conformado por una, dos o tres ciudades. Era una estructura semejante a las de los imperios portugueses

⁹⁹ Ferguson, 2016: 53-60. Morineau, 1999.

¹⁰⁰ Morineau, 1999. Sobre los supuestos efectos de esta medida en la Revolución industrial en Gran Bretaña, <https://pseudoerasmus.com/2017/01/05/ca/>.

y holandés, con menos plazas, pero más dinámicas. Lo interesante es que, desde esos enclaves, y en unas seis décadas, Inglaterra se hizo con el control de todo el país¹⁰¹.

Quizás esto no hubiera sucedido, o habría tardado más en suceder, si el imperio mogol hubiese mantenido su integridad. En 1707 falleció Aurangzeb, el último gran emperador. Aunque la dinastía perduró hasta el «motín de los cipayos» de 1857, con su muerte el imperio sufrió un rápido debilitamiento y desmembramiento, que se aceleró con la invasión del persa Nadir Sah en 1739. En resumen, desde ese año o alguno anterior (por diversos motivos, 1712 y 1719 son buenas opciones) el imperio mogol había dejado de ser el poder dominante en la India, lo que originó un vacío, y permitió la expansión inglesa¹⁰². De todos modos, tampoco debe ignorarse que, desde una perspectiva estrictamente militar, los Estados herederos del imperio mogol contaban con muchos más recursos que Gran Bretaña. Cualquiera de ellos podía reunir más soldados que todos los europeos residentes en la India, civiles o militares. Así pues, sobre el terreno tampoco era tan importante que hubiera un solo imperio o varios grandes reinos; que, por otro lado, a veces cooperaban entre sí.

De hecho, incluso a mediados del siglo XVIII la superioridad tecnológica militar inglesa no parecía suficiente como para emprender una conquista a gran escala. Esto era debido, en parte, a la lentitud de los progresos de la industria militar. También a la lejanía; cualquier innovación militar europea era difícil de trasladar a la India. Y también al hecho de que los ejércitos indios no eran en absoluto indiferentes a las innovaciones técnicas. Los soldados indios disponían de armas de fuego, a veces compradas a los propios europeos; a veces fabricadas a imitación de las suyas; a veces completamente originales, desconocidas, y mejores que las europeas. En general, las grandes batallas del imperio mogol, de los *marathas*, de los *sijs* o de cualquiera de los reinos herederos del Mogol, fueron ganadas por el bando que dispuso de más potencia de fuego. Este principio también se aplicaba a los invasores llegados del noroeste, que apenas resistían la comparación con los nómadas de Gengis o Timur. En fin, en el siglo XVIII la guerra en la India estaba completamente profesionalizada, y se libraba entre ejércitos, no entre tribus. Y el ejército británico solo era un ejército más. La igualdad también alcanzaba a los hombres. El británico estaba formado por unos pocos oficiales ingleses y

¹⁰¹ Banerjee-Dube, 2014: 26-28.

¹⁰² Banerjee-Dube, 2014: 2-14.

mucha tropa india, los cipayos (la palabra es un préstamo del turco, y aunque de uso común, es inadecuada por muchas razones; por ejemplo, los cipayos indios eran soldados de infantería, mientras que los turcos eran caballería). Al contrario, había muchos asesores europeos en los ejércitos indios, sobre todo franceses e ingleses. Los británicos tampoco contaron con la ventaja «microbiana» que los españoles tuvieron en América; más bien, los oficiales estaban en desventaja por el clima y las enfermedades locales. En fin, el hecho de que los europeos fueran derrotados en varias ocasiones, sobre todo en el sur y, más tarde, en Afganistán, demuestra que en modo alguno eran invencibles¹⁰³.

Si la EIC finalmente conquistó la India fue por el encadenamiento de varios sucesos fortuitos. En primer lugar, la intervención francesa. Como vimos, Francia logró asentar una base comercial y militar en Pondicherry desde la que, durante algún tiempo, mantuvo un notable tráfico con Europa. El gobernador francés trabó alianzas con varios poderes regionales con objeto de cercar la posición inglesa. A raíz de un conflicto en Europa, la guerra de Sucesión austriaca, en 1746 se desataron las hostilidades entre franceses, ingleses y sus respectivos aliados, en lo que vino a llamarse «primera guerra carnática». El desarrollo de los enfrentamientos fue favorable a Francia, que incluso tomó Madrás; aunque la firma de la paz en Europa en 1748 dejó las cosas como estaban. Ocho años más tarde, se repitió la historia. La guerra en Europa, en este caso, la de «los siete años» (1756-1763) se trasladó a la India en la «tercera guerra carnática» (antes hubo una «segunda»). Francia logró el apoyo de uno de los gobernantes sucesores del imperio mogol, acaso el mayor de todos, el *nabab* (rey) de Bengala, que ocupó Calcuta. Pero en poco tiempo las tropas de la EIC la retomaron e infringieron al ejército del *nabab*, que estaba auxiliado por un destacamento francés, una dura derrota en la aldea de Plassey, cerca del delta del Ganges. Como consecuencia de ello Francia perdió a su mejor aliado en la India, lo que marcó el principio del fin de su influencia. Pero, sobre todo, la EIC se hizo con el poder efectivo de la provincia de Bengala, que pasó a ser regida por un *nabab* «útere». De este modo, la compañía tuvo que enfrentarse a una tarea para la que no estaba preparada: gobernar un gran país. De hecho, solo en aquella provincia vivía más gente que en las Islas Británicas.

¹⁰³ Sharman, 2019: 81-98. Ness and Stahl, 1977.

Mapa 1. La India hacia 1760.



Fuente: elaboración propia a partir de Charles Colbeck, 1905, *The Indian subcontinent in 1760* y otros mapas.

En 1764, solo siete años después de Plassey, Gran Bretaña tuvo que hacer frente a una nueva coalición de dos *nababs* y el emperador mogol. La victoria en Buxar, en la provincia de Bihar, consolidó la posesión británica de Bengala, que ahora se convirtió en una provincia tributaria de la EIC. Más importante, su influencia política llegó al Ganges medio; y desde ese momento, la guerra fue casi continua. A menudo, los *nababs*, *rajás*, *maharajás* y demás monarcas indios, incluidos los emperadores mogol y *maratha*, eran quienes buscaban la alianza del ejército británico para resolver sus propios conflictos. El temor a que los enemigos trabaran alianzas con los ingleses conducía a guerras preventivas. Pero, sobre todo, los conflictos surgían de la misma concepción de la guerra como un instrumento de política económica; una visión que tampoco sería extraña al mercantilismo. La guerra se había mercantilizado hasta tal punto que las campañas militares ya no eran operaciones de conquista sino de castigo, cuya finalidad era recaudar impuestos mediante el saqueo y, sobre

todo, la negociación de la retirada. Bajo este contexto, y desde la perspectiva india, los territorios controlados por los ingleses no eran diferentes de los demás; solo eran oportunidades para los que participaran en la guerra.

Sin embargo, para la EIC la situación no era exactamente así. Aparte de un poder militar, era una compañía privada. Su mayor preocupación era asegurar las fronteras y mantener abiertas las rutas para facilitar el comercio. Estos objetivos eran inalcanzables en un entorno hiperbólico, en el que la guerra era una opción económica más; para la EIC, obviamente, pero también para todos los demás. Nótese que los contendientes indios no arriesgaban su vida y hacienda porque siempre podían llegar a un acuerdo con el vencedor reduciendo el ámbito de su influencia política. De ahí que pocas veces la guerra se saldaba con la muerte del rajá de turno. Además, cada cambio en el tablero político implicaba nuevas oportunidades y amenazas para esos poderes, con lo que el sistema de alianzas nunca se podía dar por definitivo. El establecimiento de gobiernos indirectos tampoco era una solución, pues pronto se demostró que estos no eran en absoluto fiables. Uno de los *nababs* de Buxar era, precisamente, el títere puesto por la EIC en Bengala. La falta de lealtad y, por tanto, la debilidad de las alianzas era un rasgo característico de ese continuo estado de guerra¹⁰⁴.

En fin, la guerra en un mal negocio para la EIC. A mediados del siglo XVIII la rentabilidad de la compañía estaba cayendo con rapidez como consecuencia de la competencia y el conflicto con Francia. Pero una vez que Pondicherry fue anulada, se fue poniendo de relieve que los problemas eran más hondos, pues los dividendos seguían sin ser buenos. Tras Buxar, y a medida que se fue haciendo evidente que aquella batalla no sería la última, la cotización de las acciones se derrumbó. La guerra elevaba los gastos de defensa; pero la victoria era incluso peor, pues se elevaban los gastos de gestión de los nuevos territorios. La situación era tan crítica que el Gobierno británico se vio obligado a intervenir en la compañía varias veces, sobre todo para proporcionarle respaldo financiero. El precio que la EIC pagó fue la pérdida de su independencia. La compañía se vio obligada a asumir funciones más extensas como representante del Gobierno británico en la India. Su creciente carácter gubernamental se reflejó en el establecimiento de un límite legal a sus beneficios (por otro lado, mermados). Dicho de otro modo, implícitamente se reconocía que su principal función no era la de cualquier sociedad mercantil, es decir, repartir dividendos entre sus accionistas, sino servir a los intereses

¹⁰⁴ Ferguson, 2016: 73-74. Embree y Wilhelm, 2002: 285-289.

del Gobierno. Claro que, en cierto modo, siempre había sido eso. Como fue, esta reordenación de intereses hizo a la compañía menos eficiente. Por ejemplo, junto al anterior consejo de administración, se creó un consejo de representantes del gobierno encargado de corregir o anular las decisiones del primero. Es fácil imaginar lo inadecuada que era semejante estructura dual cuando se trataba de gobernar un enorme país situado a varios miles de kilómetros de la metrópoli.

Ahora bien, el que la EIC como un todo fuera un negocio (gubernamental) en crisis no significa que también lo fuera para los oficiales y funcionarios británicos que trabajaban en ella. Para muchos solo era un fabuloso instrumento para medrar. La EIC nunca había sido una empresa muy legalista. Al contrario, se entendía que la corrupción, o una interpretación laxa de la ley, proporcionaba ingresos adicionales que formaban parte del sueldo¹⁰⁵. Y, al fin, el control era muy difícil, no ya desde Londres, sino incluso desde Calcuta. En cualquier caso, la incidencia de estos comportamientos fue limitada en tanto en cuanto el imperio británico en la India se circunscribió a tres ciudades. Pero cuando la compañía se convirtió en un poder político relevante, los directores y empleados descubrieron nuevos y peligrosos mecanismos con los que aumentar sus ingresos. Poner a la EIC de parte de alguno de los bandos en los interminables conflictos internos comportaba el pago de favores. La misma conquista abría la puerta a grandes beneficios individuales.

Uno de los primeros en descubrirlo fue Robert Clive, comandante en jefe de las tropas británicas y vencedor en las guerras carnáticas y en Plassey. Clive vio que la conquista de toda la India era posible con solo un poco de audacia, y que los ingleses podrían convertirse en la nueva clase comercial y rentista del país. Con esas ideas puso los cimientos de lo que sería la nueva administración británica en la India. Muchas de las atribuciones políticas del *nabab* fueron transferidas a la compañía; luego, el propio título fue suprimido. La gestión de los impuestos o la subasta de las propiedades se convirtieron en fuentes de ingresos para unos funcionarios habituados a la corrupción y los sistemas de propiedad europeos; y que actuaban dentro de un marco legal que era desconocido para los indios. Los campesinos eran cargados con contribuciones y rentas que no podían pagar. Estas prácticas fueron conocidas posteriormente como el «expolio de Bengala». Los mismos gobernadores bri-

¹⁰⁵ La dedicación al comercio privado, a menudo mediante monopolios locales, fue corriente entre los oficiales de la EIC en la década de 1760. Gilmour, 2018: 32-38.

tánicos de Bengala (incluido Clive) elevaron informes en los que llamaban la atención sobre el daño que se estaba causando. Para colmo de males, en 1770 una sequía ocasionó la pérdida de las cosechas; y es probable que la elevada presión fiscal y la monopolización del comercio de granos impuesta por la compañía agravaran la hambruna; que, además, se repitió quince años después.

En los primeros decenios, la opinión pública inglesa vio con recelo la conquista de la India porque era percibida como una inversión sin rendimiento y una fuente de corrupción; dos cargos que, visto lo visto, debían ser ciertos. La palabra «nabab» acabó desembarcando en el idioma inglés como sinónimo de hombre inmensamente rico que ha construido su fortuna con métodos poco honestos, como Robert Clive. El mismo gobernador general de la India, Warren Hastings, fue acusado de corrupción y llevado ante los tribunales, en un larguísimo juicio de diez años del que finalmente fue absuelto. En realidad, parece que el error de Hastings fue actuar enérgicamente contra la corrupción o, al menos, hacerlo más que sus predecesores. El juicio contra Hastings fundamentalmente condenó a la EIC. De ahí que el Gobierno británico incluyera en la legislación sobre el rescate de la compañía medidas dirigidas a evitar los abusos, aunque inicialmente su eficacia fue más bien dudosa, cuando no contraria.

El «expolio de Bengala» no empezó a resolverse hasta 1793, cuando se aprobó la controvertida reforma del «acuerdo permanente», por la que, de forma resumida, se transformaban los derechos feudales de los *zamindar* (infra) en propiedad capitalista semejante a la europea, con un marco fiscal estable y libertad para su compraventa. Aunque la reforma, promovida por el sucesor de Hastings, Lord Cornwallis, tuvo efectos positivos, también estuvo muy lejos de las expectativas. Sus principales objetivos no eran fiscales (de hecho, aseguraba unos ingresos decrecientes) sino políticos. Se pretendía crear una clase de *yeomen* bengalíes que favoreciera la inversión en el campo, aumentará la productividad agrícola y ampliará las tierras cultivadas. Una clase que, obviamente, sería leal a la Corona inglesa; al menos tanto como lo había sido al emperador mogol. Este último objetivo parece que se alcanzó. Pero los *zamindar* también demostraron ser una clase rentista que solo estaba interesada en extraer de los campesinos los ingresos suficientes para garantizar el pago de los impuestos que aseguraban esa propiedad ante el Estado. La pérdida de autonomía y de derechos colectivos de los campesinos fue claramente lesiva, sin que las ventajas de un mercado libre de tierra se apreciaran hasta mucho tiempo después. Otros sistemas desarrollados por los ingleses en la India, en

los que se prescindía de ese grupo de propietarios «intermedios», demostraron ser mucho más exitosos a largo plazo¹⁰⁶.

También a finales del siglo XVIII empezó a resolverse otro problema, el de la impopularidad de la guerra en Gran Bretaña. Esto sucedió como consecuencia de la aparición de un enemigo solvente, Tipu Saib (o Tipu Sultán), rajá de Mysore, apodado el «tigre de Mysore» porque, supuestamente, había matado una de esas fieras solo con una daga. Tipu y, antes que él su padre, Haydar Alí, no solo empleaba armas occidentales, tal y como hacían todos los ejércitos indios, sino que las mejoraron creando sus propios «cohetes»; tan eficaces, que el ejército británico los imitó. Más importante, copió la organización y técnicas de combate británicas. No casualmente, Tipu fue un rey europeizador que trasladó los modelos administrativos francés e inglés a su país¹⁰⁷. Pero no fue un monarca tolerante. Mysore era un estado muy mayoritariamente hindú, pero Tipu era un musulmán celoso que habría perseguido a la comunidad católica. Por otro lado, el trato que su ejército dio a los prisioneros ingleses no fue humanitario; incluso se difundió la especie de que soldados y oficiales capturados fueron envenenados de forma deliberada. Fuera o no cierto, este episodio alimentó una campaña propagandística que llevó a Gran Bretaña a implicarse contra él como no lo había hecho antes en los grandes y ricos Estados del Ganges. En último término, despertó el sentimiento nacionalista británico y un deseo de conquista que hasta entonces había sido muy tenue. Tras cuatro largas guerras entre 1767 y 1799, Mysore fue reducido a un tercio de su tamaño original. Tipu murió en combate, algo inusual entre los príncipes indios¹⁰⁸.

Para cuando esa amenaza fue arrumbada, las autoridades británicas ya habían decidido la conquista total de la India. Tras la victoria sobre Mysore, los británicos lanzaron varias campañas hacia el curso alto del Ganges, donde se ubicaban las antiguas capitales del Imperio mogol, y hacia el oeste de la India, contra los restos del imperio *maratha*, la llamada «confederación» *maratha*. Pese a las victorias, el coste de las operaciones volvió a generar resistencias en la metrópoli, por entonces embarcada en una interminable guerra contra Napoleón. De ahí que el primer proyecto de conquista total, diseñado por

¹⁰⁶ Banerjee-Dube, 2014: 58-66. Ferguson, 2016: 74-88. Sobre las razones que llevaron a la Administración británica a aprobar este «Acuerdo permanente», la obra de referencia es Guha, 1963, 2017.

¹⁰⁷ Banerjee-Dube, 2014: 67-69. Marshall, 1987a.

¹⁰⁸ Marshall, 1992. Koff.

Lord Wellesley, fuera aparcado. En su lugar, se decidió que una parte de la India fuera efectivamente conquistada y administrada por la EIC; pero otra parte, de extensión similar, aunque menos poblada, seguiría siendo gobernada por mandatarios locales supeditados a la compañía por medio de tratados. La guerra siguió hasta 1818, cuando se delimitó la extensión de cada área. Luego siguieron otras campañas militares, cada vez más espaciadas, en el noroeste y noreste. El reino de Birmania y, sobre todo, las levantiscas tribus afganas, demostraron ser enemigos correosos. Pero la India propiamente dicha no conoció alteraciones importantes hasta las guerras contra los *sij*s en el Punjab en 1845 y 1848; y, sobre todo, la Gran Rebelión india de 1857, conocida como el «motín de los cipayos», cuya principal consecuencia fue la supresión de la EIC y el traslado de sus funciones al Gobierno británico en la India, el llamado *Raj*.

Así pues, la conquista de la India duró 74 años, los que separan los primeros conflictos auspiciados por Francia en 1744 de la reordenación final de 1818. Tampoco sería incorrecto circunscribirla a los años 1757-1803, los que separan la batalla de Plassey de la conquista de Delhi y Agra. Desde luego, no tiene sentido ampliarlo a los años anteriores a 1744 (la presencia británica era insignificante) ni a los posteriores a 1818 (lo único que se hizo fue asegurar las fronteras). La periodización no es caprichosa ni inocente. Situar la conquista en la segunda mitad del siglo XVIII significa afirmar que la Revolución industrial no desempeñó ningún papel en ella. La industria británica no derrotó a los ejércitos indios. La ventaja técnica era pequeña, y sobradamente compensada por la desventaja numérica. Fue, sobre todo, una victoria de la logística, la marina, y las academias militares sobre un sistema político-militar enfermo.

Lo cual tampoco significa que fuera un proceso racional, inteligente y planificado. Al contrario, fue el resultado de un conjunto de decisiones sobrevenidas y descoordinadas. Hasta las guerras con Francia, la política británica en la India estuvo presidida por intereses económicos. Luego también hubo razones políticas, aunque estas nunca estuvieron claras ni en Londres ni en Calcuta. La apropiación de territorios reportaba beneficios a quienes estaban directamente implicados, pero no necesariamente a la EIC o a Inglaterra. India no era percibida como un mercado para los productos británicos, sino como un pozo sin fondo de metales preciosos y un competidor de la industria textil inglesa; por no hablar de la corrupción. No obstante, las razones económicas, o de política económica, llevaron a su conquista definitiva. La falta de grandes ideales ayuda a explicar que tanto entre los británicos como entre los indios exista una visión muy negativa del proceso. Hechos como el expolio de Bengala refuerzan esa opinión. Pero es importante observar que las operaciones militares fueron rá-

pidas y limpias, al menos para los estándares habituales de la India. Basta con mencionar los sufrimientos padecidos por la capital en el siglo XVIII. En 1737 Delhi fue saqueada por los *marathas*; en 1739 por Nadir Sah (por cierto, de forma particularmente salvaje); en 1757 por Durrani, un caudillo afgano. Y en 1803 los ingleses entraron en ella y, para sorpresa de sus habitantes, lo hicieron de forma ordenada y sin saqueos. Por supuesto, esto tampoco significa que los soldados fueran educados *gentlemen*. Pero aquel era un ejército profesional y, por tanto, no era brutal pues no tenía necesidad de serlo: la soldada llegaba puntualmente¹⁰⁹. La *Pax Britannica* liberó a la India del caos de una guerra interminable. El punto es: ¿había alguna alternativa mejor?¹¹⁰.

LA CONSTRUCCIÓN DEL IMPERIO RUSO

Ni Italia ni Alemania participaron en la primera fase de la expansión europea. Las tradiciones comerciales de Italia se dirigían hacia el Mediterráneo oriental, de modo que el descubrimiento de la ruta africana solo podía perjudicarla; en particular a Venecia, la principal puerta de Asia en Europa. En general, todo el país sufrió un relativo estancamiento económico durante la Edad Moderna. Sicilia, Nápoles y otros territorios formaban parte del imperio español, pero esto tampoco tuvo mayor importancia, pues la conquista de América fue una empresa castellana y, más tarde, española; pero nunca «imperial». En cuanto a Alemania, los pequeños Estados alemanes no tenían el tamaño y la flota necesarios para participar en la empresa. Y desde mediados del siglo XVI se sucedieron varios conflictos religiosos, el último de los cuales, la Guerra de los 30 años, fue especialmente destructivo. En todo caso, las tradiciones comerciales –y colonizadoras– de los alemanes se dirigían hacia Europa oriental. Solo excepcionalmente se realizaron algunas expediciones a América y África. Más al norte, Suecia y Dinamarca tuvieron una participación poco menos que testimonial en las mismas costas y en la India.

Pero aún más al este, Rusia inició su particular proyecto de expansión territorial. La dificultad de su análisis estriba en su carácter híbrido. Lo que

¹⁰⁹ Tampoco lo fue durante el motín de los cipayos, en 1857, cuando la ciudad fue sitiada y conquistada por el ejército inglés. No hace falta decir cuál de estas tragedias ocupa más páginas en la bibliografía eurocéntrica al uso.

¹¹⁰ Para una interpretación «no-contada», o sea, positiva, de la historia de la conquista inglesa de la India, Lavalni, 2016: 1-69.

empezó siendo una «guerra de liberación», acabó transformándose en la conquista y sometimiento de naciones totalmente extrañas a la cultura eslava.

El antiguo reino de Rusia fue conquistado por los mongoles a comienzos del siglo XIII. Su ejército estaba dirigido por aquel Batú que en 1242 intentó la conquista de Europa, y la abandonó por sus pretensiones fallidas al trono mongol. El Estado creado a su vuelta de Karakórum fue llamado la Horda de Oro. Estableció su capital en Sarai, en el curso bajo del Volga, no muy lejos de la actual Volgogrado. En su apogeo, pudo haber albergado una población de medio millón de personas. Los habitantes de aquella nación de pueblos nómadas y semi-nómadas se fueron convirtiendo al islam, pero también al cristianismo. Y empezaron a ser conocidos en Rusia y Europa como «tártaros» por el nombre de uno de esos pueblos. Desde el siglo XV varios conflictos internos y, sobre todo, la invasión de Timur, fragmentaron la Horda de Oro en varios Estados menores; los principales fueron los kanatos de Kazán, Astracán, Crimea, la Horda Nogai y la Horda Blanca. Por otro lado, en el oeste surgieron Estados combativos con los tártaros: la Orden teutónica, Lituania y, más que ningún otro, el principado de Moscú, que se fue afirmando en el territorio situado entre el golfo de Botnia y el río Volga¹¹¹. Este el origen de la Rusia moderna.

A comienzos del siglo XVI, esta era una nación extraña y aislada. En el sur topaba con el kanato de Crimea, formalmente integrado en el imperio otomano, aunque relativamente independiente. Al este y sureste, con los kanatos tártaros de Kazán y Astracán. Y al oeste con los reinos polaco-lituano y sueco. Con objeto de romper el aislamiento en 1584 se fundó el puerto de Arcángel, en el mar Blanco, desde el que se estableció una ruta comercial con Europa a través de una compañía privilegiada inglesa, la Compañía de Moscovia. Esta había sido fundada en Londres con la finalidad de descubrir un paso hacia China por el norte de Siberia, un proyecto irrealizable por la permanencia de la banquisa, pero que sirvió para alcanzar el mar Blanco durante los meses de verano. De todos modos, aquél era un puerto difícil y alejado de Moscú. Rusia no logró una verdadera conexión marítima con Europa occidental hasta la fundación de San Petersburgo en 1703; puerto que, no obstante, también permanecía cerrado en invierno.

En el este la expansión de Rusia comenzó mucho antes, en 1552, con la conquista del kanato de Kazán por Iván IV el Terrible, quien «rusificó» la

¹¹¹ Martín, 1995. Sobre la llegada de los mongoles a Rusia, Martín, 1995: 135-145.

capital. Cuatro años más tarde Astracán, kanato y capital, sufrieron idéntica suerte. La antigua capital de Sarai fue completamente arrasada (dicho sea de paso, desde el saqueo de Timur en 1395 ya no era lo que había sido). Desde entonces, y en apenas siglo y medio, Rusia se extendió hasta el Pacífico. Territorialmente fue la mayor expansión de una nación europea en la Edad Moderna, si es que la Rusia de entonces era una nación europea. La punta de lanza de la conquista estuvo formada por un pueblo de difícil catalogación, los cosacos. De lengua ucraniana y rusa, pero independientes del zar, formaban grandes partidas de jinetes dedicados al pillaje, el comercio y la colonización. En cierto modo, venían a ser la actualización de la guerra nómada de los mongoles: grandes hordas de jinetes, pero con armas de fuego. Para el imperio ruso en ciernes eran tanto una solución al problema tártaro, como un nuevo problema, pues su carácter libre era incompatible con la autocracia zarista. Junto a otros grupos perjudicados por el fortalecimiento de la servidumbre y la autocracia (campesinos huidos o sometidos a impuestos extenuantes, bajo proletariado urbano, monjes heréticos... etc.) los cosacos se rebelaron contra el zar varias veces a lo largo de los siglos XVII y XVIII. La última fue en 1773-74, bajo el liderato de Yemelián Pugachev. Probablemente fue la mayor de todas esas rebeliones. De todos modos, ninguna supuso una verdadera amenaza para los zares. De hecho, hasta finales del siglo XIX los ejércitos rusos siguieron empleando cuerpos cosacos en sus campañas¹¹².

La conquista del sur y este fue una empresa religiosa y colonizadora con similitudes con la Reconquista española. Pero también había motivaciones económicas. Siberia no tenía riquezas minerales (en realidad, tenía muchas, pero ignotas), y no producía especias o plantas de interés en Europa. Tampoco había ciudades ni, casi, población. Los nativos sufrieron la expropiación de sus tierras por los colonos cosacos y rusos, pero no padecieron una catástrofe demográfica porque estaban inmunizados frente a enfermedades epidémicas. De todos modos, eran muy pocos, lo que convertía a Siberia en un espacio de muy fácil ocupación. Y en la uniforme pobreza de la taiga también era posible extraer tesoros. La fauna local proporcionó pieles que alimentaron un activo comercio con Occidente. Como en Europa, inicialmente su explotación fue concedida en régimen de monopolio a una sola compañía, la de la familia Stróganov, poco después de la conquista de Astracán¹¹³. Más adelante la verdadera riqueza de aquellos territorios se revelaría en los enormes pasti-

¹¹² Martin, 1995: 350-357. Hosking, 1997: 9-23, 56-61, 107-115.

¹¹³ Lincoln, 1993: 33-40 y 48-72.

zales y las cabañas bovinas que podían mantenerse sin apenas coste. El Estado ruso promovió esa colonización de diversos modos.

Solo a partir del siglo XVIII la expansión rusa se dirigió hacia regiones en las que existían estructuras políticas más avanzadas y un poblamiento algo más denso. En el sur el declive del imperio otomano comenzó tras el fallido intento de conquista de Viena en 1683¹¹⁴. En 1700 el tratado de paz de Constantinopla concedió a Rusia un primer acceso al mar Negro con la entrega de la ciudad de Azov, en el mar del mismo nombre. En 1783 toda Crimea fue anexionada a Rusia. Por esos mismos años se inició la ocupación de los territorios situados entre el mar Negro y el mar Caspio. Las actuales repúblicas centroasiáticas y el Cáucaso fueron conquistadas a lo largo del siglo XIX en una sucesión de campañas largas, espaciadas y cada vez más penosas. Se produjo una masiva colonización con campesinos procedentes del norte y oeste. No eran espacios tan despoblados como Siberia, pero tampoco en ellos vivía demasiada gente. Hasta el día de hoy esas regiones mantienen una población compuesta por descendientes de colonos rusos y ucranianos, y nativos tártaros y de otros muchos pueblos (abjasios, chechenos, ingusetios, osetos, georgianos, armenios, azeríes, kazakos, turcomanos, uzbekos, tayikos y kirguises, entre otros). La mayor parte de esos pueblos practican el islam, pero también hay muchos cristianos. Obviamente, la presencia de eslavos es menor conforme se avanza hacia el sur.

CONCLUSIONES

Sin haber llegado al siglo XIX, esta historia es larga y compleja. Formular unas ideas generales es atrevido, pero algo se puede tentar.

CAUSAS

El principal motor de la expansión colonial antes de 1800 fue el deseo de enriquecimiento. Los conquistadores embarcaban por muchos motivos, altruistas, miserables, o una confusa mezcla de ambos. Pero la búsqueda de riquezas se daba por supuesta. Y lo dicho para las personas vale para las sociedades mercantiles y los Estados. Otra cosa es lo que de racional hubiera

¹¹⁴ Ferguson, 2012: 99-108.

en tales pulsiones. Las expectativas de enriquecimiento podían basarse en los beneficios esperados de una empresa con riesgos más o menos conocidos; pero no pocas veces se sostenían en la nada. Muchos españoles se lanzaron al océano con la esperanza de descubrir un inexistente El Dorado. En cierto modo, la aventura colonial española no fue ruinosa (o no demasiado) por mera casualidad: el hallazgo de Potosí y Zacatecas. Pero el procedimiento habitual para hacer fortuna era convertirse en nuevos señores feudales; es decir, encomenderos.

Sin embargo, solo por razones económicas la colonización no hubiera llegado tan lejos como lo hizo. Muchos de los lugares adonde fueron los europeos estaban tan vacíos de hombres como de riquezas. Además, allí donde había algo de valor bastaba con levantar una oficina comercial; que es lo que muchas veces se hizo. Por tanto, y al margen de las expectativas fallidas, tuvo que haber otras razones detrás de la conquista. Ante todo, la política. Muchas expediciones militares se realizaron para evitar que otros llegaran antes. La rivalidad entre distintas potencias se convirtió en un factor importante para justificar la conquista de, por ejemplo, la Luisiana por los franceses, Filipinas por los españoles, o la costa india por holandeses, franceses e ingleses. De hecho, varios territorios pasaron de unas manos a otras: Quebec, Luisiana, Ceilán, Malaca... Por otro lado, el contexto político asiático también era importante. Desde el momento en el que, por la razón que fuera, los europeos saltaban al territorio aledaño a sus bases, la dinámica local les empujaba a continuar la conquista mucho más allá de lo razonable.

Y con todo, aún hubieran quedado territorios libres. Por ejemplo, la conquista de la costa nororiental de Estados Unidos no se explica (o no de manera principal) ni por razones económicas ni políticas. La primera colonización de Nueva Inglaterra fue obra de minorías religiosas rechazadas en la vieja Inglaterra. Más adelante, a fines del XVIII, el primer asentamiento europeo en Australia se efectuó con gente aún menos presentable: delincuentes. Otro motor de la conquista fue la religión. La guerra contra el Islam llevó a los portugueses por la costa africana. La evangelización también llevó a varios europeos a las regiones más remotas de América, y a Japón. Los seres humanos son complejos porque tienen motivaciones complejas.

VENTAJAS MILITARES

A veces, la conquista fue posible porque los europeos tenían una neta superioridad militar. Por ejemplo, frente a los imperios precolombinos. Sin embargo,

esa ventaja no era suficiente con los mapuches y otros nativos americanos, que podían protegerse en la selva o el desierto. Y tampoco servía de nada en África, cuyos habitantes tenían la baza inmunológica de la malaria. Los europeos dominaron a algunos de los primeros con mucho esfuerzo. Para capturar esclavos negros se sirvieron de otros negros. Pero la India era diferente a todo lo anterior. Aquí no tuvieron ninguna superioridad militar terrestre hasta el siglo XVIII. El imperio mogol y sus rivales y sucesores disponían de ejércitos mucho más numerosos, provistos de armas de fuego de todo tipo. La conquista fue el resultado de una combinación de factores tecnológicos, económicos e institucionales, de los que la disponibilidad de mejor armamento solo era uno más, y seguramente no el más importante. La logística y la diplomacia jugaron un papel más decisivo.

MONOPOLIOS

La aspiración de todas las potencias europeas fue la reserva de los mercados coloniales. Esto no era «capitalismo de libre mercado» sino exactamente lo contrario. Hubo casos sorprendentes, como el arrogante e inefectivo reparto mundial celebrado por España y Portugal en Tordesillas. Esas dos naciones también intentaron centralizar todo el comercio colonial a través de los puertos de Lisboa y Sevilla. Otras naciones, como Francia e Inglaterra, impedían que sus colonias mantuviesen relaciones comerciales con otras potencias, a pesar de su extrema dependencia del exterior y la irracionalidad de tales decisiones (por no hablar de sus costes políticos). A pesar de todo, América fue un continente relativamente abierto, en el que se podían levantar negocios sin demasiadas restricciones. En cambio, gran parte del primer comercio con Asia se realizó a través de tres compañías privilegiadas con fuertes conexiones estatales. Casualmente tenían el mismo nombre: Compañía de las Indias Orientales, inglesa, francesa y holandesa. Esta no fue ni la única ni la más notable coincidencia.

CONTROL Y GESTIÓN

Algo que tuvieron en común los imperios coloniales europeos fue la corrupción. Lo que cambiaba era la forma: contrabando en la América Española frente a tráfico de influencias en la India Británica, por ejemplo. La reiteración de este problema es una prueba de que las metrópolis tenían serias

dificultades para controlar sus propias colonias. Lo cual tampoco es sorprendente teniendo en cuenta la distancia y los intereses privados. Ejemplos de ineficiencias administrativas aparecen por doquier: el sistema de «doble consejo» de la EIC, el excesivo reparto de dividendos de la VOC, el caos burocrático francés, la centralización del comercio americano en Sevilla, etc. Tampoco existen indicios que permitan suponer que los sistemas de control y gestión mejoraron con el tiempo. Dentro del mal funcionamiento general, el imperio mejor organizado bien pudo ser el español, cuya estructura apenas cambió en tres siglos. Aunque seguramente el más sensato fue el inglés en Norteamérica, precisamente porque renunció a muchas prerrogativas habituales en otras metrópolis, como la gestión política local.

La inmensa mayor parte de las empresas coloniales fracasaron. Casi todas las compañías privilegiadas quebraban al cabo de unos pocos años. Hubo muchas expediciones que terminaron en un desastre. La historia de la expansión europea no es la de una estudiada operación militar. Más bien semeja la de una sucesión de despropósitos (empezando por el viaje de Colón) que, de vez en cuando, salían bien. No obstante, tampoco fue exactamente un producto de la casualidad. Se las puede contemplar como un «bombardeo por saturación»: se lanzaron muchos navíos a la espera de que alguno regresase cargado de oro, especias o lo que fuera. Y eran tantos que alguno lo hizo. De ahí que ningún fracaso fuera realmente definitivo. *Mutatis mutandis*, lo mismo se puede decir de la Revolución industrial.

CONSECUENCIAS ECONÓMICAS

La expansión europea en el hemisferio occidental tuvo consecuencias catastróficas sobre los pueblos indígenas. El tráfico de esclavos destruyó África. Las epidemias asolaron América. Pero no tiene mucho sentido entrar en valoraciones morales sobre eventos ocurridos hace 500 años. Los discursos moralistas sobre lo obvio esconden intenciones inconfesables. Si descendemos del incierto cielo de la Ética al duro suelo de la Economía, lo que se puede decir con seguridad es que los indígenas que sobrevivieron a aquel cataclismo vivieron mejor que sus antepasados. Esto no fue debido a un cambio en la relación entre recursos y población, una hipótesis inimaginable en un continente tan poco poblado. Fue la consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías, de nuevos cultivos y animales, de la escritura, de la apertura de nuevas rutas comerciales, de la construcción de ciudades, puertos, carreteras, alcantarillas y catedrales. Y, sobre todo, de la destrucción de las autocracias incaica y

azteca, regímenes políticos intrusivos, expansivos y feroces. Por supuesto, el extraño régimen feudal implantado por los españoles tampoco era el paraíso. Pero es muy evidente en cuál de los dos mundos un hombre común tenía más posibilidades de ser libre y, quizás, feliz.

En Asia, donde vivía más de la mitad de la población del planeta, la expansión europea no tuvo grandes consecuencias porque solo tuvo un carácter comercial hasta la segunda mitad del siglo XVIII. A partir de 1757, la conquista de la India por Gran Bretaña sí trajo cambios importantes. Sobre todo, uno: la *Pax Britannica*. Pero no hemos visto nada sobre los efectos económicos y comerciales de esa expansión. Y lo más importante, nada se ha dicho de la vida corriente en la India, el Islam y Asia Oriental. Ya va siendo hora de entrar en materia.

EL ISLAM Y LA INDIA

DEL ISLAM CLÁSICO AL ISLAM IMPERIAL

Occidente y el Islam tiene mucho en común¹. Las dos civilizaciones compartieron un mismo espacio geográfico, el Mediterráneo, aunque se extendieron mucho más lejos. Las dos heredaron las tradiciones culturales de ese ámbito, la grecorromana y la judaica. Las dos se construyeron alrededor de una religión monoteísta y exclusivista. En la formación de las dos fue decisiva la aportación de pueblos bárbaros venidos de más allá de sus fronteras. En fin, las dos se odiaron con igual saña e inutilidad.

Por supuesto, las diferencias también son importantes. Pero de todas ellas quizás la más decisiva sea el tiempo. Si hay algo que puede explicar la incompreensión mutua es la existencia de un desfase en los respectivos niveles de desarrollo. La civilización cristiana precedió a la islámica en unos 300 o 400 años, pero esa ventaja inicial no reportó mayores beneficios². Durante los primeros siglos, prácticamente hasta el año 1000, Europa vivió en un estado permanente de crisis e inseguridad, al borde de la desaparición. Y precisamente en sus primeros siglos, la civilización islámica prosperaba. Los nuevos Estados de Dar-el-Islam, construidos sobre las ruinas de los imperios romano y sasánida, no fueron muy estables; pero lo eran bastante más que sus homólogos cristianos. La civilización y la religión islámica se afirmaron, entre otras razones, porque su territorio estuvo relativamente a salvo de los pueblos nó-

¹ Empleo la palabra «islam» de dos formas. Cuando se hace referencia a la civilización la escribo con mayúscula, del mismo modo que en «Cristiandad» u «Occidente». La religión, el islam, lleva minúscula, como también «cristianismo».

² El calendario musulmán comienza en el año 622, el de la hégira o huida de Mahoma desde La Meca a Medina. El acontecimiento equivalente en la Historia del cristianismo podría ser el Edicto de Milán de 313, cuando el cristianismo fue declarado religión oficial del imperio romano; algo que redondearía el Edicto de Tesalónica de 380 al convertirla, además de oficial, en única.

madras. En Europa la recuperación no empezó hasta que terminó la sucesión de invasiones de bárbaros, sarracenos, vikingos y magiares, hacia el siglo XI; que es justo cuando empezaron los problemas en el Islam con la llegada de los turcos selyúcidas desde Asia Central, quienes solo serían la avanzadilla de invasiones mucho peores.

Así pues, parece que la Cristiandad y el Islam han sufrido una extraña asincronía³. Desde una perspectiva eurocéntrica, podría decirse que hacia el año 900 o 1000 el Islam habría alcanzado la cima de su desarrollo, momento que coincide con el que, desde criterios igualmente eurocéntricos, sería el punto más bajo de la civilización occidental: la desmembración del imperio carolingio y las últimas grandes invasiones. Existe bastante consenso en que ese período brillante de la civilización islámica concluyó hacia mediados del siglo XIII. El punto de inflexión bien podría situarse en la conquista de Bagdad por los mongoles en 1258 (poco después de las de Córdoba y Sevilla por los castellanos), un trágico acontecimiento que también supuso el fin efectivo del califato abasí. En los siguientes siglos el mundo islámico continuó expandiéndose por la incorporación al islam de turcos y otros pueblos de las estepas, los cuales llevaron las fronteras de la religión hasta Hungría y el Decán. Pero los propios musulmanes reconocen que el Islam clásico, el que conformó la cultura y la religión musulmana, y lo situó entre las grandes civilizaciones, murió en el saqueo de Bagdad, si no antes. Y que lo que vino después fue, de un modo u otro, la decadencia⁴.

En los primeros siglos, el principal Estado islámico fue el califato abasí, que bien puede definirse como un imperio en continua desintegración. De hecho, su misma formación ya supuso una pequeña pérdida territorial, la del extremo occidental de la península Ibérica, que tomó un rumbo distinto bajo Abderramán I, el único superviviente de la antigua familia gobernante de los omeya. Pero esto solo sería el comienzo. Poco después, otras provincias se fueron separando de Bagdad, de modo que a comienzos del siglo IX gran parte de Irán era prácticamente independiente, y otras rebeliones estaban desgajando porciones cada vez mayores en el norte de África. En 909 uno de esos poderes semiautónomos, el conformado alrededor de la familia de los fatimíes en Túnez, proclamó un califato independiente, y construyó un fuerte Estado en Egipto y el Magreb, salvo Marruecos donde se había establecido

³ Sobre la evolución política del Islam en sus tres primeros siglos, Cahen, 1972: 7-109; Armstrong, 2000: 43-133. Vernet, 2001. Hourani, 1992.

⁴ Pipes, 1991.

otro emirato, el de los idrisíes. En 929 el emir de Córdoba, Abderramán III, siguió el ejemplo y también se proclamó califa. Incluso en Bagdad el poder efectivo de los califas abasíes menguó, primero por la creciente influencia de sus visires, y luego por la llegada al poder de una dinastía foránea, los buyíes, que redujo el papel del califa al de simple autoridad espiritual.

Mapa 2. Desintegración del imperio abasida. 985.



Fuente: Dr. Michael Izady.

Pero conforme se desintegraba el califato abasí, se afirmaba la integración cultural y económica del Islam. Las dinastías asentadas a uno y otro lado del imperio no pusieron obstáculos al comercio. De hecho, la proliferación de poderes autónomos lo propició al favorecer la formación de nuevas capitales. El Islam de los siglos VIII a XIII fue una de las sociedades más urbanizadas de la época; bien entendido que ninguna realmente lo era. Algunas ciudades, como Bagdad, El Cairo, Cairuán o Córdoba alcanzaron un tamaño considerable. El Islam heredó la cultura urbana de los imperios romano y sasánida, pero también creó su propio espacio urbano; en ocasiones destruyendo el precedente. Durante el califato abasí, su territorio nuclear, Irak, bien pudo haber sido la región del planeta en la que se ubicaba la mayor concentración

de ciudades de tamaño grande y mediano del mundo: Bagdad, Basora, Kufa, Damasco, Alepo, Mosul y otras. Y por eso mismo, la región de origen y destino de un comercio a muy larga distancia⁵.

La existencia de grandes ciudades no es lo único que explica la intensa actividad mercantil en el Islam. Al fin, estas pueden ser contempladas como causa igual que como consecuencia del comercio. Se pueden reconocer otras razones. En primer lugar, la propia conquista, es decir, la formación de un espacio político inicialmente unificado –imperio omeya y primeros dos siglos del abasí– y luego no del todo fragmentado –dinastías regionales idrisí, fatimí, omeya, almorávide, almohade, ayubí, buyí, selyúcida, etc.–, que se extendía desde la India⁶ y el desierto del Gobi hasta Somalia y España. En parte de este enorme espacio se fue imponiendo una nueva koiné, el árabe, en sustitución del griego y el latín, lo que se vio facilitado por el papel desempeñado por la palabra escrita en el islam. El árabe era la lengua en la que Alá habló a Mahoma; y también el idioma de las leyes y el comercio. Por otro lado, contaba con una ventaja sobre otros idiomas: su expansión como lengua escrita coincidió con la de un soporte barato, el papel. Como consecuencia de la batalla de Talas (751), el único enfrentamiento militar relevante entre el califato abasí y el imperio Tang, se hicieron algunos prisioneros chinos que fueron conducidos a Irak, donde enseñaron a sus captores el proceso de fabricación del papel. Al parecer, antes de que acabara el siglo VIII ya existía una fábrica en Bagdad⁷. Otra interesante aportación extranjera fue el sistema de numeración indio, de notación posicional y un dígito «0». Dicho sistema llegaría a Occidente hacia 1200 gracias a Leonardo de Pisa, también conocido como Fibonacci.

Pero seguramente el factor más decisivo en la expansión comercial fue la religión. El islam sobresale por su riguroso carácter normativo. Lo que, en pocas palabras, se le exige al creyente es una fe simple y una observancia rigurosa de un amplio conjunto de normas⁸. La actividad comercial precisa de

⁵ Cahen, 1972: 147-153. Hourani, 29-44 y 76-113.

⁶ En lo que sigue, la palabra «India» no hace referencia al país, sino a la región. Incluiría las actuales naciones de la península del Indostán, Pakistán, Bangladesh, Nepal, Bután y la propia India, así como a Ceilán.

⁷ Cahen, 1972: 155. Samarcanda acogió la primera fábrica del Islam. Hacia el siglo X el papel reemplazó al papiro en Egipto, y alcanzó Europa.

⁸ Por supuesto, el tema es mucho más complejo. El compromiso real es importante, hasta el punto de que, en situaciones extremas, incluso se permite la mentira mientras se conserve la integridad personal. En cualquier caso, en el islam, como en el cristianismo, ha habido

un cuerpo de leyes claras sobre cuestiones que pueden ser complejas, como el impago de las deudas, la propiedad de los bienes o el reparto de beneficios. Con frecuencia esas normas fueron elaboradas por grandes Estados. En particular, los imperios tardoromano y bizantino dieron a luz varias recopilaciones jurídicas, como los códigos gregoriano, teodosiano y justiniano, que incluían, entre muchas otras, normas concernientes al derecho comercial. Sin embargo, ningún código satisface la necesidad de detalle requerida por el comercio, de modo que termina siendo imprescindible su interpretación a través de la costumbre, que siempre es problemática. Los imperios y reinos árabes realmente tampoco resolvieron estas dificultades, pero el desarrollo de un complejo aparato ético-judicial basado en los textos sagrados –Corán y jadicés– se extendió al mundo de los negocios y el comercio. Seguramente fue importante que en el islam, y a diferencia del cristianismo, no existiera una mala opinión sobre el comercio, que era visto como una actividad moralmente tan respetable como cualquier otra. Hubo un desarrollo paralelo de normas jurídicas mercantiles, así como de su correspondiente aparato judicial. En fin, el comercio en el mundo islámico disfrutó de una seguridad jurídica mayor a la que había en otras civilizaciones.

En los primeros tiempos los Estados islámicos mostraron interés en favorecer la actividad comercial; o, cuando menos, en no perjudicarla. Y esto es más de lo que puede decirse de los últimos tiempos de los imperios romano y sasánida, Estados embarcados en guerras externas o disputas internas que poco o nada hicieron por el mantenimiento de las grandes rutas comerciales. Además, al principio los nuevos Estados islámicos no tenían problemas hacendísticos importantes, por lo que tampoco tenían necesidad de cargar con grandes impuestos al comercio. Los conquistadores árabes se hicieron con un considerable botín y, sobre todo, heredaron el sistema fiscal de los imperios previos, que proporcionaba a los gobernantes ingresos más que suficientes en épocas de paz. En todos aquellos imperios, romano, sasánida o árabe, la vía más directa para disfrutar de unas finanzas públicas saneadas era la victoria en la guerra, o en su defecto, la ausencia de la guerra. En muchos aspectos la fiscalidad islámica era una continuación de la preislámica. Quizás la principal peculiaridad fuera la existencia de un impuesto personal (*jizya*) que recaía sobre los llamados «protegidos» (*dhimmin*), es decir, los cristianos, zoroástricos, y otros «hombres de libro» que rechazaron convertirse al islam; y que, en

una evolución desde la fe externa hasta la intimista. En los primeros siglos el comportamiento era mucho más relevante que los motivos que hubiera detrás.

un primer momento, eran la inmensa mayor parte de la población. De todos modos, conforme la islamización avanzó los gobernantes fueron estableciendo cargas personales específicamente musulmanas. Así, la *zakat*, limosna, una de los «cinco pilares» (obligaciones) de todo creyente, pronto se convirtió en un impuesto. En la práctica, los impuestos de capitación, ya fuera para *dhimmin* o para musulmanes, alcanzaron a todos los súbditos. Además, estas figuras fiscales solo suponían una parte del total de los ingresos del Estado, pues existía un prolijo sistema de imposiciones que recaía especialmente sobre los bienes raíces. Así pues, la distinción entre protegidos y creyentes pudo ser poco menos que irrelevante a efectos prácticos, lo que ayuda a explicar por qué en países como Egipto, Siria o Irak, se mantuvieron gruesas comunidades no-islámicas durante mucho tiempo, algunas de las cuales han llegado al presente⁹.

En definitiva, en esos primeros tiempos el islam pudo desarrollar todo su potencial como religión protectora del comercio. Proporcionaba un marco jurídico estable garantizado por unas instituciones que no eran hostiles a los negocios. Lo demás vino casi de inmediato. Se creó un nuevo sistema monetario basado en el dinar de oro y el *dirham* de plata, que demostró una considerable fortaleza, tal y como cabía esperar de las sólidas bases financieras de los Estados que lo sostenían. Pronto aparecieron nuevas formas contractuales, la *mudaraba* y la *musharaka*, equivalentes y, probablemente, precursoras, de las que se crearon en Europa a medida que su economía se fue estabilizando: la *commenda* y la *societas maris*.

Por otro lado, la misma religión se convirtió en un instrumento de penetración comercial en tierras extrañas. Tal y como había sucedido en el imperio romano con los comerciantes sirios, o sucedía en aquellos mismos tiempos en la Europa medieval con los judíos, los árabes recién islamizados se sirvieron de la solidaridad de grupo para extender redes comerciales en países no-islámicos. Cada nuevo visitante en tierras extrañas era una cabeza de puente para los negocios de sus sucesores; no necesariamente para nuevas conversiones. Los árabes exploraron nuevas rutas, como las que, por medio de caravanas, atravesaban el desierto del Sahara desde las ciudades costeras del Mediterráneo hasta las minas de oro de Sudán y Senegal. Otras rutas adquirieron nuevo vigor, como las que enlazaban Basora, en Irak, con Tanzania, India y hasta la lejana China. De hecho, en el siglo VIII en Cantón, China, ya existía una importante comunidad árabe. Claro que a China también se acce-

⁹ Sobre las finanzas islámicas en los primeros siglos, Cahen, 1972: 98-108.

día por la vía terrestre de la Ruta de la Seda, que enlazaba Siria con el norte del país a través de las grandes capitales de las estepas de Asia Central, como Samarcanda o Bujara¹⁰.

Al calor del crecimiento urbano y de la expansión comercial se alcanzaron logros importantes en otros campos de la vida material, como la arquitectura, la agricultura de regadío, etc. Pero lo más sorprendente fue el avance científico. Entre los años 800 y 1200 un numeroso grupo de pensadores desarrolló investigaciones valiosas y originales en diversas ramas del saber. De una de ellas, el álgebra (una palabra de origen árabe), se puede decir que nació en estos años y en esta región del mundo. Así pues, el pensamiento árabe habría sido cofundador de las matemáticas modernas, nacidas de la fusión de la geometría griega con esta álgebra. La lista de eruditos y sabios árabes es muy larga; y no es fácil ordenarla pues, a menudo, cada uno de ellos tocaba diferentes disciplinas. Aunque sea al precio de incurrir en muchas injusticias, se pueden recordar al astrónomo y geógrafo Al-Juarismi (780-850), al filósofo y astrónomo (y muchas más cosas) Al-Kindi (801-873), al médico Al-Razi (865-925), al médico y filósofo Ibn Sina (conocido en Occidente como Avicena, 980-1037), al físico Ibn al-Haytham (conocido como Alhacén, 965-c.1039), al astrónomo y matemático Al-Biruni (973-1048), y al filósofo, médico y astrónomo Ibn Rushd (conocido como Averroes, 1126-1198). El epígono de estos genios, quizás sobrevalorado, fue el filósofo y «padre» de la sociología Ibn Jaldun (1332-1406). Por supuesto, es imposible encontrar características comunes a todos ellos, pero sí hay algunos rasgos que se repiten. Así, casi siempre vivieron, parcial o totalmente, en esa área nuclear del Islam, más o menos coincidente con Mesopotamia. Casi todos conocían el pensamiento filosófico y científico grecorromano del que partieron en muchas de sus investigaciones. Solían ser más o menos cercanos a la escuela *mutazalí*, una corriente de pensamiento filosófico islámico que podríamos definir como «racionalizante»; salvando las distancias, sería equivalente al aristotelismo en la Cristiandad. Muchos de ellos contaron con el beneplácito de los gobernantes; o sufrieron su persecución; o las dos cosas sucesivamente. En cualquier caso, el poder no les fue indiferente¹¹.

Un comienzo tan prometedor auguraba un espléndido desarrollo. Pero aún cuando lo previsible no necesariamente es lo que sucede, lo que finalmente pasó fue imprevisto. En pocas palabras, el «pequeño» Islam del cali-

¹⁰ Franke y Trauzettel, 1984: 184.

¹¹ Hoodbhoy, 1998: 159-234. Cahen, 1972: 262. Ferguson, 2012: 97-99.

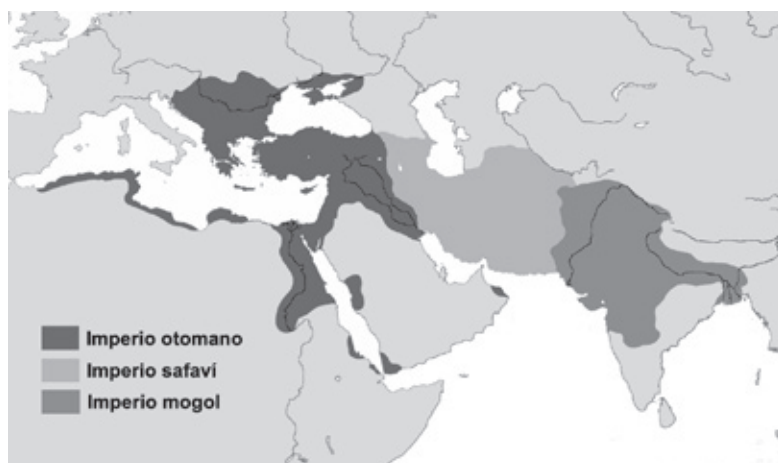
fato abasí fue mucho más brillante que el «gran» Islam imperial de la Edad Moderna¹².

Desde el siglo X varios pueblos turcos fueron asentándose en las zonas fronterizas entre el califato abasí y el imperio bizantino. Pronto construyeron un gran Estado, el imperio turco selyúcida, que se extendía desde la actual Turquía hasta Irán, pero que resultó bastante efímero por sus disensiones internas. De hecho, la vida real de este gran Estado se limita a un siglo, desde mediados del siglo XI a mediados del siglo XII. Algunas tribus turcas, los selyúcidas del Rum (es decir, de la Rumania o tierra de los *romi*, «romanos»; o sea, cristianos) siguieron avanzando sobre el menguante imperio bizantino, en Anatolia. Uno de los principados selyúcidas de aquel territorio fronterizo, el construido alrededor de las ciudades de Nicea y Bursa, dio origen a un nuevo imperio, el otomano (1281-1918). A mediados del siglo XIV estos turcos otomanos desembarcaron en Europa y en 1389 lograron una gran victoria sobre el principado de Serbia en los Campos de los Mirlos, Kosovo, lo que les permitió hacerse con una gran parte de los Balcanes. Solo Constantinopla, la capital de Bizancio, pudo mantenerse gracias a sus legendarias murallas y, sobre todo, a que los otomanos sufrieron una inesperada y terrible derrota en 1402 en Ankara, a manos del caudillo Timur (o Timur Lenk, es decir, Timur el cojo; en España fue conocido como Tamerlán). De todos modos, en 1453 acabaron conquistándola. Más tarde, en 1526 derrotaron al Ejército húngaro en Mohacs, haciéndose con otro pedazo de Europa. Y cuatro años después pusieron sitio a Viena, aunque sin éxito. Aquel ímpetu guerrero no solo se proyectó hacia Europa. En 1517 los otomanos conquistaron Siria, Egipto y Arabia; y en 1536, Bagdad. Además, todos los Estados del Magreb salvo Marruecos se declararon vasallos de la «Sublime Puerta». En resumen, hacia 1540 todos los países que habían formado parte del Islam clásico salvo Persia, Marruecos y Al-Ándalus, formaban parte del nuevo imperio otomano, que también se extendía por Asia Menor y Europa oriental. Este proceso de construcción política debe mucho a algunos sultanes de los siglos XV y XVI como Murad II (1421-1451), Mehmet II (o Mohamed, 1444-1481), Beyazid II (en español «Bayaceto», 1481-1512), Selim I (1512-1520) y, quizás más que ningún otro, Solimán I el Magnífico (1520-66)¹³.

¹² Sobre la evolución política general del Islam en este período, más o menos entre 1250 y 1800, Cahen, 1972: 303-322; von Grunebaum, 1975; Armstrong, 2000; Hourani, 1992: 165-210. Para cada imperio en particular ver las siguientes notas.

¹³ Sobre la evolución política del imperio otomano hasta 1800, von Grunebaum, 1975: 15-82.

Mapa 3. Imperios otomano, safaví y mogol hacia 1650.



Fuente: elaboración propia.

El mismo año en el que el ejército turco vencía a los húngaros en Mohacs, 1526, un caudillo de origen turco-afgano, Babur, derrotaba al último sultán de Delhi y conquistaba su capital. Este sultanato había sido el último y más duradero de los Estados musulmanes que desde el siglo XI se fueron levantando en el noroeste de la India. Ninguno había logrado mantenerse mucho tiempo en aquel complejo sistema político, aunque sí habían logrado extender el islam. Pero el imperio mogol de la India (1526-1803) sería diferente. Esto de «mogol» es un nombre equívoco. Babur parece haber sido descendiente de Timur, que a su vez afirmaba ser descendiente de Gengis. En consecuencia, y según esa improbable genealogía, Babur era heredero de los dos mayores caudillos de la Historia de Oriente Medio desde los tiempos de Alejandro. Y siendo descendiente de mongoles su imperio también debía ser mongol¹⁴. Luego, «mogol» llegó por deformación del original. Ni qué decir tiene que probablemente lo que haya de cierto en esta historia es nada. Pero es interesante notar que, en este caso, como en otros –la Chía, la

¹⁴ También por esta ascendencia, a veces el imperio mogol es denominado «timúrida», de Timur, lo que en cierto modo es más correcto, ya que sí es posible que Babur fuera su descendiente. Pero también es confuso, porque el imperio propiamente timúrida es el de que existió 150 años antes en Irak e Irán. Acaso sería un «segundo» imperio timurida.

monarquía alauí de Marruecos, etc.— la legitimidad de las armas se reforzaba con la de la sangre, aunque la vinculación con el fundador fuera más que dudosa.

Lo cierto es que este Babur de incierta ascendencia ni siquiera fue el verdadero fundador de ese gran imperio, sino su nieto, Akbar, uno de los gobernantes más interesantes de todos los tiempos. Akbar fue el restaurador y organizador de aquel Estado, y el que le dotó de sus rasgos característicos hasta la desafortunada llegada de Aurangzeb. Los dos problemas principales del imperio mogol eran la seguridad y la gobernabilidad. En la India la población musulmana era minoritaria. En el sur pervivían varios Estados hindúes hostiles a los mogoles (aunque también los había musulmanes, igualmente hostiles). La frontera noroeste era permeable e insegura por la presencia de tribus nómadas. Incluso la frontera nororiental con Birmania era insegura. Así pues, construir un Estado fuerte sobre los valles de los ríos Indo y Ganges exigía un sistema recaudatorio eficaz pero no extenuante, que mantuviese un ejército poderoso capaz de hacer frente tanto a las amenazas externas como a las internas. Este debía servir para sostener los argumentos de una diplomacia lo bastante activa como para no perderse en el laberíntico entramado político de la península del Decán, y desanimar la sublevación de las tribus nómadas del norte y de la retahíla de grupos hindúes de todo el Indostán. El mantenimiento de estos delicados equilibrios fue el gran mérito de Akbar y sus inmediatos sucesores. Hasta mediados del siglo XVII las fronteras del imperio mogol fueron ampliándose de forma lenta pero constante. Un imperialismo que, consciente de sus muchas amenazas, se movía con prudencia¹⁵.

Entre el imperio mogol y el imperio otomano se extendió el tercer gran Estado musulmán de la Edad Moderna: el imperio safaví (1501-1722). Como en los casos anteriores, fue levantado por nómadas turcos, y contó con un ejército poderoso y un eficiente sistema tributario. Como ellos, inicialmente se benefició de la perspicacia de algunos grandes gobernantes. Sobre todo, Ismail I (1502-1524) y Abbas I el grande (1588-1629). Como los otros imperios, los primeros decenios fueron prósperos, a pesar de la guerra¹⁶. Su mayor peculiaridad fue religiosa. En el siglo XVI la inmensa mayor parte de los iraníes, como del resto de los musulmanes, eran suníes. En cambio, los turcos safavíes

¹⁵ Sobre la evolución política del imperio mogol hasta 1800, von Grunebaum, 1975: 196-219.

¹⁶ Sobre la evolución política del imperio safaví, von Grunebaum, 1975: 137-151; Roehner, 1986: 209-252 y 262-278.

eran chiíes, pero lograron imponer su versión del islam a sus súbditos a pesar de la oposición de sus vecinos otomanos. Este exitoso proselitismo se explica por la relativa poca distancia del salto religioso; y también por el estado de completa miseria en el que se encontraba el país tras las feroces campañas de los mongoles y de Timur. En más de un sentido, Irán era una tabla rasa sobre la que era posible empezar de cero. A pesar de ello, el proceso de «chiización» no culminaría hasta los últimos tiempos de la dinastía safaví o, incluso, más tarde, con la dinastía de los Zand (1750-1794)¹⁷.

En definitiva, desde comienzos del siglo XVI y hasta el siglo XVIII, la inmensa mayor parte de los musulmanes vivieron dentro de uno de esos tres grandes imperios. Entre los creyentes actuales existe una imagen más bien negativa sobre lo que supusieron para la Historia del Islam. Se reconocen sus logros políticos y militares; con matices, pues acabaron sucumbiendo. Igualmente se alaba que extendieran la religión islámica. Pero, en términos generales, se les considera hijos bastardos de los primeros imperios árabes. Así como durante el califato abasí se produjeron notables avances en varios campos de lo que venimos a considerar «civilización», los ocurridos en el Islam de la Edad Moderna fueron minúsculos: algunas construcciones notables (el Taj Majal en Agra, Topkapi en Estambul...), algunas brillantes realizaciones literarias, la reconstrucción de algunas obras públicas, y poco más. Los logros de los imperios se focalizaron en las grandes capitales de Estambul, Isfahán, Delhi y Agra, que crecieron de forma notable¹⁸. No se ampliaron las antiguas rutas comerciales, que entraron en decadencia (aunque otras las suplieron). Pero lo más llamativo fue la severa detención de los programas de investigación científica de todo orden que había desarrollado el Islam clásico entre los siglos VIII y XIII. Las aportaciones fueron irrelevantes, por no decir inexistentes.

¹⁷ Amoretti, 1986: 629-654.

¹⁸ La capital del imperio mogol se situaba allí donde residía el emperador y su campamento. Si los testimonios son ciertos, ese campamento podría reunir entre 300.000 y 400.000 personas. Normalmente esa gran corte se hallaba en una de las tres capitales de Lahore, Delhi o Agra. Pero Akbar y, sobre todo, Aurangzeb, pasaron largas temporadas de campaña viviendo con su ejército en cualquier sitio. Poco antes, el emperador Sah Jahan había decidido construir una capital fija aldeaña a Delhi, a la que llamó Sahjahanabad; pero no parece que cumpliera plenamente la función para la que se diseñó hasta la muerte de Aurangzeb, cuando el imperio empezó a desintegrarse. Como idea general puede decirse que Agra fue la residencia preferida de los emperadores mogoles hasta la llegada al trono de Aurangzeb; desde entonces, lo sería Delhi.

Los imperios safaví, mogol y otomano lograron mantenerse durante dos, tres y seis siglos, respectivamente, lo que no es un mal registro para su época. Pero esa larga supervivencia se logró al precio de mantener estados de guerra casi permanentes. En ninguna otra de las grandes civilizaciones del planeta entre 1500 y 1800 el esfuerzo bélico, y sus consecuencias, estuvo tan presente en la vida cotidiana de los civiles. Por supuesto, hubo diferencias, y no pequeñas, entre los imperios; y también de unos periodos a otros, de unos emperadores a otros. El expansionismo militar del imperio mogol tuvo consecuencias muy diferentes sobre la estructura social y económica de la India que la estatización de las tribus guerreras en Irán. El mandato de Aurangzeb tuvo pocos parecidos con el de su abuelo Jahangir. Pero incluso en el mejor de los casos, con el más pacífico de los emperadores en el más pacífico de los imperios, hablamos siempre de sociedades militarizadas.

La historia del imperio otomano durante la Edad Moderna podría dividirse en tres períodos: 1º expansión, desde la conquista de Constantinopla hasta el primer sitio de Viena en 1532¹⁹. 2º estabilización, hasta el segundo sitio de Viena en 1683. 3º retroceso, hasta la desaparición del sultanato en 1918. Durante casi todos los años de las dos primeras etapas, el imperio otomano estuvo en guerra con alguno de sus vecinos, o con varios. Con el imperio safaví mantuvo seis largas y costosas guerras (1514-1516, 1526-1555, 1577-1590, 1603-1612, 1616-1618 y 1623-1639). La razón última era religiosa, el enfrentamiento entre suníes y chiíes; aunque las causas políticas terminaban siendo indistinguibles de las religiosas. Los ejércitos safaví y otomano nunca se acercaron a las capitales imperiales, pero los reinos del Cáucaso y la difusa frontera común fueron escenarios habituales de batalla. La misma Bagdad fue ocupada por los safavíes entre 1623 y 1638. En el oeste, el imperio otomano mantuvo largos conflictos con Hungría y varios reinos balcánicos, a los que fue absorbiendo. Desde 1453 y hasta 1800 también estuvo en guerra con Polonia (ocho veces entre 1485 y 1699), Austria (siete guerras entre 1526 y 1791), y Rusia (ocho guerras entre 1568 y 1792). Así como con Venecia (siete guerras entre 1463 y 1718)²⁰, con España (de forma continua, aunque casi

¹⁹ En rigor, el primer sitio de Viena tuvo lugar en octubre de 1529, pero solo duró 19 días. Es posible que no fuera más que una expedición tentativa tras la toma de Buda tres años antes. El verdadero sitio comenzó en 1532.

²⁰ Tucker, 2010: 476-800. Dado que el cese de las hostilidades no siempre terminaba con un tratado de paz, la delimitación de las guerras puede ser inexacta, sobre todo en el siglo XVI. A modo de resumen, desde la conquista de Constantinopla en 1453 y hasta el tratado de Karlowitz de 1699, el imperio otomano estuvo casi permanentemente en guerra en Europa

siempre de poca intensidad), y con otros pequeños Estados por el control de varias islas y ciudades del Mediterráneo. En resumen, el imperio otomano pocas veces conoció la paz. Es significativo que durante esos siglos Francia, Holanda y Gran Bretaña, las potencias coloniales no ibéricas, apenas tuvieran enfrentamientos con el Turco.

La guerra tuvo una presencia aun mayor en el imperio mogol. Podemos distinguir cuatro etapas: 1º la expansión inicial (1526-1605) con Babur, su hijo Humanyu y su nieto Akbar. 2º La «pax mogólica» (1605-1658) con solo dos emperadores, Jahangir y Sah Jahan (en realidad, solo la primera parte de este reinado), en la que la guerra se limitó a la conquista de algunos Estados fronterizos. 3º La explosión bélica de Aurangzeb (1658-1707), sobre la que enseguida volveremos. Y 4º las luchas de los Estados sucesores hasta la desaparición efectiva del imperio hacia 1754, o, si se prefiere, hasta su desaparición oficial en 1803. Los reinados de los grandes emperadores y, sobre todo, de Aurangzeb, fueron muy belicosos. En principio, la guerra tomaba el camino del sur y el este, hacia el Decán y la desembocadura del Ganges. A veces las campañas militares eran conquistas en toda regla; a veces, simples expediciones de castigo. De vez en cuando la guerra se dirigía al reino birmano del noreste y, más a menudo, hacia las tribus pastunes y baluchis del noroeste. Allí, las razias eran constantes y en los dos sentidos. La muerte de Aurangzeb no solo no puso fin a los conflictos, sino que los hizo aún más frecuentes. Primero entre los sucesores del emperador, y luego entre una miríada de Estados diversos (y, al final, el imperio británico). Pero seguramente el mayor daño vino desde fuera de la India, del Noroeste. La desaparición efectiva del imperio mogol propició la invasión de tribus turco-afganas. En 1739, el país fue invadido por el Irán de Nadir Sah. Y en 1760 por el llamado «imperio durrani», una entidad política que abarcaba Afganistán y Pakistán. En resumen, prácticamente no hubo un solo año de paz ni en el imperio mogol ni en sus sucesores.

Aunque el imperio safaví no tenía posibilidades reales de expansión, tampoco se vio libre de conflictos externos. En primer lugar, con el imperio otomano. Esos dos grandes imperios estuvieron en guerra durante no menos de 62 años, es decir, uno de cada tres en los que los safaví gobernaron Irán. Pero, además, aquella dinastía también guerreó con varios reinos y tribus fronterizos, especialmente en el Cáucaso. La mitad oriental del antiguo gran reino

Central y el Mediterráneo. Y desde la batalla de Chaldiran en 1514 y hasta el tratado de Zuhab en 1639, casi permanentemente en Oriente Medio.

de Georgia era independiente pero tributaria de Persia, condición que era regularmente retada por la población nativa, mayoritariamente cristiana. Algunas de esas rebeliones se resolvieron con matanzas y deportaciones masivas. El imperio safaví también mantuvo muchos conflictos con tribus uzbekas, afganas y baluchis por el control de las provincias orientales. Ciudades importantes como Kandahar y Herat fueron tomadas y perdidas varias veces. Además, entre 1507 y 1622 los portugueses ocuparon la pequeña isla de Ormuz, desde la que entorpecían el comercio. En la fase final, los safavíes sufrieron una creciente presión del imperio ruso, que acabaría haciéndose con el Cáucaso, Bakú y su región aledaña. Sin embargo, no fue esta presión la que acabó con el imperio, sino una imprevista invasión de tribus afganas en 1722. Durante los siguientes años Irán se sumió en la anarquía hasta que un caudillo de origen turco, Nadir Sah, levantó un breve imperio (1736-1747) que abarcaba casi todo el antiguo imperio, y aún más territorios. En muchos sentidos, su reinado puede considerarse como una continuación de aquel; de hecho, Nadir había sido un general del penúltimo emperador safaví. Poco después de la muerte de Nadir su imperio se derrumbó, y siguieron varios años de guerras tribales hasta que se fue asentando otra dinastía, los Zand (1750-1794), con capital en la meridional de Shiraz, cuya influencia abarcaba buena parte del imperio safaví, pero no Afganistán ni el noroeste de Irán. En resumen, el imperio safaví vivió en un estado en guerra permanente con los otomanos y otros poderes fronterizos o tributarios. Los imperios sucesores de Nadir Sah y los Zand tampoco vivieron en paz. Los interregnos entre unos y otros fueron épocas de caos.

La incapacidad para mantener la paz en las fronteras sugiere una pobre gestión de los asuntos públicos. Y, en efecto, los imperios islámicos no parecen organizaciones bien gobernadas, aunque las diferencias entre ellos son notables. El imperio otomano constituye, quizás, el ejemplo más acabado de incapacidad política. Desde finales del siglo XVI y hasta su desaparición a comienzos del siglo XX, y al margen de las guerras externas que hemos visto, vivió en un estado casi permanente de conflicto interno. Las causas eran diversas. En unos casos, el poco dinamismo económico, las imposiciones fiscales y la arbitrariedad de los gobernantes regionales –que no eran más que un reflejo de las del propio sultán de Estambul– provocaron recurrentes explosiones de violencia. Las más graves fueron las revueltas *jelali* de los siglos XVI y XVII, ocurridas en la península de Anatolia. Fueron levantamientos de campesinos pobres, motines de hambre o, más bien, motines contra los impuestos y la arbitrariedad de los funcionarios locales. Fuera de las migraciones forzosas de cristianos provocadas por la depredación de las bandas, las revueltas no tuvieron consecuencia alguna en las estructuras políticas existentes, y tampoco

provocaron un cambio en la forma de entender las relaciones entre gobernantes y gobernados. Es decir, fueron absolutamente inútiles²¹.

Igualmente, hubo conflictos con grupos religiosos disidentes, como los alevís de Turquía (una confesión menor del islam, distinta del sunismo, del chiismo duodecimano, y del alauísmo), los drusos del Líbano, o diferentes cofradías sufíes. Y también, en diversos momentos, con varios pueblos cristianos de Europa oriental y el Cáucaso, como los albaneses, los rumanos, los griegos o los georgianos. De hecho, durante la Edad Moderna tanto la Georgia otomana como la iraní vivieron en un casi permanente estado de guerra civil entre diferentes facciones. La última «hazaña» del imperio otomano antes de desaparecer fue el genocidio perpetrado contra los armenios y otras comunidades cristianas, ya en los albores del siglo XX. Los problemas no solo tenían su origen en disputas étnicas o religiosas. También nacían de las ambiciones de gobernadores regionales o, en un sentido lato, de poderes autónomos supuestamente integrados en el sistema otomano, como los mamelucos en Egipto, o los cuerpos jenízaros y las fuerzas locales de Argel y Túnez. En distintas fechas entre los siglos XVII y XIX, esas fuerzas acabaron separando el norte de África del imperio, si no de iure, sí de facto. Y lo mismo sucedió, por ejemplo, en Basora, que se independizó del poder otomano entre 1625 y 1668.

Finalmente, otra fuente de disensión interna en el imperio otomano (así como en los otros imperios) fue la sucesión del emperador. Los principios por los que esta se regía eran, básicamente, los mismos que los de la herencia de cualquier propiedad en el mundo islámico. Es decir, el reconocimiento de derechos a todos los familiares varones. El problema era que, por razones políticas obvias, no era posible dividir el imperio. Por tanto, solo podía haber un heredero, que no tenía por qué ser el primogénito. De hecho, todos los hermanos varones tenían derecho a la herencia; incluso, según épocas, los nacidos de concubinas reales. Al no existir un mecanismo ordenado para designar al heredero las disputas se resolvían con la eliminación física de los pretendientes derrotados, así como de familiares, amigos y deudos. Las refriegas no solían exceder el ámbito palaciego; pero a veces lo hicieron, dando lugar a

²¹ Faroqhi, 1994: 433-438. Inalcik, 1994: 30. Es interesante observar que, como señala Faroqhi (1994: 437) no hay indicios que permitan vincular un aumento de la población y una hipotética mayor competición por los recursos con la emergencia de las revueltas. Uno de los argumentos, que difícilmente podría encontrarse en otro escenario, es que la población cristiana tuvo una participación poco activa en las revueltas. Es lógico puesto que, por esa condición, no tenían posibilidades de acceder a la exención de impuestos.

cortas guerras civiles. Por otro lado, el control de la fuerza militar de palacio, formada por jenízaros, terminó siendo un elemento esencial para acceder al trono y mantener el poder. En los siglos XVII y XVIII este cuerpo adquirió una notable influencia política, hasta el punto de que, en varias ocasiones, depusieron al sultán o a su gran visir.

En conjunto, probablemente el imperio mejor gestionado fue el mogol; bien entendido que la etapa final constituye una sucesión de errores que lo llevaron a su desaparición a comienzos del siglo XVIII. Esta etapa final se corresponde en gran parte con el reinado de Aurangzeb. Su misma llegada al poder provocó una guerra civil que enfrentó a sus partidarios con los de sus dos hermanos y su padre, el emperador Sah Jahan (el cual no falleció hasta mucho después de la entronización de su hijo, lo que constituye un caso raro de sucesión en vida). Hasta la muerte de Aurangzeb en 1707, la guerra presidió todas las decisiones políticas del emperador. De hecho, sus últimos años fueron una campaña militar continua, en la que el emperador, que era un gran estratega militar, participaba directamente. Aurangzeb aspiraba a convertir al imperio mogol en un Estado totalmente islámico que abarcara toda la India. Era una aspiración poco realista para un país en la que los musulmanes eran una clara minoría; en muchos casos, islas urbanas en un mar de campesinos hindúes. Además, no hubo transigencia ni siquiera hacia ellos mismos. Durante su reinado se dictaron numerosas normas dirigidas a lograr un cumplimiento riguroso de la *sharía*, incluyendo prohibiciones sobre el juego, el alcohol y la música²². Todo esto contrasta mucho con la tradición tolerante de los fundadores del imperio, especialmente Akbar.

La política de expansión militar e islamización de Aurangzeb fue un fracaso. Aunque normalmente los ejércitos mogoles vencían, el objetivo último de conquistar y pacificar toda la India se fue tornando inalcanzable. Las rebeliones de hindúes, musulmanes y sijs complicaban las campañas militares, que cada vez eran más penosas. De hecho, el reinado de Aurangzeb conoció la revitalización de la resistencia hindú que, no por casualidad, había nacido durante el reinado de su padre, Sah Jahan, con quien ya había comenzado la política de intransigencia religiosa. El protagonista indudable de dicha resistencia fue Shivaji Bhonsal, el fundador del imperio maratha. A la muerte de Aurangzeb el imperio mogol había alcanzado su mayor extensión territorial, pero era más frágil que nunca. Esto explica porque se hundió enseguida, tras

²² Richards, 1993: 151-185.

cuatro guerras sucesorias²³. Entonces emergió otro Estado, el imperio (luego confederación) maratha, que aspiraba a llenar el vacío de poder. Pero este Estado hindú, némesis del mogol, padecía los mismos problemas que aquel. Era una maquinaria bélica sofisticada pero extenuante, con fracturas internas no resueltas, y sumergida en un entorno hostil en el que la guerra no tenía fin. Parece improbable que hubiese podido sustituir al imperio mogol como poder dominante en la India; o de hacerlo, que hubiera podido traer la paz. En cualquier caso, su imprevista derrota ante los afganos del imperio durrani en la batalla de Panipat de 1761 puso fin a su carrera. Fue sucedido por una alianza de Estados hindúes independientes conocida como «Confederación maratha», que en los años siguientes hizo la guerra con y contra los ingleses, con distinta fortuna (incluida alguna notable victoria). El fin de la última gran confrontación, la llamada «tercera guerra anglo-maratha» (1817-1818), señala el comienzo de la *Pax britannica* en la India.

Tampoco el imperio safaví supo resolver adecuadamente los conflictos internos. Al igual que en el imperio mogol, el fallecimiento del emperador y la búsqueda de un sucesor era un momento crítico que, en ocasiones, se resolvía con la guerra civil. Con cada contendiente se aliaban las diferentes tribus que habían levantado el imperio, pero también otros grupos de presión, como las tropas mercenarias de origen georgiano. Ese pueblo, pero también otros, a veces integrados dentro del imperio, a veces tributarios, mantuvieron enconados enfrentamientos con el poder imperial. Al fin, el levantamiento de uno de ellos acabó con el imperio.

Las consecuencias económicas de estas guerras interminables fueron diversas. Algunos de los conflictos tuvieron un efecto positivo al promover cambios en la Administración, como sucedió con las sucesivas derrotas del imperio otomano desde 1683. Otras veces, las guerras, aunque dañinas tenían consecuencias reducidas. La librada entre safavíes y otomanos no solía interferir el comercio de la Ruta de la Seda porque entre los dos imperios existía un acuerdo tácito para no entorpecerlo. Sin embargo, en ocasiones los conflictos eran muy destructivos porque se planteaban como «guerra eco-

²³ Se han planteado varias explicaciones sobre las causas del declive y fin del Imperio mogol. De forma resumida, la sobreimposición fiscal a los campesinos (Habid, 1963: 315-351), la imposibilidad de mantener indefinidamente la imbatibilidad y la naturaleza militar de las relaciones de lealtad entre el emperador y los nobles (Pearson, 1976), o la «aristocratización» de la alta burocracia imperial (Leonard, 1979). Para una visión general, Bhargava, 1976. De un modo u otro, todas inciden en los costes de la militarización y extensión del Imperio mogol hacia el sur.

nómica»; verdaderas políticas de «tierra quemada». Así, a finales del siglo XVI el imperio otomano intentó bloquear el comercio exterior safaví, con grave perjuicio propio, aunque comparativamente menor que el causado al enemigo. Uno de los episodios de aquella guerra fue la deportación a Turquía de todos los habitantes de Tabriz, la segunda ciudad de Irán. De este modo, el sultán otomano Murad III quería privar a los safavíes de las habilidades de sus artesanos, y aprovecharlas en su propio beneficio. Precisamente vimos un episodio semejante con Abbas I y la ciudad armenia de Julfa. En los dos casos, subyace una común concepción «mercantilista» de la economía.

En fin, otras veces, afortunadamente pocas, la guerra tenía consecuencias catastróficas porque se planteaba como una campaña de aniquilación total del enemigo. Cuando esto sucedía, las deportaciones masivas, las conversiones forzadas y las matanzas indiscriminadas eran herramientas al servicio del poder para el logro de unos objetivos políticos o religiosos. Esto sucedió con las rebeliones de los albaneses contra el imperio otomano en el siglo XV, o las de los georgianos del reino kakheti (Georgia) contra los safavíes en el siglo XVII. En el primero de los dos casos la principal consecuencia fue la islamización del país. En el segundo, la sustitución de los habitantes de una gran parte del territorio por kurdos y otros pueblos fronterizos de fe musulmana. Y siendo terrible todo esto, aún era poco en comparación a lo que sucedió en la India. Las campañas de conquista del Decán por Aurangzeb dejaron un rastro pavoroso. Es justo observar que los mogoles no eran los únicos responsables de esos crímenes. Los numerosos levantamientos contra el emperador adquirieron un cariz cada vez más sectario; al fin, los *marathas* no eran menos brutales que los mogoles. El cúmulo de conflictos que acompañó al derrumbe del imperio causó la muerte de varios cientos de miles de personas, y la extensión de hambrunas tremendas.

Así pues, los tres grandes imperios islámicos de la Edad Moderna no fueron estructuras políticas estables. Su mayor y casi único logro fue la supervivencia. Pero pocos méritos más se puede reconocer a unos Estados cuyo único objetivo real era esa supervivencia²⁴. Los datos disponibles sobre la evolución de la población, que son imperfectos y dispares, también son elocuentes. Tras la debacle de las invasiones mongolo-turcas, y las guerras de

²⁴ El hecho de que las fronteras de los tres imperios experimentasen cambios no pequeños entre 1500 y 1800 (y, dos de ellos, desaparecieran o se vieran reducidos a la mínima expresión) dificulta las comparaciones. Sobre la población del imperio otomano, Inalcik, 1994: 25-43, Faroqhi, 1994: 438-447, McGowan, 1994: 646-655.

conquista, hacia 1530 el imperio otomano podría albergar unos 25 millones de personas. Tres siglos más tarde, hacia 1800 prácticamente vivían el mismo número de personas. Este resultado es poco menos que increíble teniendo en cuenta que todas las naciones e imperios vecinos, desde Marruecos hasta Rusia e Irán, experimentaron algún crecimiento. Resultan reveladores los cambios internos en la distribución de la población. En resumen, la parte europea del imperio creció en detrimento de Anatolia, el norte de África y Próximo Oriente. Una de las pocas provincias asiáticas que prosperó fue el Líbano, en gran parte cristiano-maronita. Es inevitable asociar esa evolución diferenciada con la religión, aunque seguramente hubo otros factores.

A comienzos del siglo XVI el imperio safaví tendría una población de cinco o seis millones de personas. Tres siglos más tarde, el Irán de los Zand y los otros Estados sucesores podrían reunir a unos 10 millones. Es un crecimiento importante, aunque tampoco espectacular en comparación a otras regiones del planeta. Pero es importante observar que esta región partía de niveles muy bajos. Las invasiones mongolas y turcas de los siglos XIII a XV no solo habían ocasionado la habitual destrucción de ciudades. También la expansión de la ganadería en detrimento de la agricultura y, por tanto, un fuerte descenso de la población campesina; lo que es decir de la inmensa mayor parte de la población. De ahí que necesariamente una parte del crecimiento demográfico en el imperio safaví deba atribuirse a la paz y el lento retorno a un estado normal de la economía, en el que la agricultura recuperaba parte de su anterior espacio.

Hacia 1500, y según las groseras estimaciones disponibles, en el subcontinente vivían alrededor de 110 millones de personas. Hacia 1800 eran unos 200 millones. Todo hace pensar que el crecimiento demográfico fue muy intenso en el siglo XVI, más lento en el XVII, y aún más lento en el XVIII, si es que no hubo un retroceso. En conjunto, en el transcurso de tres siglos India duplicó su población, lo que supone un crecimiento demográfico importante, aunque no espectacular. Pero es un crecimiento que tiene una lectura más positiva que el del imperio safaví pues no partía de niveles bajos. De hecho, en todo momento el Indostán bien pudo ser la región más poblada del planeta, como lo es hoy. No obstante, esa misma pauta es reveladora. Partiendo de bases económicas sólidas, los primeros siglos del imperio mogol fueron prósperos. Pero el hecho de que el endurecimiento de los conflictos fuera coetáneo del fin de la expansión demográfica revela que estos tuvieron consecuencias graves.

En resumen, hasta 1800 el imperio otomano permaneció estancado, si no decreció. El imperio safaví tuvo un crecimiento razonable, aunque muy matizable desde la perspectiva que ofrece el punto de partida. Y el imperio mogol experimentó una muy notable expansión, aunque frenada en su etapa final por los conflictos armados. No es un balance muy positivo, sobre todo cuando se compara con el resto del mundo. Pero, sin duda, exige una lectura diferenciada en cada ámbito.

RECURSOS NATURALES

En la novela *1984*, la terrible distopía de George Orwell, el espacio comprendido por el Islam y la India constituía el campo de batalla de los tres grandes Estados totalitarios en la convenida y perpetua guerra universal destinada a subyugar las mentes y los cuerpos de los hombres. El bando que dominara ese territorio tendría una imbatible superioridad económica. Con todo lo irreal que fuera lo que no deja de ser una novela de ciencia-ficción, a Orwell no le faltaba un punto de razón al suponer que ese gran territorio era la región más rica del planeta, y que su control daría a su dueño una ventaja crucial en esa hipotética guerra. Las mayores reservas de petróleo, los valles más productivos, las mejores comunicaciones navales... todo hace del Islam y la India un espacio de enormes posibilidades, y explica porque allí vive más de la tercera parte de la población mundial.

En el Islam y la India se encuentran cuatro de los ocho grandes sistemas fluviales del planeta que admiten sistemas de regadío por gravedad sin demasiadas complicaciones: los valles del Nilo, Éufrates-Tigris, Indo y Ganges (los otros cuatro son los de los ríos Huang He, Yangtsé, Perla y Mekong). Y aun podría añadirse alguno más, como el Amu Daria o el curso medio-alto del río Níger. No es una casualidad que en este gran espacio surgieran las primeras civilizaciones. Como vimos, en esos valles los problemas de agotamiento del suelo no son relevantes. La fertilidad se repone de forma natural por la propia crecida de los ríos. Los arrozales, que son los cultivos típicos en estos espacios, tienen una extraordinaria capacidad para mantener rendimientos marginales positivos con cantidades crecientes de factor trabajo.

El territorio del Islam clásico es una de las regiones del planeta con más kilómetros de costa. Y lo mismo se puede decir de la India y, más allá, de Indochina e Indonesia. Igualmente, la existencia de los grandes ríos desempeñaba un papel importante para el transporte de mercancías en el interior, si bien el

acceso al mar solía ser complicado por la existencia de deltas. Solo el estuario de Chat-el-Arab permite un paso fácil entre uno de esos cuatro grandes sistemas fluviales y el mar.

El Islam y la India cuenta con una extraordinaria variedad de paisajes y aprovechamientos agrarios. Además de los grandes valles, existe una ganadería extensiva en estepas, horticultura en las llanuras litorales, y muchos tipos de agricultura de secano. La diversidad de sistemas agrícolas y pecuarios permite una producción variada y, por tanto, es un incentivo para el desarrollo de relaciones comerciales, que son facilitadas por ríos y mares. Las vías de acceso entre los valles y las estepas son, obviamente, más difíciles, pero la orografía tampoco parece haber sido un obstáculo insalvable en tanto en cuanto hubiese producciones complementarias y, por tanto, incentivos al comercio. La escasez o ausencia de madera y pieles en los valles del Tigris y Éufrates hizo viable un comercio con Irán que pasaba por los montes Zagros. Más importante aún suele ser el intercambio de productos pecuarios. La inexistencia de pastos permanentes ha impedido el desarrollo de una ganadería bovina en muchos de estos espacios. El comercio vino a paliar este problema.

Hacia 1500 una gran parte del Islam se encontraba menos poblado de lo que podría como consecuencia de las invasiones de pueblos nómadas. El siglo XVI y los siguientes vieron el asentamiento de grandes imperios que contuvieron esas mareas. Dada la extraordinaria dotación de recursos, sería de esperar que su evolución demográfica fuera expansiva. No sucedió así. No hubo un crecimiento demográfico importante, al menos en el imperio otomano. Los niveles de vida de la población turca, árabe o iraní no parece que experimentarían ninguna mejora. Por supuesto, siempre es difícil comparar niveles de vida entre sociedades no industriales, pero hay ciertos elementos que permiten deducir lo anterior. En primer lugar, en gran parte del Islam se reconoce un conflicto interminable entre agricultores y pastores por el uso de la tierra. A largo plazo, esa guerra siempre será ganada por los primeros; pero el mero hecho de que exista, incluso que en ocasiones los pastores parezcan ganar, es un indicador del atraso. Otro elemento es el carácter endémico del bandidaje. Este revela la debilidad del Estado para hacer valer su autoridad, de su carácter arbitrario, o las dos cosas. En todo caso, Estados débiles o ineficaces no son propios de sociedades ricas. Otro elemento en el mismo sentido es la pervivencia de movimientos religiosos apocalípticos. Quien aspira a construir una utopía (o distopía) destruyendo la realidad en la que vive no puede tener mucho aprecio por esa realidad; ni, por supuesto, por sí mismo. Todo lo cual sucede en sociedades muy pobres. Por último, algunas partes del Islam y la

India se veían regularmente golpeadas por grandes hambrunas, lo que, desde luego, es un indicio concluyente de pobreza.

En resumen, estamos ante un espacio rico en recursos naturales y, sin embargo, pobre con relación a otras civilizaciones. De hecho, el Islam es la primera que se descuelga del proceso de divergencia mundial que culmina a mediados del siglo XX. En sí mismo, nada de esto es impensable. La riqueza no depende de un imaginario equilibrio entre recursos y población, sino del talento y la laboriosidad de los seres humanos. Con todo, no deja de ser llamativo que tantos recursos no hayan sido mejor empleados.

Y no solo es un problema de recursos. Lo es, incluso más, de diversidad. El Islam es un espacio económicamente diverso, bien conectado y con muchos «baluartes» que permiten la supervivencia de sociedades únicas. Líbano es un buen ejemplo: espacios agrícolas variados, buenos puertos y comunicaciones marítimas, y montañas inaccesibles para dar cobijo a drusos, cruzados y maronitas. Y lo mismo se podría decir de muchos países del Oriente Medio. En un espacio como este hubiera podido desarrollarse un proceso de crecimiento semejante al descrito por E. L. Jones para explicar el «milagro europeo». La diversidad política, económica y cultural del Oriente Medio podría haber facilitado la aparición de soluciones variadas para resolver los complejos problemas a los que se enfrenta cualquier sociedad. Mediante un proceso de «supervivencia del más apto» algunas de esas soluciones habrían decaído en favor de otras, y se habrían desarrollado instituciones óptimas cuyo éxito habría conducido a su traslación a otros países, propiciando la prosperidad general. Esta tesis, que realmente no tiene una categoría científica, sin embargo, resulta verosímil. Pero falla en el Islam.

La falta de dinamismo del Islam se pone dramáticamente de manifiesto en el sector agrícola. En los diez siglos que separan los califas electivos de los imperios otomano y safaví, los cambios introducidos en las técnicas agrícolas fueron muy pocos. En los primeros tiempos los árabes descubrieron o mejoraron técnicas de irrigación y de cultivo intensivo que permitieron el desarrollo de una próspera horticultura en el Mediterráneo e Irán. No obstante, nada hace pensar que estemos ante mejoras radicales. El desarrollo de una economía agrícola esclavista en la Mesopotamia abasí puede tener diferentes interpretaciones. En cualquier caso, tras su terrible final con la rebelión de los *zanj* (869-883) no parece que nada sustancial cambiara en la región. Posteriormente, los mayores cambios en el sector agrícola, y casi siempre negativos, vinieron de factores políticos, muy especialmente de la llegada de pueblos nó-

madras y el consecuente retraimiento de las áreas de cultivo²⁵. Obviamente, los territorios aledaños al desierto o la estepa fueron los más afectados; de modo particular, Irán. Hacia 1700 las consecuencias de estos procesos regresivos superaban de largo las derivadas de la expansión agrícola. Algunos espacios marginales abandonaron la agricultura de modo permanente. Otros, como las planicies atlánticas de Marruecos, estaban mucho menos poblados de lo que debieran estarlo²⁶.

Las mayores oportunidades para la innovación agrícola en el Islam se situaban en tres ámbitos: 1º una extensión mayor de los sistemas de irrigación, 2º la introducción de nuevos cultivos, y 3º una mayor comercialización de productos. De estos tres procesos existen interesantes ejemplos para distintas épocas, como el sistema de canales en Irán, la introducción del cultivo de maíz, algodón y frutos secos en diversas zonas del imperio otomano, y el desarrollo de tráficos comerciales de trigo entre el sur y el norte del mediterráneo. Sin embargo, siempre estuvieron circunscritos a unas pocas regiones. No hubo cambios sustanciales en la inmensa mayor parte del territorio, donde se siguieron empleando las mismas técnicas milenarias. En la medida que esos cambios dependían del Estado, por ejemplo, como constructor de obras públicas de irrigación, las realizaciones fueron mínimas. Los imperios hicieron poco o nada para promover las mejoras agrícolas o asegurar un mercado para las nuevas o viejas producciones. En realidad, allí donde la participación del Estado era menos necesaria, fue donde, a veces, se hicieron mayores progresos.

En el Noroeste y en algunas regiones interiores de la India el cereal dominante era el trigo, y el tipo de agricultura no era muy diferente de la de los países islámicos: regadío (donde era posible) en el valle medio y alto del Indo, seco en el resto. Pero en el sur, en Bengala, en el valle del Ganges y en la desembocadura del Indo dominaba el arroz. En fin, había provincias en las que se cultivaban los dos cereales con proporciones variables. Las regiones más pobladas eran, con diferencia, arroceras: el curso medio y bajo del Ganges (Bengala) y el extremo meridional del subcontinente. En cambio, el actual Pakistán y las provincias indias aledañas tenían una baja densidad de población, con la única y discreta excepción del Punjab. Esta imagen no

²⁵ De hecho, los primeros ejemplos de retraimiento agrícola sucedieron con la misma llegada de los árabes, la cual ocasionó la desaparición de la agricultura y la cultura nabatea. Avni, 2014.

²⁶ Elharti, 2017. Fragner, 1986: 491-499.

se corresponde con la actual. En todo caso, uno de los aspectos menos señalados de la agricultura india es que quizás fuera más dependiente del arroz que China, un dato que parece no haber despertado mayor interés entre los historiadores.

Otra interesante e ignorada comparación con China es que durante la Edad Moderna la India albergaba una población mayor en un territorio menor (obviamente, «India» incluiría a los actuales Pakistán y Bangladesh, y «China» no incluiría a Tíbet, Mongolia y Sinkiang). Pese a ello, era un país relativamente poco poblado para sus posibilidades; o, al menos, con numerosos espacios silvestres. De hecho, las roturaciones han seguido realizándose hasta tiempos muy recientes, arrancando nuevas tierras de cultivo a la jungla. No deja de ser anecdótico, pero también revelador, que hasta el siglo XX las muertes por ataques de tigres hayan sido numerosas. Las fieras solo son peligrosas para los campesinos que viven cerca de espacios silvestres que, lentamente, van transformando, tal y como sucedía en muchas regiones de la India hasta hace bien poco. Otro indicio más revelador es la pervivencia de numerosos indígenas de lengua dravídica, australoide o tibetano-birmana, conocidos conjuntamente como *adivasi*. Actualmente la India es el país con el mayor número de pueblos indígenas del mundo, entre 200 y 600, según el criterio de clasificación, que suman más de 70 millones de personas. Estos pueblos se reparten irregularmente por todo el país, salvo el valle alto-medio del Ganges que, no por casualidad, ha sido una de las regiones más densamente pobladas, y que ha recibido invasiones de pueblos indo-iranios más tempranas. La pervivencia de los *adivasi* se explica por la incompleta ocupación del espacio por estos invasores, quienes desde hace milenios vienen desplazando a los antiguos habitantes de la India hacia regiones marginales. Allí los *adivasi* mantuvieron sistemas de explotación agrícola menos intensivos que los existentes en las regiones nucleares de la India²⁷.

Hacia 1500 la India aparecía como un espacio privilegiado para la agricultura. Temperaturas elevadas, pluviosidad abundante, y bastante tierra cultivable por habitante. Sería de esperar que condiciones tan favorables permitieran un elevado crecimiento demográfico y una mejora de las condiciones de vida mediante la lenta conquista de territorio silvestre o débilmente ocupado por los pueblos indígenas. En efecto, durante el siglo XVI y parte del XVII la población aumentó con fuerza. Igualmente, hubo un crecimiento del número y tamaño de las ciudades, lo que revela la creciente complejidad de

²⁷ Bhengra, Bijoy and Luithui, 1999.

la economía. Pero no hay motivos para pensar que los niveles de vida del campesinado de la India crecieran de igual modo. De hecho, los argumentos concernientes a la tardía aparición de la «gran divergencia india», mucho más débiles que los relativos a China, descansan en el comercio y la industria, especialmente la textil, pero no en su sistema agrícola²⁸. Aunque las deficiencias de la información dificultan las comparaciones, abundan los testimonios sobre la precariedad y las pobres condiciones de vida del campesinado. Por ejemplo, los primeros viajeros occidentales llamaron la atención sobre la pobreza del campesinado y lo endeble que eran las viviendas, tanto en el campo como en la ciudad. Así como sobre las enormes diferencias de renta entre los poderosos y los campesinos, y dentro de estos, entre los ricos y pobres. Capítulo aparte merece la condición de los *dalit* –los parías–, la última de las castas indias, o, por mejor decir, los excluidos del sistema tradicional de castas, cuyas condiciones de vida eran aún peores.

Pese a la pobreza en la que, al parecer, seguía viviendo una gran parte de la población campesina, el sistema agrícola en la India ofrece una imagen bastante más positiva que en el Islam. Hay muchos testimonios de que los campesinos indios tenían buenas prácticas agrícolas: seleccionaban semillas, realizaban rotaciones simples de cultivos, empleaban diversos abonos, excavaban pozos, y construían canales y artefactos (la noria persa) para la irrigación. Todo hace pensar que la agricultura india alcanzó una elevada producción por unidad de superficie en fecha temprana, de modo que le resultaba difícil aumentarla sin técnicas agrícolas mucho más avanzadas y, por tanto, inalcanzables. Así pues, se siguieron otras vías de modernización agrícola. En primer lugar, la extensión del cultivo a nuevas tierras, como vimos. Por otro lado, el mercado; en diferentes épocas y lugares se fueron incorporando y abandonando distintos cultivos, como cocoteros, maíz, caña de azúcar, tabaco, algodón, sándalo, pimienta, índigo, adormidera o cáñamo²⁹. Así como moreras, cuya hoja era el alimento de otra producción agraria, en este caso, animal: los gusanos de seda. A mediados del siglo XVII Bengala bien pudo haber sido la principal región sedera del mundo. Esta extraordinaria variedad de productos comercializables permitió la penetración de la economía monetaria y el intercambio regional. Y en último término, la supervivencia de un gran número de campesinos.

²⁸ Parthasarathi, 2011.

²⁹ Jones, 1990: 208.

Como vimos, el auge demográfico de la India dio crecientes señales de debilidad en la segunda mitad del siglo XVII hasta detenerse a lo largo del siglo XVIII. La causa más probable fue el cúmulo de guerras que sufrió el país desde la llegada al trono de Aurangzeb, y que no concluyó hasta, por lo menos, 1818. En cuanto al Islam, la crisis parece haber sido anterior y la recuperación más temprana, en sintonía con lo que sucedía en el resto de Europa. Como fuere, nada hace pensar que estemos ante imaginarias «trampas maltusianas». En general, las densidades de población eran bajísimas en comparación a las europeas, salvo en los grandes valles fluviales donde operaban sistemas agrícolas que basaban la reposición de la fertilidad en la crecida de las aguas.

Pero hay un argumento adicional para ignorar cualquier explicación maltusiana durante la Edad Moderna: lo sucedido a continuación. Durante el siglo XIX la India fue administrada por la Gran Bretaña sin más alteraciones importantes que la rebelión de los cipayos. Unos pocos países, Argelia y los del Cáucaso, también fueron ocupados por otras potencias europeas. En cambio, la mayor parte del Islam permaneció independiente (o solo fue colonizado muy al final), si bien recibió una creciente influencia europea. Pues bien, casi todo ese gran territorio experimentó un crecimiento demográfico, que puede calificarse como fuerte o muy fuerte según las regiones, así como una discreta mejora de sus condiciones de vida. Las excepciones corresponden a esos territorios del Cáucaso y Norte de África, donde las guerras de conquista o las inducidas por las potencias coloniales tuvieron efectos catastróficos sobre la población. No obstante, incluso en ellos, y una vez que se puso fin a la apropiación de tierras y la expulsión o asesinato de sus moradores, la población nativa volvió a crecer.

Obviamente, ese crecimiento demográfico se sostenía sobre un fuerte aumento de la producción agrícola. Ni el Islam, ni la India se convirtieron en importadores de alimentos; al contrario, Turquía, Levante y el Magreb exportaban algunas producciones a Europa. Lo más revelador es que ese aumento de la producción destinada al consumo interno (y externo) no se consiguió mediante la introducción de unas técnicas agrícolas que no existían. Los avances realizados durante el siglo XIX, y que arrancaban de la reducción de los barbechos de los siglos anteriores, se centraron en el espacio agrícola del Noroeste de Europa, donde existían unas condiciones de clima y suelo muy poco frecuentes en el resto del planeta. De hecho, poco menos que inexistentes en todo el territorio comprendido entre Marruecos e Indonesia. El secreto del progreso del Islam y la India durante el siglo XIX hay que buscarlo en los cambios institucionales inducidos por la europeización, en

unos casos a través de los gobiernos coloniales, en otros a través de gobiernos autónomos influidos por Occidente. Esos cambios, que no ha lugar detallar aquí, incidían sobre una mayor seguridad jurídica, una presión fiscal más moderada y, sobre todo, la apertura de nuevos mercados de bienes y factores. El fortalecimiento de las economías rurales ayudó a sostener un potente desarrollo urbano e industrial; el cual sí fue promovido, al menos en parte, por la tecnología occidental. Esas ciudades también eran un motor de cambios en el campo. En resumen, se generaron círculos virtuosos entre el agro y la ciudad. El resultado final de todo esto se vería a mediados del siglo XX con la independencia de la India y los países del Próximo y Medio Oriente que fueron colonizados.

Así pues, y como es habitual, Malthus no explica nada. Existían recursos más que suficientes para lograr un crecimiento económico sostenible a largo plazo o, por emplear la terminología de Jones, un crecimiento recurrente. Veamos otras explicaciones al atraso económico.

EL COMERCIO Y LAS CIUDADES

Se ha argumentado que una de las causas del atraso de la India y el Islam durante la Edad Moderna fue la expansión colonial. Se sostiene que los europeos adoptaron políticas que redundaron en la postergación de la industria y los mercados asiáticos a los intereses de las metrópolis. Dado que la presencia europea fue muy reducida antes de mediados del siglo XVIII, y que la mecanización de la industria textil británica no comenzó hasta finales de ese mismo siglo, esta explicación normalmente se circunscribe al Gobierno colonial británico en el siglo XIX³⁰. No obstante, siempre se puede considerar que todo lo

³⁰ Por ejemplo, Parthasarathi, 2011. Parece una hipótesis más que dudosa porque ni la Revolución industrial fue un programa estatal, ni el gobierno británico fue especialmente intervencionista, ni sus actuaciones fueron contrarias al desarrollo económico. Con respecto a esto último, Gran Bretaña introdujo definitivamente a la India en la economía mundial, removió (menos de lo que podría haberlo hecho) obstáculos culturales al desarrollo, proporcionó un marco legal e institucional estable, y realizó inversiones importantes, como el ferrocarril. Y todo ello lo hizo mediante un sistema colonial que, en comparación a los existentes en otras potencias coloniales, como Portugal, Francia y Bélgica, fue muy poco intrusivo. Mahatma Gandhi es la mejor prueba de ello. De no haber nacido en la India, un tipo como aquél, un cúmulo de bondades y rarezas, preconizador de la «resistencia pacífica», habría acabado en una sórdida prisión antes de pronunciar su primer discurso.

sucedido entonces no fue más que el desenlace de la intervención europea de los siglos XVI al XVIII. Además, algunos historiadores han afirmado que desde el principio la llegada de los europeos al Índico fue dañina para el desarrollo económico de la región³¹.

La expansión colonial en el Índico ocasionó un doble proceso de creación y desviación de comercio, cuya causa última fue la superioridad de la marina mercante europea. Desde mucho antes del siglo XVI, Asia mantenía con Europa un notable tráfico comercial. Sucintamente, se podría describir como un movimiento de mercancías de este a oeste, y de metales preciosos de oeste a este. Asia tenía mucho que ofrecer a Europa: sedas, alfombras, porcelanas, especias, joyas... Y Europa apenas podía corresponder con la venta de armas y curiosidades mecánicas como los relojes. Así pues, el comercio se saldaba de la única forma posible, con oro y plata.

Antes de la llegada de los europeos, el movimiento de mercancías (y de metales) se realizaba por dos conjuntos de rutas. El primero era la que unía la India con la Europa mediterránea a través de los puertos del golfo Pérsico y, cada vez con más frecuencia, el mar Rojo. Parte de las mercancías que salían de la India habían sido fabricadas o cultivadas allí, como los tejidos o la pimienta negra. Pero parte llegaba desde China (textiles, porcelana, jengibre) e Indonesia (especias). Asimismo, otra parte no pequeña de este tráfico estaba formado por mercancías cargadas por el camino, como las alfombras persas o el incienso de Arabia. Irán y el imperio otomano tenían mucho menos que ofrecer a India e Indonesia de lo que recibían. De ahí que su saldo comercial también fuera deficitario, aunque menos que con Europa por la mayor intensidad de los flujos de vuelta. Además, podían compensar parte de su déficit en el este con el superávit del oeste.

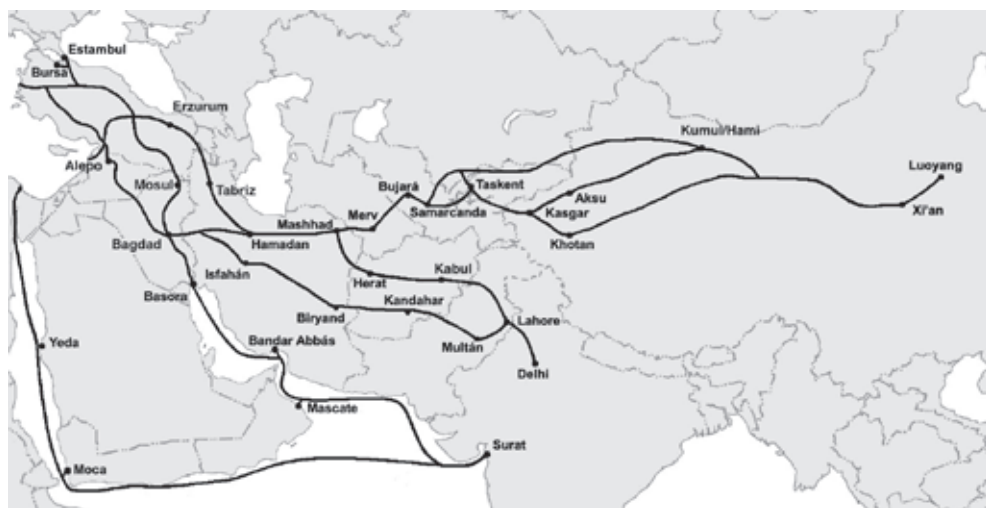
El segundo conjunto de rutas era el que unía China, pero también India, con Europa a través de varias ciudades del Asia oriental, la llamada Ruta de la Seda. En realidad, eran dos caminos principales. Uno partía del extremo oriental de la Gran Muralla y terminaba en Bursa/Estambul o algún puerto del Mediterráneo oriental. Otro enlazaba Cambay/Surat con Afganistán y el camino anterior. El viaje se realizaba en largas caravanas de dromedarios ha-

La construcción de una mitología de opresión y resistencia frente al imperialismo ha sido muy exitosa en el mundo anglosajón, tanto en la exmetrópoli como en las excolonias; pero resiste muy mal las comparaciones con otros colonialismos, mucho más brutales que el británico.

³¹ Frank, 1998.

ciendo paradas en Samarcanda, Bujara, Merv, Lahore, Kabul, Kandahar, Herat, Mashad, Teherán, Nishapur, Hamadan, Bagdad, Damasco, Alepo, Busra, y otras ciudades. Algunas de ellas, las más grandes, tenían entidad suficiente como para sobrevivir por sí mismas. Otras solo eran etapas en el viaje, y murieron cuando lo hizo el comercio.

Mapa 4. Rutas no-europeas de comercio entre Oriente y Occidente. Siglo XVII.



Fuente: elaboración propia.

Fuera de estas dos grandes rutas comerciales, en el Índico había otras de menor recorrido. Se sabe mucho menos de ellas. Podemos identificar tres circuitos. 1º tráfico de esclavos y comercio de tejidos entre el este de África y el imperio otomano. 2º comercio de especias, tejidos, alfombras, y transporte de peregrinos entre el oeste de la India y el Golfo Pérsico (que era parte de la ruta oceánica entre Europa y Asia). 3º comercio diverso entre la costa este de la India, Birmania y Malasia³². China e India, sin desconocerse, vivían de espaldas la una con respecto a la otra. Debido a los monzones (y a los piratas) la navegación en el estrecho de Sumatra era complicada, y las relaciones comerciales reducidas. El océano Índico era un ámbito económico separado del mar de China y el Pacífico. Por tierra, la cordillera del Himalaya y las selvas de Birmania imposibilitaban el transporte terrestre. De hecho, el mismo Tíbet

³² Marshall, 1987b.

era un mundo separado de los otros dos. Hasta bien entrado el siglo XX, fue la nación más hermética del mundo.

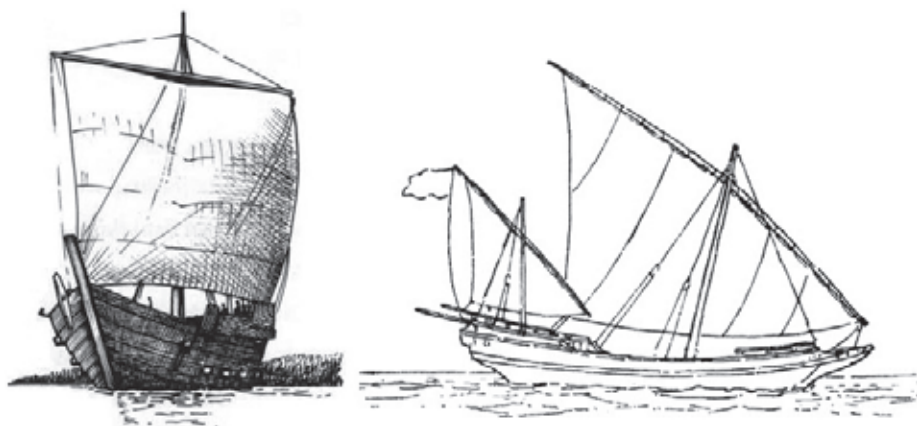
Como vimos, la llegada de los portugueses a la India fue violenta. Entre 1500 y 1515 tomaron al asalto dos ciudades importantes, Goa, en la India, y Malaca, en la península malaya. Y durante bastante más tiempo, mantuvieron un largo enfrentamiento naval con el imperio otomano, que se tradujo en la ocupación de varias pequeñas plazas en el mar Arábigo y el golfo Pérsico. Pero todo esto fue excepcional. La agresividad de Portugal hacia los indios desapareció pronto, y las potencias sucesoras mantuvieron buenas relaciones con los poderes locales; sobre todo, con el mayor de ellos, el imperio mogol. De hecho, la inmensa mayor parte de los establecimientos comerciales europeos, incluidos los lusos, se fundaron sobre concesiones y acuerdos. Al fin, los europeos carecían de capacidad militar para emprender una larga guerra o adentrarse en el interior, de modo que negociar era la mejor estrategia. Esos europeos solo tenían un motivo para llevar adelante operaciones militares de envergadura: expulsar a otros europeos. De ahí que los enfrentamientos militares entre unos y otros fueran frecuentes³³. Esos conflictos a veces implicaban a los poderes locales indios. Aunque también podía suceder lo contrario: los enfrentamientos internos indios a veces implicaban a las potencias europeas. En cualquier caso, ninguna de estas guerras costeras adquirió, ni de lejos, la virulencia destructiva de las emprendidas por los grandes Estados del interior. Cualquiera de las campañas del ejército mogol, cualquiera de las razias de la caballería *maratha*, se llevaba por delante la vida de muchas más personas de las que podían vivir en cualquier ciudad india con una concesión europea.

La apertura de la Ruta de las Indias trajo cambios económicos importantes en el comercio intercontinental. A menudo se afirma que Portugal monopolizó dicha ruta durante un siglo, pero esta afirmación es, en el mejor de los casos, un error semántico. Por definición, el mar está abierto a todos. Y el hecho de que barcos de distintas naciones, no pocas veces enfrentadas en tierra, siguieran la ruta descubierta por Vasco de Gama, revela lo incorrecto del término; que, por ende, se aplica a empresas, nunca a naciones. Otra cosa es que, debido a la distancia y la dificultad técnica del viaje fuera importante disponer de bases en la costa africana. Además, había mucha actividad pirata alrededor de la isla de Madagascar; probablemente, más que en el Caribe. Dicho de otro modo, ese hipotético «monopolio» portugués no estaba tan determinado por la existencia de bases en la India como de escalas en África.

³³ Landes. 2000: 295-300.

Por eso, a medida que mejoraron las técnicas de navegación el dominio luso de los mares fue decayendo.

Imagen 1. Coca y dhow.



Fuentes: Izq. Autor: Per Åkesson. Dudzus, Henriot, Krumley, 1987.
Der. Autor: Telecanter (<http://recedingrules.blogspot.com>).

Por eso mismo, las expediciones navales siempre iban de oeste a este. Los barcos indios, iraníes o árabes nunca viajaron a Europa porque carecían de la tecnología naval necesaria. El barco típico en el Índico era el *dhow*, del que existían, y existen, muchas variedades locales. Básicamente, se trata de una embarcación de uno o dos palos (muy ocasionalmente tres) y vela latina. Es un barco rápido y ágil, con una gran maniobrabilidad, capaz de atracar en sitios difíciles y escapar de tormentas repentinas. Las cualidades náuticas del *dhow* eran muchas y prácticamente las opuestas de las embarcaciones que empezaron a perfeccionarse en Europa desde el siglo XIV, y cuyo primer ejemplo fue, como vimos, la coca. El *dhow* era un barco idóneo para el transporte de mercancías valiosas como especias, sedas y personas (esclavos y peregrinos a La Meca), a una distancia media, y en mares potencialmente peligrosos. Pero también era inadecuado para el transporte de mercancías pesadas y baratas. De todos modos, cualesquiera que fueran las condiciones náuticas del buque de partida –y las de la coca eran muy pocas–, lo importante es el desarrollo a largo plazo; lo que es decir los motivos que llevaron a las innovaciones técnicas. Esos incentivos convirtieron las cocas en carabelas, las carabelas en galeones y naos, los galeones y naos en bergantines y fragatas, y así sucesivamente.

Al cabo de tres siglos de presencia europea en aguas del Índico, los progresos de la marina mercante de la India seguían siendo pocos. Los pequeños

*dhow*s de los siglos XV y XVI evolucionaron en los siglos XVII y XVIII hacia barcos grandes, incluso enormes; pero técnicamente no muy distintos, e inferiores a los europeos, sobre todo en equipos de navegación³⁴. No hay una respuesta clara acerca de por qué los indios no adquirieron o imitaron la tecnología europea, como sí lo hicieron en otros campos. En India existía una importante industria naval alrededor de Surat y otros puertos; técnicos occidentales (ingleses) que colaboraban en la construcción; barcos y flotas de un tamaño muy superior a las europeas; un comercio activo; y, en fin, recursos financieros. Es más: no solo el imperio mogol, sino también otros Estados, como el imperio *maratha* o Golconda, estaban interesados en pertrechar armadas. Hubo también muchos enfrentamientos navales entre ellos, y también contra los piratas del Golfo de Bengala. En resumen, había incentivos civiles y militares para el desarrollo de esa tecnología. Quizás si un gran Estado, el imperio mogol, hubiese puesto los recursos necesarios para cubrir esas deficiencias se hubiera podido desarrollar algún tipo de marina interoceánica. En fin, habría faltado una mayor implicación pública. Pero como enseguida veremos, esto era complicado para unos estados tan volcados en el interior.

La llegada de los portugueses al Índico tuvo efectos negativos sobre las antiguas grandes rutas. Por supuesto, todo ello fue deliberado, y no excluyó el uso de la fuerza. Ya vimos como la conquista de la isla de Ormuz en 1507 tenía como uno de sus objetivos controlar, que no destruir, el tráfico comercial en el Golfo Pérsico. La conquista de Ormuz vino seguida de la de Gamrun/Comorão, desde la que se establecieron relaciones comerciales con el imperio safaví; que, como el imperio portugués, era un recién llegado a la región. Esas relaciones comerciales duraron exactamente un siglo, los que separan la conquista lusa de Gamrun (1514) de la conquista persa de Comorão (1614). Las razones por las que Abbas I decidió tomar esa ciudad, así como Ormuz (1622) hay que situarlas dentro del programa económico de corte mercantilista que aquel soberano aplicó con una constancia y consecuencia que pocos igualaron. En resumen, Abbas quería mantener el comercio exterior bajo su control, lo que implicaba tomar aquella isla. Como su conquista era complicada, buscó un aliado en la flota inglesa. Al hacerlo también encontró nuevos socios comerciales. En fin, Gran Bretaña vino a ocupar el lugar de Portugal en Irán, y con un balance mucho mejor. Durante el reinado de Abbas I, el comercio creció tanto en el sur –donde la antigua Gamrun/Comorão fue rebautizada como Bandar Abbas, el «puerto de Abbas»–, como en el norte,

³⁴ Anjum, 2009-2010: 304.

donde la ruta de la Seda recuperó parte de su pasado esplendor, antes de caer en la decadencia completa del siglo XVIII.

Como es obvio, la apertura de una ruta alternativa entre la India y Europa facilitó las relaciones comerciales entre los dos continentes. A lo largo de la Edad Moderna la pimienta de la India llegó en cantidades crecientes a las cocinas y las mesas de los europeos. Su precio cayó de forma extraordinaria, y pasó de ser un producto exótico al alcance de muy pocos, a consumirse, si no de forma generalizada, sí con cierta normalidad. Es revelador que los barcos holandeses empleasen la pimienta como lastre en las bodegas de los barcos, dedicando las partes más secas y seguras, las más cercanas a la cubierta, a productos más finos.

En cuanto a las rutas comerciales regionales, la única que experimentó una decadencia incontestable fue la de los esclavos entre el este de África y el imperio otomano. La explicación debe buscarse en los puertos de llegada, no en los de salida ni en los barcos, cualquiera que fuese su nacionalidad. La demanda de esclavos en Turquía disminuyó como consecuencia de su larga crisis económica, y del empleo de métodos diferentes para proveer al estamento militar, que era su principal cliente. La participación europea en esta ruta fue muy pequeña. Portugal se hizo con Mascate, Zanzíbar, Monbasa y otras plazas; pero las acabó perdiendo, principalmente a manos del sultanato de Omán, que se convirtió en la gran potencia esclavista de la zona.

Gráfico 4. Precio de la pimienta y del pan de centeno en Holanda. 1450-1460 = 100; gramos de plata.



Fuente: Jan Luiten van Zanden (y elaboración propia). Datos proporcionados por Jan de Vries, Jan Pieter Smits y Arthur van Riel (www.iisg.nl/hpw).

En cambio, las otras rutas del Índico ampliaron su tráfico y, a veces, su recorrido. La llegada de los europeos, sobre todo holandeses, a los mares de Java, Banda y China Meridional hizo que se estrecharan los lazos comerciales dentro de Indonesia, así como con Filipinas, China y Japón. No obstante, las políticas de cierre comercial de los dos últimos países fueron un obstáculo importante para la conexión comercial entre las costas del norte y del sur de Asia oriental. Los barcos europeos facilitaron los intercambios entre Indonesia y la India a través del Estrecho de Sumatra. Algunos negocios, como el transporte de peregrinos a La Meca desde Surat, e incluso desde Aceh (Sumatra), aumentó de forma notable. La participación de los europeos en estas actividades fue muy distinta en cada caso. A veces, irrelevante, como en La Meca. En general, las rutas más largas y difíciles eran las dominadas por los europeos.

Las consecuencias de la llegada de los europeos sobre las rutas comerciales que enlazaban los tres imperios islámicos e Indonesia fueron diversas. En general, hubo un aumento considerable de la actividad. El factor más importante fue el dinamismo de la demanda europea de especias, telas y otros productos. Ese «ansia» de productos orientales se saldaba con transferencias de metales preciosos cuyos efectos económicos son difícil de conocer, pero que fueron minorados por el atesoramiento. Fuera de las zonas de cultivo, la exportación de especias hacia Europa no tuvo efectos importantes en las economías india, singalesa e indonesia debido a que casi todo el valor añadido era el derivado del viaje. Sin embargo, el comercio de telas tuvo mayores consecuencias, bien entendido que nada de lo que hicieron los europeos era relevante en la inmensa India. El desarrollo de una industria de exportación de tejidos estampados hacia Europa proporcionó nuevas fuentes de ingresos a muchas personas. Se calcula que en el siglo XVII la población dependiente de esas exportaciones pudo llegar a 300.000 personas. Hay numerosos testimonios de una gran actividad industrial vinculada a ese tráfico en Gujarat, Bengala, Orissa y Coromandel. Esos tejedores, hilanderos, etc. a su vez proporcionaban un mercado a una población aún mayor de cultivadores de algodón y criadores de gusanos de seda, entre otros³⁵.

Un aspecto interesante de las relaciones comerciales con Gran Bretaña es que el saldo fue favorable a la India hasta bien entrada la Revolución in-

³⁵ Aunque siempre es posible encontrar efectos negativos en esas actividades. Por ejemplo, sobre el medio ambiente de la India; algo que, claro está, también se podría señalar para Europa. Singh, 2006: 580-645.

dustrial. Como es sabido, a lo largo de la década que comenzó en 1780, la producción y la productividad de la industria algodonera inglesa se multiplicaron de forma extraordinaria. Pese a ello, las exportaciones de tejidos indios a Gran Bretaña no solo no cayeron, sino que alcanzaron su cima hacia 1800-1805. De hecho, hasta la década de 1820-1830 no hubo un comercio significativo de tejidos ingleses hacia la India. Y durante muchas más décadas la producción per cápita de textiles india siguió creciendo. La existencia de este comercio y esa producción revela que aquel país no estaba indefenso ante la Revolución industrial. Simplemente, tenía un modo de producción artesanal que, aunque abocado a la derrota a largo plazo, aún le quedaban suficiente recorrido como para irse adaptando a la modernidad. El problema es que no lo hizo³⁶.

Todo lo cual conduce a dos preguntas. La primera es, ¿cómo pudo ser? La respuesta más inmediata es la de los recursos naturales: en la India se cultivaba algodón, y en Europa no. Pero esto es un *cul-de-sac*. El algodón es una planta de difícil aclimatación en Gran Bretaña y en casi toda Europa, pero no en gran parte del resto del planeta. Cualquier clima más o menos benigno, cálido y relativamente húmedo admite su cultivo. De hecho, es una de las plantas de uso industrial más común, cultivada desde tiempo antiguo en Eurasia y, desde el descubrimiento de América, en Brasil y, más tarde, Estados Unidos. En realidad, los mayores problemas de su cultivo no están en el clima y el suelo, sino en los hombres, pues su recolección y desmotado exigen mucha mano de obra. Aún así, hay muchos países con sol, agua y gente.

Más determinante era la ventaja tecnológica. Los artesanos indios empleaban mejores técnicas de estampación. Sus tejidos eran más cuidados y coloridos; más bellos. Durante el siglo XVIII las técnicas de estampación inglesas fueron mejorando hasta, finalmente, igualar a las indias, pero no fue un camino fácil. De todos modos, la ventaja tecnológica india solo era importante en los tejidos de más calidad, que era el sector de mercado menos dinámico. Para todo lo demás, India competía con Gran Bretaña por sus bajos salarios; un factor que no habría sido tan importante en otras industrias, pero sí en la textil, que era trabajo-intensiva. Según varias estimaciones, hacia 1770 la productividad de un operario inglés era 2,5 veces mayor que la de un trabajador indio, pero su salario era aún mayor, unas seis veces. Por tanto, un trabajador indio sería 2,4 veces más rentable que un trabajador inglés. Pero hacia 1820 las tornas habían

³⁶ Broadberry and Gupta, 2009.

cambiado; para entonces, un trabajador inglés producía 16,3 veces más que un indio, haciendo irrelevante la diferencia de salarios³⁷.

Así pues, India contaba con una importante, aunque decreciente, ventaja salarial, que le proporcionaba un largo período de adaptación, aproximadamente hasta el cambio de siglo. Durante ese tiempo la industria india podía haber ido incorporando diversas tecnologías foráneas, empezando por las más sencillas, como el hilado. No sucedió así, lo que lleva a la segunda cuestión: ¿por qué no hubo esa adaptación? Este es un tema que desborda el ámbito temporal de este libro, fijado en el año 1800. No obstante, de forma somera se pueden señalar tres elementos. Primero, en ninguna de las actividades principales de producción y distribución de textiles en Inglaterra o la India, la participación del Estado fue relevante. Segundo, los estudios sugieren que los intentos de algunos empresarios ingleses por adaptar la tecnología moderna a la India chocaron con la imposibilidad de trasladar los modos y la cultura europea. Tercero, la incapacidad de la India para producir telas de calidad superior, y precio inferior, a las inglesas, condujo a que se importaran. ¿Pero hubiera sido mejor gravar las importaciones, y obligar a los indios a gastar una parte mayor de su renta, para comprar unos productos peores?³⁸ Nótese que lo que los ingleses empezaron a exportar a la India no fueron vistosas calicós, sino prendas corrientes de vestir.

El comercio internacional europeo fue muy positivo para el desarrollo económico del imperio safaví. Irán aprovechó las posibilidades que le abrió el puerto de Comorão. Su conquista por Abbas I no era ajena a la incorporación al imperio de las provincias que rodeaban el mar Caspio, uno de los principales centros sederos del mundo. El establecimiento de relaciones comerciales con Gran Bretaña facilitó la exportación de esas manufacturas, así como de alfombras persas y otros productos, tanto hacia Europa como hacia la India. Por el norte, Irán también reforzó las relaciones comerciales con Rusia a través del Cáucaso. En cambio, las relaciones comerciales con el imperio otomano, siempre difíciles por la rivalidad política, se redujeron por la existencia de esas alternativas. El golpe definitivo vino con la apertura por Rusia de la llamada «Ruta del Té», que unía China con Europa por Siberia,

³⁷ Broadberry and Gupta, 2005 and 2009.

³⁸ Williamson, Jeffrey G., 2013: 317-471 atribuye la desindustrialización de la India entre 1760 y 1810 a dos causas: factores climáticos e inestabilidad política, que habrían incidido en un aumento de los costes. Entre 1810 y 1860 la industria india no habría podido resistir la competencia británica.

primero en carros y, mucho más tarde, con el ferrocarril. En conjunto, es probable que ningún otro imperio se beneficiase tanto del comercio europeo como el safaví debido a su relativo pequeño tamaño. No es sorprendente que a mediados del siglo XVIII el nuevo poder emergente de Irán, la dinastía de los Zand, hiciera de Shirav su capital, una ciudad interior en la carretera entre Bandar Abbas y Basora.

Con la llegada de los europeos al Índico, el imperio otomano vio mermado su papel como intermediario entre Oriente y Occidente. Pero este no fue el único ni, quizás, el mayor reto que tuvieron que arrostrar los turcos. La intermitente guerra con el imperio safaví, el mismo desmantelamiento de ese imperio, y, finalmente, la competencia rusa, eran amenazas tanto o más serias que aquella. Lo interesante es que, pese a todo, la participación de la actividad comercial en la economía del imperio aumentó. Hubo dos motivos. Primero, las relaciones comerciales regionales se mantuvieron hasta, por lo menos, el último cuarto del siglo XVIII. Existían varios circuitos que alcanzaban los extremos de los mares en los que el imperio tenía costa; es decir, Negro, Caspio, Rojo y Pérsico³⁹. Esos tráficos regionales tenían, a la postre, una importancia mayor que el mismo comercio intercontinental. Segundo, hubo un extraordinario crecimiento del comercio con Europa, fundamentalmente con barcos europeos, y especialmente durante el siglo XVIII. Puertos como Damietta en Egipto, Esmirna en Turquía, Tesalónica en Grecia, Beirut, Sidón y Tiro en Líbano, y por supuesto, Estambul, trabaron estrechas relaciones comerciales con otros puertos europeos. Al fin, en los siglos XVI y XVII el imperio otomano pocas veces o nunca estuvo en guerra con Inglaterra, Francia y Holanda. Y en el siglo XVIII los únicos conflictos serios con países europeos fueron con Rusia y Austria. Durante este siglo, y por primera vez en más de mil años, el Mediterráneo se convirtió en un mar realmente abierto (excepción hecha de los piratas argelinos). Este simple hecho, así como las mejoras técnicas en la navegación, favorecieron notablemente las relaciones comerciales, por lo que cabe preguntarse si el contacto con Europa favoreció a los turcos otomanos incluso más que a los persas safavíes⁴⁰.

Probablemente los efectos de la llegada de los europeos en Asia Sudoriental fueron menos relevantes debido al cierre comercial de China y Japón, un

³⁹ Veinstein, 1999, confirma que el comercio entre la India y el imperio otomano se mantuvo muy activo, y creció, hasta el siglo XIX; incluso cuando tuvo que hacer frente a la competencia de la nueva industria algodonería de Gran Bretaña.

⁴⁰ Panzac, 1992.

asunto sobre el que volveremos más adelante. Con todo, y al igual que en el Indico, hubo un incremento de los tráficos comerciales. Por ejemplo, dentro de Indonesia o desde China hacia India y Europa (con productos como el jengibre y las porcelanas). Pero a finales del siglo XVIII el comercio de cierta sustancia empezó a adquirir una considerable importancia, no ya por su cuantía económica como por sus consecuencias políticas: el opio. El desenlace de todo ello fue la primera guerra del opio (1839-1842) un tema clásico en la historiografía eurodemonizadora. Baste señalar la frecuencia con la que se repite el mantra de que en China el 10 % de sus habitantes llegaron a ser adictos al opio; una afirmación que, a poco que se piense, es una completa tontería. No es este el lugar para abordar esas *boutades*, pero quizás merezca la pena hacer un pequeño relato de este asunto desde la perspectiva de chinos e indios, y desde un enfoque económico y moral, pero no moralizante.

En China, como en India, el Islam y Europa, el opio era un producto de uso común, aunque caro. Básicamente, se empleaba como medicamento (el láudano) para calmar el dolor y como droga para acompañar a los ancianos en sus últimos días, evitándoles un sufrimiento innecesario. O sea, lo mismo que hoy en día se hace en los hospitales con los medicamentos llamados, no por casualidad, «opiáceos». En definitiva, el opio (o el láudano) era una droga para la vejez sobre la que no existía ningún estigma social, aunque sí cierta desconfianza de autoridades y moralistas; por otro lado, habitual en cualquier producto adictivo. Quizás por ello, en 1729 el Gobierno imperial chino promulgó un edicto por el que se prohibía su venta y comercio bajo pena de muerte. Obviamente, el edicto no fue observado, pero sí tuvo una consecuencia económica importante: la producción interior se resintió, por lo que la demanda tuvo que satisfacerse mediante importaciones. Y esto sí era un problema o, al menos, así lo creía el Gobierno imperial, cuyas ideas económicas se basaban en la presunción de que China era el centro del universo, solo podía recibir «regalos», y la balanza de pagos siempre debía ser positiva. En fin, una visión típicamente mercantilista. En 1793, el gobierno imperial reiteró las prohibiciones anteriores y las reforzó, extendiéndolas al consumo. Igualmente, se prohibió el cultivo de la adormidera y la importación de opio. Y todo con la misma pena capital. Los resultados fueron los mismos que en 1729, pero acrecentados. La población ignoró la norma, la producción cayó aún más, las importaciones crecieron, quizás también lo hizo el consumo (la fruta prohibida es la más deseada), y, en fin, aumentaron el contrabando y las salidas de plata.

Por entonces, la EIC dominaba el comercio de opio con China, actividad en la que había reemplazado a Holanda. El opio era cultivado en la provincia

de Bihar, Bengala, comprado en su capital, Patna, por mercaderes británicos, y transportado por mar en barcos de la compañía. Sin embargo, los ingleses no vendían el producto en China; no podían hacerlo. Así que las bolas de opio eran descargadas en el mar desde esos barcos a juncos chinos, que las llevaban a puerto para su venta a mayoristas. Estas operaciones eran posibles gracias a la complicidad de los funcionarios de aduanas, que recibían gruesos sobornos y que, al parecer, en su gran mayoría eran opiómanos. Tras una larga sucesión de quejas, prohibiciones, ofensas y mentiras por unos y otros, la guerra estalló en 1839. Y si bien podría argumentarse que no fue provocada por Gran Bretaña, lo cierto es que el incidente que la desencadenó perfectamente podría haberse resuelto por vía diplomática. Todo se saldó con una contundente victoria inglesa, pues por entonces Gran Bretaña ya era una gran potencia industrial⁴¹.

Así pues, durante el siglo XVIII el comercio de opio proporcionó un medio de vida a muchas familias bengalíes, y cubrió la demanda no satisfecha de millones (pero no decenas de millones) de consumidores chinos; normalmente viejos, dolientes o las dos cosas. Por supuesto, la EIC obtuvo notables ingresos, que fueron el justo pago al servicio prestado bajo las condiciones impuestas por un Estado autoritario. Salvo por este último aspecto, el suyo fue un trabajo en nada diferente al que hace quien vende pan a los hambrientos, vino a los sedientos, o somníferos a los insomnes. Por supuesto, hay otras formas de ver todo esto; quizás sean más «decentes»; quizás lo sean mucho menos.

Aunque el comercio marítimo tiene consecuencias importantes en el sector agrario y en el campo, es en las ciudades donde sus efectos son más visibles. Mucho antes de la Revolución industrial ha habido grandes urbes en todas las civilizaciones. El mayor obstáculo a su existencia era encontrar un aprovisionamiento regular, por lo que muchas veces se levantaban en comarcas feraces. Pero dado que el coste del transporte rodado ha sido, hasta tiempos recientes, muy elevado, y que la productividad de la tierra es limitada, todas las ciudades realmente grandes eran costeras. Visto desde la perspectiva contraria, el tamaño de las ciudades y, aún más, la existencia de ciudades muy grandes es una medida de la importancia del comercio. Las grandes urbes son motores del cambio económico y social. Generan una demanda de productos nuevos que mueven al desarrollo de sistemas agrícolas más complejos, y de actividades industriales y de servicios más sofisticadas.

⁴¹ Escotado, 1998: 393-405.

Además, las ventajas derivadas de las economías de aglomeración y de escala permiten la aparición de nuevas profesiones y actividades. Por estos y otros mecanismos, han propiciado la transformación de las sociedades agrarias tradicionales.

¿Cómo era el mundo urbano en el Islam y la India antes de la llegada de los europeos? Desde luego, no muy diferente que el del resto del planeta. Pero es importante distinguir unas regiones de otras. El mundo islámico, como el grecorromano, ha sido presentado como una civilización nítidamente urbana y, a partir de este supuesto, «cult», «exquisita», «decadente», etc. Todo esto es muy exagerado; ante todo porque en el Islam, como en cualquier otro sitio, los campesinos eran incontables y los ciudadanos una minoría. Más allá del tópico, el carácter urbano del Islam se ha defendido con dos argumentos. Primero, la ciudad, más que el desierto o la estepa, habría sido el entorno en el que se estructuró la religión y, por tanto, la civilización. Segundo, en términos relativos, durante la alta Edad Media el Islam estuvo mucho más urbanizado que la Cristiandad. Así, muy pocas ciudades en Europa tenían más de 50.000 habitantes; y eran más o menos las mismas que las que en el mundo islámico superaban los 500.000. Pero todo esto es poco convincente. Por un lado, porque todas las civilizaciones han sido «urbanas» desde la perspectiva de sus religiones oficiales; incluso la occidental. Por otro lado, porque realmente el Islam nunca fue una civilización con un grado de urbanización especialmente elevado. Así, en el siglo X, quizás su época más brillante, resultaría difícil pronunciarse sobre cuál de las grandes civilizaciones de entonces, China, India, Bizancio e Islam, era más urbana. Lo único que podría decirse con seguridad es que la civilización occidental era mucho más rural que las demás. Pero este hecho no hace diferente al Islam; hace diferente, para mal, a Europa.

Resulta más interesante comparar el Islam y la India con ellas mismas, pero en diferentes momentos. Por ejemplo, comparar el mundo urbano preislámico e islámico⁴². O, mejor, el Islam clásico de los siglos VIII y IX, y

⁴² Al respecto, la civilización musulmana se construyó sobre los imperios romano oriental y sasánida, un espacio que ya estaba muy urbanizado (comparativamente) antes de la conquista árabe. La llegada del Islam introdujo cambios importantes. Quizás el más relevante fue la consolidación de Mesopotamia como región central dentro del nuevo imperio árabe. Desde Mosul hasta Basora se consolidaron un buen número de ciudades grandes y medianas, en las que Bagdad ocupaba una posición dominante. Asimismo, se fundaron o, más a menudo, se expandieron ciudades en todo el ámbito islámico: Además de las de Mesopotamia, Córdoba, Meknes, Cairuán, Fustat-El Cairo, Tabriz, Hamadán, etc. Otras

el Islam imperial de los siglos XVII y XVIII. En este último aparecieron varias nuevas grandes ciudades, a menudo por la extensión de la civilización, como Samarcanda, Estambul y Tombuctú. También desaparecieron otras por la Reconquista española –Córdoba y Granada–, o por circunstancias políticas o económicas especiales –Cairuán y Siraf–. Algunas grandes capitales crecieron mucho; pero otras, sobre todo en el Mediterráneo, entraron en decadencia. En conjunto, no parece que la urbanización del Islam imperial fuera diferente de la del Islam clásico. Pero en el detalle sí hubo cambios significativos en la jerarquía urbana.

En primer lugar, las capitales de los imperios crecieron sobremanera. El caso más notable es Estambul, que apenas contaba con unos 50.000 habitantes cuando fue conquistada en 1453, y que en 1600 bien pudo ser la ciudad más grande del planeta, con cerca de un millón. Luego entró en declive, pero volvió a renacer hacia 1700. En resumen, entre 1500 y 1800 su población estuvo oscilando entre 550.000 y 900.000 habitantes, más o menos lo mismo que en los mejores tiempos del imperio bizantino. Sin embargo, la población total de las siguientes 18 ciudades del imperio para las que se tienen datos pasó de 1,2 millones de personas en 1500 a 800.000 en 1800. Así pues, hacia el siglo XVIII la capital del Bósforo tenía más habitantes que las otras grandes ciudades otomanas juntas. En el imperio safaví, entre 1500 y 1700 las seis ciudades más grandes pasaron de 420.000 a 920.000 habitantes; aunque es importante observar que ese imperio, a diferencia del otomano, sí tuvo un crecimiento demográfico notable. De ahí que el grado de urbanización no cambiara. Isfahán pudo alcanzar los 300.000 habitantes en su mejor momento. En el imperio mogol las tres capitales imperiales de Agra, Delhi y Lahore superaban por poco el medio millón de habitantes. Se han hecho cálculos que situarían a otra media docena por encima de los 200.000 habitantes, y es posible que hubiera algunas más. En todo caso, en el imperio mogol, como en el otomano, la capital o capitales tenía un peso considerable en el conjunto urbano. En el otro extremo del Islam clásico, el reino de Marruecos también tuvo un modesto crecimiento urbano basado en su capital, Meknes.

entraron en declive o, incluso, desaparecieron: Mérida, Volubilis, Cártago, Petra, Palmira, Ctesifonte, etc. No por casualidad, muchas de aquellas estaban situadas cerca de estas. Y muchas más –Antioquia, Jerusalén, Edesa, Damasco...– se mantuvieron más o menos como estaban. En resumen, y con la probable excepción de Mesopotamia, no hay motivos para pensar que el Islam clásico haya sido una civilización ni más ni menos urbana que las que la precedieron.

Un aspecto más relevante es el diferente peso de las ciudades costeras e interiores. En el imperio otomano, y con algunas excepciones, entre 1500 y 1800 (y, aún más, 1700) las primeras sufrieron un duro retroceso. Algunas incluso desaparecieron, como Éfeso, que había sido una de las mayores ciudades portuarias del Mediterráneo, y que fue abandonada en el siglo xv tras una sucesión de calamidades. Algo parecido podría decirse de la Alejandría de Egipto, que nunca murió del todo, pero que era poco más que un pueblo grande a finales del siglo xviii. El mismo declive se descubre en Beirut o Antioquía, Siria (aunque parte de su actividad se conservó en la próxima Alejandreta/Iskenderum). A finales del siglo xvi, Izmir (la antigua Esmirna) tenía menos de 5.000 habitantes; y aún hubiera tenido menos si un siglo antes, en 1492, no hubiese llegado un numeroso grupo de judíos expulsados de Granada. Más tarde, recuperó parte de su esplendor al convertirse en la base de operaciones de la conquista de Creta y, sobre todo, en la puerta de entrada de productos europeos en Turquía. Así pues, y con la notabilísima excepción de Estambul (y la colindante Bursa), solo hubo tres ciudades otomanas costeras de cierto tamaño en los mares Mediterráneo y Negro: Izmir, aunque solo a partir del siglo xvii; Argel, capital de un beylicato (un gobierno militar semi-independiente), y dueña de una gran flota pirata; y Tesalónica, ciudad cristiana en territorio otomano (también repoblada por judíos españoles). A más distancia estaban Trabzon (antigua Trebisonda) y Túnez, versiones menores de Tesalónica y Argel, respectivamente. Más lejos aún, Beirut, Siro y Trípoli (Líbano) eran ciudades mortecinas que no empezaron a prosperar hasta el siglo xviii. Otro puñado de pequeñas capitales costeras servían a su región inmediata: Atenas, Kaffa (Fedosia), Varna, Alejandría, Trípoli (Libia), Jaffa... En el mar Rojo solo cabe mencionar a Yeda, el puerto de La Meca. Y en el golfo Pérsico, a Basora, una ciudad notable, aunque tampoco enorme⁴³.

En cambio, las ciudades del interior del imperio otomano lograron mantener cierta vitalidad o, al menos, no experimentaron una decadencia tan pronunciada. Unas se vieron favorecidas por su condición de capital provin-

⁴³ Estimaciones de la población de varias ciudades del imperio otomano pueden encontrarse para 1520-30 en Inalcik, 1994: 257, para el siglo xvii, Faroqhi, 1994: 438-441 y para el siglo xviii en McGowan, 1994: 652-655. Aparte de la distinción entre ciudad costera/interior, es posible identificar otra entre ciudad europea/no-europea, que refleja la mejor evolución demográfica de Rumelia en comparación Anatolia o las provincias árabes. En cuanto a la evolución general, hubo un movimiento expansivo en los siglos xvi y xviii, pero de efectos limitados por la rotunda caída del siglo xvii, y la persistencia de enfermedades epidémicas en el siglo xviii.

cial; otras por estar situadas en la Ruta de la Seda u otras vías comerciales terrestres. Como fuere, El Cairo, Alepo, Damasco, Bagdad, Mosul, Erzurum y Belgrado mantuvieron su pulso. Dos ciudades cercanas a Estambul, Edirne (la antigua Adrianópolis) y Bursa, ciudad semi-costera, antigua capital del imperio y etapa final de la Ruta de la Seda, crecieron mucho. En los dos casos, la proximidad a la capital imperial fue esencial. La población del conjunto de estas ciudades interiores a finales del siglo XVIII no era muy distinta de la de 500 años antes. Así pues, el imperio otomano mantuvo su grado de urbanización volcándose hacia dentro, reforzando las relaciones comerciales terrestres y la Administración, y relegando las ciudades marítimas (hasta 1700). Esta imagen puede haber sido oscurecida por la capitalidad de Estambul, una enorme ciudad a orillas del mar. Pero la vieja Bizancio solo era «la excepción que confirma la regla».

En el Irán safaví existían varias ciudades interiores de tamaño considerable. Conforme el país se fue recuperando de las catástrofes de los siglos XIII a XV, y la población y el comercio aumentaron, también lo hicieron las ciudades; no solo la capital imperial, sino también las cabezas regionales como Tabriz, Shiraz y Teherán. Sin embargo, no existía ni una sola ciudad costera importante o, siquiera, mediana. Esta situación cambió en 1614 con la fundación de Bandar Abbas sobre el enclave portugués de Comorães. Con todo, el crecimiento del nuevo puerto fue modesto; hacia mediados del siglo XVII en Bandar Abbas no vivirían más de 10.000 personas. No habiendo ningún otro puerto relevante, se puede decir que menos del 0,2 % de la población del imperio safaví vivía en una ciudad costera oceánica. Si incluimos las «no-oceánicas», es decir, las del mar Caspio, el porcentaje se eleva un poco. Hasta su conquista por Rusia, Bakú fue la mayor de esas ciudades marítimas e interiores a la vez.

En el imperio mogol había muchas grandes y medianas ciudades en el interior, especialmente en el curso medio y alto del Ganges. La etapa inicial de esplendor del imperio, hasta 1650, conoció un importante desarrollo urbano. Y la crisis posterior del reinado de Aurangzeb y de la disolución del imperio no trajo, como podría esperarse, un retroceso semejante. Ciudades como Lahore, Delhi, Agra, Benarés, Patna, Allahabad, Lucknow o Jaunpur siguieron manteniendo su vitalidad. Solo hubo una ciudad costera importante, Surat, con unos 200.000 habitantes; aunque sí otras de cierto tamaño, como Cambay, Hugly o Dacca. En todo caso, pocas para el principal imperio de un «subcontinente» ubicado en medio de un océano surcado por muchas rutas comerciales, y flanqueado por selvas, montañas y desiertos; es decir, tan accesible por mar como inaccesible por tierra.

Tabla 5. Estimaciones de la población de las mayores ciudades del imperio mogol.

Orden	Ciudad	Año	Población
1	Agra		
	(a)	1609	500.000
	(b)	1629-43	660.000
	(c)	1666	800.000
2	Delhi	1659-1666	500.000
3	Lahore	1581 & 1615	400.000/700.000
4	Thatta	1631-35	225.000
5	Ahmadabad	1613	100.000
6	Surat		
	(a)	1663	100.000
	(b)	1700	200.000
7	Patna	1631	200.000
8	Dacca	c. 1630	200.000
9	Masulipatam	1672	200.000

Fuente: Raychadhuri and Habib, 1987: 171.

Con la expansión final de Aurangzeb se incorporaron algunas ciudades costeras, pero solo durante el breve periodo en que el imperio logró mantenerse antes de su abrupta desmembración. De todos modos, la inclusión o no del sur no cambia la imagen general, pues allí tampoco había grandes ciudades costeras. De ellas, las más dinámicas y, también, grandes, albergaban oficinas europeas, como Madrás, Masulipatam y Pondicherry. Las capitales y grandes ciudades de reinos como Hyderabad, Golconda, Bijapur, Bangalore o Mysore eran interiores. En ocasiones los europeos establecieron oficinas comerciales en capitales de Estados independientes, como Goa y Cochín, donde, por eso mismo, su presencia era muy visible. Pero esto fue la excepción. La norma fue que las colonias se fundaron en ciudades dependientes de reinos con capital en el interior, como Masulipatam en el reino de Golconda, Madrás en el «menguado» Vijayanagar y, por supuesto, Calcuta y Bombay en el imperio mogol.

En resumen, todos los grandes Estados islámicos, e incluso los no tan grandes, eran macrocéfalos y terrestres. El más macrocéfalo y menos terrestre fue el otomano, debido a la importancia de Estambul. El menos macrocéfalo y más terrestre fue el safaví, por la menor importancia de Isfahán y Bandar Abbas. Pero todo esto no dejan de ser matices: las dos características están presentes en los tres imperios y el resto de los Estados. Y lo más revelador es que ninguna de las dos es aplicable a los imperios anteriores. Roma no impidió el desarrollo

de Palmira, Éfeso o Alejandría. De igual modo, Damasco y Bagdad no impidieron el crecimiento de una con respecto a la otra; ni tampoco el de El Cairo, Córdoba o Cairuán; ciudades que acabarían siendo las capitales de emiratos rivales. En cambio, los imperios islámicos parecen haber nutrido sus capitales detrayendo el alimento del resto de las ciudades, sobre todo, las costeras.

Hoy en día, la grandeza de las capitales imperiales solo es un recuerdo. Estambul sigue siendo la ciudad más grande de la moderna –y muy menguada– Turquía, pero Ankara es la capital. Isfahán solo es la tercera ciudad más grande de Irán, muy por detrás de Teherán, la nueva capital, y de Mashhad. Y también por detrás de Kabul, la capital de una nación nueva, Afganistán. En la moderna India, Delhi tiene menos habitantes que Bombay. Y en el moderno Pakistán, Lahore, que no es su capital, tiene menos habitantes que Karachi; por no hablar del «otro» Pakistán, Bangladesh, y de su gran capital, Dacca. Así pues, ha habido una reversión de la macrocefalia de la región. Esto debe atribuirse, en primer lugar, al desmantelamiento de los imperios entre 1707 y 1918. Y, en segundo lugar, a la aparición de nuevas grandes ciudades, rivales de las antiguas. Muchas existían antes de la llegada de Occidente, pero otras no o eran muy pequeñas.

Pero más importante (y temprana) que la reversión de la macrocefalia fue la reversión de la vocación interior de los imperios, sobre todo, la de la India. En este proceso los europeos sí desempeñaron un papel importante; aunque no igual. Así, la aportación de Portugal fue nula. Goa y las otras ciudades coloniales lusas dentro y fuera de la India no tenían un tamaño muy diferente antes y después de su llegada. Holanda y Francia jugaron un papel discreto. El asentamiento anglo/holandés de Masulipatam creó un emporio urbano de cierta entidad, y algo similar se puede decir de la francesa Pondicherry. En todo caso, el verdadero cambio vino con Inglaterra. A finales del siglo XVIII, en cada una de las tres capitales británicas, Bombay, Calcuta y Madrás, vivían más de 100.000 personas (300.000 en la última), y a lo largo de los siglos XIX y XX crecerían mucho más. Actualmente ocupan las posiciones 1^a, 6^a y 7^a entre las diez ciudades más pobladas del país. Otras tres ciudades cercanas a Bombay y al mar, Ahmedabad, Surat y Pune, tienen las posiciones 5^a, 8^a y 9^a. De forma similar, en el siglo XVIII el comercio europeo indujo el fortalecimiento de varias ciudades del imperio otomano. Además de Estambul, crecieron de forma extraordinaria Izmir, Tesalónica y las ciudades costeras del Líbano. En Irán el comercio europeo alimentó Bandar Abbas, que sobrevivió al desplome de los safavíes como puerta al Irán de los Zand. También en Marruecos, a mediados del siglo XVIII se fundó la ciudad de Mogador (Esauira) para poder comerciar con Europa; aunque otra ciudad, Casablanca, acabaría desplazándola.

En resumen, lo que se puede decir de los efectos de la expansión europea sobre el comercio y el desarrollo urbano del Islam y la India es que fueron muy positivos. No solo se ampliaron y reforzaron las rutas comerciales, sino que se pusieron las bases para un desarrollo urbano mucho más sostenible al situarse en las regiones costeras. Esos efectos fueron diferentes en cada región. Y, desde luego, hubo daños. Desapareció la Ruta de la Seda y toda su fascinación oriental. Pero es que la alternativa por mar, sobre todo desde el siglo XVIII, era muy superior. También podemos hacer lecturas emotivas e indignadas de hechos injustificables, como el saqueo de Goa o la toma de Ormuz; podemos escandalizarnos por el comercio de opio hacia China; o retar el sentido común y sostener contra toda lógica que el comercio es un juego de suma cero. Pero si atendemos a los reclamos de nuestra inteligencia y sensibilidad, no se entiende qué tiene de perverso que asiáticos y europeos colaborasen en la compraventa de especias y sedas.

LA RELIGIÓN

La religión es otra posible explicación al atraso del Islam y la India. A menudo, la forma en la que se plantea este problema no sobrepasa el tópico. Vendría a ser que en el mundo hay y siempre hubo civilizaciones superiores e inferiores, y que la raíz de esas diferencias no es étnica, sino cultural y religiosa. Es una posición complaciente y tolerable pues, por un lado, elude expresamente el racismo; y, por otro lado, salvaguarda la idea de que algunos de nosotros tengamos una civilización mejor. Como vivimos en un mundo en la que el éxito se mide con relación al dinero, la superioridad o inferioridad de las civilizaciones se mide con relación al desarrollo económico. Como en el largo plazo la civilización más exitosa ha sido la occidental, es inevitable concluir que el cristianismo ha sido la religión que más ha favorecido el desarrollo económico. Dentro de él, la rama protestante sería la idónea. Hasta no hace mucho, la Europa rica ha sido calvinista y luterana. Este punto de vista fue desarrollado por Max Weber a finales del siglo XIX. Otros historiadores han cuestionado la debilidad de las fuentes o la existencia de incoherencias⁴⁴.

⁴⁴ Weber, 1997 y 1998. Una reinterpretación en Tawney, 1998. Una crítica basada en una amplia base de datos en Cantoni, 2015. Una crítica basada en las fuentes empleadas y la misma base argumental en McKendrick, 1982.

En cierto modo, el problema de esta hipótesis no es que sea falsa, sino que es «demasiado» cierta. Todas las civilizaciones se han definido por su religión. Incluso hoy en día, las sociedades musulmana e hindú están presididas por una cultura religiosa que impregna muchos de los actos cotidianos de la gente corriente. En el mismo Occidente, hace cien años la religión era un aspecto esencial, y el más importante, de la vida social de cualquier individuo. Quizás solo en algunos barrios de algunas grandes capitales occidentales podría ser normal encontrar personas indiferentes al hecho religioso. Por tanto, si las civilizaciones se definen por su religión, y si había diferentes grados de desarrollo, es inevitable suponer que había religiones más proclives al desarrollo económico que otras. Pero este argumento es poco menos que tautológico. En general, la religión ocupa un lugar muy modesto en las explicaciones de los historiadores económicos sobre el desarrollo económico. Esta falta de curiosidad intelectual sobre lo que, al fin, es el hecho civilizador más obvio, es intrigante. Puede que todo obedezca al habitual y académico prejuicio anticlerical; o quizás al miedo de pasar por anticlerical cuando todo lo que se puede decir sobre el tema son lugares comunes.

Pero hay otra explicación más plausible. La no utilización de explicaciones religiosas obedece a la imposibilidad de separar el objeto de estudio de su resultado. Las religiones no solo son corpus de doctrinas, sino también un conglomerados de normas, ritos y sentimientos en los que los elementos irracionales tienen tanto o más peso que el dogma; que, por cierto, también se basa en un principio irracional, la fe. Por tanto, es necesario conocer y apreciar la infinidad de matices con que se trasmite un mismo mensaje, la forma en la que llega al corazón del creyente. Esos matices son esenciales pues la misma argumentación apodíctica, pero en distintos contextos, puede dar lugar a relaciones sociales completamente diferentes.

En el caso del Islam, interpretaciones sobre lo que supuestamente los occidentales ven en él y en la civilización islámica han llevado a la conversión de una disciplina respetable, el orientalismo, en algo cercano al insulto; lo que, desde luego, no ha supuesto un avance para el conocimiento⁴⁵. Bajo estas interpretaciones, el orientalista sería el estudioso occidental cargado de prejuicios que considera a la civilización occidental (y, por ende, a la religión cristiana) como superior a las orientales, sirviéndose de argumentos simplistas, tergiversaciones e interpretaciones sesgadas. En último término, la finalidad del orientalismo sería justificar la explotación colonial e impe-

⁴⁵ Said, 1979. Una crítica en Lewis, 1982.

rialista del Tercer Mundo y, en particular, la de los países árabes por Estados Unidos, Europa e Israel. El modo de actuar del orientalista tendría dos fases: primero transformaría la religión islámica en algo esencialmente infantil y estúpido; luego convertiría ese muñeco en la causa del sufrimiento de los propios creyentes. Ese orientalismo, cuya descripción roza la caricatura, sería, en fin, profundamente eurocéntrico. Sea lo que sea ese «perverso» orientalista, es menos eurocéntrico que el anti-orientalista que lo denuncia. Lo que este hace es estupidizar a millones de árabes, persas e indios; convertirlos en irresponsables, en niños burlados y seducidos por el gran ogro judeo-norteamericano. No se me ocurre forma más brutal de condenar a alguien por el «pecado» de no ser europeo. Por lo demás, en el fondo todo esto resulta bastante ridículo⁴⁶.

Pero la polémica orientalismo/antiorientalismo es interesante por otro aspecto. De forma resumida, lo que la visión anti-orientalista defiende es un enfoque *emic* de la religión. Es decir, la visión del objeto de estudio desde la perspectiva de sus partícipes, no desde la de un observador externo (y, presumiblemente, occidental). La ventaja de este enfoque es que permite comprender las complejas relaciones de la religión con su entorno. El inconveniente es que puede ser incomprensible. Si solo los indios contaran con el bagaje cultural suficiente para entender y hablar del hinduismo, ¿qué sentido tendría que compartiesen sus pensamientos con los no-indios? ¿Incluso con los indios no-hindúes? En este sentido, la perspectiva *etic* no solo permite analizar el objeto de estudio, sino que también permite transmitir ese conocimiento. El precio que se puede pagar por ello es el de incurrir en simplificaciones y otros errores. En resumen, parece necesario hallar un punto de equilibrio: analizar la religión desde una perspectiva comprensible, es decir, *etic*, pero sin incurrir en lecturas simplificadoras.

Ante todo, ¿de qué hablamos exactamente? El ámbito geográfico recogido en este epígrafe viene definido por el espacio en el que dos religiones, el islam y el hinduismo, fueron muy mayoritarias. Durante la Edad Moderna probablemente hubiera más hindúes que musulmanes, pues, aunque el ámbito de aquella religión casi se circunscribía a la península del Indostán, la población india podría acercarse al 25 % de la mundial. Debido a la guerra y el proselitismo, hoy en día la situación es la contraria, aunque tampoco la diferencia es muy grande; unos 1.500 millones de musulmanes frente a unos 1.000 millones de hindúes.

⁴⁶ Por ejemplo, <https://pseudoerasmus.com/2014/11/09/edward-said-on-bernard-lewis/>.

Se trata de dos credos muy diferentes. No sería inexacto afirmar que, desde una perspectiva religiosa, el mundo se divide en dos grandes espacios, los de las religiones occidentales y orientales. Las primeras habrían sido reveladas por profetas transmisores de la palabra de Dios (cuando no el mismo Dios), que tenían inquietudes predominantemente éticas. Las segundas habrían sido enseñadas por maestros con preocupaciones más filosóficas. El islam pertenece al primer tipo de religión y el hinduismo al segundo, si bien este último tiene la peculiaridad de que ni siquiera existe un fundador reconocible.

Evidentemente, unas religiones que cuentan sus fieles por cientos de millones no son contrarias al desarrollo económico. Podemos ver las religiones como seres vivos que habitan un ecosistema regido por leyes darwinistas. Las más espirituales y contrarias al sentido común han ido desapareciendo, mientras que las que resolvían los problemas concretos de la gente corriente (o al menos, no se oponían a su resolución) han sobrevivido. Por supuesto, tanto en el islam como en el hinduismo existen normas poco sensatas desde una perspectiva económica, como las relacionadas con el ayuno, el consumo de carne de cerdo o el sacrificio de vacas. Pero la incidencia de estas prescripciones en el desarrollo económico no parece haber sido importante.

No obstante, existen otro tipo de normas a las que se atribuyen consecuencias negativas mucho más graves. Unas están relacionadas con el poder; otras son más directamente económicas. En el hinduismo, el sistema de castas. En el islam, la falta de reconocimiento de instituciones no personales, la mala opinión sobre el préstamo con interés, y la existencia de sistemas de herencia muy solidarios. Tanto en una como en la otra, el rechazo al cambio.

EL HINDUISMO

Definir el hinduismo es complicado. Desde sus ignotos orígenes, este conjunto de creencias ha ido cambiando, captando elementos de otras religiones y buscando un hilo conductor que diera sentido a los relatos. El resultado es una religión sincrética como quizás no haya ninguna. De hecho, el mismo término «hinduismo» es una invención europea con la que quisieron dar nombre al maremagnum religioso de la India, que sus propios habitantes no habían querido o podido calificar. Los hindúes no creen que eso que llaman «hinduismo» sea una religión, sino un *dharma*, un concepto más amplio que también engloba la ética y una idea indefinida de la sabiduría. Sea lo que sea, en el hinduismo no existe un corpus doctrinal único e incuestionable. Exter-

namente, se trata de una religión politeísta construida sobre un panteón presidido por tres dioses principales, Siva, Visnú y Brahma, y en el que hay cabida para miles (o millones) de seres sobrenaturales. Sin embargo, esta profusión no constituye su aspecto más reseñable, sino una filosofía sobre el cosmos y el papel que el hombre desempeña en él. Como en otras religiones orientales, la trasmigración de las almas (metempsicosis) constituye una parte esencial de su relato; pero tampoco lo resume. En muchos aspectos, el hinduismo es una práctica religiosa fundada en ritos cotidianos y privados, y ritos excepcionales y colectivos; aunque también hay un hinduismo filosófico, sofisticado, complejo y un tanto elitista.

La religión hindú tiene su origen en el llamado vedismo (1500 aC-500 aC), una doctrina que ensalzaba las cualidades guerreras de la clase dirigente de origen ario, y que se transmitió a través de unos textos conocidos como *vedas*. Alrededor del 500 aC tuvo lugar una «revolución espiritual» en la India cuyo resultado más notable fue el nacimiento del budismo, pero que también alteró profundamente el vedismo. En su etapa final (los años son difíciles de precisar) y hasta el 200 dC se fueron escribiendo los principales textos religiosos hindúes, como los *upanishads* y el *majabharata* (que incluye el *Bhagavad Gita*, acaso el principal). Esta segunda etapa es conocida como brahmanismo por el desarrollo del concepto de *Brahman*, una entidad impersonal a la que solo tenía acceso los sacerdotes *brahmanes*. Pese a la importancia del *Brahman*, el hinduismo no evolucionó hacia un monoteísmo, sino que profundizó en el conocimiento de las manifestaciones divinas, y también humanas. De ahí que los principales textos sagrados en la etapa final, los *puranas*, incidan sobre el origen y genealogía de los dioses. Asimismo, y sobre todo en el último milenio, se desarrolló una filosofía y ética basada en la tolerancia y la resignación. Quizás la creencia básica del hinduismo moderno sea la búsqueda de la armonía, pues lo divino, que es único, universal y multiforme, existiría en todos y cada uno de nosotros⁴⁷.

El hinduismo ha tenido una pobrísima vocación evangelizadora, por lo que hoy en día solo se practica en la India, Nepal y la isla de Bali (obviamente, también hay hinduistas allí donde han emigrado indios). Esta es una de sus principales diferencias con el budismo, cuyo proselitismo solo es comparable con el de las grandes religiones occidentales. El budismo surge de la prédica realizada por Siddharta Gautama Buda en el norte de la India en el siglo VI aC. Dado su origen y la coincidencia del mensaje, se le podría considerar

⁴⁷ Sobre el hinduismo en general, Flood, 1998.

una escuela del hinduismo. Pero también se podría decir que el hinduismo original se impregnó de las doctrinas de Buda. Lo cierto es que en esos siglos hubo un trasvase de creencias entre monjes y sacerdotes hinduistas, budistas y jainistas (otra religión, o *dharma*, de la India) de modo que resulta difícil discernir el «verdadero» mensaje de cada religión; un problema que, como veremos, se extiende al conjunto de Asia. El budismo desapareció de la India unos 1.000 años después de su nacimiento; principalmente por las persecuciones de los nuevos gobernantes musulmanes. Sin embargo, esos mismos invasores apenas se cebaron en el hinduismo, quizás por su extensión y por la inexistencia de una estructura religiosa formal. El budismo sobreviviría en Tíbet, Ceilán, y, aún más al este, en China y Japón. Y también en la misma India, pero subsumido en el hinduismo primigenio⁴⁸.

Seguramente, el sistema de castas es la más conocida de las instituciones del hinduismo; y también la menos característica⁴⁹. Sería más correcto considerarlo como una peculiaridad india, más que hindú; un régimen estamental llevado hasta sus últimas consecuencias, y que, como otras regulaciones, fue ganando el respaldo de las autoridades religiosas hasta identificarse con la religión. De hecho, aunque parece tener un origen muy remoto, no se terminó de conformar hasta el período colonial. La justificación religiosa de las castas yace en la metempsicosis. Nuestra condición dentro de una determinada casta solo sería una contingencia dentro de un largo ciclo de migraciones del alma que se ajustan a una gran ordenación cósmica y a los actos de nuestras vidas anteriores; de los que somos responsables, pero desconocemos. En consecuencia, solo cabe una actitud paciente y resignada ante los avatares de la vida. La rebelión contra el sistema no solo sería reprochable, sino también inútil. De este modo, el hinduismo vendría a sacralizar el orden social impuesto por los gobernantes, ya sean mogoles, *marathas* o británicos, lo que también ayuda a explicar su supervivencia ante los avatares políticos.

El sistema de castas en realidad refleja una doble estratificación. Por un lado, está el bien conocido sistema de las cuatro castas propiamente dichas, llamadas *varna*: sacerdotes (*brahmán*), guerreros (*kshatriya*), comerciantes (*vaisya*) y campesinos (*sudra*). Esta división no es particularmente original, y muchas otras civilizaciones reproducen estamentos parecidos. Por ejemplo, Europa construyó su particular sistema sobre los órdenes de *oratores*, *bellatores*

⁴⁸ Harvey, 1998: 167-169. Para una sinopsis de la historia del budismo, Ruiz Calderón, 2008.

⁴⁹ Sobre el sistema de castas en la India antes de la colonización, Bayly, 1999: 25-97. Una perspectiva sociológica en Dumont, 1970.

y *laboratores*; que tampoco es muy diferente del orden social de Japón y otras sociedades. Lo realmente peculiar del sistema indio es la existencia de una clasificación paralela a la anterior, los *jatis*, cuyo número es incontable. Cada *jati* se define por su territorio, por la dedicación profesional, y por sus relaciones con otros *jatis*. Cuenta con una jerarquía propia, y con un sistema de toma de decisiones más o menos democrático que obliga a todos sus miembros. Estos se ven compelidos, por ejemplo, a no copiar comportamientos ni mantener relaciones indebidas con miembros de otros *jatis*. Sin embargo, los mismos *jatis* no están tan constreñidos: pueden elevarse socialmente; romperse y dar lugar a nuevos *jatis*; y también pueden desaparecer. Así pues, se trata de una estructura social muy rígida con respecto a cada individuo, pero que admite cierta flexibilidad como grupo.

Desde Occidente existe una visión muy negativa del sistema de castas indio, no solo porque su mera existencia ignora los valores fundamentales de la democracia liberal y los mismos derechos humanos, sino también por sus presumibles efectos negativos sobre la economía. Las castas, como cualquier barrera de entrada al mercado (estamentos, fronteras, discriminaciones religiosas o lingüísticas, etc.), entorpecen el desarrollo económico. El mercado pierde extensión y profundidad, y se hace un uso poco eficiente de los recursos. En particular, el talento individual es mal aprovechado porque el acceso a la profesión no se deriva del mérito. Además, los sistemas reglamentistas son muy conservadores porque la tradición que protege al miembro de la casta de las intrusiones es la misma que la que le impide hacer las cosas de otro modo. Pero es importante notar que una estructura perjudicial a largo plazo para una comunidad puede ser beneficiosa individualmente. Por muy indeseable que sea la casta, desde la perspectiva de sus miembros es un mecanismo de supervivencia, pues les reserva una ocupación. De ahí que cada nueva crisis, cada nueva amenaza derivada de la llegada de conquistadores, guerras o hambrunas, se tradujera en un nuevo giro de tuerca en el sistema. Así, las castas se alimentaban de la incertidumbre, por lo que los períodos de mayor inestabilidad parecen haber favorecido su extensión.

Sin embargo, es dudoso que tal sistema sea el responsable último del atraso de la India. Para empezar, no es evidente que la India fuera una economía más amordazada que otras. Aunque el control de los *jatis* sobre muchas actividades económicas fuera un obstáculo al desarrollo económico, no es nada diferente de lo que sucedía en otros lugares, donde familias, clanes o gremios controlaban los mercados. Los griegos *fanariotas*, los mercaderes sirios y libaneses, o las comunidades chinas del Indonesia, son ejemplos de éxito en entornos ajenos o, incluso, hostiles. Todos estos grupos tuvieron éxito pese a

su carácter conservador, que se revela, en primer lugar, en la obligación de cada individuo de seguir las normas profesionales marcadas por la familia. De hecho, es razonable pensar que los costes de aprendizaje (*skill premium*) dentro de estos grupos fueran más bajos que fuera de ellos, y que esto compensara la posible inaptitud de los sujetos. Por otro lado, el mismo *jati* no era completamente inmóvil. Como ya vimos, la adaptación, fragmentación y cambio del grupo entero eran posibles. En fin, no todo el mundo pertenece a un *jati*. Así, *Adivasi* (indígenas), *dalit* (parias), musulmanes y miembros de otras comunidades religiosas no forman parte del sistema de castas. En particular, es relevante el notable porcentaje de musulmanes, sobre todo en el Noroeste y Noreste de la India, y en las ciudades. Esto último es importante porque precisamente era en las ciudades donde se realizaban actividades económicas más variadas que exigían una mayor innovación.

La existencia de uno de esos grupos extraños al sistema de castas los parias (*dalit*), constituía en sí mismo un problema. Actualmente, se cree que entre el 16 y el 18% de la población india son parias, y es posible que anteriormente fueran más. Excluidos de cualquier actividad económica rentable, los *dalit* se veían condenados a las tareas menos deseables, y a llevar una vida de postergación y vergüenza. Desde una perspectiva económica, analizar la eficiencia del sistema de castas en la India parece tan paradójico como analizar la eficiencia del sistema esclavista en el sur de los Estados Unidos (y, sin embargo, nuestra visión eurocéntrica de la Historia nos lleva a dedicar mucho más tiempo a hablar de los negros norteamericanos que de los parias indios). La mera existencia de tantas personas con derechos políticos y económicos inferiores a los de la mayoría es, por supuesto, intolerable. Pero al margen de esta obviedad, es pertinente analizar si la existencia de individuos descastados tendría consecuencias adversas sobre el conjunto de la economía y la sociedad india. Se pueden reconocer dos efectos indeseables: Primero, los parias, trabajadores sin tierra ni formación, proletarios que vivían en una suerte de esclavitud social, eran algo parecido a lo que Marx denominaba «ejército industrial de reserva». Y como tal, flexionarían a la baja a los salarios. Segundo, y derivado de lo anterior, esta presión a la baja desincentivaría la inversión en capital. No tiene sentido invertir en maquinaria moderna ahorradora de trabajo cuando el precio de ese trabajo, el salario, es muy bajo.

No obstante, existen razones convincentes para ignorar estos argumentos. Con respecto al ejército industrial de reserva, el principal problema de esta tesis es que el rasgo más significativo de los mercados laborales es su estancamiento. Por eso los inmigrantes no suelen «quitar» puestos de trabajo a los nacionales, salvo en sectores muy concretos que normalmente son muy poco

apetecidos. Los artesanos que elaboraban los calicós eran simples campesinos que aprovechaban las posibilidades que ofrecía la familia y los períodos de inactividad. Es decir, no eran *dalit* (o no lo eran normalmente). El problema de la desinversión tampoco es obvio. La sustitución de capital por trabajo o viceversa es más la excepción que la norma. Pocas veces los empresarios se plantean la producción bajo este tipo de alternativas. Además, incluso cuando lo hacen los salarios solo son un aspecto de esa decisión. Por eso, los países pobres con salarios bajos lo siguen siendo; los capitalistas no invierten en ellos atraídos por los bajos salarios; o no principalmente por ello. Y eso mismo se puede decir de la India en el siglo XVIII. Como vimos, el salario de un artesano inglés era seis veces mayor que el de un indio, pese a lo cual, la moderna industria inglesa fracasó en su intento de asentarse en la India. Es difícil imaginar que, con salarios más elevados, el capital inglés, o indio, hubiese sido más activo.

En resumen, el sistema de castas no era ni omnímodo, ni inmutable. No hay indicios claros que permitan suponer que la sociedad india fuera menos innovadora que, por ejemplo, la de China. La existencia de una gran masa de *dalit* no tendría que haber reducido los salarios ni desincentivado la inversión. Por odiosas que puedan resultarnos, nada hace pensar que las castas fueran responsables del pobre desarrollo de la India.

EL ISLAM

Desde la perspectiva de un occidental, el estudio del islam es bastante más fácil que el del hinduismo pues existe una identidad común de términos; empujando por el de la palabra «religión». En ciertos aspectos, el islam parece una versión simplificada del cristianismo. Ante todo, es un monoteísmo estricto. De modo bastante incorrecto, la teología islámica ha venido a reducirse a una sola frase, la *shahada*, el testimonio o profesión de fe: «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta». Esta simplicidad contrasta con la complejidad del cristianismo donde el mismo concepto de Dios Único es perturbado por la existencia de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las relaciones entre ellas, y sobre todo el papel del Hijo, Jesucristo, como «enviado» del Padre, dio lugar a interminables polémicas. La simplicidad del islam explica parte del éxito de su predicación en tierras cristianas. La nueva religión se difundió muy rápido entre los numerosos grupos heterodoxos del cristianismo bizantino (arrianos, nestorianos, monofisitas, donatistas...) que rechazaban algún aspecto de la compleja teología católica.

Esa radical sencillez doctrinal es coherente con unos rituales igualmente sencillos, aunque exigentes. Todo lo cual condujo a la ausencia de un clero en el sentido cristiano del término. Lo más parecido sería el cuerpo de los ulemas, personas que dedicaban su tiempo a la exégesis de los textos sagrados y el estudio de la moralidad individual y colectiva. Sus diferencias con, por ejemplo, los sacerdotes cristianos o los monjes budistas son patentes. Ante todo, los ulemas no formaban una estructura jerárquica separada de la comunidad y con reglas propias. En general, el islam desaprueba el aislamiento del hombre de fe y le anima a participar en la vida social desde su autoridad moral y su conocimiento del Corán y los hadices. De los ulemas se espera una vida pública activa e intachable; tan cercana al pueblo como carente de sentido corporativo. Este principio general no siempre se cumplió. En primer lugar, porque en la rama menor del Islam, la Chía, sí que se desarrolló un cuerpo religioso, los ayatolas y grandes ayatolas. Pero, además, en la rama mayoritaria, la Sunna, hubo un creciente interés del poder para dotar a los ulemas de cargos públicos para asegurar su control. Pero, al fin, esta es la cuestión: incluso si queremos ver en los ulemas de las últimas fases algún tipo de «iglesia islámica», la cualidad que nunca se les podría conceder es la de ser independientes.

La sencillez de la doctrina y los ritos no debe ocultar que, en otros aspectos, el islam es una religión compleja. Sucede que el foco no es puesto en la teología o los ritos, sino en la moral. Las mayores preocupaciones de los primeros teólogos musulmanes se dirigieron hacia el estudio del comportamiento humano. De ahí su prolijo carácter normativo. Durante los tres siglos siguientes a la prédica de Mahoma se elaboraron varios textos religiosos que debían regular la conducta. Uno de ellos fue el Corán, escrito durante el mandato del tercer califa sobre una tradición oral que, según los creyentes, recoge literalmente la misma palabra de Dios dictada a Mahoma en un sueño. Sin embargo, y por extraño que parezca, ese texto apenas contiene regulaciones legales estrictas. Solo 190 de los 6.237 versículos pueden considerarse como tales, y en su gran mayoría se refieren a un ámbito muy concreto, el derecho de familia⁵⁰. En cambio, hay un gran número de reflexiones de carácter moral, aunque muchas resultan inconcretas y hasta contradictorias; por ejemplo, las concernientes a la ingesta de alcohol, que se alaba lo mismo que se condena.

⁵⁰ Vercellin, 2003: 271.

El hecho de que el Corán sea un texto moral antes que normativo explica porque la estructura jurídico-moral de la religión se tuvo que levantar sobre otros materiales. En particular, sobre los *jadices*, los relatos de la vida y las enseñanzas de Mahoma. Esta es una fuente mucho más detallada y extensa; quizás, demasiado. El número de jadicces es enorme (se habla de hasta 30.000), y su fiabilidad variable. Además, incluso tomando como válidos los contenidos en las colecciones más extensas, resulta imposible recoger en ellos todas las cuestiones concernientes a la compleja vida de una sociedad. Y más con el paso del tiempo, y a medida que los musulmanes entraban en países cada vez más extraños. De ahí que se hiciera necesario seguir «descendiendo» en la búsqueda de nuevas fuentes, como el consenso de la comunidad, la analogía y la opinión de los expertos. En definitiva, el entramado ético-jurídico del islam se tuvo que construir sobre las interpretaciones realizadas por juriconsultos que empleaban todas esas fuentes. Ello dio lugar a cuatro (en el pasado hubo más) escuelas coránicas o jurídicas, que discrepan entre sí sobre varios asuntos, alguno de cierta importancia⁵¹.

Además, se desarrollaron dos movimientos religiosos paralelos. Por un lado, y como consecuencia de discrepancias sobre la sucesión de Mahoma, surgió la Chía, que fue elaborando una visión propia del islam, muy diferente de la de la Sunna (tradición) en ciertas cuestiones. Así pues, no es una «quinta» escuela coránica, aunque ocasionalmente se la haya querido presentar así. Este movimiento se dividió en varios grupos, siendo el principal el de los «duodecimanos» (que creen que hubo una serie de doce imanes, o líderes santos, a contar desde Alí, el yerno de Mahoma). Por otro lado, y tanto en la Sunna como en la Chía, surgió un misticismo islámico que recibe el nombre de sufismo, y que ha tenido una larga, compleja y contradictoria evolución. Más que por su contenido doctrinal, lo que distingue al sufismo del islam sunnita o chiita, es que trata de superar las restricciones de una religión reglamentista y, por tanto, intelectual y fría. Además del chiismo y el sufismo, hay una última y muy minoritaria rama del islam, el jariyismo. Por otro lado, en muchas ocasiones, la interacción con otros credos dio lugar a religiones diferenciadas más o menos sincréticas, más o menos islámicas: drusismo, yazidismo, alevismo, bahaismo y sijismo, entre otras. La mera presentación de estos credos revela que el islam no es tan uniforme como se supone.

Más allá de los tópicos sobre los supuestos rasgos de la personalidad árabe, sobre el radicalismo y la violencia, sobre la indolencia, el calor del desierto,

⁵¹ Vercellin 2003: 68-77 y 268-282.

el ayuno del ramadán, la estigmatización del cerdo y demás, se han ofrecido algunos argumentos razonables para explicar el atraso económico de los países islámicos. Todos giran sobre las consecuencias que para el desarrollo económico tuvieron ciertos aspectos del entramado jurídico de las escuelas coránicas.

En primer lugar, el derecho sucesorio. Según normas expresamente recogidas en el Corán, los bienes que cada individuo dejaba al fallecer debían ser repartidos entre sus herederos según criterios que aseguraban cierta participación a parientes no directos (hermanos, tíos, sobrinos, etc.). Desde una perspectiva económica, esta amplia distribución de la riqueza podría ser contemplada como algo positivo. Las normas sucesorias islámicas serían un instrumento de solidaridad intergeneracional, quizás modesto, pero no irrelevante. Pero esa misma repartición tenía una consecuencia económica indeseable y, por tanto, socialmente negativa: la fragmentación del patrimonio del difunto impedía la acumulación de capital en pocas manos, lo que dificultaba la formación de grandes casas de negocio familiares, que históricamente se han mostrado muy útiles para el desarrollo del capitalismo.

El problema se doblaba por la falta de reconocimiento jurídico de las entidades colectivas. El derecho islámico se construye sobre relaciones entre individuos, con lo que no tienen cabida dichas entidades. Hay dos excepciones. En primer lugar, y obviamente, el Estado. La segunda excepción es más pertinente, los *awaqf* (árabe; en singular *waqf*), entidades destinadas a proteger el patrimonio vinculado al mantenimiento de un servicio público (por ejemplo, una fuente) o una obra de caridad (una *madrasa*). Aunque no fuera su primera finalidad, muchos acabaron sirviendo para proteger un patrimonio familiar. De todos modos, las posibilidades de extender el uso de los *awaqf* acaban aquí. E incluso para este propósito su efectividad estuvo lejos de ser completa. Desde el punto de vista del desarrollo económico el problema de la reluctancia a las entidades colectivas es que las empresas precisamente son eso. Así pues, el derecho impedía su desarrollo. Curiosamente, en este terreno el Islam partía de una situación ventajosa. Los contratos del tipo *mudaraba* y *musharaka* fácilmente podrían haber evolucionado hacia formas empresariales, como sucedió en Italia con la *commenda*. Sin embargo, en el Islam esa transformación se retrasó hasta el siglo XVIII, y solo en el imperio otomano, y solo como consecuencia de la influencia europea⁵². La combinación de los dos problemas, los sistemas de herencia y la inexistencia de entidades colec-

⁵² Kuran, 2011: 97-142.

tivas, tenía como consecuencia que el fallecimiento de un comerciante rico a menudo se resolviera con la pura liquidación de sus negocios, impidiendo la consolidación de emporios comerciales. A su vez, esto dificultaba la reunión de capital necesario para emprender operaciones de envergadura, como las que implicaba el comercio interoceánico.

Parte de esas dificultades hubieran podido resolverse mediante instrumentos financieros que abrieran el crédito, como los bancos comerciales. Pero la historia del préstamo con interés en el mundo islámico reproduce, con ciertos matices, la de las sociedades mercantiles. En el islam, como en el cristianismo, el interés estaba prohibido por prescripciones religiosas que encuentran su fundamento en los textos sagrados. Bien es cierto que en él se partía de una situación algo más ventajosa al no existir ningún rechazo hacia los comerciantes (el mismo Mahoma fue un mercader de camellos), lo que facilitaría la formalización de los préstamos. En todo caso, tanto en una religión como en la otra era necesario encontrar mecanismos con los que soslayar dicha norma.

La forma más sencilla de hacerlo era recurrir a otra comunidad religiosa, los judíos. Debido a las persecuciones de la última etapa del imperio romano, los judíos se habían especializado en actividades económicas mal vistas. Varias de ellas eran muy rentables, como el préstamo con interés, el comercio de joyas o la medicina. Lo cierto es que las prescripciones religiosas que impedían a los cristianos el préstamo con interés también eran aplicables a los judíos, pues se hallaban en los mismos textos sagrados; es decir, el Antiguo Testamento. Todo lo cual, al fin, es revelador de cómo las normas religiosas pueden ser esquivadas si los poderes públicos no lo impiden, y la necesidad urge. Esa vinculación (forzada) del préstamo con interés con la comunidad judía se encuentra en la base mental del antisemitismo común a las dos religiones. Pero, una vez más, el Islam partía con ventaja. Durante la Edad Media, los musulmanes fueron mucho más tolerantes hacia los judíos que los cristianos. Es revelador que en Al-Ándalus existieran densas comunidades judías que fueron desapareciendo a medida que se extendía el territorio cristiano. La conversión forzada o expulsión de los judíos de España fue una de las primeras decisiones de los Reyes Católicos tras la toma de Granada, un acto que seguramente no fue ajeno al hecho de que la Corona tenía importantes deudas con miembros de esa comunidad. Cuando no se convirtieron, esos judíos huyeron, sobre todo, a Marruecos y otros lugares del extenso imperio otomano. Así pues, el acceso al crédito sería algo más fácil en el Islam por la mera tolerancia. Aunque para cuando los judíos fueron expulsados de Sefarad (España) la situación del crédito en Europa ya era notablemente mejor que en el propio Islam.

La existencia de comunidades judías era una vía de escape a la prohibición de préstamos con interés, pero no dejaba de ser una solución imperfecta, pues incurre en pecado tanto el que presta como el que pide un préstamo. Y, al fin, el crédito exige transparencia y juzgados, pues los impagos abren largos litigios. De ahí que fuera importante encontrar instrumentos con los que soslayar las prohibiciones religiosas de forma general y pública. Y también en este terreno el islam fue pionero. Quizás el ejemplo más notable fue el desarrollo por una de las escuelas coránicas, la *hanafi*, de una disciplina entera de, literalmente, «argucias legales» para subvertir la prohibición del préstamo (y muchas otras)⁵³. En la práctica, los teólogos cristianos, y en particular los de la Escuela de Salamanca, terminaron creando su propia colección de argucias, basadas, al igual que en el islam, en la distinción entre usura e interés. La principal diferencia es que lo hicieron cuatro o cinco siglos más tarde.

En definitiva, es posible reconocer en el islam creencias religiosas que habrían supuesto un obstáculo importante al desarrollo económico; aunque también hubo instrumentos con los que soslayar esas dificultades. De hecho, las dificultades más severas empezaron a ser removidas en época temprana, y no hay ningún motivo para no pensar que todas hubieran podido ser suprimidas de forma definitiva. En rigor, en el islam no existe un conjunto de normas inmutables sobre lo que el creyente debe o no hacer. Lo que existe son interpretaciones de principios poco precisos realizadas por exégetas de prestigio. El conjunto de esas interpretaciones y normas es conocido como *sharía*. Dado que los intérpretes de la ley no formaban un cuerpo independiente, una iglesia, y dado que muchos vivían del favor de los poderosos, el desarrollo y aceptación de la *sharía* dependía, en último término, del Estado. Es cierto que, en muchos asuntos, como los concernientes a la vida familiar y la sexualidad, los poderes públicos eran indiferentes y la evolución de las normas fue autónoma. Pero cuestiones como los impuestos, los préstamos y el comercio interesaban a los Estados, y estos podían llevar a los ulemas a interpretaciones favorables al fortalecimiento de la economía.

Y así sucedió a menudo. Hay muchos ejemplos de adaptaciones exitosas de las normas religiosas a las necesidades económicas, procesos que normalmente eran promovidos desde el poder. Ya hemos visto las «argucias legales» de la escuela *hanafi*. Otro conjunto de adaptaciones exitosas tuvo lugar en el

⁵³ Vercellin, 2003: 285-286. El término técnico es *hiyal* (plural, *hila*), y, en rigor, no es exclusivo ni de esa escuela, ni del préstamo con interés. El *hiyal* es cualquier recurso jurídico para hacer pasar como legal una acción no contemplada o, incluso, rechazada por la *sharía*.

imperio otomano en el siglo XIX con las llamadas reformas *tanzimat*. En términos generales, tanto los primeros tiempos del islam, como los siglos XIX y XX, fueron períodos de cambio y adaptación. Pero en medio hubo un largo período de rigorismo. Sus límites temporales podrían venir definidos por dos eventos de naturaleza militar: la toma de Bagdad por los mongoles en 1258, y la derrota turca en el segundo asedio de Viena en 1683. Como vimos, estos fueron siglos de una gran inestabilidad política debido no solo al caos de las invasiones mongolas y de Timur, sino también a la incapacidad de los grandes Estados para hacer prevalecer su autoridad sin el recurso de las armas. La inestabilidad parece asociada al inmovilismo, como sugiere el hecho de que los principales o únicos esfuerzos para adecuar la *sharí*a a la realidad económica en esos tiempos ocurrieron con Solimán I, Akbar y Abbas I. Es decir, durante los momentos culminantes de los tres imperios, que también fueron épocas de estabilidad y progreso. Podría decirse que el gran problema del Islam imperial fue que la tendencia hacia un gobierno responsable apuntada por esos tres emperadores no tuvo continuidad.

El inmovilismo religioso se asocia a la decadencia cultural; y parece que ambos comenzaron incluso antes de la caída de Bagdad. Alrededor del siglo XII entró en declive el largo programa de investigación científica que había arrancado poco después de la conquista árabe. Y también murió, o casi, la filosofía islámica. La escuela *mutazalí* fue perdiendo peso debido a la creciente influencia del pensamiento de Al-Ghazali (en español, Algacel) y sus seguidores. De forma resumida, este cambio significó una deriva desde posiciones racionales hacia otras ascéticas, teológicas e irracionales; en fin, anti-filosóficas. Un hecho que no debió ser ajeno a la emergencia de movimientos religiosos esotéricos. En general, el pensamiento y la vida social y económica estuvieron marcados por un creciente conservadurismo. Por supuesto, una actitud prudente hacia los negocios es necesaria. Pero una prevención excesiva es un obstáculo al desarrollo económico porque impide la adopción de instrumentos y tecnologías modernos y adecuados a las circunstancias de cada momento. En el caso del Islam, la adopción de reformas legales que permitieran escapar de las limitaciones de la *sharí*a. Llevado a su extremo, el conservadurismo justifica la censura.

Y precisamente sobre la censura en el islam existe un precedente interesante: la imprenta. En el próximo tema veremos que fue inventada en China en tiempos remotos, aunque su aplicación fue limitada debido a las dificultades que imponía la lengua escrita, que no era alfabética. Este problema no existía con el árabe ni con los otros idiomas de la región, como el turco, el persa, el urdu, etc., que, por entonces, también empleaban el alfabeto árabe.

En el Islam clásico se había generado una extensa producción religiosa, literaria y científica que seguramente tuvo acogida en amplios sectores urbanos. Por otro lado, desde poco después de la conquista, los árabes tuvieron acceso a otra invención muy relacionada con la imprenta, el papel. Esto era importante porque con la antigua oferta de papiros hubiese sido imposible sostener una industria de impresión. En resumen, hacia los siglos VIII-X se daban todas las circunstancias para que en el Islam se construyera algún tipo de imprenta. Pero esto no sucedió.

Fueran cuales fuese las razones para esa no-inventión (y tampoco ha lugar preguntarse por todas las cosas que no sucedieron) resulta revelador lo que ocurrió varios siglos más tarde. Hacia 1450 el alemán Johannes Gutenberg inventó (o reinventó) la imprenta, que tuvo una difusión muy rápida en Europa occidental. A finales del siglo XV en la España cristiana ya había varias. Algunas de ellas pertenecían a judíos que en 1492 huyeron al imperio otomano. Al poco de asentarse en sus nuevos hogares en Estambul, Izmir y Tesalónica, volvieron a imprimir libros. Pero inmediatamente fueron reprendidos por las autoridades religiosas, que encontraban inaceptable que el Corán pudiese ser impreso con máquinas y resultara accesible al gran público. Aquella modesta actividad tuvo que cerrar, pues la prohibición del empleo de la imprenta se extendió a cualquier texto en tanto en cuanto se empleasen los caracteres del idioma árabe, en el que Alá había hablado a Mahoma⁵⁴.

En los siguientes dos siglos, y mientras en Europa la impresión de libros adquiría dimensiones colosales, en el imperio otomano y el resto del Islam la imprenta siguió siendo desconocida. Pero en 1727 se volvió a autorizar. Sucedió tras el fracaso del segundo sitio de Viena y de otras campañas militares que resultaron en la pérdida de Hungría, Croacia y partes de Serbia y Rumanía. Esas derrotas llevaron a las clases dirigentes a cuestionar muchos aspectos del régimen. Entonces, un húngaro nacido en Transilvania y convertido al Islam con el nombre de Ibrahim Muteferrika solicitó permiso para abrir un taller de impresión en Estambul. De nuevo los ulemas se opusieron, pero esta vez las autoridades civiles se limitaron a prohibir la impresión de libros de temática religiosa. De todos modos, el taller de Muteferrika tampoco se vio desbordado por los pedidos. Hasta su muerte en 1745 solo publicó 17 trabajos, con 23 libros de unas 500 a 1.000 copias. La mayoría eran históricos, pero también había tres sobre el lenguaje, otros tres científicos, y un atlas

⁵⁴ Offenberg, 1996.

mundial, que, al parecer, fue muy comentado en la época⁵⁵. A lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII lentamente fue ampliándose la ventana de conocimiento abierta por Muteferrika. Con el tiempo, la imprenta derrotaría al conservadurismo.

Pero la cuestión es por qué el imperio otomano necesitó más de dos siglos para autorizar la impresión de libros. Y por qué, una vez autorizada, su progreso fue tan lento. Un argumento sencillo es señalar que el conocimiento, y por tanto su difusión, supone una amenaza al poder establecido. Por tanto, todas sus estructuras están interesadas en frenarlo. Pero esto no es necesariamente cierto y, de hecho, casi nunca lo es. Lo que el poder realmente quiere es que solo se cuente su versión de los hechos; y a eso lo llamamos Historia (perdón por el sarcasmo). También quiere que se le obedezca, y a eso lo llamamos Derecho (ídem). Pero tanto para lo uno como para lo otro se requiere de la población cierto conocimiento; como mínimo, saber leer y tener acceso a la lectura. Así, la propaganda política desplegada por la Casa de Orange para desacreditar el imperio español (la «Leyenda Negra») fue una estrategia inteligente porque parte de la población flamenca y protestante sabía leer. Pero los turcos que sabían leer eran muy pocos. Así pues, era más sencillo ocultar la información, que deformarla. Pero esto conducía al desencanto y la frustración, y el modo violento en el que se desarrolló el imperio otomano, y cómo se fue consumiendo, demuestra los efectos perversos de semejante política.

Descendiendo a aspectos más concretos, ignorar los progresos de la ciencia e impedir la difusión del conocimiento militar era una forma infalible de ser vencido. Los gobernantes del imperio otomano de los siglos XVI y XVII podrían haber sido conscientes de ello, pero las fulgurantes victorias logradas desde Mehmet II hasta Solimán I les impidieron ver la realidad. Y esta era que, aunque contaban con ejércitos enormes, y disponían de muchísimas armas de fuego, en todos los aspectos concernientes a las artes militares estaban por detrás de Europa, que con menos hombres y menos armas había logrado resistir su empuje. Y, lo que es peor, esa diferencia era creciente de año en año. Hasta que se volvió en su contra en 1683.

En definitiva, el conocimiento, y no solo el militar, era esencial para la supervivencia del imperio. Así que, a largo plazo, prohibir la publicación de libros era suicida. Hubiera entrado dentro de lo previsible que las autoridades atendieran las demandas de los ulemas si el propio Estado fuera una teo-

⁵⁵ Ferguson, 2012: 138-139.

cracia; pero el imperio otomano estaba lejos de serlo. De hecho, los sultanes otomanos pocas veces manifestaron sentimientos religiosos sinceros, y más bien abundan los ejemplos de impiedad, empezando por el alcoholismo. En definitiva, el temor religioso, aunque pudiera operar en algunas circunstancias, no es un argumento para explicar la prevalencia de un estamento clerical que, por otra parte, tampoco tenía una estructura organizada.

Quizás la explicación de lo sucedido haya que buscarla en los años iniciales de ese período de oscuridad. Las invasiones mongolas y turcas de los siglos XIII a XV fueron un cataclismo colosal del que nadie, y tampoco la religión, salió indemne. No es fácil exagerar su importancia. Las destrucciones causadas por los pueblos nómadas superaron cualquier otro espanto anterior a la época de los asirios. Relatos tan espeluznantes como las conquistas de Timur o Hulagu no se encuentran en las campañas de los cruzados, los selyúcidas, Cosroes II, Heraclio, Sapor I, Alejandro, Ciro o Nabucodonosor. Literalmente, hay que retrotraerse al primer milenio antes de Cristo para encontrar episodios semejantes. Como vimos, las pérdidas humanas fueron enormes, y hubo países que vieron retroceder sus bases agrarias. Los cambios demográficos favorecieron a las comunidades nómadas sobre las sedentarias, provocando una mayor ruralización e interiorización de las ciudades supervivientes. La preservación de la Ruta de la Seda o la prosperidad de Samarcanda no compensaron ni remotamente la destrucción dejada tras el paso de las hordas. En el norte de África hubo procesos semejantes a los de Oriente Medio por la llegada de tribus del desierto.

En este escenario apocalíptico, la religión jugó un papel importante para preservar la civilización. Actuó como un refugio. No es casual que en muchos lugares las invasiones mongolas condujeran a la desaparición del cristianismo, el zoroastrismo y las otras religiones que no servían a tal fin. La práctica religiosa adquirió un nuevo tono excluyente y rigorista, sobre todo entre algunos de los herederos mongoles y turcos. Un ejemplo es la ingesta del alcohol. Dadas las contradicciones del Corán, durante los califatos omeya y abasí, no hubo una posición clara sobre su consumo, lo que explica que el vino, la taberna, y el universal tema de «bebo-para-olvidar-a-la-chica-que-me-ignora» sean corrientes en la poesía árabe clásica. Solo a partir de la debacle del siglo XIII el consumo de alcohol empezó a sufrir un estigma social, que terminó con la desaparición del cultivo de vides.

La forma en la que el poder se veía a sí mismo también cambió. Uno de los problemas de los nuevos gobernantes es que tenían el respaldo de las armas, pero ninguna legitimidad. Por tanto, podían ser depuestos por un golpe de

fuerza perpetrado por cualquier candidato al trono que contara con el apoyo de una guardia pretoriana o de una tribu movediza. Así pues, era importante construir alguna forma de legitimidad, para lo cual los emperadores se sirvieron de diferentes mecanismos. Por ejemplo, los mogoles hicieron retrotraer su origen a Gengis y Timur. Pero este no fue ni el único ni, quizás, el mecanismo más importante. En las sociedades islámicas, en las que la religión tiene tanto peso, el refrendo de ulemas y ayatolas era importante. A comienzos del siglo XVI el sultán de Estambul se declaró califa, heredando el título, por entonces solo honorífico, del de Bagdad, ciudad que acababa de conquistar. En cierto modo, resultaba lógico, dada la tradicional identificación entre las esferas religiosa y política de la que Mahoma fue el primer (y perfecto) ejemplo. Pero, por otro lado, resultaba aberrante que el califa fuera un individuo que no era capaz de leer el Corán en su propio (y perfecto) idioma. Y lo que es peor: que no fuera descendiente del Profeta. Para sortear este problema, los hagiógrafos del imperio otomano construyeron un pasado mítico alrededor del fundador de la dinastía, Osman I. Supuestamente, el mismo Alá en un sueño le habría prometido un largo linaje de emperadores si se convertía al islam; lo que, por supuesto, hizo. Como tampoco los emperadores safavíes y mogoles podían retrotraer su linaje a Mahoma, apelaron a la defensa de la verdadera fe. Es decir, la fe chií contra la sunní, en el caso de los safavíes; y la fe sunní contra todas las demás, en el caso de los mogoles Sah Jahan y Aurangzeb.

Como contrapunto, es relevante el caso de la única dinastía árabe de cierta importancia que sobrevivió a la irrupción turca: los alauí de Marruecos. Su fundador fue Moulay Ali Cherif, señor de un gran oasis del este y líder de una hermandad islámica. Un típico caudillo del desierto sin más ascendencia que la de sus respetabilísimos e ignotos antepasados. Pero llegados al poder, los alauíes entroncaron su linaje con el del Profeta. Según la versión oficial, serían descendientes de Fátima, la hija de la primera esposa de Mahoma, y también esposa de Alí, el cuarto «califa perfecto». Como descendiente de Mahoma, el emir alauí sería «comendador» (o príncipe) de los creyentes. Ese título estaba asociado al de califa, de modo que su poseedor sería una figura equiparable a la del califa turco de Estambul; acaso superior, pues él sí era heredero del Profeta.

La religión también podía ser un potencial foco de conflictos. En primer lugar, por la oposición entre chiíes y sunníes. Antes de la llegada de los safavíes, los chiíes ocupaban una posición muy secundaria en el mundo islámico. Ciertamente, habían logrado construir un gran califato en Egipto y el norte de África, el imperio fatimí (909-1171), que no era «duodecimano» sino «is-

mailita» (o «septimano»; es decir, reconocían como verdaderos imanes a Alí y sus seis sucesores, no a los cinco siguientes). Pero salvo por aquel episodio, nunca tuvieron una influencia política notable, y solo eran mayoritarios en algunas comarcas del Líbano. No obstante, como minoría estaban presentes en todo el Islam. El imperio safaví supuso un reto considerable no solo por su fuerza militar, sino por su vocación misionera. Además, el fundador de la Chía, Alí, estaba fuera de toda crítica al haber sido un «califa perfecto» y, además, yerno de Mahoma. Por supuesto, desde la perspectiva chií, el problema era semejante, pero planteado al revés: la Sunna, mayoritaria incluso en Irán, era una amenaza a la Chía. El odio religioso entre chiíes y sunnís, reforzó las tendencias conservadoras en todo el islam, haciendo que asuntos que hubieran sido observados con cierta distancia adquirieran una gran trascendencia.

Pero es importante contemplar el problema desde una perspectiva más amplia que la de la hostilidad entre sunnís y chiíes. Lo que realmente caracteriza la religión islámica de los siglos XIII a XVII es la fortaleza de movimientos heréticos, esotéricos y pietistas, como el sufismo, el morabitanismo y las cofradías islámicas. Algunos de esos movimientos disidentes se podían identificar con el misticismo, como muchos derviches turcos e iraníes. Otros, como los *ghulat*, tenían un cariz social inquietante para los poderosos. No pocas veces, esos movimientos tuvieron un carácter sectario e intolerante, rasgos más bien ajenos al islam de los primeros tiempos en el que las discrepancias tenían un trasfondo político, no religioso. Precisamente, la polémica de la que surgió la Chía es un ejemplo de ello. Seguir el rastro de todos estos grupos y de sus interminables vueltas, divisiones y progresiones resulta poco menos que imposible. Lo que es importante observar es que la influencia política de algunos de ellos fue considerable. Por ejemplo, la cofradía sufi de los Bektashi, que conectaba en muchas de sus creencias con el chiismo, era muy influyente entre los jenízaros; quienes, paradójicamente, servían al sultán otomano, defensor de los sunnís frente a los chiíes.

En resumen, para los sultanes y la administración imperial la religión no era algo que pudiera ser despreciado desde la aparente fortaleza de los cañones. Los emperadores necesitaban cultivar la lealtad de ulemas y ayatolás. Esa lealtad tenía un precio, pero este no era excesivo pues el clero, que no contaba con ingresos independientes, estaba dispuesto a llegar a un pacto. Y esto es lo que se alcanzó. Las tres casas imperiales destinaron una parte de sus ingresos a obras piadosas, como la constitución de *awaqf* o la construcción de mezquitas. Pero, sobre todo, confirmaron o aumentaron el control de ulemas y ayatolas sobre importantes facetas de la vida económica y social, siempre y cuando no entraran en conflicto con sus propios intereses. La ley civil no-

sharíatica conservó áreas de influencia intocables, especialmente en el ámbito público. Pero para todo lo demás, para el ámbito privado o comunitario, fue creciendo el peso de la *sharí*a. La prohibición de la impresión de libros formaba parte de esas normas destinadas a evitar el mantenimiento de la moral pública.

El hecho es que, llegado el momento, el sultanato levantó la prohibición a la imprenta. Ese acto no tuvo efectos tan potentes como la misma invención de la imprenta en la Europa medieval debido a la extensión de la *sharia* y el conservadurismo de la sociedad, pero solo era una cuestión de tiempo que se publicarían más y más libros. Lo mismo sucedió en otros campos a lo largo de los dos últimos siglos del imperio otomano. El hecho relevante es que el estamento clerical no pudo o quiso detener esa ola modernizadora. Hubo algunas victorias breves de la reacción, normalmente apoyadas en el cuerpo de los jenízaros. Pero la tendencia general fue la contraria. Aunque les disgustaran los cambios, muchos de los ulemas los aceptaron porque no querían un enfrentamiento directo con el Estado. Y como éste tampoco estaba interesado en un choque frontal, se limitó a mantener prebendas y apariencias. Por ejemplo, en el primero de los edictos *tanzimat* (3/11/1839) se explicaba la decadencia del imperio por los recientes incumplimientos de la *sharí*a, y apelaba a un mejor cumplimiento para resolver los problemas. Pero por paradójico que parezca, aquel decreto era, en realidad, un ataque en toda regla a la *sharí*a.

Así pues, lo que demostraron las reformas políticas del imperio otomano en sus últimos dos siglos (por entonces, los imperios mogol y safaví ya habían desaparecido) fue que la alianza entre los poderes político y religioso era muy desigual. De los dos socios uno era mucho más fuerte que el otro. El sultanato estaba en condiciones de abrogar las normas islámicas contrarias a sus intereses o los del imperio. No lo hizo porque no le merecía la pena; le era más útil conservar la alianza con los ulemas. Pero cambió las normas cuando quiso. Esto sucedió cuando las derrotas en Europa oriental dejaron de ser la excepción para ser la norma. Los cambios que lentamente empezaron a introducirse en el imperio otomano a partir del siglo XVIII fueron impulsados desde el sultanato, el cual demostró bastante más capacidad de adaptación que el clero. Esos cambios comenzaron en el Ejército, donde la urgencia era mayor. El punto de no-retorno tuvo lugar en 1826, cuando el sultanato decidió destruir a los jenízaros, el cuerpo militar más conservador del ejército otomano, que, no por casualidad, estaba penetrado por cofradías sufíes potencialmente hostiles al sultán-califa. Probablemente el cambio llegó tarde; pero, en fin, llegó.

ASÍ PUES, ¿LA RELIGIÓN ES TAN IMPORTANTE?

Es el momento de recapitular. Podemos identificar actitudes y creencias religiosas que tuvieron efectos negativos sobre el crecimiento económico de la India y el Islam. En el caso del hinduismo, el sistema de castas. En el islam, los sistemas de herencia muy solidarios, la falta de reconocimiento de entidades no personales y la prohibición del préstamo con interés. Pero lo característico de todas esas prescripciones es que no constituyen parte del corpus básico de ninguna de las dos religiones. El sistema de castas realmente es ajeno al hinduismo. En el islam las limitaciones señaladas fueron soslayadas con muchos mecanismos, desde los *awaqf* hasta las «argucias legales». Y es que, en el fondo, tampoco constituían el baluarte último de la fe.

Lo relevante es que, a partir de un momento impreciso, alrededor del final de la Edad Media y comienzos de la Moderna, se detuvo el proceso de elaboración de normas dirigidas a eludir las limitaciones impuestas por la religión. Los contratos del tipo *mudaraba* no evolucionaron hacia sociedades mercantiles. En la India, la religión (o *dharma*) hindú, que era un edificio en permanente construcción, no solo no relajó el sistema de castas, sino que lo amparó y reforzó. Además, en esos años el islam penetró en la India; quizás no en las almas de muchos indios, pero sí en sus estructuras económicas y políticas. Ese islam ya no era el de los primeros tiempos. Era rígido y torpe; un obstáculo para el progreso.

Por tanto, la pregunta final es por qué las cosas sucedieron así. La respuesta más inmediata consiste en apelar al conservadurismo, lo que no deja de ser un concepto esquivo que no define nada. En todo caso, el retorno de las sociedades islámicas y de la India a posiciones conservadoras parece haber sido alimentado por la inseguridad política y las estructuras de poder que se fueron consolidando en la Edad Moderna. Al fin y al cabo, eran los Estados los únicos que estaban en condiciones de mantener o remover esos obstáculos. Sucesivamente, la impresión de libros se prohibió y permitió por una simple decisión del gobernante. El problema, pues, no estaría en la religión, sino en el poder.

LA AUTOCRACIA

La principal razón por la que el Islam y la India experimentaron una evolución tan decepcionante durante la Edad Moderna debe buscarse en sus instituciones políticas, en los mecanismos que fijaban las relaciones sociales y

económicas entre gobernantes y súbditos, y entre los mismos súbditos. En la forma en la que toda la sociedad, desde el soberano hasta el último esclavo y paria, concebía el poder. Esa concepción nefasta se llama autocracia. Tiene otras denominaciones que ponen el acento sobre su carácter arbitrario, siendo la de «despotismo» la más común. A menudo, «autocracia», «despotismo», «imperio», etc. incorporan predicados que resaltan alguna clave militar o económica; o bien la base territorial, religiosa o étnica desde la que operaban. Por ejemplo, se habla de un «despotismo oriental», una expresión desafortunada porque «Oriente» es un concepto muy amplio. En lo que sigue, el término «autocracia» se usa con generalidad y poco menos que como sinónimo de «despotismo».

Antes de la Revolución industrial las relaciones entre la élite gobernante y los súbditos gobernados, es decir, reyes y campesinos, se establecía a través de un conjunto de obligaciones de los segundos hacia los primeros, muchas de ellas tributarias. A cambio, la élite proporcionaba protección frente a amenazas externas e internas; aunque, a menudo, esa protección era más teórica que real. Otros grupos socio-profesionales, como los comerciantes, los banqueros, los artistas o los sacerdotes, eran más o menos independientes, pero apenas influían en la élite. Esta se organizaba jerárquicamente, situando en la cúspide a un monarca con denominaciones diversas: rey, emir, califa, *sogún*, maharajá, emperador, sultán, etc. Normalmente, creaba un linaje (no necesariamente a través del primogénito), e intentaba destruir al resto de la élite. Cuando lo conseguía el sistema político resultante era la autocracia. En ella, el monarca era el único legitimado para actuar contra sus súbditos. Poseía lo que, de forma un tanto insidiosa, se ha venido a denominar «monopolio de la violencia». Esa autoridad era ejercida a través de empleados directos como cuerpos de soldados profesionales, mercenarios o esclavos; nunca de nobles. Este sistema fue hegemónico en Asia, América y todas las regiones del planeta con cierta densidad demográfica, salvo Europa, Japón y algunos países dispersos (Georgia, Armenia, Abisinia...). A grandes rasgos podemos distinguir tres tipos de autocracias. 1º, las precolombinas, es decir, los imperios azteca e inca, los reinos mayas y otros, todos los cuales desaparecieron con la conquista española. 2º, la china, extensible a regiones aledañas como los kanatos mongoles, Corea e Indochina. Volveremos sobre este sistema en el último capítulo. 3º, la islámica, que veremos enseguida.

Pero antes de hacerlo, hay que hablar del feudalismo. Este sistema surge cuando el monarca no logra destruir a la elite y se ve obligado a compartir el monopolio de la violencia. La élite se transforma en aristocracia o nobleza (términos que usaremos como sinónimos). Un noble es un guerrero, el

miembro de una clase social, casta o estamento, cuya principal función es la guerra. Pero, además, el noble tiene derechos de propiedad sobre la tierra que pueden ser legados. Es la combinación de los dos elementos, la guerra y la tierra, lo que define la nobleza. De modo previsible, los nobles desempeñaban funciones administrativas y judiciales en sus dominios. Llegado el caso, incluso podían retar la autoridad del rey y crear su propia monarquía. Todo ello era posible porque disfrutaban de esos derechos de propiedad sobre la tierra y los campesinos. En sistemas feudales avanzados incluso pudieron situar ese derecho por encima del titular, en su propio linaje, lo que en España se llamó «mayorazgo» y en Francia «*majorat*». De este modo, su independencia de la Corona era completa, pues incluso si el noble fracasaba en su enfrentamiento con la Corona, el castigo que recibía no alcanzaba a sus hijos. El feudalismo no era el sistema político más frecuente. En la Edad Moderna no más de un cuarto de la población mundial vivía en Estados feudales; y gran parte del resto del mundo ni siquiera llegó a conocerlo. Suponer que el feudalismo ha sido un «modo de producción» universal es una expresión más de nuestro inagotable eurocentrismo.

Mapa 5. Regímenes políticos en el siglo XVI (esquema).



Fuente: elaboración propia.

Hay varias razones que explican cómo ese peculiar sistema feudal acabó afirmándose en Europa, pero todas pasan por el infortunio. En las postrimerías del imperio romano se fue creando la clase nobiliaria a través del

patronato y el colonato, y también por interacción con los primeros bárbaros. Hacia 600 ya era la base de la estructura del poder en los reinos de godos, vándalos, anglos, sajones y francos; pero no lo era, o no tanto, en Bizancio. En los siguientes siglos, la nobleza aún acrecentó su autoridad en Europa occidental. Los reyes europeos, como los emires árabes, tenían buenas razones para destruirla, pero no podían hacerlo porque carecían de medios; lo que era una consecuencia del bajo nivel de desarrollo del continente. Además, la segunda oleada de invasiones bárbaras –longobardos, magiares y vikingos, junto a los sarracenos musulmanes– fue minando su poder. Hacia el año 1000 los reyes europeos eran, quizás, los monarcas más débiles del mundo. Lo eran tanto que incluso la Iglesia se permitía amenazar su preeminencia.

En cambio, en el sur del Mediterráneo y el Creciente Fértil los nuevos Estados islámicos acabaron con relativa facilidad con la aristocracia, pues no estaba tan asentada como en Europa occidental. La estructura política y económica del califato y los emiratos se basaba en los modelos previos de los imperios romano-oriental y sasánida, en los que no existía esa clase o tenía poca importancia⁵⁶. Además, el Islam se vio relativamente libre de invasiones de pueblos nómadas. De este modo, en esta amplia región del planeta se estableció el principio jurídico de que todo el «dominio eminente» de la tierra correspondía al califa o emir. Y lo que es más importante: que el dominio típicamente noble, el «directo», no era hereditario⁵⁷. Hacia el año 1000 en Oriente pervivía el califato abasí junto a otros Estados islámicos de reciente creación; pero ninguno de ellos podría ser calificado como feudal. El menguante Bizancio mantenía una estructura híbrida: un sistema feudal débil sometido a un emperador igualmente débil.

Las destrucciones de Timur y Gengis, y la posterior creación de grandes imperios de origen turco no cambió este panorama en sus rasgos generales. Más bien lo reforzó, pues ilkanes, timúridas y turcos fueron demoliendo los pocos focos de resistencia que aún quedaban, como las oligarquías locales. Solo en la madurez o, más bien, la decadencia del imperio otomano apareció algo parecido a una nobleza. Desde el siglo XVI fue emergiendo una clase dirigente rural en Anatolia y Europa oriental, los señores *ayán* (o *derebeys*; singular

⁵⁶ Es posible que el momento crucial en la construcción de la autocracia islámica tuviera lugar cuatro siglos antes de Mahoma, con la conquista del reino parto por los sasánidas, quienes sustituyeron una forma de Estado protofeudal por un régimen centralizado que, además, también se identificaba con una religión, el zoroastrismo. Millar, 1966: 230-246.

⁵⁷ Vercellin, 2003: 120-123.

ayn), que poseían muchos de los rasgos del estamento noble. Su mejor época fue el siglo XVIII, cuando la autoridad del sultán se derrumbaba por los fracasos militares exteriores, y antes de que las reformas de inspiración occidental pusieran las bases de un Estado moderno, centralizado y, por tanto, anti-feudal⁵⁸. Así pues, durante ese período intermedio entre la muerte del viejo sistema autocrático y el nacimiento de uno nuevo, hubo un breve feudalismo otomano; aún así, circunscrito a dos de las cuatro o cinco grandes regiones del imperio, una de las cuales, Europa oriental, no era ni turca ni musulmana.

Y aún hubo otra excepción, más imperfecta y limitada a un territorio en el que la población musulmana era todavía menor: la India. El imperio mogol construyó su estructura administrativa y militar sobre un típico sistema tributario, el *jagirdar*. No obstante, y a medida que el imperio se extendía, el emperador se vio obligado a mantener las estructuras políticas de los territorios que iba conquistando, lo que era poco menos que inevitable dada la envergadura de la tarea. Esto significó el mantenimiento de parte de la clase aristocrática previa, los llamados *zamindars* (que tenían otras denominaciones regionales). Dentro del esquema ideológico indio, su función social era la guerra. Y al igual que los nobles europeos y japoneses, disfrutaba de derechos sobre la tierra y los campesinos que podía transmitir a sus hijos, con la peculiaridad de que la unidad de recaudación no era la persona sino la comunidad rural. Así pues, los *zamindars* eran una clase noble asimilable a los *ayán*, los *daimios* o los nobles europeos, pero sin poder político real fuera de su zona de influencia.

En todo caso, *ayán* y *zamindars* son la excepción. Constituyen ejemplos tardíos e imperfectos de feudalismo islámico. Ninguno de los dos fue capaz de desplazar a las autocracias en las que surgieron. Esto quizás fue debido a que, con la llegada de Occidente, o de la occidentalización, no tuvieron tiempo para hacerlo. O quizás nunca tuvieron posibilidades reales de hacerlo. Como fuera, fracasaron. A lo largo de toda la Historia del Islam y de la India islámica nunca hubo una fuerte nobleza intermedia entre el monarca y los campesinos. Sus funciones características, la guerra, la administración territorial y la recaudación de impuestos eran desempeñadas por representantes y empleados del sultán. En consecuencia, la libertad de acción de los autócratas islámicos era enorme. Su potestad era una obviedad indiscutida. La capacidad de estos monarcas para condicionar la vida de sus súbditos era mayor que la de cualquier otro gobernante de Asia y Europa, incluidos los emperadores chinos y los sogunes japoneses (infra).

⁵⁸ McGowan, 1994: 662-663.

Hay muchas evidencias al respecto, pero quizás una de la más reveladoras sea el relato histórico construido con posterioridad a la desaparición de los imperios. Las historias de aquellos grandes Estados emplean una periodización basada en las biografías de los sultanes; algo que no se hace, o no tanto, con los monarcas de Europa, Japón o China. Este modo de «historiar» no es necesariamente la manifestación de una forma poco moderna o anticuada de ejercer el oficio. Es que realmente la vida de aquellos imperios estaba condicionada por los actos y la personalidad de los emperadores, cuyas decisiones no resultaban indiferentes a nadie. Las comparaciones son elocuentes, y un tanto odiosas. Por ejemplo, la pequeña historia de los reyes Hannover, con los que se afirmó la supremacía británica en el mundo, es poco interesante y aún menos conocida. El más famoso pudo ser Jorge III, que ha pasado a la Historia con los poco atractivos apodosos de rey «granjero» (por sus modales) y «loco» (por su comportamiento, quizás causado por la porfiria). Se le recuerda porque bajo su mandato, que no fue desafortunado, Gran Bretaña perdió las Trece Colonias americanas. Su figura aparece difuminada por las de dos de sus primeros ministros de idéntico nombre, William Pitt, el viejo y el joven. Su mayor éxito político consistió en hacer que el Parlamento nombrara al Pitt joven como primer ministro. Cualquier comparación entre este llano y loco rey inglés con un típico sultán de Estambul, Isfahán o Agra es humillante. Hasta que sus imperios entraron en decadencia (y aun entonces), ninguno de los grandes emperadores orientales tuvo que pedir permiso a nadie para nombrar a su gran visir. Y con la misma facilidad con la que se le nombraba podía, llegado el caso, cortarle la cabeza. No es una hipótesis remota; es lo que le sucedió en 1683 al gran visir Kara Mustafá cuando tuvo que levantar el asedio de Viena y retirarse a Belgrado. Bajo todos los aspectos, las biografías de esos sultanes son mucho más interesantes que las de los monarcas europeos. No se dedicaban a la cría de gordas vacas sino a la de esbeltos tulipanes. Incluso sus crímenes son más interesantes (y terribles): Abbas I mató a uno de sus hijos y cegó a otros dos para, supuestamente, evitar que conspirasen contra él⁵⁹. Un comportamiento semejante solo podría encontrarse en Europa en la lejana, y no demasiado europea, Rusia, con ese Iván IV al que llamaron «el terrible»; por cierto, Abbas I pasó a la Historia como «el grande».

Puesto que el poder era arbitrario y estaba concentrado en un solo individuo, los años de formación del autócrata, como hombre y soberano, eran decisivos para el imperio. Y todo lo concerniente a este respecto parece muy negativo. Al

⁵⁹ Roemer, 1986a: 277.

no existir una regla fija para designar al heredero al trono, cada príncipe pasaba su juventud sabiendo que, tras la muerte de su padre, o bien se convertía en emperador, o bien era asesinado. Y probablemente con él también morirían las personas más queridas, como su madre y todos sus hermanos a excepción del que los asesinara. Es fácil imaginar los trastornos mentales que suponía crecer sabiendo que la muerte temprana era un futuro posible; o más bien probable, pues los sultanes solían tener muchos hijos, con lo que las posibilidades de ser elegido eran escasas. Seguramente por esto, aunque no solo por esto, los sultanes otomanos, safavíes y mogoles reúnen una variada, aunque inconexa, relación de trastornos psíquicos, que van desde la crueldad extrema hasta la melancolía, pasando por todas las extravagancias y vicios. Por supuesto, también hubo emperadores equilibrados y, algunos, muy lúcidos. Pero la proporción de unos y otros resulta muy escorada en comparación, por ejemplo, con los monarcas europeos, que tampoco eran un ejemplo de equilibrio mental.

Este despiadado sistema de sucesión nunca se modificó en los imperios mogol y safaví, pero sí en el otomano. Allí, y desde comienzos del siglo XVII, el asesinato de candidatos al trono fue sustituido por el llamado *kafes* (literalmente, jaula), por el que el nuevo sultán era elegido por un consejo de sucesión que también se encargaba de confinar de por vida a los candidatos derrotados. Estos eran encerrados en varias estancias de la residencia imperial, el *kafes*, en las que llevaban una vida regalada, aunque con una movilidad reducida y sin posibilidad de tener hijos. Al parecer, la causa del cambio fue el asesinato de 19 infantes ordenado por Mehmet III a su llegada al trono, un acto tan brutal que acabó removiendo demasiadas conciencias. El nuevo sistema tenía una ventaja adicional: en caso de que el monarca muriera sin descendencia, se podía rescatar de su confinamiento a alguno de los candidatos desechados. De todos modos, el nuevo sistema de sucesión, aun siendo más humano, quizás no aportará mucho. Las consecuencias psicológicas nefastas de vivir bajo el miedo de ser asesinado no debían ser muy diferentes de las de vivir bajo la amenaza del *kafes*. Además, la «reutilización» de candidatos desechados quizás tampoco fuera una buena idea. Los pocos sultanes que llegaron al trono de esta forma no dejaron buen recuerdo. Mustafá I pasó a la Historia con el apodo de «el idiota». Ibrahim I, con el de «el loco». Pero el caso más dramático fue el Mehmet V, el penúltimo de los sultanes del imperio, que pasó a la historia por haber tolerado el genocidio armenio⁶⁰.

⁶⁰ Imber, 2004: 110-128. Shaw, 1978: 184. Streussand, 2011: 73-74. Mehmet III también asesinó a otras 20 hermanas, lo que era particularmente cruel e inaceptable dado que no tenían posibilidad de competir por el trono.

Acaso más decisivo para el funcionamiento de la Administración imperial fue la influencia de modelos políticos criminales, ya fueran reales o imaginarios. Los tres imperios fueron levantados por tribus turcas, aunque en el caso mogol la diversidad étnica era mayor. En los tres fue decisivo el liderazgo desempeñado por ciertos grandes conquistadores, fundadores de largas dinastías, o sus primeros representantes. En el imperio otomano, Osmán I, Orhan I, Murad I y Bayaceto I; y más adelante, Mehmet II y Solimán I. En el mogol, Babur y Akbar. En el safaví, Ismail I y Abbas I. Los sultanes se proclamaron herederos políticos, e incluso descendientes, de anteriores grandes caudillos. Sobre todo, de los dos grandes constructores de imperios de las estepas, Gengis y Timur⁶¹. Los dos fueron genocidas colosales que transmitieron el mensaje de que el crimen de masas solo era un arma de guerra. La destrucción de ciudades rebeldes, la ejecución de todos sus habitantes y la construcción de enormes pirámides de cabezas cortadas no eran simples actos de sadismo. Respondían a una finalidad política: provocar el pavor entre los enemigos. Educar a un niño-sultán bajo la creencia de que es bueno matar a personas inocentes para aterrar a hipotéticos enemigos no es la mejor estrategia para conseguir que, de adulto, sea responsable, piadoso o, simplemente, cuerdo.

Pero la «escuela» política heredada de Gengis y Timur no era la única ni, quizás, la principal. Los conquistadores turcos se hicieron con enormes territorios que estaban poblados desde hacía milenios, y que contaban con sus propias tradiciones políticas. Estas se fueron incorporando a las de los gobernantes turcos. Por ejemplo, el sistema *timar*, que veremos enseguida, fue una copia de la *pronoia* bizantina⁶²; del mismo modo que el gran visir era el *vuzor farmadar* sasánida. La principal tradición, la arabo-islámica, tenía muchos elementos en común con la esteparia. Desde el siglo X los turcos habían abrazado la misma fe musulmana que ya practicaban los que serían sus súbditos. Aunque Mahoma era un representante de los intereses de las clases urbanas de Arabia, gran parte de su pensamiento político reflejaba el de las tribus del desierto a las que acaudilló. Y en lo fundamental, los planteamientos políticos de los nómadas del desierto eran los mismos que los de los nómadas de las estepas; lo que tampoco es extraño dado que el medio era semejante⁶³. Algunos de esos elementos comunes eran la arbitrariedad como estilo de gobierno, el

⁶¹ Sobre la personalidad y creencias de Timur, Roemer, 1986b: 83-91. Sobre Gengis Kan, Weatherford, 2006.

⁶² Imber, 2004: 206-208.

⁶³ Vercellin, 2003: 99-108. Sobre las diferencias entre los dos nomadismos, Vercellin, 2003: 108-109.

sentido patrimonialista del Estado, la elección del sucesor entre los hijos varones, y el rechazo a la propiedad territorial de nobles o particulares.

La diferencia más importante entre Mahoma y los caudillos esteparios estriba en que estos no fueron líderes religiosos. Parece que las creencias de Gengis fueron eclécticas. Timur, que era turco y musulmán, no fue un líder religioso, ni lo pretendió. En cambio, Mahoma lo fue en primer lugar, aunque también fuera un caudillo. En el islam su figura ha adquirido una preeminencia tan elevada que, desde fuera, parece poco menos que divina. Su vida y pensamiento, recogida en los *jadices*, sería un modelo perfecto para la humanidad. Y, obviamente, su gobierno también sería un modelo político perfecto⁶⁴; lo mismo que el de sus cuatro inmediatos sucesores, los «califas perfectos», «bien guiados» o *rasidum*: Abu Bark, Osman, Utman y Alí.

Pero lo que se sabía, se suponía, o se contó sobre el gobierno político de Mahoma y sus sucesores no es, según parámetros modernos, edificante. La predicación de Mahoma duró unos doce años, desde poco antes de su huida de La Meca en 622, la llamada *Hégira*, hasta su muerte en 632. Solo en los últimos años estuvo al frente de un pequeño Estado o imperio, y tomó decisiones propias de un gobernante. El gobierno de los *rasidum* fue más largo, hasta 661. Fue un período muy provechoso para la comunidad musulmana, que vio cómo el imperio superaba las fronteras de Arabia y se extendía hasta Libia, el Cáucaso e Irán. Pero también fue muy conflictivo. Las rebeliones y conjuras contra los califas fueron frecuentes, hasta el punto de que tres de aquellos cuatro califas fueron asesinados. En particular, el breve califato del último, Alí (656-661), fue una casi continua guerra civil, la llamada «*Gran Fitna*» o, simplemente, *Fitna*; que, además, y con el paso del tiempo, derivó en la mayor ruptura del islam, la del sunismo con el chiismo. El relato detallado de las guerras de Mahoma y los *rasidum* está repleto de episodios oscuros, como la deportación y esclavización de las comunidades sometidas o el asesinato de los enemigos derrotados. Por ejemplo, el mismo Mahoma perpetró varios ataques a la comunidad judía de Medina y otras ciudades árabes, exiliando, esclavizando o matando a hombres, mujeres y niños. Visto con perspectiva, Mahoma y sus sucesores no hicieron nada distinto de lo que hubiera hecho cualquier rey de la región. Pero es inevitable concluir que el tipo de gobierno «perfecto» de Mahoma y los *rasidum*, idealizado por la religión y sancionado por la tradición esteparia, era una monarquía absoluta sin límites en su empeño. Una autocracia.

⁶⁴ Hourani, 1992: 11-19. Armstrong, 2000, Vernet, 2001: Cahen, 1972: 7-25.

Por su doble condición de líderes religiosos y políticos, Mahoma y los *ra-sidum* no podían ser censurados por los clérigos. En teoría, y por la misma razón, también estaban a salvo los califas omeyas, abasidas, fatimíes e, incluso, otomanos. Es cierto que muchos de ellos, empezando por Alí, tuvieron que hacer frente a revueltas religiosas; pero, en realidad, estas solo eran conflictos políticos encubiertos por la religión. Y es que esta no era una verdadera amenaza a su poder. Como vimos en el epígrafe anterior, los ulemas carecían de organización e independencia, y pocas veces retaron al poder. Lo cual tampoco era una situación diferente a la de otras civilizaciones. En India o China tampoco existían estructuras religiosas centralizadas; pero donde existían, como Europa y Japón, el poder religioso también estaba supeditado al poder político; o sea, militar. Los gobernantes islámicos encontraron en el clero una palanca al servicio del Estado, no un foco de resistencia.

En lo concerniente a la función militar, las autocracias islámicas recurrían a varios sistemas de reclutamiento; pero el más frecuente en el Islam, o el más característico, fue la tropa de soldados-esclavos⁶⁵. De hecho, apenas hay ejemplos fuera del mundo islámico; ni siquiera en la India. Más llamativo incluso que su especificidad musulmana es que algunos de esos cuerpos tuvieron una duración plurisecular. El caso más notable es el de los mamelucos de Egipto, cuya existencia se prolonga durante unos seis siglos, desde antes de 1250 hasta comienzos del siglo XIX. Los mamelucos sobrevivieron a las peores crisis, y singularmente a su derrota ante los otomanos. Cuando Egipto fue conquistado por Selim I (1512-1520), parte de ellos se incorporó al ejército conquistador, manteniendo una cierta competencia con los jenízaros recién llegados, que también eran soldados-esclavos. La pervivencia de los mamelucos, como la de los jenízaros, resulta aún más llamativa teniendo en cuenta su decreciente eficacia militar. En sus comienzos, los dos cuerpos lograron importantes victorias, como Ain Yalut (1260) frente a los mongoles, o el Campo de los mirlos (1389) frente a los serbios. Pero con el tiempo empezaron a perder efectividad y acumular fracasos. Desde el siglo XVIII su participación en el combate era poco menos que una garantía de la derrota. Y no por falta de ardor guerrero; lo que pesaba era su tenaz resistencia a los cambios. Tanto los mamelucos en Egipto como los jenízaros en Turquía acabaron representando la esencia del inmovilismo, no solo en el campo militar, sino también en el civil.

Claro que quizás las cualidades militares de estos soldados-esclavos no fueran tan importantes. Por lo que recibían el mayor reconocimiento era por

⁶⁵ Streussand, 2011: 15-17. Vercellin, 2003: 347-349.

su lealtad al sultán; una cualidad que, como la eficacia militar, también fue decreciendo. Esa lealtad tenía mucho que ver con la forma en la que eran reclutados. El método más común era su adquisición en los mercados de esclavos que se nutrían tanto de África oriental como del Cáucaso; y, en tiempos aún más lejanos, de la misma Europa occidental. Este procedimiento nunca desapareció del todo entre los mamelucos, pero se fue desarrollando otro, el *devshirme* o *leva*⁶⁶. Consistía en el secuestro legal de niños de entre ocho a diez años en aldeas cristianas, los cuales eran convertidos al islam. Algo semejante sucedía con los *ghilman* (singular, *ghulam*) del imperio safaví, reclutados entre los habitantes del Cáucaso. Lo cierto es que, una vez superado el trauma de la captura y la durísima formación inicial, esos soldados-esclavos tenían una buena vida; al menos, en comparación con el resto de los súbditos. De hecho, adquirirían una cierta posición social, así como un peculio. Tanto era así, que algunos padres musulmanes intentaban introducir a sus hijos en el cuerpo, algo que estaba totalmente prohibido (el islam prohíbe la esclavización del creyente o de sus hijos). Aquella combinación de brutalidad, desarraigo y recompensas creaba un sentimiento de lealtad hacia la autoridad, al mismo tiempo protectora y opresiva. Pero hay un segundo motivo que la explica: los soldados-esclavos nunca dejaron de ser un cuerpo extraño en una población que, sobre todo, les temía. Muchos mamelucos de Egipto ni siquiera hablaban árabe, sino el idioma de sus países de origen⁶⁷. Lo mismo sucedía con los *ghilman* safavíes, que no solían hablar ni persa (el idioma de muchos iraníes) ni turco (el de la clase dirigente). Incluso las creencias religiosas de los soldados-esclavos no siempre eran las del pueblo. Ya vimos que los jenízaros, aunque musulmanes conversos, a menudo eran sufíes influidos por el chiismo. En definitiva, los soldados-esclavos formaban comunidades privilegiadas y separadas, lo que les salvaguardaba de influencias extrañas, y les vinculaba al sultán.

El debilitamiento del sentimiento de lealtad de los jenízaros fue parejo al de esos lazos psicológicos y económicos. En los primeros tiempos no tenían vinculación con su tierra de origen, ni con ninguna. Pero con el tiempo fueron autorizados para comprar predios a título particular, lo que convirtió a muchos de ellos en pequeños propietarios. Por otro lado, la condición de jenízaro empezó a ser hereditaria desde finales del siglo XVI. Por supuesto, sería exagerado considerar a los jenízaros de los siglos XVII y XVIII como una casta

⁶⁶ Vercellin, 2003: 352-354.

⁶⁷ Cahen, 1984: 304-308. Vercellin, 349-351.

noble, como apuntaban los señores *ayan*. Aunque tenían propiedades, las tenían a título personal, no por su condición guerrera. Y la mayoría seguían siendo reclutados en el *devshirme* o el mercado de esclavos. Pero tampoco eran los de antes. En el siglo XVIII el regimiento jenízaro destinado en el palacio Topkapi empezó a actuar como una guardia pretoriana, poniendo y quitando visires y sultanes. Así fueron depuestos Ahmed III (1703-1730) y Selim III (1789-1807). Los jenízaros promocionaban a candidatos débiles y manejables, a veces extraídos del *kafes*, y deponían a los más enérgicos y prooccidentales. Precisamente la imprenta de Muteferrika había sido autorizada con Ahmed III. A la vista de todo, no sorprende que su aniquilación en 1826 fuera conocida como *Vaka-i Hayriye*, que podría traducirse por «evento afortunado»; una expresión chocante teniendo en cuenta que tal evento fue, lisa y llanamente, una enorme matanza.

De todos modos, ninguno de los imperios islámicos se sirvió únicamente de soldados-esclavos para su defensa. La función militar era demasiado importante como para dejarla en manos de un único cuerpo militar. De hecho, había varios tanto para favorecer la competición entre ellos como para conjurar una hipotética rebelión contra el sultán. Además, el mantenimiento de los soldados-esclavos pesaba mucho sobre las arcas públicas.

Seguramente este problema fiscal fue fundamental para explicar la aparición de cuerpos de soldados profesionales cuya remuneración se basaba en las rentas de la tierra. En el imperio otomano fueron los cipayos o *spahi* (también *sipahi*, *sepahi* y *sepoy*; para evitar confusiones con el cuerpo homónimo indio aquí se empleará *spahi*). Estos eran caballeros en el mismo sentido que los caballeros europeos: es decir, podían mantener un caballo y su servicio. Para ello disfrutaban de las rentas de ciertos dominios llamados *timares*. Los campesinos residentes en ellos les debían obediencia y, sobre todo, debían mantenerles. Por su parte, el *spahi* debía acudir a la guerra si le llamaba el sultán. Así pues, circunstancias similares a las de un noble europeo o japonés, pero con una importante diferencia: los *spahis* detentaban el derecho a un *timar*, pero en modo alguno eran sus poseedores. La propiedad, el dominio directo (así como el eminente), normalmente correspondía al sultán. De ahí que las rentas que servían para el mantenimiento del *spahi* eran distintas de las del propietario del *timar*, ya fuera el sultán o un particular. En consecuencia, el *spahi* no podía legar a sus hijos varones ningún derecho sobre el *timar*. Con el tiempo, sí que se les permitió, pero con restricciones. A algunos hijos de *spahis* se les empezó a conceder un derecho genérico sobre los *timares*, pero no sobre el de su padre. Por lo demás, en cualquier momento un *spahi* podía ser desprovisto del *timar* en el que vivía para ser movido a otro, o a nin-

guno. Y no era infrecuente que así sucediera. En resumen, los *spahis* solo eran militares profesionales cuya remuneración se asignaba a través de las rentas de ciertas tierras.

A diferencia del imperio otomano, en la India mogol sí existía una nobleza con muchos de los rasgos característicos de la europea o japonesa: los *zamindars*. Su origen es muy remoto, pues parece que surgieron con la misma roturación de la jungla y el poblamiento de campesinos. Hasta el siglo XVI su posición política también era más o menos equiparable a la de sus homólogos europeos y japoneses. Pero todo cambió con la llegada de los mogoles y, en particular, con la remodelación administrativa de Akbar, uno de cuyos propósitos fue desvincular los derechos sobre la tierra de la función militar. La dirección de esta quedaba a cargo de una clase de procedencia turca, persa o afgana denominada *mandabdars*. Para su sostenimiento disfrutaban de las rentas proporcionadas por un territorio denominado *jagir*. El que una aldea pagara rentas a un *mandabdar* (denominado, por ello, *jagirdar*) no significaba que estuviera exenta del pago de otras rentas a un *zamindar*, pues unas y otras aludían a conceptos diferentes. En un caso, pagos para el sostenimiento de la Administración; en el otro, rentas de carácter señorial. Evidentemente, las relaciones entre *zamindars* y *mandabdars* eran estrechas. También había entre ellos notables similitudes; por ejemplo, unos y otros contaban con tropas que, llegado el caso, debían ponerse al servicio del emperador. Pero existía una diferencia crucial: el derecho sobre la tierra de los *zamindars* era hereditario, mientras que el de los *mandabdars* era una concesión del emperador. *Mutatis mutandis*, así como los *zamindars* eran el equivalente de la nobleza europea, los *mandabdars* lo eran de los *spahis* otomanos.

Por supuesto, este doble sistema tributario era muy gravoso; aunque quizás no más que el safaví u otomano. En cualquier caso, permitía la movilización de un ejército colosal. Bajo circunstancias normales es posible que el 10 % de la población masculina india, unos 4-5 millones de personas, estuviesen de un modo u otro enrolada en el ejército. Una ratio que seguramente hacía del imperio mogol la sociedad más militarizada del mundo. El grueso de la tropa mogola estaba formado por cuerpos definidos por su procedencia regional y comandados por generales que empleaban a los campesinos de la región o contrataban soldados profesionales. No obstante, una parte menor pero muy bien preparada dependía directamente del sultán. Un sistema de fortalezas imperiales repartidas a lo largo de todo el territorio protegía al imperio de hipotéticas invasiones y, sobre todo, de rebeliones internas. Evidentemente, a ningún poder local le resultaba fácil desafiar la autoridad del sultán. No

obstante, este descomunal aparato militar encerraba la semilla de su propia destrucción, como se vio tras la muerte de Aurangzeb.

La confrontación entre jenízaros y *spahis* en el imperio otomano, y de *zamindars* y *jagirdars* en el imperio mogol, se replicó en el imperio safaví, pero con un sentido diferente. Una vez más, tampoco aquí hubo una verdadera nobleza. Pero es que en sus primeras décadas el imperio safaví ni siquiera era un verdadero imperio. Más bien se trataba de una confederación de ciertas tribus denominadas *qizilbash*; literalmente, cabezas rojas, por el color de sus turbantes. Todas reconocían una teórica autoridad en el sultán, pero en muchos sentidos eran independientes. Así pues, durante la primera mitad de su existencia el imperio safaví fue una entidad política en construcción. Solo con la llegada de Abbas I (1588-1629) empezó a dotarse de una estructura estatal propiamente dicha. Esto pasaba, en primer lugar, por la fundación de una nueva capital, Isfahán. Y luego por la reorganización del ejército. Para hacer frente a los *qizilbash*, Abbas I reforzó extraordinariamente otro cuerpo militar de soldados-esclavos, los *ghilman*, que acabaron constituyendo la espina dorsal del ejército safaví. Para ello se sirvió de asesores y tecnologías occidentales, como los mosquetes. Como en los imperios otomano y mogol, normalmente la remuneración de esas elites guerreras se realizaba a través del derecho de cobro de las rentas de un territorio, en este caso denominado *tiyul*. Un derecho que no era heredable, y que semejaba el *timar* otomano⁶⁸.

Así pues, en los tres imperios islámicos la función militar recaía en pares de cuerpos de diferente categorización: *spahis* y jenízaros, *ghilman* y *qiziblash*, y *mandabdars* y *zamindars*. O, incluso más, pues aún había otros grupos militares, a veces auxiliares, a veces mucho más que eso. El que la fuerza militar se repartiese entre diferentes cuerpos, con orígenes y culturas distintas, y enfrentados entre sí, perseguía impedir su actuación contra el sultán. Una estrategia que, en realidad, es característica de los sistemas autocráticos de todos los tiempos; por ejemplo, la Alemania nazi. Era una estrategia justificada porque algunos de esos grupos, como los *qiziblash* iraníes del siglo XVI o los jenízaros turcos del siglo XVIII llegaron a tener una influencia política considerable. Por tanto, no es extraño que el más sólido y mejor organizado de los tres imperios, el mogol, desarrollase poco esa confrontación. Pero, mucho más decisiva resultó la extrema renuencia que manifestaron los tres imperios hacia la clase noble, y cómo cualesquiera que fueran los cuerpos que defendían al sultán, siempre se procuró que sus miembros no tuviesen

⁶⁸ Roemer, 1986: 364-366. Fragner, 1986: 513-516.

derechos de propiedad sobre la tierra. De hecho, los únicos dos grupos con tales características, los *zamindars* de la India y los *ayán* de Anatolia y Rumelia, nunca jugaron un papel importante en ninguna batalla. Los sultanes prescindían de ellos, pues la guerra trae gloria (a veces).

Otros posibles focos de resistencia, como las ciudades, tuvieron mucha menos importancia que la religión o el Ejército. De hecho, ni siquiera tenían existencia como entidades jurídicas. Como vimos, el derecho islámico rechaza (con excepciones) los sujetos colectivos. En la práctica, el gobierno de las ciudades dependía del sultanato. Y si bien parte de la vida urbana se organizaba a través de gremios, estos carecían de la autonomía de la que gozaban sus homólogos europeos. Sus principales funciones eran resolver los conflictos internos de los mercaderes y cobrar los impuestos. Como vimos, el mundo urbano de los imperios islámicos era semejante al del Islam clásico, pero algo más interior y macrocéfalo. Las ciudades que más crecieron fueron las cortesanas, en las cuales las actitudes políticas eran conservadoras. La Constantinopla turca no conoció revueltas como la *Nika* de tiempos de Justiniano, cuando las masas se precipitaron sobre el emperador para acabar con su vida, y con los impuestos que les hacía pagar. La atonía del resto de las ciudades otomanas y safavíes las anulaba como hipotéticos focos de resistencia. Pero también las ciudades indias, que eran mucho más dinámicas, se mostraron sumisas. Quizás uno de los motivos fuera su falta de cohesión interna. Aunque la comunidad islámica era minoritaria en el conjunto de la India, no lo era tanto en las ciudades. De hecho, en algunas, como Lahore y (parece) Delhi eran la mayoría. Pero en ellas los musulmanes compartían los intereses del sultán antes que los de las comunidades urbanas hindúes (que, por otro lado, estaban separadas en castas profesionales, lo que las haría inoperativas).

En resumen, los soberanos de los grandes imperios no tenían que arrostrar contrapoderes porque no existían o eran muy débiles. No había clérigos, aristócratas o artesanos que actuaran colectivamente bajo programas políticos definidos y opuestos a la voluntad imperial. Esto no significa que los sultanes viviesen libres de cualquier amenaza. Todo lo contrario. La vida que llevaban antes de su designación como sultanes estaba presidida por el miedo a ser ejecutados por sus propios hermanos. E incluso una vez nombrados, podían caer por una conspiración de jenízaros o la aparición de una desconocida tribu afgana. En realidad, ningún gobernante vive libre del miedo. Ahora bien, esos sultanes podían gobernar, y lo hacían, con una autonomía que no disfrutaba ningún rey o emperador en cualquier lugar del planeta. Puestos a hacer comparaciones con otras civilizaciones y otras épocas, quizás los emperadores incas (pero no los aztecas) o los faraones de Egipto gozasen de un

poder semejante. Desde luego, no los emperadores romanos o bizantinos; ni los emperadores y papas europeos; ni los emperadores y sogunes japoneses; ni siquiera los emperadores chinos.

Las consecuencias dañinas del gobierno autocrático van mucho más allá de la crueldad y los errores de los gobernantes. El verdadero problema de la autocracia es que no era un modo de gobierno exclusivo del sultán. Dentro de su ámbito de competencia, es decir, en la medida en que estaba limitado por la autoridad imperial, otras élites gobernantes reproducían los mismos patrones de conducta, que se pueden definir con una sola palabra: depredación.

Una vez más, la clave de todo es la herencia. Cualquier aristócrata europeo o japonés, como cualquier pequeño campesino en China, sabía que su interés personal pasaba por conservar y mejorar su propiedad. No solo, ni principalmente, por los ingresos que podía obtener de ella, sino porque ese era su patrimonio y el de sus hijos. Esto no quiere decir que hiciera una gestión correcta. En Europa y Japón siempre hubo nobles estúpidos y arrogantes que no se interesaban por la marcha de sus explotaciones, a las que veían como simples fincas de las que extraer todo el ingreso posible. Quizás sean los boyardos rusos los que nos han dejado más ejemplos literarios de este tipo de actitudes. No obstante, a largo plazo, la depredación de la propiedad comporta su ruina y, por tanto, la de esos nobles. Los únicos que prosperaban eran lo que, al contrario que estos, se preocupaban por la marcha de sus explotaciones. Es decir, se preocupaban por mejorar las razas de los bóvidos, introducir nuevas rotaciones de cultivos o averiguar el precio y la posible ganancia de los productos agrícolas en mercados lejanos. O, al menos, dejaban a los siervos a su cargo la suficiente autonomía, y el suficiente excedente agrícola, como para que ellos se preocupasen de esas cosas. De este modo, el noble depredador fue desapareciendo poco a poco.

Pero en los imperios islámicos el dilema entre depredación y gestión ni siquiera llegaba a plantearse. Para un *spahi* o un *mandabdar*, cuyo papel dentro del *timar* o el *jagir* se situaba más cerca del recaudador de impuestos que del señor feudal, las mejoras en la productividad eran una cuestión irrelevante. Incluso podían resultar indeseables si implicaban una inversión que recuperaría otro *spahi*. Además, puesto que en cualquier momento el sultán podía privarle de esa renta, su horizonte económico estaba en el corto plazo. Todo ello conducía a una actitud depredadora. Desde su perspectiva lo más sensato era exprimir a los campesinos todo lo posible antes de morir o verse forzado a abandonar el *timar* o *jagir* del que vivía. De ahí que la imposición

fiscal en el mundo islámico y la India fuera tan elevada. Los campesinos de la India, como de Irán, Egipto o Anatolia tenían que desviar un 40 o 50 % de sus ingresos para el mantenimiento de las clases ociosas, ya fueran propietarios o funcionarios. En algunas regiones del norte de la India al campesino solo le quedaba un sexto de la cosecha. Por supuesto, los casos son diversos y las situaciones no siempre (o casi nunca) comparables. Pero es muy evidente que la presión fiscal sobre el campesinado era mayor en el Islam y la India que en Europa, Japón y, aún más, China.

Los beneficiarios de esas rentas residían en las ciudades. En esto, una vez más, encontramos un fenómeno que no es único del Islam y la India, pero que aquí alcanza un desarrollo mayor. El absentismo encuentra su explicación en factores culturales –el islam sería una fe «urbana»– y políticos –la necesidad de los dirigentes de vivir agrupados y separados del resto de la población–. Pero, sobre todo, es coherente con la inexistencia de la propiedad heredable. El beneficiario temporal del dominio directo no tenía mayor interés en conocer el día a día de las explotaciones agrícolas de las que vivía; ni mucho menos tratar con sus campesinos. Este absentismo favorecía el crecimiento urbano, lo que ayuda a explicar porque los centros administrativos y las capitales provinciales resistieron bastante bien el paso del tiempo y las inclemencias políticas de la Edad Moderna. Y por eso mismo, las ciudades con mayor vinculación comercial, las situadas en las rutas de caravanas y en la costa, tuvieron un comportamiento menos expansivo (salvo que también cumpliesen funciones administrativas). De nuevo, hay que distinguir unas regiones de otras. La India tuvo un vigoroso crecimiento urbano con el imperio mogol; y no solo en las capitales administrativas, sino también en aquellas urbes con una mayor vocación comercial, como Patna (en el interior) o Surat (en la costa). Pero incluso en aquel país relativamente próspero, el modelo urbano predominante era la ciudad rentista, en la que el grupo dirigente estaba formado por personas que recibían el grueso de sus ingresos de las rentas procedentes del campo circundante. Como vimos, en la costa india había muy pocas ciudades de gran tamaño (en rigor, solo una, Surat). El crecimiento urbano se basó en las aglomeraciones situadas en los grandes valles fluviales de los ríos Indo y, sobre todo, Ganges, áreas con una extraordinaria producción agrícola.

A falta de la seguridad jurídica que implicaba el carácter no-hereditario de la propiedad se sumaba la misma debilidad institucional. Aunque los imperios islámicos sobrevivieron durante más de dos siglos (y el otomano mucho más), siempre estuvieron en un permanente estado de guerra interna o externa. La ausencia de una nobleza institucionalizada y el carácter depredador de

las clases dirigentes pueden estar detrás de esa inestabilidad. Así, las revueltas *jelali* de los siglos XVI y XVII a menudo fueron dirigidas por *spahis* que habían sido desprovistos de sus *timares* por diversas circunstancias, y que veían en el levantamiento un modo de resarcirse de esa pérdida. También por simples mercenarios (*sekbans*) a los que el imperio usó con frecuencia. Si esos guerreros hubiesen tenido asegurada su supervivencia a través de un feudo sus deseos de levantarse contra el sultán habrían sido menores. Por supuesto, los *spahis* no eran los únicos que buscaban una redistribución de los ingresos y cargas fiscales. El grueso de los *jelali* estaba formado por campesinos sobrecargados de impuestos por la depredación institucionalizada, y que aspiraban a un estatus de mercenario o ciudadano con ninguna o poca carga fiscal⁶⁹. Aunque las revueltas *jelali* fracasaron, en el siguiente siglo otro grupo social, los *ayán*, acabarían liberándose de gran parte de la influencia del sultán, y construir lo más parecido a una nobleza territorial⁷⁰.

Actitudes semejantes se desarrollaron en los diversos cuerpos de soldados-esclavos. Desde la ocupación de Egipto por los otomanos, el país vivió en un casi permanente estado de indefinición política, en el que el poder real se repartía entre la antigua clase dirigente de los mamelucos, y el poder central representado por los jenizaros; aparte de los beduinos del sur, que constituían una fuerza militar nunca del todo sometida. Debido a ello, Egipto fue uno de los territorios del imperio en el que la autoridad del sultán era menos respetada. Esta circunstancia explica porqué a comienzos del siglo XIX un mercenario turco de origen albanés llamado Mehmet Alí logró hacerse con el poder y fundar un reino independiente, el *jedivato* de Egipto. Para ello, primero derrotó a los mamelucos en nombre del sultán, y luego se rebeló contra el sultán. Este no es un caso único de cambio de lealtades. Como vimos en la India, la precariedad de las alianzas de los príncipes indios era una fuente de problemas para la EIC. Este tipo de actitudes son coherentes con una visión del poder basada en la depredación y las relaciones personales antes que en la institucionalidad.

La debilidad institucional e inseguridad jurídica derivada de la existencia de gobernantes incontrolables y reglas de juego no permanentes tuvo muchas otras consecuencias dañinas. Una de ellas fue el elevado precio del capital. Si la inversión no está asegurada por leyes y tribunales independientes la remuneración que el prestamista debe exigir al inversor es mayor, pues hay

⁶⁹ Faroqhi, 1994: 433-438.

⁷⁰ McGowan, 1994: 662-663.

numerosas contingencias que pueden echar por tierra la recuperación del capital. En todo el ámbito islámico e indio los tipos de interés eran elevados. Las únicas excepciones se daban allí donde la actividad comercial era intensa, como Surat, el gran puerto comercial de la India durante el imperio mogol, o Bursa, el gran emporio de la seda del imperio otomano. Esas dos ciudades de mercaderes eran islas en medio de un pantano de intereses elevados. En Estambul, a 50 kilómetros de Bursa, los tipos habitualmente superaban el 20 %. En Pune, al sur de Surat, el 24 %. Pero incluso los tipos excepcionalmente bajos de Bursa y Surat, del 10 %, superaban los de Holanda o Gran Bretaña, del 4-5 %. Es especialmente llamativo que la India, siendo un receptor neto de metales preciosos, y gozando de una situación económica relativamente próspera, no gozase de mejores condiciones.

Trabajo y capital son factores productivos difícilmente intercambiables; pero precisamente la innovación tecnológica consiste en la sustitución del primero por el segundo. De ahí que el precio del trabajo, el salario, sea un factor importante para la introducción del capital. Lo que sabemos de los salarios en el Islam y la India es que, con relación a Europa, eran muy bajos. Allí donde se dispone de estadísticas confiables se observa una brecha entre los salarios urbanos de Europa occidental y Asia, que fue abriéndose a lo largo del siglo XVIII. Pero el elemento diferenciador no está en Oriente sino en Europa y, más bien, en Gran Bretaña. Los salarios en la India no eran especialmente bajos cuando se confrontan con los de China u otras naciones no europeas. Es posible que factores locales, como la reducida necesidad de calefacción o nutrientes en un país tropical, o (con menos probabilidad) el «ejército industrial de reserva» *dalit*, los flexionasen a la baja. Pero nada de esto es importante, pues la diferencia con el precio del factor trabajo en Inglaterra era tan grande que en poco le podía afectar.

Por supuesto, la India era una economía abierta que sabía aprovechar sus muchas ventajas competitivas, es decir, su variada producción agrícola, su tradición industrial y sus bajos salarios. Y algo semejante se puede decir de, por ejemplo, la industria de alfombras persas en el imperio safaví. Ninguno de los imperios islámicos, y menos aún el mogol, estaba tecnológicamente indefenso ante Europa. No eran víctimas propiciatorias para el «capitalismo imperialista» angloholandés. Cuando les resultó posible, eligieron comerciar sirviéndose de la opción tecnológica acorde con su dotación de recursos y factores productivos. Y lo hicieron con éxito. Durante dos siglos la India mantuvo un comercio favorable con Europa y con ello una provisión regular de metal precioso para su sistema monetario. El problema es que esa opción tecnológica también impedía la Revolución industrial, pues esta requería una

reordenación de los factores productivos que desincentivaba la relación de precios existente. No tiene sentido sustituir capital por trabajo cuando el precio del primero es elevado y el del segundo es bajo.

De todos modos, durante mucho tiempo esto mismo sucedió en Europa, pese a lo cual la Revolución industrial terminó surgiendo. Así pues, la cuestión relevante sería averiguar qué faltó en Oriente. Visto sobre el papel, la India (no así los otros dos imperios) contaba con todos los elementos necesarios para dar el salto a la modernidad. Un país poblado con una expansión agrícola continua implica un mercado dinámico. Este se revela en la extraordinaria adaptación de sus producciones agrícolas; así como en el enorme excedente que detraían las clases parasitarias. También existía una importante tradición industrial, y rutas comerciales antiguas y bien consolidadas que llegaban al otro extremo del planeta. Las tradiciones culturales antieconómicas, y, en particular, el sistema de castas, no parecen haber sido una restricción importante. Tampoco el minoritario islam, asiento de una cultura comercial y, hasta la época final del imperio, más bien tolerante. Aquel gran país ya había demostrado una gran capacidad innovadora en tiempos remotos; pero también en tiempos más recientes en campos como la guerra y la agricultura (aunque no tanto en otros, como la construcción naval). En fin, en tanto que la guerra se mantuvo en niveles «tolerables», es decir, hasta mediados del siglo XVII, la India creció de forma sostenida.

Solo había un elemento claramente contrario al progreso económico: el Estado. O, mejor dicho, la forma concreta que este adoptó; es decir, la autocracia. Su carácter depredador y la falta de seguridad jurídica fueron los verdaderos obstáculos al progreso. Es difícil imaginar qué hubiera podido suceder en la India si el régimen político hubiera sido otro. Es imposible imaginar qué hubiera podido ser el imperio mogol si no hubiera sido el imperio mogol. Lo único que se puede decir es que, al final, la principal aportación de la conquista británica de la India fue lo que destruyó más que lo que levantó. Es decir, la liquidación de aquel nefasto sistema político basado en la guerra y el saqueo. Cualquier cosa que le sucediera tenía que ser mejor. ¡Incluso el Imperio británico! ;)

CONCLUSIONES

Pese a lo inconcreto que resulta, es usual referirse a los grandes períodos de las civilizaciones con términos como «expansión», «prosperidad» o «decadencia». Cuando se contemplan varias civilizaciones de forma conjunta,

resulta inevitable imaginar que entre ellas hay una competición deportiva, una carrera. Por supuesto, esto es una visión pueril de la Historia; pero también es, y siempre ha sido, una visión popular. Y, a fin de cuentas, tiene cierto interés preguntarse sobre los lugares y periodos en los que la cultura material y el conocimiento de nuestro entorno avanzaron más deprisa. Aceptado ese imaginario, la Historia de la civilización islámica podría resumirse como la de un comienzo brillante interrumpido al cabo de unos cinco siglos, a los que siguió una larguísima decadencia con fases de expansión y retroceso militar. El Islam habría sido el primer corredor en «descolgarse» de la «carrera de la Historia», arrastrando consigo a la India.

¿Por qué sucedió así? El territorio del Islam y la India no era un espacio desprovisto de recursos naturales. Además, era muy diverso. Algunas regiones venían siendo cultivadas desde hacía milenios, pero otras seguían estando poco pobladas. De hecho, los movimientos de población eran frecuentes; así como las roturaciones de tierras. Había un amplísimo margen para la mejora, tanto en la agricultura como en el comercio. En términos generales, la producción de bienes y servicios en la India y el Islam estaban muy por debajo de sus posibilidades; al margen de que la distribución de esa riqueza fuera injusta, como en todas partes. Todo esto se puso de relieve a lo largo de los siglos XIX y XX, en los que el crecimiento económico fue intenso. Esto no fue un mérito de Occidente, que ni siquiera llegó a colonizar muchos de esos países. Fue obra de los propios turcos, árabes, persas e indios.

Y es que la presencia occidental es otra explicación fallida, al menos en lo concerniente al período que aquí se contempla. La influencia del comercio europeo en la economía safaví pudo ser considerable, algo menor en el otomano, y muy pequeña en el mogol. Pero con toda su larga lista de agravios y rutas abandonadas, esa influencia fue, globalmente, muy positiva. Desde una perspectiva política los europeos causaron muchos quebraderos de cabeza al imperio otomano en el siglo XVIII; pero menos que los que los turcos les causaron a ellos en los siglos XVI y XVII. Los europeos nada tuvieron que ver en el derrumbe de los imperios safaví y mogol. En la India, los ingleses jugaron un papel importante, y extraordinariamente positivo, poniendo fin al caos que acompañó y siguió al reinado de Aurangzeb. Por muy innobles que fueran las intenciones de Clive y Wellesley, los hechos, y sus resultados, son los que son.

Hoy en día la religión es el chivo expiatorio del que muchos se sirven para tratar de justificar los malos hábitos mentales adquiridos en la adolescencia. Y, desde luego, hay elementos en la religión hindú y musulmana que no ayu-

daron al desarrollo económico. Pero la religión como causa última del atraso falla porque los elementos religiosos «anti-económicos» no formaban parte del corpus básico de creencias y actitudes morales que definen al islam y al hinduismo, y podrían haber sido removidos con facilidad. De hecho, obstáculos semejantes o mayores, como la prohibición del préstamo con interés, fueron removidos en períodos anteriores. La cuestión es que, así como el Islam clásico fue capaz de dar ese salto, el Islam imperial no pudo.

Y es que, en otro sentido, la religión es una vía indirecta de aproximación a ese fracaso: fue uno de los instrumentos de justificación de la autocracia. Pero esta no fue un producto de la religión. Los imperios islámicos no eran teocracias. Eran autocracias heredadas de anteriores autocracias, inspiradas en el legado de Timur, Gengis y Mahoma. Su nota definitoria era la ausencia de contrapoderes; en particular, de una nobleza, una casta guerrera con derechos sobre la tierra, y con capacidad para legar esos derechos. Los soberanos de los grandes imperios islámicos fueron mucho más poderosos de cuanto podrían haber soñado serlo casi cualquier otro gobernante del planeta. Y extendieron entre sus súbditos una idea tan sencilla como terrible: puesto que nada es seguro, ni siquiera los bienes que dejamos a nuestros hijos, la depredación es la opción económica más racional.

CHINA Y JAPÓN

CHINA: EL IMPERIO Y LA GUERRA

Lo siento, pero hay que empezar por lo difícil. La Historia de China es la de sus dinastías, así que pasemos este mal trago cuanto antes. Aunque hubo varias dinastías previas –Xia (2000 aC-1520 aC), Shang (1520 aC-1030 aC) y Zhou (1030 aC-256 aC)–, existe bastante acuerdo en que el primer verdadero emperador de China fue Shi Huang, fundador de la efímera dinastía Qin (221 aC-206 aC). Su obra fue continuada por los Han, cuyo imperio se divide en dos períodos, Han occidental (206 aC-8 dC) y Han oriental (25 dC-220 dC). Como muchas otras dinastías, los Han cayeron como consecuencia de la invasión de un pueblo nómada, los *xiongnu*, que quizás fueran una rama del pueblo que los romanos conocieron como hunos. Esta invasión inauguró un período de inestabilidad política en el que imperfectamente se reconocen cuatro etapas: los Tres Reinos (220-280), predominio de la dinastía Jin (265-420), los dieciséis reinos (304-431), y varias dinastías menores llamadas septentrionales y meridionales (386-589). Este período de desunión política terminó con la dinastía Sui (589-618) que, como los Qin con los Han, fue la breve antecesora de otra dinastía mucho más relevante, los Tang (618-907). Una nueva invasión de pueblos nómadas acabó con ella, lo que abrió un período de desunión política más breve que el anterior conocido como «Las Cinco Dinastías y los Diez Reinos» (907-960). Terminó cuando uno de esos reinos se impuso a los demás dando origen a la dinastía Song (960-1279). Convencionalmente, se suele distinguir entre la dinastía Song septentrional (960-1127) y meridional (1127-1279). La extensión de su poder fue menguando debido a la aparición de nuevos Estados en la frontera norte: los imperios kitán (907-1125), tangut (982-1227) y yurchen (1125-1234). Estos nombres corresponden a los pueblos nómadas que los fundaron, aunque también tienen otras denominaciones. Por cierto, la actual palabra «China» es una derivación de «Catay» que, a su vez, es otra derivación de «kitán», uno de esos pueblos nómadas de lengua no-sinítica; o sea, un pueblo no-chino. Estos tres

Estados, junto con los Song, fueron destruidos con la invasión mongola, que instauró la dinastía Yuan (1206-1368). Un levantamiento interno provocó su caída y el establecimiento de una nueva dinastía, esta autóctona, los Ming (1368-1644). La invasión de otro pueblo fronterizo, los manchúes (que eran los antiguos yurchen), llevó al establecimiento de la última dinastía histórica china, los Qing (1644-1911). Después vendría la República, el Kuomintang, Mao Zedong, Deng Xiao Ping y la indefinible dictadura comunista de economía capitalista que actualmente rige los destinos de ese gran país.

En resumen:

Dinastías previas

Xia (2000 aC-1520 aC)

Shang (1520 aC-1030 aC)

Zhou (1030 aC-256 aC)

Dinastía Qin (221 aC-206 aC)

Dinastía Han (206 aC-220 dC)

Han occidental (206 aC-8 dC)

Han oriental (25-220)

Primer período de inestabilidad

Tres Reinos (220-280)

Dinastía Jin y otros (265-420)

Dieciséis reinos (304-431)

Dinastías septentrionales y meridionales (386-589)

Dinastía Sui (589-618)

Dinastía Tang (618-907)

Segundo período de inestabilidad. Las cinco dinastías y los diez reinos (907-960)

Dinastía Song y otros Estados (960-1279)

Song septentrional (960-1125)

Song meridional (1127-1279)

Imperio kitán o dinastía Liao (907-1125)

Imperio yurchen o dinastía Jin posterior (1115-1234)

Imperio tangut o dinastía Xiao occidental (982-1227)

Dinastía Yuan o mongola (1206-1368)

Dinastía Ming (1368-1644)

Dinastía Qing o manchú (1644-1911)

La mera presentación de estas dinastías desmonta una de las muchas ideas equivocadas sobre China, la del «imperio celeste». Imaginamos a los chinos gobernados por una única forma de Estado, el imperio, inconmensurable, omnipresente e inmutable. Los hombres, como hormigas en un terrario, llenarían un inabarcable paisaje rural. El Emperador sería una figura lejana e inalcanzable. Desde la perspectiva de los súbditos, poco importa si está vivo o es un fantasma, pues la única realidad es el imperio, que siempre existió y siempre existiría. Esta imagen eurocéntrica de resonancias borgianas se derrumba con unas pocas cuentas. Desde Shi Huang hasta la llegada de la República hubo unos 1.340 años en los que China estuvo gobernada por un solo emperador, y 757 en los que hubo dos o más centros de poder. Es un registro más bien mediocre. Por ejemplo, la unidad política en Inglaterra (sin Escocia) se mantuvo durante casi el mismo número de años, 1.332; pero con la importante diferencia de que allí la civilización llegó 260 años más tarde. En el tiempo de vigencia de la «China histórica», 221 aC-1911 dC, en muy pocas ocasiones Mesopotamia o Egipto dejaron de formar parte de una sola entidad política superior. Incluso la convulsa Turquía/Asia Menor supera la marca china. Si reducimos la comparación al período 1000-1911, China solo aparece unificada durante 602 años, más que España, 411 años, pero menos que Inglaterra, 902 años.

No obstante, y como iremos viendo, la idea del imperio, incluso cuando no existía, parece haber calado hondamente en la cultura china y haber progresado hasta convertirse en algo más que un hecho político contingente. El califato omeya-abasida (661-1258), el imperio romano (30 aC-476 dC) y el imperio Maurya (320 aC-185 aC) fueron el «crisol» de las civilizaciones islámica, occidental e india, respectivamente; pero nada más, pues, por diversos motivos, ninguno de ellos renació. El intento más serio para reconstruir el califato árabe fue el imperio otomano; pero no llegó a cubrir todo el espacio del Islam Clásico y, sobre todo, tenía muy poco de califato y menos aun de árabe. Ninguno de los intentos de reconstruir el imperio romano, desde Carlomagno a Napoleón, pasó de la fase del ensayo. El imperio mogol sí logró extenderse, en su etapa final, en un territorio semejante al del imperio Maurya. Pero los mogoles musulmanes no tenían nada que ver con el budista Asoka; probablemente ni sabrían quién fue. En cambio, el equivalente chino de esos tres grandes «Estados fundadores», el imperio Han, se reconstruyó varias veces. Y, en general, cada nuevo imperio era más sólido que el anterior. El último, la dinastía Qing, fue el más extenso, el más estable y podría haber sido el más duradero de no haber aparecido en el horizonte la Armada inglesa y, sobre todo, la japonesa. Así pues, el im-

perio siempre estuvo presente en China, unas veces como realidad, y otras como aspiración.

La identificación de una civilización con un imperio no es exclusiva de China; pero tampoco es lo más frecuente. Lo normal es que las civilizaciones se estructuren en varios Estados, incluso muchos, que no pocas veces están enfrentados entre sí. Las civilizaciones-imperio son poco frecuentes porque tienen que arrostrar demasiados peligros. Ante todo, deben cumplir tres condiciones. Primero, alcanzar una cierta uniformidad que haga improbable la fragmentación. Segundo, garantizar un equilibrio de fuerzas entre los distintos centros de poder. Tercero, levantar sistemas defensivos frente a las amenazas exteriores. Debido a este último problema, esas civilizaciones-imperio aparecen en regiones en las que existe cierta ventaja geográfica. Por ejemplo, Egipto, un imperio de un tamaño modesto. Al este y oeste del país, es decir, del Nilo, solo se extiende el desierto. La ruta desde el sur tampoco es fácil, debido a las cataratas y la misma longitud del río. Por tanto, la única vía de acceso para un ejército enemigo es el noreste, que tampoco es sencilla pues el Sinaí es otro desierto apenas aliviado por los pozos de Gaza. Estas circunstancias geográficas explican porque durante la mayor parte de su existencia Egipto mantuvo la integridad territorial. Una ventaja similar permitió la existencia de Rusia. En este caso no hubo barreras geográficas propiamente dichas; la misma geografía era la barrera. Las inhóspitas estepas protegieron a Moscú de los tártaros, la *Grande Armée* y la *Wehrmacht*.

Pues bien, China no goza de ninguna defensa geográfica natural. Al contrario, sus fronteras se levantan frente a montañas indefendibles, o mirando a valles y mares abiertos. Pese a ello, las fronteras sur y oeste, y el mar del este, pocas veces fueron una amenaza. Los Estados que aparecieron en el sur tenían poca entidad. Al fin, Indochina era un territorio mucho más pequeño y de poblamiento mucho menos denso (hasta fecha reciente) que la propia China. Por las mismas razones, Tíbet tampoco fue una amenaza. Es cierto que en el primer milenio de nuestra era, desde allí se lanzaron algunas expediciones militares, o más bien razias, contra China central. Alguna de ellas puso en apuros a la dinastía Tang, o fue el origen de algún Estado fronterizo en épocas de desunión; pero poco más. En el este, y en distintos períodos, flotas de piratas infectaron el mar de China; pero nunca fueron más allá de la costa.

Pero el norte era otra cosa. La larga frontera que se extiende desde el desierto del Gobi hasta las estepas de Manchuria era un territorio abierto. Allí tampoco vivía mucha gente, pero eran pueblos muy belicosos e imposibles de someter. Por eso a lo largo de los 2.100 años de Historia que comienza con Shi

Huang, e incluso desde antes, la vida de China estuvo presidida por la guerra contra los nómadas¹. Esa es la razón de ser de la Gran Muralla. Nunca hubo nada comparable en el resto del planeta. El ejemplo más cercano podría ser el *limes* que separaba el imperio romano de los territorios bárbaros del norte; pero las diferencias son abismales. Por ejemplo, en cuanto al tamaño, el muro de Adriano que protegía la Inglaterra romana de la Escocia de los *pictos* era, literalmente, eso: un muro. Medía unos dos o tres metros de altura y se extendía a lo largo de 118 kilómetros. Nada que ver con el impresionante conjunto de fortificaciones enlazadas que constituyen la Gran muralla china. La muralla propiamente dicha tenía una altura de entre seis y nueve metros. Las torres, de cinco a ocho en cada kilómetro, medían once o doce metros. Hay discrepancias sobre su longitud total, pues tampoco era una simple muralla sino un conjunto de líneas defensivas. Una medición prudente rondaría los 6.325 kilómetros, aunque otras estimaciones elevan su longitud mucho más. Por supuesto, semejante estructura exigía el mantenimiento de un gran ejército, quizás de un millón de hombres.

Pero el dato más interesante sobre la Gran Muralla no es ninguna de esas cifras colosales, sino la cronología; el simple hecho de que esa obra fue consustancial al imperio. La primera línea de edificaciones, de varios miles de kilómetros, fue levantada por el primer emperador, Shi Huang, por los mismos años en los que Escipión guerreaba con Aníbal. Y todavía en el siglo XVII se seguían ampliando y mejorando ciertas partes. Un esfuerzo tan enorme y continuado solo se explica porque las tribus nómadas del norte eran una amenaza muy seria. En realidad, la Gran Muralla no impidió que China fuera asaltada por esos pueblos media docena de veces. Pero tampoco fue una empresa inútil, pues el número de intentos fallidos fue muy superior².

China también sufrió numerosos conflictos internos. Hubo muchas guerras civiles que enfrentaron a unos reinos con otros, o al poder central con Estados rivales o aspirantes al trono. Los chinos conocieron muchas dinastías, y el paso de una a otra casi nunca fue rápido, y siempre fue traumático. Por ejemplo, el derrumbe de la dinastía Tang (618-907) se prolongó durante 33 años. Y, la siguiente dinastía, los Song (960-1269) necesitó otras dos décadas para consolidarse. Así pues, la transición de los Tang a los Song requirió medio siglo de guerras y calamidades diversas. Esa dinastía, los Song, solo pudo regir el conjunto de China durante unos 45 años, pues enseguida el norte fue

¹ Sobre el impacto de los nómadas en la civilización china, Zhao, 2015: 314-323.

² Deng, 1999: 265-275.

ocupado por los kitán, yurchen y tangut, que fundaron sus propios reinos. De hecho, desde 1124 toda la cuenca del río Amarillo escapó al control de los Song. Todos estos Estados desaparecieron como consecuencia de la invasión mongola, que se prolongó durante más de medio siglo. Pero no pasaron cien años antes de que la nueva dinastía se derrumbara tras una complicada guerra civil que se prolongó durante tres lustros. La siguiente dinastía, los Ming (1368-1644), cayó tras otra larga contienda que fue, al mismo tiempo, una rebelión interna y una invasión externa, y que duró no menos de 17 años. Incluso la caída de los Qing en 1911 fue seguida de un período de desórdenes que no se resolvieron hasta la entronización de Mao Zedong en 1949. Por lo demás, los períodos «normales» tampoco fueron pacíficos. Los conflictos fronterizos en el norte, las rebeliones de diversos usurpadores, y las revueltas campesinas hicieron de la guerra algo cotidiano en China. En realidad, solo de la última dinastía, la de los manchúes o Qing (1644-1911), se puede decir que logró mantener la paz interior y las fronteras exteriores. Y eso con algún sobresalto y solo hasta mediados del siglo XIX.

Algo que distingue a China de otras civilizaciones es que esos conflictos pocas veces tuvieron motivaciones religiosas. Desde tiempos lejanos la espiritualidad china se ha construido sobre tres creencias a las que solo podríamos considerar religiones aplicando una definición extensa de tal concepto. En primer lugar, el taoísmo, un conjunto de creencias basadas en el significado del hombre en la naturaleza que, por diversos caminos, avanzó en varias direcciones, desde la psicología a la alquimia³. Segundo, el confucionismo, que esencialmente es una filosofía basada en el respeto a las tradiciones y la familia, y en la compasión⁴. Por último, el budismo, seguramente lo más parecido a una religión, y que, de forma muy resumida, es una praxis sobre el modo de superar el sufrimiento⁵. En ninguna de ellas hay un concepto de divinidad semejante al del cristianismo o el islam, aunque tampoco lo excluyen. Las tres creencias tienen una extraordinaria capacidad de simbiosis. En la China actual la gente no se identifica con una sola, sino con dos o tres en distintos grados. Hay diferentes dogmas, pero no hay exclusión entre ellos. Esta situación incluso afectó a las religiones bien estructuradas llegadas desde Occidente, que a menudo se veían influidas por advocaciones locales o

³ Wong, 1998: 21-113.

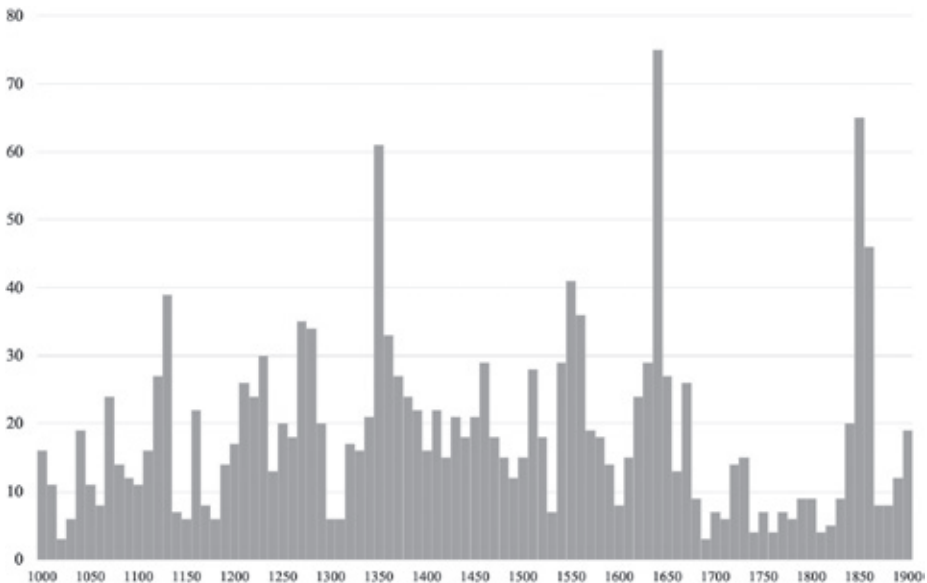
⁴ Sobre el impacto del pensamiento confuciano sobre la civilización china, Zhao, 2015 y Deng, 1999: 108-121.

⁵ Harvey, 1998: 176-188.

visiones cosmogónicas. Obviamente, dentro de semejante contexto cultural la guerra religiosa carecía de sentido. Otra cosa es que algunas sectas budistas fueran vehículos para la rebelión; pero esta implicación tiene un valor casi exclusivamente político.

Como es lógico, en los períodos de desunión política hubo un mayor número de guerras. Por ejemplo, tras la caída de los Han. De muchos de esos conflictos se sabe muy poco. Pero de algunos se sabe que fueron increíblemente destructivos. Por ejemplo, se supone que las invasiones mongolas en el siglo XIII y manchúes en el siglo XVII ocasionaron la muerte de no menos de una cuarta parte de la población. Pero no fueron menos graves los conflictos internos. La rebelión de los *tianbao* (también conocida como de An Lushan o de An-Shi), en 756-763, pudo llevarse la vida de las dos terceras partes de la población. De nuevo el primer emperador, Shi Huang, marca la pauta para los siglos venideros. Su imperio fue levantado sobre millones de cadáveres dejados tras varias campañas de increíble brutalidad. De hecho, aquella primera muralla se construyó sobre los cadáveres de centenares de miles de trabajadores.

Gráfico 5. Número de guerras en China por décadas. 1000-1900.



Fuente: Editorial Committee of Chinese Military History (1985).

Pero lo que distingue a China de otras civilizaciones no solo es la recurrencia de las guerras clásicas; es decir, las causadas por ambiciones personales o invasiones exteriores. Lo que eleva mucho su particular registro bélico son los levantamientos campesinos. Entre 212 aC y 1911 hubo al menos 269 rebeliones campesinas de cierta envergadura; es decir, una cada ocho años⁶. Es un registro impresionante, sobre todo si lo comparamos con lo ocurrido en otros lugares del planeta. Además, la movilización de hombres también fue abrumadoramente mayor. En varias ocasiones se alzaron ejércitos de varios centenares de miles de campesinos. A modo de comparación, muy pocas revueltas campesinas en Europa pueden siquiera aproximarse a la escala de las rebeliones chinas. Quizás solo tres: el levantamiento campesino de 1381 en Inglaterra, las guerras campesinas en Alemania en 1524-26, y la insurrección de los cosacos de Pugachev en Rusia en 1773-74. Fuera de Europa, puede que solo algunas de las revueltas *jelali* en Turquía tuvieran una dimensión comparable. Por otro lado, las rebeliones campesinas chinas también eran mucho más prolongadas. Normalmente este tipo de explosiones son breves porque tarde o temprano los campesinos deben volver a sus quehaceres. Por ejemplo, la rebelión de los campesinos ingleses del 1381 duró unas pocas semanas entre la primavera y el verano de aquel año. En cambio, en China la guerra echaba raíces, hasta el punto de que algunos levantamientos campesinos se extendieron durante más de 40 años.

Ya sean guerras internas o externas, las comparaciones de China con las otras civilizaciones son poco menos que increíbles. Por ejemplo, en términos relativos, la más destructiva de las guerras sucedidas en toda la Historia de Europa fue la de los 30 años, que acabó con la tercera parte de la población de un solo país, Alemania (incluida Chequia)⁷. El equivalente chino, es decir, la muerte de una tercera parte de la población en una o dos provincias no pasaría de ser una guerra importante, pero «normal». Fuera de Europa es posible encontrar conflictos bélicos comparables, sobre todo en el Medio Oriente y la India. Por ejemplo, hay motivos para pensar que las campañas de mongoles y turcos entre los siglos XIII al XV en Siria, Irak e Irán fueron tan destructivas como las de mongoles y manchúes en China en los siglos XII y XVII. Las cifras son inciertas, pero masacres como la de Bagdad en 1258 hacen pensar que nos movemos con parámetros semejantes. Con todo, es necesario hacer dos observaciones. Primero, esas guerras no fueron más que la versión islámica

⁶ Deng, 1999: 220-254. Su enumeración en 363-376.

⁷ Jones, 1990: 76-80.

de las invasiones contemporáneas de China. Hulagu Kan, el conquistador del califato abasí, era nieto de Gengis Kan, al igual que Kublai Kan, quien liquidó la dinastía Song. Segundo, durante esos siglos las destrucciones en el mundo islámico pudieron ser tan graves como en China, pero no se prolongaron tanto y no fueron tan extensas. Al fin, la ventaja geográfica jugó a favor del Islam. En Ain Yalut (1260) los mamelucos de Egipto, pero también el calor de Palestina, derrotaron a los mongoles llegados del frío de las estepas.

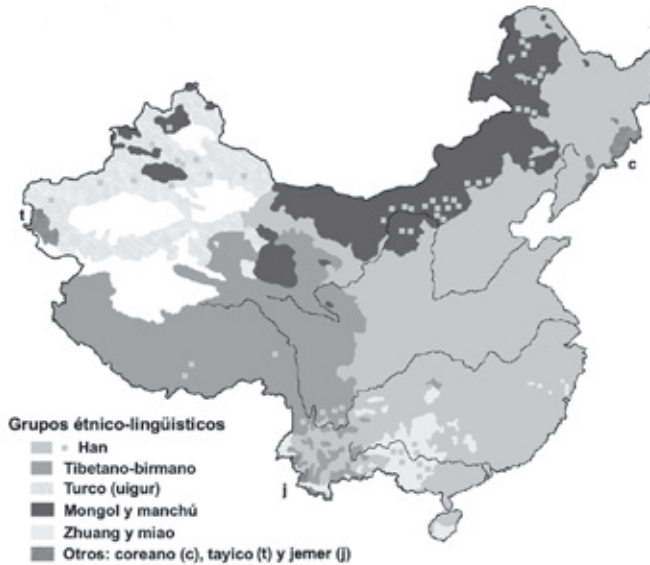
En resumen, China dista mucho de haber sido el pacífico y sempiterno imperio que ha construido la imaginación occidental. Más bien era un imperio intermitente y mal definido que, como un ave fénix, siempre renacía de sus cenizas. El imperio aunaba atributos contradictorios: expansivo y defensivo, fuerte y débil, eterno y precario.

La guerra explica uno de los rasgos más llamativos de la China moderna: su extrema uniformidad. En el Islam, India y Europa no hay una lengua dominante, aunque en la primera el árabe tiene un peso cultural relevante. Japón sí es lingüísticamente uniforme, pero no deja de ser un pequeño país-archipiélago. En cambio, en China, la cuarta nación más extensa del planeta, más del 90 % de la población pertenece a una sola etnia, los *han*. Esta población habla mandarín (más de un 70 %) y otras lenguas próximas que forman el grupo sinítico de la familia sinotibetana. Todos los chinos de lengua sinítica pueden comunicarse entre sí por escrito, aunque, por ejemplo, un mandarín y un cantonés tendrían dificultades para entenderse cara a cara, pues la pronunciación es muy diferente. Salvando las distancias, sería una situación parecida a la que enfrentarían un portugués y un español. En cualquier caso, hablamos de un grado extraordinario de uniformidad étnica y lingüística para un país muy grande y poblado⁸. Y esa uniformidad aún sería mayor si no fuera porque en los últimos dos siglos el Estado chino, primero como imperio y luego como «república popular», se ha ido apropiando de territorios sobre los que nunca había tenido autoridad, o solo de forma temporal o nominal. Si los excluimos, es decir, si nos limitamos a la China «histórica», más o menos la que se corresponde con las dinastías Tang o Ming, las poblaciones no-han son marginales. Las dos familias de pueblos más numerosas, los zhuang y los miao, apenas suman 30 millones de personas, frente a los 1.200 millones de han⁹.

⁸ Diamond, 1998: 372.

⁹ Diamond, 1998: 374-375. Los miao suman seis millones de personas. Viven en grupos diseminados por una extensa área de China Sudoriental e Indochina. El desplazamiento (o

Mapa 6. Grupos etno-lingüísticos de China. 1971.



Fuente: U.S. Central Intelligence Agency.

Esta uniformidad se explica porque las recurrentes oleadas de conflictos súper-destructivos arrasaron las minorías étnicas, pues en ellos había un cierto componente racial. Por ejemplo, durante la revuelta de los *taiping* en el siglo XIX hubo un levantamiento paralelo de los *miao*, que fue reprimido con enorme brutalidad. Quizás murieran cinco millones de personas de dicha etnia. Evidentemente, esto no significa que no hubiera matanzas de chinos *han*. Simplemente, sucedió que, por su propio número, y por ser el grupo de referencia y colonización, los *han* fueron arrinconando a las otras etnias en cada una de las sucesivas catástrofes demográficas. Además, la expansión de los *han* llegó a las regiones de procedencia de los mismos pueblos nómadas que conquistaron China. Hoy en día Manchuria y Mongolia interior, han sido intensamente sinizadas, de modo que los respectivos pueblos homónimos tan solo son el 10 y 20 % de la gente de esas provincias. En el primero de los casos, el proceso intentó ser frenado por la propia dinastía Qing, de origen manchú, pero fue inútil.

expulsión, o aniquilación) de la lengua y cultura miao por la han parece haberse realizado, en su mayor parte, en épocas remotas, incluso antes de la dinastía Han; aunque haya continuado hasta tiempos recientes.

Gráfico 6. Datos oficiales de población, nominales y corregidos.



Fuente: Deng, 2004: 45.

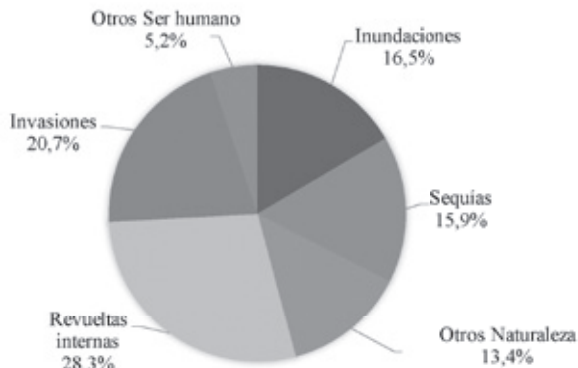
Esa sucesión de conflictos de diferente naturaleza igualmente explica la extraña historia demográfica de China¹⁰. De forma muy resumida, se podría contar del siguiente modo: Hacia el año 0 en China vivían unos 60 millones de habitantes. Hacia 1700 seguían viviendo unos 60 millones de habitantes. No obstante, entre esos dos años la población experimentó grandes fluctuaciones, así como cambios profundos en su distribución territorial. Así, a mediados del siglo XII, durante la dinastía Song meridional, se alcanzaron, quizás, los 120 millones de habitantes. En otras tres ocasiones la población también pudo superar los 60 millones: 1ª a mediados del siglo VIII, justo antes de la citada rebelión de An-Lushan; 2ª a finales del siglo XIV y comienzos del XV, en los inicios de la dinastía Ming. 3ª a mediados del siglo XVI, también

¹⁰ Deng, 2004. Otros autores proporcionan estimaciones que, básicamente, elevan las cifras de la dinastía Ming, con lo que el crecimiento durante la dinastía Qing no habría sido tan intenso pues partiría de un «piso» más elevado. El valor del trabajo de Deng es que se sirve de fuentes originales que contrasta entre sí. En todo caso, incluso empleando otras cifras, la lectura general es la misma: el crecimiento demográfico de China antes de mediados o finales del siglo XVII fue irregular y lento. El crecimiento desde entonces fue asombroso. En ningún caso se puede hablar de una China superpoblada con los Ming, los Yuan o los Song.

con la dinastía Ming. En cambio, antes del año 1000 hubo al menos cinco ocasiones en las que la población cayó hasta 15 o 20 millones de personas. Con posterioridad, y a pesar de las matanzas ocasionadas por las invasiones mongola y manchú, las fluctuaciones parecen haber sido menores. A grandes rasgos, y tras el auge de los Song, hubo un prolongado declive, de modo que en 1680 vivían unos 47 millones de chinos.

Por supuesto, la guerra no era la única causa de mortalidad catastrófica en China; pero sí la más importante. Según el cómputo referido, entre 246 aC y 1913 el 54,6 % de los desastres demográficos habrían tenido una causa estrictamente humana; lo que, en casi todos los casos, es decir la guerra. Sobre el total, la guerra de origen interno causó el 28,3 % de las muertes, y la de origen externo otro 20,7 %. La participación de los desastres naturales supondría un 46 %, siendo las inundaciones y sequías los casos más frecuentes, con un 16,5 y 15,9 %, respectivamente. Sin duda, estas no son estimaciones precisas; pero hay que notar que probablemente la participación de los desastres de origen humano esté infravalorada porque una parte del daño causado por la meteorología adversa depende de la negligencia humana. Por ejemplo, la carencia de unidad política y la guerra agravaban los problemas derivados de una mala cosecha al impedir el comercio interregional. En particular, resultaba muy perjudicial la interrupción del tráfico a través del Gran Canal, otra obra faraónica que unía el norte y sur de China. Así pues, una estimación más precisa seguramente agrandaría el peso de las causas humanas.

Gráfico 7. Desastres en China. 246 aC-1913 dC.



Fuente: Deng, 2003: 56 (basado en Chen 1937).

El lento desarrollo demográfico de China también se ha querido explicar a través de una supuesta mayor mortalidad no catastrófica (la que no incluye las guerras, epidemias, etc.), pero los argumentos no son muy convincentes. Se sostiene que las condiciones de vida de los arrozales eran malas, pues eran lugares propicios para el desarrollo de bacilos y, por tanto, enfermedades. Pero muchos indios y japoneses también vivían del cultivo de arroz, lo que no parece haber sido un obstáculo para el crecimiento demográfico de esas naciones. Además, y como veremos enseguida, muchos chinos no vivían de ese cultivo; y probablemente fueran la mayoría con las primeras dinastías. Quizás para sortear esta dificultad se plantea otra hipótesis *ad hoc*: una mayor irregularidad de las cosechas de cereal en el norte también habría causado una elevada mortalidad. Así pues, China habría sido un país muy desafortunado: enfermedades endémicas al sur, e inundaciones y sequías al norte. En cualquier caso, la supuesta mayor mortalidad en China bien pudo ser compensada por una mayor fertilidad. Hasta tiempos recientes, la edad de acceso al matrimonio ha sido muy baja, coincidiendo prácticamente con la del paso de la niñez a la adolescencia. Y este es uno de los factores más determinantes, si no el que más, a la hora de explicar la fertilidad. Por lo demás, el matrimonio era casi universal.

Pero acaso la mejor prueba de la importancia de la guerra en la demografía china esté en tiempos más recientes. Tras el inevitable período de inestabilidad que acompañaba la sustitución de una dinastía por otra, los Qing lograron algo que ninguna otra familia imperial había conseguido: una relativa paz. Las fronteras del norte se aseguraron (al fin y al cabo, los Qing eran manchúes) y, sobre todo, las revueltas internas se aplacaron (aunque nunca desaparecieron del todo). El resultado fue un crecimiento demográfico espectacular. Hacia 1660, una vez culminada la conquista manchú, China podría tener unos 45-50 millones de habitantes. Hacia 1833 rondaba los 400 millones. Esta cifra la convertía en la nación más poblada del mundo, por delante de India, aunque no del conjunto del imperio británico. Es posible que fuera la primera vez en la Historia que sucedía esto; dependería de si el anterior «pico» de 120 millones alcanzado con los Song fue, o no, un precedente. Como sea, 400 millones de habitantes vendría a ser una población siete, ocho o nueve veces mayor que la existente durante las dinastías Ming y Tang; y tres o cuatro veces mayor que el mejor registro de los Song. Y todo ello en el mismo territorio; aunque los Qing conquistaron muchas zonas fronterizas para asegurar las fronteras (Sinkiang, las dos Mongolias y, obviamente, Manchuria), todas tenían muy poca población.

No hay una explicación económica original en este crecimiento demográfico. Así, la ocupación del sur y la puesta en marcha de nuevos métodos de cultivo en los arrozales, que permitían aumentar el número de cosechas, realmente solo era un perfeccionamiento de procesos anteriores. Al fin, la cuenca del río Perla formaba parte de China desde la dinastía Han. Es significativo que la población creciera tanto en el norte como en el sur del país. Tampoco la introducción de nuevas plantas americanas, el maíz, la batata y la patata, explica el proceso. El crecimiento demográfico se dio por igual en zonas de agricultura tradicional como en aquellas en las que se introdujeron esos cultivos. Además, también creció espectacularmente la producción de algodón, que no era un alimento. En resumen, la agricultura china siguió haciendo más o menos lo de siempre; quizás algo mejor, y con más cultivos. Pero nada esencialmente diferente. Lo único que había cambiado era que ya no había guerras.

Esta paz se quebró en 1839 con la primera guerra del opio. Y desde entonces y hasta la llegada de la República Popular, China conoció muchos conflictos. Fueron, al menos, siete: las dos guerras del opio, la de los *taiping*, la de los *boxers*, las de los «señores de la guerra», la Segunda guerra chino-japonesa (que acabó siendo uno de los escenarios de la Segunda guerra mundial), y la guerra civil entre el Partido Comunista y el Kuomintang. Evidentemente, no todas tuvieron la misma incidencia. Pero como consecuencia de todos esos conflictos el crecimiento demográfico se ralentizó. Con todo, hacia 1950 en China vivían unos 550 millones de personas. Durante esos años de inestabilidad creciente la agricultura china apenas experimentó cambios, de modo que las técnicas agrícolas en 1950 eran poco más o menos las mismas que las existentes 50, 100 o 200 años antes. Los cambios llegaron con la larga tiranía de Mao Zedong (1949-1975). Y fueron un desastre. Las políticas del «Gran Salto Adelante» y la «Revolución Cultural» causaron estragos y sumergieron al país en la hambruna. Hablar de innovación tecnológica durante aquellas décadas es poco menos que una broma. Con todo, el crecimiento demográfico volvió a acelerarse. Hacia 1975, cuando Mao tuvo a bien morir, China contaba con casi mil millones de personas. Una parte muy pequeña de ese crecimiento se explica por la expansión territorial (Tíbet). El resto no tiene más explicación que la aplicable a los emperadores Qing en su época: la paz. También había cárceles, delaciones públicas, y brutalidad policial y juvenil; pero paz, al fin.

En resumen, la guerra, o su ausencia, es la única explicación posible de lo que ha sucedido en China en términos demográficos en los últimos 20

siglos¹¹. El problema de esta explicación es que la guerra por sí misma no explica nada. Un usurpador, el líder de una rebelión campesina, o el jefe de un clan de nómadas, pueden tener motivaciones racionales para actuar con extrema brutalidad. Por ejemplo, eliminar a todos los miembros de la familia del emperador destronado, incluso a los niños, es una salvajada, pero también es un acto racional. Pero el genocidio nunca es racional. Desde el punto de vista del gobernante, vaciar la tierra de hombres le debilita porque reduce su capacidad de movilización de soldados y cereal con los que hacer frente al próximo enemigo. Incluso el peor de los conquistadores acabaría encontrando razones para detener la matanza. Sin embargo, parece que en China no siempre se encontraron tales argumentos. La guerra fue inmisericorde; y estúpida. Por otro lado, y dado que la mayor parte de los levantamientos campesinos (y del resto de los conflictos) fracasaron, uno no puede menos que preguntarse dónde nacía tanta perseverancia. El cansancio suele ser la premisa sobre la que se construye la paz.

Pues bien: si todo esto no resulta bastante misterioso, aún podemos añadir otro par de enigmas: la agricultura y la tecnología.

LA TIERRA, LOS CAMPESINOS Y EL ESTADO

En Occidente, como en el resto del mundo, construimos la memoria histórica, e incluso la Historia, sobre mitos. Uno de ellos es el de la «revolución». Esta es una palabra con resonancias positivas. Pensamos que si en algún momento hubo un levantamiento popular necesariamente fue porque el pueblo estaba oprimido por los gobernantes; y que esa revolución fue algo «bueno». El problema de esta explicación genérica es que, hasta hace bien poco, el pueblo siempre ha estado oprimido por los gobernantes, de modo que la verdadera pregunta no sería «¿por qué hubo tal revolución?», sino «¿por qué no las hubo más a menudo?». Pues bien, en China hubo muchas revoluciones; es decir, su equivalente rural, levantamientos campesinos. Durante dos milenios hubo gigantescas y recurrentes rebeliones de tal gravedad que retrajeron el crecimiento demográfico. Pero precisamente China es el lugar menos adecuado para la rebelión porque, como veremos, los impuestos eran bajos y la

¹¹ Rosenthal y Wong (2011) argumentan que el desarrollo chino se explica por la existencia de un imperio sólido, poco gravoso para los campesinos, y que proporcionaba importantes bienes públicos; de forma señalada, la seguridad.

propiedad estaba bastante bien repartida. Si la revolución es el resultado de la injusticia, lo que allí sucedió carece de explicación. O peor aún, lo que carece de explicación es lo que no sucedió en el resto del mundo.

Así pues, necesitamos un modelo diferente de «revolución». He aquí uno: una revolución es cualquier levantamiento de los de «abajo» contra los de «arriba». Puede estallar como consecuencia de muchas circunstancias imprevisibles, como una mala cosecha, una elevación de los impuestos, una leva de soldados, etc. Estas desgracias son habituales; suceden de forma regular cada pocos años, o incluso varias veces en el mismo año. Sin embargo, casi nunca provocan una revolución porque el enfrentamiento con el poder comporta demasiados riesgos. No obstante, a veces, alguna de esas desdichas, incluso la más insignificante, puede desatar una revolución. Esto sucede si el contexto histórico es favorable; es decir, en épocas de estabilidad o crecimiento, y siempre que haya un mínimo nivel de bienestar. Las revoluciones son frecuentes en sociedades prósperas, e insólitas en sociedades pobres; no son hijas de la pobreza, sino de la riqueza. Por supuesto, esto tampoco significa que los ricos las protagonicen (aunque no pocas veces las inician). Lo que significa es que hay que ser un poco rico, o no demasiado pobre, para alzarse en armas. La casa solariega, el patrimonio o el negocio familiar son los refugios a los que volver si las cosas se tuercen. Pero quien es muy pobre, quien posee realmente poco, no arriesga ese poco que tiene, salvo que esté loco. Y, a fin de cuentas, casi todos los campesinos tienen algo: familia. Solo cuando no se posee absolutamente nada la rebelión vuelve a ser probable. Esa es la situación de los esclavos. Aunque no la de todos: aquellos a quienes se les permite tener una familia tampoco es probable que se rebelen.

Las evidencias de este modelo son abrumadoras. A lo largo de miles de años muchas civilizaciones han sido dirigidas por autocracias brutales que, sin embargo, se han visto libres de rebeliones. No es una casualidad. Cuanto más opresiva, estúpida y costosa fuera una autocracia más improbable era que se hundiese por una rebelión interna. En cierto modo, la pervivencia secular de las autocracias imperiales descritas en el capítulo precedente es una demostración de su rapacidad. Al ser incapaces de proporcionar paz, seguridad y prosperidad también se protegían de las revoluciones¹².

¹² Aunque la descripción de estas revoluciones debe buscarse en Deng, 1999, es justo reconocer que la universalidad del proceso puede esconder un problema de eurocentrismo. En fin, el modelo de revolución descrito es aplicable a China, pero también, y quizás mejor, a Occidente. En este ámbito las revoluciones ocurrieron bajo dos circunstancias. Primero, en el Caribe y Brasil como revoluciones de los que no tienen nada, es decir, los esclavos

Del mismo modo, la razón última por la que en China hubo tantos levantamientos radica en su relativa prosperidad, en el hecho de que los campesinos tenían condiciones de vida y seguridad lo bastante buenas como para alzarse contra los poderosos si surgía algún problema; que, por supuesto, siempre surgía. La imagen de una China relativamente próspera –por supuesto, en términos relativos– hasta la dinastía Qing es coherente con todo lo que iremos viendo a propósito de su tecnología, que, con pocas excepciones, estuvo por delante del resto del mundo durante unos 1.000 años. Y también es coherente con el relativo estancamiento de esa dinastía que, tampoco por casualidad, conoció una creciente reducción de los levantamientos campesinos. Incluso la rebelión *taiping* de mediados del siglo XIX la primera gran revuelta desde el siglo XVII, se explica de este modo. Surgió en una de las prósperas provincias del sur, Guangxi, y se propagó exitosamente hacia Nanking por la costa. Solo su derrota en la desafortunada campaña hacia Pekín volvió a los *taiping* hacia la China interior y pobre, donde languidecieron hasta desaparecer.

La razón primera, aunque no única, por la que China era un país relativamente próspero radica en la estructura de la propiedad agrícola. Hasta el trágico «Gran Salto Adelante», el pequeño propietario libre era el tipo de campesino común. Estos minifundistas suponían bastante más de la mitad de la población de cualquier comunidad rural. Por detrás de ellos, solía haber un grupo numeroso, pero menor, de campesinos que cultivaban un predio arrendado por otro campesino, o por alguien que residía en la ciudad. Y con un peso aún menor encontramos diversos tipos de jornaleros, aparceros y otros. En definitiva, la inmensa mayor parte de la tierra era propiedad privada en un sentido jurídico mucho más cercano al actual de lo que lo era, por

misérrimos a los que solo les esperaba la muerte (significativamente, no hubo revueltas de esclavos ni en las Trece Colonias ni en la América Española antes del comienzo del negocio azucarero en Cuba). Segundo, en el resto de Occidente hubo muchas revoluciones de «ricos» pero, sobre todo, y no por casualidad, en los países más prósperos y cultos en cada momento histórico, como Estados Unidos en 1776, Inglaterra en 1688, o Castilla en 1521. Pero el caso más conocido, y canónico, es la Revolución francesa de 1789. El desencadenante fue una crisis fiscal y una pésima cosecha, dos problemas importantes, pero insignificantes en comparación, por ejemplo, a las penurias del reinado de Luis XIV. La verdadera causa de la revolución fue el deseo de diversos grupos sociales, desde la nobleza hasta el campesinado pasando por la burguesía, de mejorar su posición en un sistema que se percibía, y con razón, condenado a desaparecer como consecuencia de su propio éxito; incapaz de satisfacer esas aspiraciones sociales. El éxito y virulencia de la Revolución francesa, que fue, sobre todo, parisina, seguramente también debe mucho a la participación de un subproletariado urbano que, como los esclavos, no tenía nada, los *sans-culottes*. Sobre la Revolución francesa, Furet, 1980.

entonces, en Europa o el Islam. La propiedad estatal era escasa, muy inferior a la del conjunto de los campesinos libres; y, además, solía decaer en privada. Normalmente eran tierras cedidas a soldados licenciados mediante arrendamientos muy largos, que luego se legaban y terminaban transformándose en propiedad libre. Solo la última dinastía, los Qing, parece haber hecho algún esfuerzo para acumular propiedades y, aún más inusual, explotarlas con sus trabajadores en lugar de cederlas en arrendamiento. De todos modos, esas «granjas imperiales» nunca supusieron más del 5 % de todas las tierras cultivadas¹³.

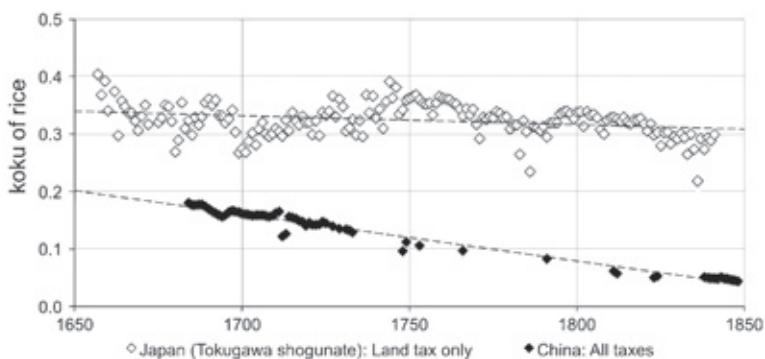
Esto no significa que, en períodos lejanos, y en ciertas regiones pobres, no hubiera grandes explotaciones agrícolas. Las hubo, pero nunca fueron predominantes y no se consolidaron como la forma típica de propiedad. Esto fue debido, en parte, a la interminable sucesión de guerras internas y externas que impedían la consolidación de poderes locales. Pero también a que el sistema de herencia fomentaba la fragmentación de la propiedad, pues los derechos a la herencia eran los mismos en todos los hijos varones del difunto, incluidos los tenidos con concubinas (en cambio, no se otorgaba el más mínimo derecho a las mujeres, cualquiera que fuese la relación de parentesco). De hecho, cuanto más grande era la riqueza del difunto, más probable era que tuviese muchos hijos y que la que propiedad se repartiese en más pedazos. Esto mismo es un hecho revelador sobre otro de los aspectos que vimos anteriormente. En Japón y Europa (en esta última con muchos matices regionales) los derechos de herencia de la tierra se otorgaban a un único heredero, el primogénito. Aun siendo injusto, tiene cierta lógica económica: si la tierra es tan poca que apenas da para mantener a una familia, lo lógico es no repartirla. La idea es que uno viva y los demás se busquen la vida. Razonando al revés, el hecho de que en China las propiedades se repartieran entre todos los hijos por igual es un indicador de que la tierra era abundante con relación al número de hombres.

Pero los campesinos chinos no solo eran relativamente ricos; también eran relativamente libres, pues no estaban sometidos, o no tanto, a las exacciones económicas de los poderosos. Parece que esto fue debido a que las exigidas por la casta militar en épocas remotas fueron desapareciendo sin que fueran reemplazadas por las imperiales, como sucedió en el Islam y otras sociedades. Desde los primeros tiempos, la clase militar china, arrogada con una vistosa consideración social, estaba estrechamente vinculada a la Casa Imperial, de la

¹³ Deng, 1999: 48-60 y 72-82.

que obtenía sus ingresos. Así pues, y en el sentido en el que la hemos estado definiendo, nunca llegó a existir una genuina clase noble¹⁴. Esta situación pudo haber cambiado en los numerosos períodos convulsos entre las grandes dinastías, en los que se fueron construyendo los mimbres de un sistema feudal. Pero aquellos Estados protofeudales no fueron más lejos porque cada nueva restauración imperial suponía un nuevo retraimiento de las incipientes aristocracias locales. Finalmente, desde los Tang el país fue gobernado por una casta funcionarial, los mandarines, cuyo acceso al cargo se lograba con un riguroso sistema de oposiciones. En consecuencia, los campesinos no tenían que sostener directamente a una casta militar; lo que, por otro lado, tampoco hubiera sido fácil dado que una parte de ella, y la más necesaria, estaba permanentemente destinada en la frontera norte. Así pues, los campesinos no estaban sometidos a la jurisdicción de los nobles en calidad de siervos. Simplemente, debían respeto y obediencia a las autoridades competentes en cada región que eran funcionarios al servicio del emperador.

Gráfico 8. Presión fiscal per cápita en China y Japón.



Fuente: Sng and Moriguchi, 2014: 441. Sources: Shogunate's land tax from Ohno (1996); Japan's population estimates from Hayami and Miyamoto (1988); China's tax revenues from Sng (2014); China's population estimates from Perkins (1969).

Nota: un koku equivale a 180,4 litros de arroz.

¹⁴ Zhao, 2015: 56-58. Deng, 1999: 349-350.

El resultado de todo esto fue que las exacciones fiscales que sostenían el imperio no eran especialmente gravosas¹⁵. Al contrario, el sistema fiscal chino era uno de los menos opresivos del mundo. Se ha estimado que la presión fiscal durante los 2.000 años de Historia que precedieron a la llegada de los europeos se situó entre el 7,5 y el 10%. Es decir, un monto inferior al diezmo de la Iglesia en Europa, que solo era una de las muchas contribuciones que tenían que pagar los campesinos europeos. Esos porcentajes también son tres, cuatro o cinco veces inferiores a la presión fiscal en India o Irán. Por lo demás, parece que la presión fiscal fue decreciente, al menos, durante la dinastía Qing (si bien, debido al crecimiento demográfico, los ingresos eran crecientes). Por supuesto, eso no significa que en los recurrentes levantamientos campesinos no hubiera constantes referencias a los impuestos; ¿pero habría cabido esperar otra cosa?

No obstante, un contexto general de prosperidad sigue siendo insuficiente para explicar las revueltas campesinas y, sobre todo, su frecuencia. Las revoluciones son posibles o, incluso, probables, cuando, dentro de ese contexto, concurren circunstancias excepcionales. Por tanto, la recurrencia de levantamientos en China sugiere la existencia de un escenario propicio a las catástrofes locales o regionales. Por ejemplo, se puede argumentar que la mayor irregularidad de las cosechas en China habría facilitado una mayor ocurrencia de los brotes violentos. Pero hay, por lo menos, tres argumentos para rechazar o minorar la imagen de una China regularmente sometida a estados de emergencia. Primero, sabemos que muchos levantamientos estaban bien organizados. A veces fueron instigados durante años por sociedades semi-clandestinas como la secta budista «Loto Blanco,» o por movimientos religiosos de difícil catalogación, como los «turbantes rojos». Casi siempre contaron con jefaturas bien definidas, que a menudo buscaron alianzas políticas con militares y burócratas. De ahí que muchas rebeliones no se dirigieran específicamente hacia las clases ricas, sino hacia el gobierno. Nada de esto se parece a un clásico «motín del pan». Segundo, los levantamientos campesinos eran conflictos largos. Algunos duraron solo un par de años, lo que no deja de ser mucho para este tipo de levantamientos. Otros se prolongaron décadas. En conjunto, la media supera los siete años. Una revuelta que dura tanto tiempo no puede explicarse por una situación de emergencia, cualquiera que sea. Tercero, las provincias chinas que sufrieron el menor número de rebeliones son precisa-

¹⁵ Sng and Moriguchi, 2014, sostienen que el tamaño de China imponía limitaciones al aumento de la carga fiscal, y la provisión de bienes públicos, que no se daban en Japón.

mente aquéllas en las que la irregularidad de las cosechas era mayor, y menor el dinamismo agrario a largo plazo; y viceversa. Es decir, al revés de cómo cabría esperar.

Así pues, y aunque circunstancias localmente difíciles puedan explicar el estallido de las revueltas, su mantenimiento requiere otros elementos. Hay dos claros sospechosos. El primero es la desafección de los súbditos hacia un régimen, el mandarinato, que carecía de conexiones con la vida local. La mecánica de las oposiciones, su convencionalismo, la asignación de los destinos, etc. condujo a la formación de una clase burocrática alejada de la sociedad a la que administraba y de la que el mandarín sabía poco. Cualquier decisión comprometida, que normalmente procedía de un estamento superior, podía ser malinterpretada. Algunas de esas decisiones, como la de prohibir el consumo de opio, que vimos en su momento, eran manifiestamente estúpidas. Y ponían de relieve la falta de conocimiento que los altos funcionarios imperiales tenían de sus súbditos. Esas decisiones no contaban con el apoyo de las fuerzas vivas de cada comunidad puesto que no eran consultadas. Además, daban aliento a la corrupción, en la que los mandarines participaban activamente, agravando la desafección¹⁶.

El segundo elemento era la recreación del Estado perfecto que hacían los propios ciudadanos, el «Imperio celestial». Los levantamientos en China nunca se producían con la finalidad de derribar el imperio, sino para restaurarlo. Los manifiestos que se publicaban con cada revuelta siempre apelaban a la importancia de volver a un gobierno equitativo, con una vaga retórica filosófica que no cuestionaba los fundamentos del poder. Todo lo más que hicieron los movimientos más radicales fue llamar a la expulsión de la casa imperial, sobre todo si era extranjera; pero nunca apelaron a la desaparición del imperio como tal. De hecho, la compleja guerra civil en la que se hundió China tras la caída de los Qing en 1911 tiene su origen en la pretensión del principal líder militar de los sublevados, Yuan Shikai, de convertirse en la cabeza de una nueva dinastía, traicionando las aspiraciones de los republicanos chinos. Es decir, ni siquiera entonces, en pleno siglo XX y con un imperio en plena desintegración, la cultura política china era capaz de escapar de los moldes del pasado. Las revueltas eran populares porque no querían cambiar los aspectos esenciales del sistema, solo las injusticias más inmediatas. Más aún, la esencia conservadora de los movimientos, su aspiración a volver a un pasado ideal,

¹⁶ Sng and Moriguchi, 2014: 457-8. Sin embargo, Deng, 1999: 158-165 cree que tampoco debe ser sobrevalorada.

les permitía sumar a grupos que, en principio, no les serían afectos. Asimismo, permitía a sus líderes dar cambios bruscos en su dirección sin despertar rechazo. La historia de la «revolución traicionada», mil veces repetida desde Robespierre hasta Daniel Ortega, tiene igual número de precedentes en la China de hace mil años.

Por ejemplo, en Zhu Yuanzhang (1328-1398), el fundador de la dinastía Ming, que protagonizó una de las revueltas más exitosas de la China medieval. Zhu nació en el seno de una familia extremadamente pobre que vivía cerca de Nanking. Tan pobre era que sus padres se vieron en la necesidad de «regalarle» a un monasterio budista, lo que resultó una buena decisión porque, a excepción de uno de sus hermanos, al poco toda la familia murió de hambre después de una mala cosecha. En cambio, Zhu vivió como monje mendicante varios años, hasta que se unió a una revuelta campesina propiciada por una secta anti-mongola, los «turbantes rojos». En poco tiempo se convirtió en la mano derecha del líder, casó con su hija, heredó sus fuerzas, y conquistó Nanking. A medida que acrecentaba su poder, Zhu fue cambiando. Abandonó las ideas revolucionarias de su juventud y reforzó el perfil anti-mongol, confuciano y autoritario. Su ejército empezó a sofocar otros levantamientos campesinos. Desde Nanking, Zhu conquistó el resto de China, se hizo llamar Hongwu (algo así como «vastamente militar»), se coronó emperador, y como tal gobernó durante 30 años, hasta su muerte siendo septuagenario. Da idea de su personalidad en los últimos años el hecho de que, habiendo descubierto un supuesto complot de su primer ministro, le hizo ejecutar a él y a otros 30.000 seguidores. Como otros tiranos modernos, pero con mucha anticipación, en el lapso de su vida Zhu recorrió todas las fases que van desde el levantamiento popular hasta la tiranía sanguinaria, volviendo ideológicamente al punto de partida; quizás porque, en realidad, nunca se movió de él.

En definitiva, los campesinos eran uno de los principales actores políticos de China, y tenían suficiente fuerza como para derribar no solo al gobierno, sino a la misma dinastía. De hecho, esto ocurrió en varias ocasiones, aunque no siempre ese era el desenlace buscado por los líderes de las revueltas. Los campesinos, pequeños propietarios que poco debían o temían al Estado, y que siempre podían volver a sus predios, eran un grupo social fácil de movilizar. Las revueltas respondían a la resistencia del pueblo a aceptar cambios en su percepción de lo que debía ser el imperio. De hecho, la importancia de las circunstancias extra-económicas es el rasgo más destacado de las últimas rebeliones en China, que son las mejor conocidas, las de los *taiping* (1850-1864) y los *boxers* (1899-1901). La primera se construyó alrededor de un movimiento religioso sincrético de inspiración cristiana que, de haber triunfado,

posiblemente hubiera derivado en una nueva religión¹⁷. La segunda fue una explosión anti-occidental y anti-cristiana. Los dos movimientos apelaban a un Estado imperial remoto y perfecto. Los mismos elementos encontramos en las anteriores revueltas campesinas de China: visiones religiosas alternativas, xenofobia y cierto conservadurismo místico. Y, por supuesto, personajes carismáticos con un extraordinario talento para reunir y liderar las masas, y sacrificarlas cuando fuera oportuno.

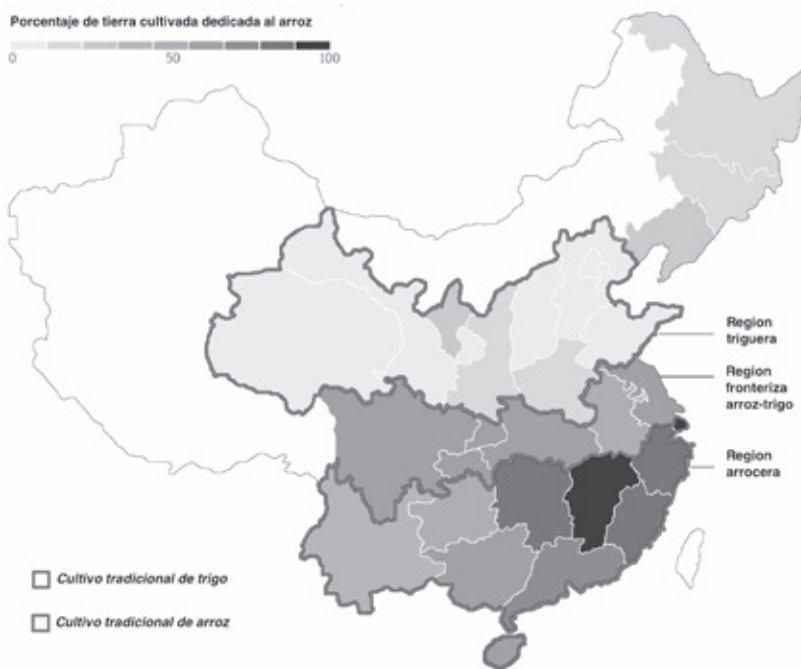
Los levantamientos campesinos solían fracasar. Y siempre tenían consecuencias catastróficas. Ya vimos que, junto a las invasiones del norte, fueron el principal mecanismo de control de la población china; lo que Malthus hubiera calificado como un «freno positivo» al crecimiento demográfico. Las revueltas eran una «puesta a cero» del «reloj biológico» de China. Gracias a ellos, y a las guerras en general, la población se mantuvo muy por debajo del nivel que, con las tecnologías disponibles, hubiera podido alcanzar. El que esto fuera beneficioso para el bienestar de los supervivientes es algo que Malthus hubiese calificado como incuestionable, y Boserup como disparate. En todo caso, parece claro es que esas revueltas impidieron el crecimiento demográfico de China durante siglos. Y por eso, cuando esa tenaza se relajó con los Qing, China creció como no lo había hecho antes. O, mejor dicho, como siempre lo había hecho, aunque sin resultado a largo plazo por las recurrentes masacres.

Hay otro par de características del mundo agrario chino que merece la pena señalar porque conciernen a viejos tópicos generados por la fértil imaginación de algunos europeos. En primer lugar, China no es un interminable arrozal; o, al menos, no solo es eso. Hay cierto debate sobre dónde apareció la agricultura y la misma civilización; pero sobre lo que no hay duda es que los primeros reinos históricos surgieron en el norte, en el gran valle del río Amarillo (Huang He) y las planicies de loes, en las que la base agrícola era un cereal de secano, primero mijo, y más tarde sorgo y trigo. La expansión y colonización de la China meridional vino acompañada por la introducción del cultivo de arroz, que probablemente los chinos *han* aprendieron de las poblaciones nativas. Allí, en las llanuras aluviales de los ríos Yangtsé y, sobre todo, Perla, las tierras fueron roturadas y dedicadas íntegramente al regadío. No obstante, amplias áreas del sur no podían ser cultivadas de esta forma, y en ellas se introdujeron otras plantas. En definitiva, la mayor parte de las tierras cultivadas en China nunca han sido arrozales. No obstante, como su produc-

¹⁷ Ferguson, 2012: 370-374.

tividad era enorme, la población que vivía en ellos era considerable. Por otro lado, como el proceso de expansión hacia el sur ha sido muy prolongado, y como ha tenido avances y retrocesos, es complicado dar una imagen fija de la parte de población que vivía en el norte y en el sur, o que se alimentaba de arroz o de otro cereal. Como idea general puede decirse que hubo un lento desplazamiento del centro demográfico del país hacia el sur, de modo que durante la dinastía Song probablemente los chinos del sur superaba a los del norte. Más incierto resulta saber cuándo la población que vivía de la agricultura de regadío superó a la que vivía del secano. Como fuere, China nunca tuvo una única base agrícola.

Mapa 7. Predominio del cultivo de arroz y trigo en China.



Fuente: Talhelm et al 2014: 603 (adaptado).

Otra idea eurocéntrica equivocada es la de que los sistemas de regadío exigían la intervención de una autoridad central, un Estado fuerte, que justificaba la existencia de una autocracia. El origen de esta hipótesis se encuentra en el materialismo histórico. Karl Marx creía que el modo de producción feudal

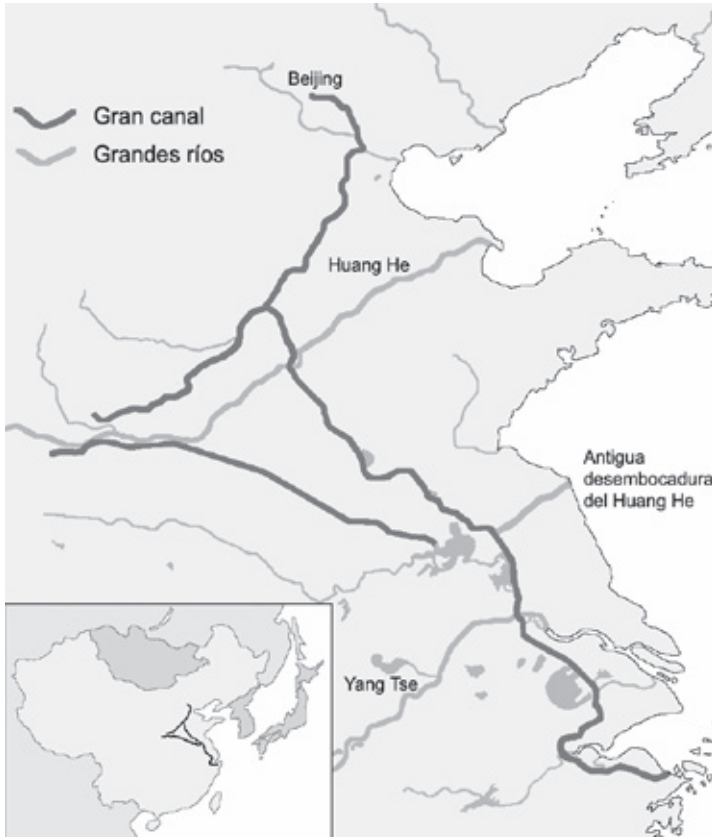
no se podía aplicar en Asia. Allí habría operado desde tiempos remotos un modo de producción específico que denominó «despotismo asiático», en el que el Estado, o también la comunidad tribal, era el tenedor de la tierra y sus rentas. Como hemos visto, en realidad esto no era así: la tierra era privada. En todo caso, este despotismo asiático generó una larga controversia entre los intelectuales marxistas porque resultaba extraño que hubiera un modo de producción anterior al feudalismo que, sin embargo, aún pervivía en el siglo XX. La solución más o menos aceptada por el común de la escuela marxista, vino de la mano de un historiador alemán, Karl August Wittfogel. Propuso el concepto de «imperio hidráulico» o «despotismo hidráulico», según el cual los sistemas agrícolas de los grandes valles requerían de una autoridad central que organizara colectivamente las labores de irrigación. De ahí la necesidad de un tipo de Estado inquisitivo y totalitario.

El desarrollo de este concepto es un interesante caso de eurocentrismo. La solución propuesta por Wittfogel era ingeniosa; e impresionante el trabajo académico que había detrás¹⁸. Solo tenía un problema: no respondía en absoluto a la realidad. En primer lugar, y como hemos visto, el imperio chino no surgió en los grandes valles fluviales del sur, sino en las tierras de secano del norte. E incluso, cuando el peso demográfico del imperio basculó hacia el sur, el centro político del imperio siguió estando en el norte; es decir, en las tierras de agricultura de secano. Las dos capitales tradicionales de China fueron Nanking, con los Song y los Ming, y Pekín, con los Yuan y los Qing. La primera se ubica en el curso bajo del Yangtze, en una región fronteriza entre las áreas predominantemente triguera y arroceras. Pekín se encuentra en la zona triguera. Por cierto, algunas de las élites gobernantes en China, como las dinastías Qing y Yuan, tenían su origen «al norte del norte», en las estepas herbáceas de Mongolia y Manchuria, donde la ganadería dominaba a la agricultura. En resumen, la autoridad imperial no sentía ninguna vinculación con los arrozales; a veces, ni siquiera con la agricultura. Por eso, y al contrario de lo que muchas veces se dice, los emperadores nunca emplearon los recursos públicos en obras de irrigación¹⁹.

¹⁸ Por ejemplo, al analizar la evolución de estos conceptos en Marx, Lenin y otros. Wittfogel, 1981, 369-413.

¹⁹ Se especula con que lo hiciera algún rey de la dinastía Xia, 20 siglos antes del año 0. Deng, 1999: 104-105.

Mapa 8. Gran Canal de China.



Fuente: Creative commons y elaboración propia.

Nota: El curso bajo del Huang He ha experimentado muchos cambios en épocas históricas. De forma resumida, hasta 1128 el río siguió varios cursos, que desembocaban al norte, cerca de la ciudad de Tianjin. Entre 1128 y 1855 lo hizo en el sur, aunque también siguiendo distintos recorridos. Desde el último año, el río sigue, más o menos, el curso actual.

Este desinterés no debe ser atribuido a una escasa implicación del Estado en las obras civiles. La existencia de la Gran Muralla demuestra lo contrario. Pero, además, el imperio abordó muchas otras infraestructuras, como la construcción de carreteras y, sobre todo, canales de navegación. En esto, una vez más, China batió records. Hasta el día de hoy, posee el canal de navegación

más grande del mundo, tanto por extensión como por cauce. Se trata del Gran Canal, una gigantesca vía de comunicación fluvial entre el norte y el sur de China, o lo que es lo mismo, entre las cuencas del río Amarillo y del río Yangtsé. Aunque no tan antigua como la Gran Muralla, también fue una realización temprana, que se puede dar por concluida con la breve dinastía Sui (589-618). Sus números son impresionantes: más de 1.700 kilómetros de longitud, bastante anchura y profundidad como para permitir el paso simultáneo de dos grandes barcazas, esclusas, embalses de alimentación, etc.²⁰. Todo hace pensar que, a pesar del coste y los desastres que ocasionó por las inundaciones accidentales, sus efectos compensaron el esfuerzo, ya que facilitó la conexión entre el norte trigoero y el sur arrozero. En parte gracias al Gran Canal, los mercados chinos poseían un notable grado de integración comercial, algo desconocido en India y el Islam²¹. Pero es revelador que no tuviera uso agrícola. No se diseñó con esa finalidad, y no se aprovecharon sus aguas para la irrigación. De ahí que discurra por un área sin mayor importancia agrícola. El interés del imperio por el Gran Canal, como el aún mayor por la Gran Muralla, contrasta vivamente con su desinterés por las obras de irrigación.

Así pues, y salvo por los tributos, el imperio vivía de espaldas a los campesinos. Pero, en cierto modo, los campesinos también vivían de espaldas al imperio. La cuestión clave es que el cultivo de arroz (como casi cualquier otro) no requiere la existencia de una fuerte autoridad central, como sostenía Wittfogel. El mantenimiento del regadío solo necesita la atención de la comunidad rural que cuida de canales y acequias, y ordena el reparto del agua²². Para explicar por qué en ocasiones hubo Estados unificados a lo largo de los grandes valles aluviales, como Egipto, basta con acudir a simples hechos geográficos, como la inexistencia de barreras defensivas naturales. Por lo demás, en otras regiones de Asia, como los cursos medios y bajos de los ríos Indo, Ganges y Mekong, pocas veces hubo grandes Estados centralizados, pese a que la agricultura de regadío era tanto o más dominante que en el sur de China. Y tampoco en otras zonas agrícolas semejantes y más lejanas, como el río Amu Daria y el curso medio del Níger. La pregunta que deberíamos hacer es cómo es posible que Wittfogel, un académico dedicado, inteligente

²⁰ Ferguson, 2012: 62-64.

²¹ Shiue and Keller, 2007. Von Glahn, 2016 184.

²² Deng, 1999: 103-107.

y crítico, fuera capaz de incurrir en un error tan obvio. El eurocentrismo es un problema muy serio.

En resumen, China nunca fue un imperio «hidráulico»; es decir, un régimen político en el que el soberano era un déspota que ejercía un poder omnímodo, arbitrario y benéfico sobre una gran masa de campesinos que soportaban esa carga porque necesitaban su autoridad para mantener la producción agrícola. Esto es una imagen fantasiosa que, por otro lado, tampoco se compadece de la realidad del mismo campesinado chino, que lejos de estar subyugado por el poder central, vivía bajo condiciones mucho mejores que sus homólogos del resto del planeta.

Lo cual tampoco quiere decir que el emperador chino no fuera un déspota. El imperio chino, como el otomano, el safaví o el mogol, era una autocracia militar y militarista. En todos estos Estados el Ejército era una institución fundamental para contener tanto las amenazas externas como, sobre todo, las internas. En el sistema político chino, como más o menos en los demás, no existían instituciones que representaran satisfactoriamente los intereses de las ciudades o de las comunidades étnicas o religiosas. Tampoco existían estructuras formales que dieran voz a contrapoderes como la Iglesia católica, los *qizilbash* o la clase samurai. Pero había una gran diferencia con todos ellos: el Estado chino era mucho menos intrusivo, pues carecía de las palancas de poder que tenían los otros imperios. El emperador chino no era dueño de la tierra, y no cobraba más que una parte pequeña de la renta generada por los campesinos. Estos impuestos se empleaban en gran medida en el mantenimiento de la Gran Muralla. La amenaza de esa frontera y la recurrencia de las guerras internas condujeron a los emperadores a una política prudente, una mezcla de condescendencia y brutalidad controlada. El imperio era implacable en la guerra, pero no forzaba la maquinaria de la recaudación fiscal. La permanencia de una administración a la que se accedía mediante un sistema de oposiciones, y que sobrevivía a los emperadores, garantizaba la continuidad de esas políticas.

Entonces como hoy, el sistema político chino era una paradoja. Autoritario en el fondo y en las formas, y ocasionalmente brutal, sin embargo, permitió el desarrollo de una economía de mercado como no lo hizo ningún otro régimen. Desde la época de los Song, si no antes, los resortes de la economía china estaban en manos privadas. El Estado era el garante de las relaciones económicas. Y también proporcionaba el bien público por excelencia, la Defensa, y en mayor o menor medida otros, como la Justicia. Pero aquí acababa su intervención económica. Una vez que se terminó de construir el Gran Canal (la Gran Muralla, por definición, nunca se terminaba) apenas intervino

en la realización de otras obras públicas. Y, como veremos, otras iniciativas públicas como las expediciones ultramarinas del siglo XIV, acabaron siendo abandonadas.

LA TECNOLOGÍA

Desde una perspectiva científica y tecnológica, China fue la sociedad más avanzada del mundo durante unos nueve o diez siglos, los que separan la dinastía Sui de los comienzos de la Edad Moderna; digamos que entre los años 600 y 1450. Por supuesto, la «distancia» que en cada momento sacaba a sus competidores variaba. Con todos los reparos que se quieran formular sobre un asunto tan esquivo, parece claro que durante la dinastía Song meridional (1127-1279) los avances tecnológicos en China experimentaron una fuerte aceleración. En aquella época los europeos empezaban a salir del pozo de la Edad Media, pero aún les quedaba mucho camino por recorrer. Por su parte, el Islam iniciaba su particular ruta hacia el abismo. Así pues, la medida del progreso chino hay que tomarla con respecto a Al Juarismi y Avicena antes del siglo XIII, y con respecto a Leonardo de Pisa y Leonardo da Vinci con posterioridad. Esa superioridad se mantuvo algún tiempo, pero desde la dinastía Yuan la distancia tecnológica empezó a reducirse hasta convertirse en desventaja con los Qing.

Aunque sea de forma resumida, merece la pena hacer un pequeño repaso de la creatividad china en esos mil años. Excluyendo los descubrimientos puramente científicos (que, como veremos, quizás no fueran tantos), podemos reconocer las siguientes invenciones en las que China fue pionera: 1º la rotación de cultivos. 2º el arado de hierro. 3º arneses eficientes para las acémilas. 4º máquinas para aventar y sembrar. 5º el hierro colado. 6º herramientas como la manivela, el calibre o la cadena sin fin. 7º la clepsidra. 8º el puente colgante. 9º la porcelana lacada. 10º el papel. 11º varios tipos de bebidas alcohólicas. 12º las cerillas. 13º la carretilla. 14º el estribo. 15º la imprenta. 16º la rueca. 17º la brújula. 18º la pintura fosforescente. 19º la cometa. 20º pozos de gran profundidad. 21º canales de navegación. 22º el barco de rueda. 23º el timón de navegación. 24º el trabajo submarino. 25º varios instrumentos musicales. 26º la pólvora. 27º los fuegos artificiales. 28º armas de fuego como el lanzallamas y el cohete. Y podríamos seguir con un 29º, 30º, 31º, etc.²³.

²³ Needham, 2000. Ferguson, 2012: 70-72.

Sin embargo, no parece que China sacara todo el partido que podría haber obtenido de tan apabullante colección de hallazgos. Su evidente ventaja tecnológica no permitió al imperio conquistar nuevos territorios fuera de Asia oriental, ni la salvó de las recurrentes invasiones de los pueblos del norte. Y tampoco, y esto es lo más importante, ese bagaje de experiencias y conocimientos le permitió dar el salto a la Revolución industrial. Este epígrafe trata de desentrañar este nuevo misterio.

Aunque el progreso científico no es una garantía del desarrollo tecnológico, revela mucho sobre la capacidad de una sociedad para afrontar el cambio. Pero la imagen general de la Historia de la Ciencia en China es difícil de interpretar. En ella domina un espíritu de observación y catalogación, así como cierta preferencia por las investigaciones concretas que tienen una aplicación inmediata. De modo paralelo, la abstracción es el punto más débil. Nunca existió un gran interés por comprender lo que los occidentales denominaron «leyes naturales», por oposición a la «Ley Divina»; quizás porque la idea de un Ser Superior que las hubiese ordenado, aunque no era desconocida, tampoco ocupaba una posición central en el pensamiento religioso chino. Este se movía en un terreno colindante, por un lado, con la filosofía y, por otro, con la magia. Precisamente esas tradiciones mágicas, a menudo procedentes del taoísmo, fueron las que impulsaron y dieron forma a ciertas investigaciones exitosas. Aunque, en otro sentido, también actuaron como una limitación al desarrollo de la ciencia.

Veamos algunos ejemplos. Hasta bien entrada la Edad Moderna, las investigaciones astronómicas chinas fueron superiores a las de cualquier otra civilización tanto en calidad como en cantidad. Los chinos elaboraron mapas estelares muy completos, identificaron cometas y planetas, describieron fenómenos como las supernovas, predijeron otros como los eclipses, y midieron tempranamente el año solar de 365,25 días. Sin embargo, un esfuerzo tan continuado para realizar mediciones precisas no desembocó en una cosmología correcta. De hecho, esas predicciones siempre se basaron en una visión geocéntrica del movimiento de estrellas y planetas. Todo hace pensar que la obsesión de muchos chinos (empezando por la casa imperial) por la predicción astrológica entorpeció una verdadera comprensión de la esfera celeste. El problema es que, desde una perspectiva meramente práctica, es más importante saber cómo el movimiento de los astros afecta a la vida de los hombres que saber por qué se mueven. Esto no quiere decir que la astrología no sea una superchería. La cuestión es que, si no lo fuera, sería muy útil. De ahí que esa catarata de mediciones astronómicas solo se empleara en hacer predicciones estúpidas.

Otro caso interesante son las matemáticas. China no desarrolló una lógica formal o binaria; es decir, el tipo de pensamiento según el cual los elementos deben ser calificados en una de dos categorías: «A» o «no-A», «Verdadero» o «Falso», etc. En cambio, y de modo coherente con su tradición filosófica, predominaba un tipo de pensamiento parecido a lo que hoy se conoce como «lógica variable». La visión taoísta del «yin» y el «yang» es un buen ejemplo de ello. Sin duda, es una visión fascinante del universo; pero es difícil construir un sistema matemático compacto sobre semejante base. En general, China hizo pocos descubrimientos en el campo de las matemáticas; aunque también los hubo, especialmente en álgebra.

Hubo también logros importantes en química, desde la laca hasta la pintura fosforescente; y, por supuesto, la pólvora. De hecho, con la posible excepción de la ingeniería, este fue el campo en el que los chinos hicieron aportaciones más notables. Los chinos desarrollaron un conocimiento enciclopédico de los elementos químicos de la naturaleza; pero realmente no sabían como interactuaban. El problema era que la química se identificaba con la alquimia, de modo semejante a como la astronomía lo hacía con la astrología. Lo que nos lleva, otra vez, al taoísmo. A diferencia de otras religiones, el taoísmo no defiende una visión estática e infalible de sí mismo, lo que le ha permitido crecer en distintas direcciones. Sin embargo, la forma en la que lo hizo en la China imperial no fue afortunada. A mediados del año 1000 la gran preocupación de los monjes taoístas era encontrar elixires con los que alcanzar la eterna juventud o la transformación de metales comunes en preciosos. Parece que la creencia en lo primero costó la vida a varios emperadores (empezando por el propio Shi Huang) que murieron por la ingesta de sustancias tóxicas. Todo esto puede parecer estúpido, pero también reflejaba una visión práctica del conocimiento. La piedra filosofal no existe, pero si existiera, sería estupendo tener una.

La ciencia china alcanzó su edad de oro entre los siglos XI al XIII, durante la última fase de la dinastía Song. Con los Yuan y los Ming no hubo propiamente una paralización del progreso científico, pero el ritmo de los avances fue cada vez más lento. En esas centurias los europeos redescubrieron muchos de los hallazgos que ya habían hecho los chinos y que no habían sabido aprovechar. Después, con los Qing, China prácticamente no hizo ninguna aportación científica que merezca la pena recordarse. Pero aún más significativo es que los progresos de Europa despertaban indiferencia, cuando no rechazo, entre las autoridades políticas y científicas chinas²⁴. Por ejemplo, los realizados en el

²⁴ Zhao, 2015: 368-369.

campo de la astronomía. A mediados del siglo XVII, y gracias a la construcción de nuevos instrumentos de observación y el desarrollo de las matemáticas, Occidente había adelantado a China, que solo podía exhibir como mérito reseñable la calidad y extensión de sus extensos registros astronómicos. Desde un siglo antes se había asentado en Pekín una pequeña comunidad de científicos jesuitas. Aunque contaban con la protección del emperador, que tradicionalmente acogía en su Corte a sabios de todo el mundo, los jesuitas se enfrentaban a la enemiga de los astrólogos chinos, cuya influencia en los círculos cortesanos era considerable. En 1665 fueron condenados a ser ejecutados de forma atroz por haber errado en ciertas predicciones astronómicas. Solo salvaron la vida porque, estando en prisión esperando la muerte, un terremoto sacudió Pekín, lo que fue interpretado como una muestra del malestar de los Cielos. Fueron liberados de inmediato, y nuevas observaciones demostraron que, en realidad, siempre habían tenido razón. Así que el mismo castigo se volvió contra los astrólogos chinos; y esta vez se ejecutó. Esta historia es llamativa por muchos motivos. En primer lugar, porque el miedo a reconocer el error llevó a las autoridades a condenar a muerte a unos extranjeros que, en el peor de los casos, solo estaban equivocados. Semejante actitud era infrecuente en China, un país en el que la discrepancia religiosa era bien tolerada. Pero, además, la historia es interesante porque esas personas salvaron la vida porque se hizo una interpretación mágica de un fenómeno natural, un terremoto; una actitud que hubiera sido inimaginable entre las élites europeas, incluso del siglo XVII.

En definitiva, desde el principio la ciencia china estuvo lastrada por problemas conceptuales serios, como el gusto por lo mágico y el poco desarrollo del pensamiento abstracto. En muchos sentidos, seguía un camino errado, y quizás por eso fue entrando en declive. Pero las limitaciones de la ciencia, con ser importantes, no pueden explicar el estancamiento técnico y económico. Al contrario, el enfoque práctico de la ciencia china era el más indicado. Ese mismo fue el enfoque de los primeros empresarios-inventores de la Inglaterra del siglo XVIII, que, con alguna excepción (James Watt) tampoco parecen haber comprendido los fundamentos de lo que estaban haciendo. La Primera Revolución industrial no se basó en la ciencia, sino en algo que podríamos llamar «prueba y error»; cuando no «casualidad». A menudo, las invenciones parecen haberse alcanzado mediante un «bombardeo por saturación». Si miles de artesanos manipulan tornos, ruelas y husos, alguno de ellos, un Hargreaves cualquiera, acabará inventando una hiladora mecánica. Ese mismo era el plano en el que se movía China, un país de millones de artesanos que «hacían cosas». Inevitablemente, alguien acabaría inventando algo. Podría argumentarse que ese enfoque pragmático sería un obstáculo para

ulteriores desarrollos, lo que se conoce como Segunda Revolución industrial, en la que sí hubo un enfoque científico expreso. Pero nada de esto viene al caso, pues el problema de China estriba en que por sus propios medios ni siquiera llegó a la Primera.

Por supuesto, no todas las invenciones tuvieron la misma utilidad. Precisamente el problema de cualquier tecnología es que cuando aparece nadie sabe hasta dónde puede llegar. Y, al fin, muchas cosas fantásticas quizás no sirvan para nada. Dos buenos ejemplos son las cometas y las clepsidras. Desde tiempos remotos los chinos han sido grandes fabricantes de cometas, pero no parece que esa habilidad haya mejorado su nivel de vida o les haya servido para algo útil. Todo lo más, parece que en ocasiones se colgó de ellas a soldados para otear los movimientos de los ejércitos enemigos (parece que la experiencia no fue exitosa). Hoy puede parecer obvio que las cometas solo son un juego de niños. Pero hace 1.000 o 2.000 años no era tan obvio. Algo semejante se puede decir de las clepsidras, los relojes que emplean la caída del agua como mecanismo para medir el tiempo. Las primeras parecen haberse construido en el siglo XVI aC en Egipto. Y casi desde el principio se puso de manifiesto cuál era su mayor problema: su precisión era proporcional a la complejidad del mecanismo, lo que es decir su tamaño. Una buena clepsidra, un verdadero reloj de agua, es un aparato grande, caro y difícil de usar, lo que explica que sean instrumentos típicamente cortesanos. En China y en varios Estados islámicos se construyeron algunos, de varios pisos de altura, verdaderos prodigios tecnológicos; pero que solo servían para resolver los problemas planteados por los astrónomos de la misma corte. No resulta sorprendente que el destino habitual de esos monstruos acabara siendo su destrucción o el olvido de su manejo cuando fallecía el rey que los mandó construir o, todo lo más, sus sucesores inmediatos.

Por supuesto, pueden encontrarse situaciones más complejas. Por ejemplo, tecnologías inútiles en un determinado momento, que resultan útiles después; o viceversa. O tecnologías que en sí mismas eran inútiles, pero que propiciaron el desarrollo de otras que sí lo eran. O tecnologías que fueron inútiles para una sociedad, pero que fueron útiles para otra. Lo cierto es que cualquier desarrollo tecnológico tiene una utilidad incierta, que va del cero al infinito, en cualquier período indefinido. Yo no descartaría que, algún día, las cometas revolucionen el campo de la energía eólica, por ejemplo. ¿Quién puede decir lo contrario?

Uno de esos capítulos, el de las tecnologías inútiles o poco útiles en China, pero que tuvieron un gran desarrollo en otras sociedades, ocupa un lugar

preminente. En particular, tres grandes invenciones del período Song: la imprenta, la pólvora y la brújula. En rigor, tampoco está claro que apareciesen con esa dinastía; lo único seguro es que por entonces existían. Lo cual resulta significativo. Indudablemente China fue una civilización muy precoz en la invención de nuevas tecnologías, pero no siempre hubo un interés en darlas a conocer y desarrollarlas.

El caso más notable de tecnología infrautilizada, aunque también el más justificado, es la imprenta. A pesar de su temprana invención, los chinos emplearon poco las técnicas de impresión, lo que probablemente se deba al tipo de escritura. La necesidad de emplear un número muy elevado de caracteres para realizar una sola página supone una dificultad considerable en comparación a la escritura alfabética de indios, persas, árabes y europeos. No obstante, resulta extraño que esta dificultad nunca fuese resuelta. Al fin y al cabo, solo es un problema de magnitudes. Si hubiera habido muchos lectores se podría haber impreso ediciones muy grandes que justificarían los mayores costes. De forma alternativa, podría haberse avanzado hacia una simplificación de los caracteres, tal y como se hizo en el siglo XX. Lo cierto es que después de una fase inicial, con algunas ediciones muy amplias, la impresión con tipos móviles fue decayendo. El poco uso de la imprenta explica que la invención no fuera conocida en Europa, motivo por el que Gutenberg tuvo que «reinventarla» hacia 1450.

Sin duda, desde que los chinos inventaron la pólvora han hecho uso de ella como ningún otro pueblo del mundo. Así pues, no estamos exactamente ante una tecnología infrautilizada. La pólvora fue empleada en la pirotecnia, pero también en todo tipo de artefactos militares, como cohetes, minas de tierra o agua, granadas de mano, morteros, lombardas... No es sorprendente, pues los chinos demostraron una enorme creatividad en la fabricación de todo tipo de armas. En China nació la guerra química (por medio de gases venenosos), la ballesta, y muchos otros artilugios diabólicos como lanzallamas primitivos o engranajes volantes con cuchillas para matar a distancia. Lo único que falta en este variado arsenal son las armas características de los ejércitos europeos, indios y turcos: mosquetes y cañones.

La comparación con la industria militar europea resulta elocuente. La pólvora llegó a Europa desde el Próximo Oriente hacia 1200; es decir, dos siglos o más desde que se inventara en China. Los europeos no la emplearon como fulminante, sino como explosivo. Las primeras armas de fuego europeas eran artefactos parecidos a cañones. Su desarrollo durante la Baja Edad Media fue difícil debido a problemas diversos, como la fundición, el control de la

trayectoria, el mecanismo de recarga, etc. Aún mayores dificultades tenían las armas ligeras, en las que el principal problema era el contrario: controlar la explosión de una pequeña cantidad de pólvora que eyectara con precisión un proyectil pequeño. En todo caso, hacia el siglo XV se habían resuelto las principales dificultades. En este terreno Europa tenía una clara superioridad tecnológica, pero tampoco sobresaliente porque la transferencia de conocimientos fue constante. Desde el primer momento, todas las naciones asiáticas se hicieron con armas europeas. Pero no todas las vieron con el mismo entusiasmo. Como veremos, Japón fue el más decidido imitador. Y China el más renuente. Su ejército tardó mucho tiempo en aceptar el uso de cañones y mosquetes, que nunca incorporó de forma completa para no prescindir de las armas tradicionales. Por este y otros motivos, los ejércitos chinos eran muy inferiores a los europeos, aunque esto no se pudo comprobar fehacientemente porque no hubo enfrentamientos armados directos.

Pero quizás lo más revelador sea lo sucedido con la brújula y, en general, la navegación. La brújula es un instrumento muy útil para navegar, pero solo si se acompaña de otros aparatos, como la rosa de los vientos, el sextante, un reloj... y mapas. Y tampoco tiene el mismo valor en la navegación de cabotaje que en la de altura; solo en esta ofrece todas sus posibilidades. Pero precisamente este tipo de navegación fue eludida por China. Aunque se hicieron grandes expediciones oceánicas los marinos chinos no solían abandonar la proximidad de la costa. Esto tuvo dos consecuencias importantes. La primera es que los viajes eran más largos. La segunda es que prácticamente eliminaba la posibilidad de realizar verdaderos viajes de exploración. Las flotas chinas nunca alcanzaron ni América ni Australia, pese a que contaban con la tecnología necesaria y las rutas eran relativamente sencillas. El poco uso práctico que se dio a la brújula, y la ausencia de grandes viajes interoceánicos, explican porque aquel instrumento fue (presumiblemente) reinventado en la Europa del siglo XIII.

China no solo podría haber realizado grandes expediciones; realmente las hizo, aunque no fueron viajes de altura. A comienzos del siglo XV, durante el reinado del emperador Yongle, y bajo el mando del almirante Zheng He, se organizaron siete expediciones navales que, partiendo del puerto fluvial de Nanking, recorrieron la costa sur de Asia. Estuvieron formadas por un número variable de grandes juncos, quizás incluso 300, que pudieron llevar consigo hasta 37.000 hombres. Hay que esperar al siglo XVIII para encontrar una operación naval comparable (aunque menor); en concreto, el transporte de 27.000 hombres en 186 barcos desde Inglaterra hasta Cartagena de Indias durante la llamada guerra del Asiento. En las tres últimas expediciones, Zheng

He alcanzó África, llegando al canal de Mozambique; el mismo lugar por el que, unas pocas décadas más tarde, pasaría Vasco de Gama desde Portugal²⁵. Desde luego, esas expediciones chinas fueron una extraordinaria proeza técnica; pero también un enorme despilfarro. Los viajes tenían como principales propósitos hacer saber al mundo de la existencia del imperio celeste y traer productos exóticos a la Corte. Si existió alguna finalidad económica, pronto se demostró vana²⁶. La muerte de Yongle en 1424 fue el principio del fin. Se abandonó toda política de expansión marítima, y la falta de entendimiento con los comerciantes y piratas japoneses hizo que estos pronto controlasen la costa china e introdujeran todo tipo de mercancías de contrabando; por supuesto, con la complicidad de no pocos chinos. El gobierno reaccionó desdoblado su propia costa y prohibiendo la navegación a sus súbditos, lo que agravó la situación. Finalmente, acuerdos con Corea y Japón, y la presencia lusa en aquellos mares (Portugal ocupó una parte de Formosa/Taiwan), fueron resolviendo el problema poco a poco. Pero China nunca volvió a ser una potencia naval, y se encerró en sí misma. De este modo, la brújula y todos los demás avances realizados en los tres siglos anteriores no sirvieron para nada.

Otras invenciones chinas tuvieron un desenlace similar. Por ejemplo, la minería del carbón, existente desde el siglo XI. Una vez identificado el mineral, y aún dándole diversos usos, no hubo ningún progreso significativo en las técnicas de excavación de minas, de modo que poco antes de la llegada de los europeos solo se explotaban yacimientos superficiales. Muy anterior es la construcción de altos hornos en los que se alcanzaron mejoras notables con el empleo del carbón, sistemas de fuelles, arcillas refractarias y otras técnicas. De hecho, se ha estimado que la producción férrea de China en 1078 oscilaba entre 75.000 y 150.000 toneladas, una cifra que, en su rango superior, igualaría toda la producción siderúrgica europea a comienzos del siglo XVIII. No obstante, es significativo que ese momento, correspondiente a la dinastía Song septentrional, marca la cima de la producción siderúrgica china. Tres siglos más tarde dicha producción vendría a ser la mitad²⁷, si bien es cierto que la población había caído en la misma proporción. En todo caso, no parece que hubiera habido ninguna innovación tecnológica relevante.

²⁵ Fairbank and Goldman, 2006: 137-140. Sobre la contraposición de viajes portugueses y chinos, Ferguson, 2012: 72-83.

²⁶ Zhao, 2015: 363-364.

²⁷ Hartwell, 1962: 154-155.

Del mismo modo, desde, al menos, la dinastía Ming, existían telares mecánicos relativamente sofisticados. Y también tornos de hilar que semejaban las primeras máquinas hilanderas británicas, como la de Hargreaves, pero con varios siglos de anticipación. Sin embargo, no se fue más lejos, y todos esos artefactos dejaron de ser técnicamente competitivos con los ingleses a lo largo del siglo XVIII. Quizás lo más sorprendente es que, tanto en las máquinas de hilar como en los telares, las innovaciones técnicas requeridas para poner esas máquinas a la altura de las europeas eran mínimas.

Por supuesto, también hubo tecnologías que tuvieron un desarrollo más extenso. Ante todo, las agrícolas. Los avances no consistieron en invenciones puntuales, sino en la paulatina construcción de obras de regadío, y la mejora de utensilios y técnicas de cultivo. China fue una nación pionera en el uso de arados de hierro (pero no de acero), e introdujo la noria persa y otros artilugios hidráulicos. Pero quizás el mayor logro consistió en la mejora en semillas y el abonado, que permitieron conseguir dos y hasta tres cosechas anuales en el cálido y húmedo sur. Todos estos progresos fueron conseguidos por los campesinos de forma individual, u organizados a través de las comunidades locales, sin ningún apoyo estatal. Es muy significativo que, igual que en Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia en los siglos XVIII y XIX, hubo una gran proliferación de folletos y manuales.

Un punto crucial es determinar cuándo la tecnología europea superó a la china y en qué campos. Kenneth Pomeranz y otros historiadores sostienen que ese *sorpasso* tuvo lugar tarde, no antes de mediados del siglo XVIII; bien entendido que, en este contexto, la tecnología superior no es la que emplea más o mejor capital, sino la más económica. Importan los resultados, no los procesos. Técnicamente, Europa pudo ser un continente superior a Asia desde comienzos de la Edad moderna; pero a menudo el producto industrial europeo, ya fuera hierro o tejidos, no tenía más calidad que el oriental, o era más caro, o las dos cosas a la vez. Ya vimos cómo hasta bien entrado el siglo XIX India tuvo una tecnología inferior a la británica, con la que, sin embargo, podía competir gracias a los bajos salarios. Una situación semejante podría haber sucedido en China. Pomeranz sostiene que, en realidad, no se puede hablar de atraso tecnológico de China hasta finales del siglo XVIII. Pero dado que durante esa centuria los progresos chinos fueron muy pequeños o nulos, habría que suponer que los de Europa, y Gran Bretaña en particular, tampoco progresaron mucho, o partían de un considerable retraso con respecto a China. Tanto una hipótesis como la otra parecen problemáticas.

En cualquier caso, cabe preguntarse cómo dilucidar esta cuestión cuando apenas existía comercio directo entre China y Gran Bretaña (y el resto

de Europa). Como vimos, China solo importaba un producto, opio, y solo porque estaba prohibida su producción interna. El comercio exterior estaba seriamente restringido por las autoridades; pero cuando el país se abrió a raíz de la derrota en las guerras del opio, la demanda de los consumidores chinos de productos europeos resultó ser exigua, en parte por las diferencias culturales, en parte por el bajo nivel de compra de los chinos. En cuanto a las exportaciones, la situación no era muy diferente. Aparte de jengibre, los únicos productos tecnológicamente avanzados en los que China competía en Inglaterra eran la porcelana y las sedas. Respecto a las primeras, su técnica de fabricación fue superada en la segunda mitad del XVIII por fabricantes ingleses como Josiah Wedgwood y Thomas Bentley. Las sedas chinas tuvieron algo más de vida, aunque competían con otras orientales. Fuera de esos bienes, nada fabricado en China era especialmente atractivo para los europeos por sus mejores cualidades. En resumen, y aun sin la evidencia de un comercio internacional, no hay motivos para pensar que a finales del siglo XVIII China mantuviera una ventaja tecnológica en ningún campo industrial. Incluso con India su posición podría ser desventajosa.

En todo caso, Pomeranz pone el acento en la tecnología agrícola. El argumento es que, incluso si ese atraso existía (en realidad, todo consiste en saber si ocurrió un poco antes o después), la agricultura china siguió siendo técnicamente eficiente a finales del siglo XVIII. Esto resultaría fundamental porque, en lo concerniente al bienestar de la gente, siempre sería preferible contar con una buena tecnología agrícola que con una buena tecnología industrial. Pero esta hipótesis adolece de los mismos defectos: no es falsable, y tampoco parece probable. Pomeranz establece una comparación imposible, entre Inglaterra y el curso bajo del Yangtsé, en las proximidades de la actual Shanghái. Se trata de un territorio muy pequeño dentro de la gran China, pero extraordinariamente poblado. En él, la producción agrícola era completamente diferente a la europea, pues esa es una zona intensamente arrocera (parte se corresponde con el delta del Yangtsé). La productividad agrícola por unidad de superficie era extraordinaria, lo que permitía el mantenimiento de una elevada densidad de población. Pero esto no dice nada, ni a favor ni en contra, de la superioridad tecnológica de China. Simplemente estamos ante un sistema agrícola diferente de los habituales en Europa, y que utilizaba distintos inputs para realizar procesos distintos. De hecho, si comparamos las productividades por hombre, es probable que Gran Bretaña estuviera por delante de China²⁸. Aunque tampoco es seguro porque no existe otra medi-

²⁸ Huang, 2002.

da que, quizás, la ingesta de calorías per cápita (que probablemente fuera mayor en Inglaterra). Para establecer alguna comparación creíble deberíamos contemplar sistemas agrícolas semejantes; por ejemplo, los de secano del norte-Centro de China y de la Europa Atlántica. No parece que en este tipo de agricultura hubiera ninguna superioridad tecnológica asiática, sino todo lo contrario.

Por otro lado, la idea de que China pudiese mantener durante mucho tiempo una ventaja tecnológica con Occidente en la agricultura, pero no en la industria, resulta inverosímil, pues las interconexiones entre la ciudad y el campo son demasiado estrechas. La ciudad actúa como demandante de bienes agrícolas, pero también como proveedor de servicios a los campesinos. La mayor demanda urbana, especialmente la de sus clases altas, genera una demanda de productos agrícolas diferentes que, a menudo, induce cambios en el sistema agrícola. Al revés, los aumentos en la productividad agrícola generan un excedente que es aprovechado por la industria urbana. En resumen, entre los dos mundos hay un tráfico constante de mercancías, personas e ideas, del que nadie se puede desligar. Por eso resulta imposible separar las invenciones de su entorno cultural, fragmentando el último. La hiladora de Hargreaves no tenía nada que ver con el «Norfolk system», pero el que una y otro surgieran en Inglaterra en el siglo XVIII no es casual. También por este motivo, los períodos brillantes de investigación de las civilizaciones se reflejan en todos los campos. De hecho, no pocas veces las mismas personas realizan avances en distintos campos. Los grandes científicos árabes de los siglos VIII a XIII pocas veces pueden ubicarse en un único campo de conocimiento.

Lo que sabemos de la China de los Qing es que con esa dinastía la curiosidad científica languideció hasta morir; y todo hace pensar que el proceso fue temprano. Ya en los comienzos de la dinastía, en 1665, vimos como un hallazgo astronómico estuvo cerca de llevarse la vida de sus descubridores jesuitas por su mera condición de extranjeros. Dos siglos más tarde nada había cambiado.

Por último, las razones esgrimidas para explicar porque Europa superó a China tecnológicamente –y no porque China estaba estancada– tampoco resultan convincentes. Pomeranz arguye que Gran Bretaña y las otras naciones occidentales disponían de dos recursos de los que carecía China, dos «sospechosos habituales» en este tipo de explicaciones: imperio y carbón²⁹. China no tenía un imperio porque era un imperio. Precisamente con los Qing las

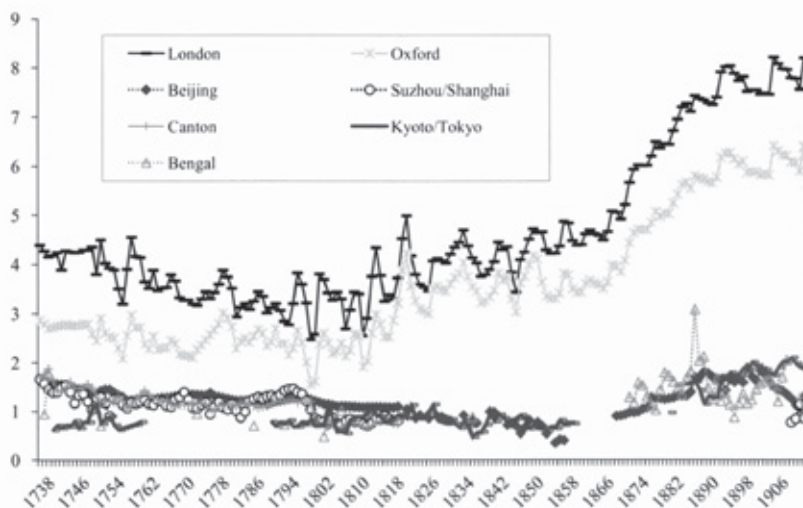
²⁹ Pomeranz, 2000: 264-297.

fronteras se expandieron y afianzaron como no lo habían hecho nunca, alcanzando territorios poco poblados y provistos de recursos naturales menos frecuentes (que no inexistentes) en la China *han*. En realidad, si la expansión no fue mayor fue porque anteriormente, a comienzos del siglo XV, se detuvo el programa de exploración naval de Zheng He; quizás de forma justificada, dados los costes. Con todo, la pérdida de esa palanca al desarrollo no parece haber sido un problema grave, del mismo que tampoco la Revolución industrial británica parece deber nada a la India quizás; ni siquiera a las Trece colonias americanas (*supra*). En cuanto al carbón, los argumentos de Pomeranz son aun más endebles. China posee enormes yacimientos, hasta el punto de que su masiva explotación es la principal causa de que actualmente sea el mayor emisor mundial de gases de efecto invernadero. Se sabe de la extracción de ese carbón desde tiempos remotos, para lo cual los mineros chinos se sirvieron de una tecnología moderna para su época. Los yacimientos carboníferos se encuentran en casi todas las provincias, pero son especialmente frecuentes al sur de Pekín, alrededor del curso medio y bajo del río Amarillo, una región central, bastante poblada y bien conectada. De hecho, las primeras minas explotadas a finales del siglo XIX con técnicas occidentales estaban allí. En resumen, la carencia de carbón no pudo ser un obstáculo al desarrollo industrial de China porque, simplemente, no había tal carencia³⁰.

La imagen contraria, es decir, la de una China con una tecnología estancada durante la dinastía Qing, es coherente con otros fenómenos. En primer lugar, con los bajos salarios. Una tecnología deficiente justificaría una baja productividad laboral y, por tanto, unos salarios bajos. O desde la perspectiva contraria, el hecho de que los salarios fueran bajos explicaría que no hubiese incentivos para la inversión en tecnologías ahorradoras de trabajo. Como fue, en términos reales o de bienestar, los trabajadores urbanos chinos recibían remuneraciones muy inferiores a las de los trabajadores británicos y holandeses; y parecidas a las de otros países europeos, o la India, sobre cuyo mercado laboral ya hemos hablado³¹. Todo esto conduciría, una vez más, a plantear el problema de los diferentes grados de desarrollo en términos de excepcionalidad europea, o británica. Pero no en términos de excepcionalidad china.

³⁰ Pomeranz, 2000: 62-67. Huang, 2002: 531-533. Al respecto, resultan interesantes las investigaciones realizadas por el geólogo Ferdinand von Richthoffen entre 1868 y 1872, y descritas por Shellen Xiao Wu, 2015: 33-65. En resumen, Richthofen encontró un país con un enorme potencial en la explotación de todo tipo de minerales y, también carbón.

³¹ Allen, 2009 y Allen et al., 2011.

Gráfico 9. Salarios reales (*welfare ratios*) en Europa y Asia.

Fuente: Allen, Bassino, Ma, Moll-Murata and van Zanden, 2011: 28.

Precisamente esa imagen de una China de bajos ingresos y «divergente» con Europa o, al menos, Gran Bretaña, constituye un aspecto esencial de un modelo alternativo, desarrollado por Mark Elvin, y conocido como «estado estacionario de alto nivel», o también «trampa maltusiana de alto nivel». Se trata de una interpretación que, en realidad, refuta las tesis principales de Pomeranz, pero lo hace por una vía inesperada³².

Explicar este «estado estacionario» exige una pequeña digresión. Según David Ricardo y otros economistas clásicos, en el muy largo plazo la Humanidad lograría escapar del recurrente ciclo de expansión y crisis, y alcanzaría un equilibrio con los recursos. Esta situación sería el llamado «estado estacionario», en el que el rendimiento de la inversión solo igualaría la depreciación del capital. Es decir, no habría incentivos para la inversión y, por tanto, el capital permanecería constante. Dicho de otro modo, no habría ventaja alguna en ser capitalista u obrero, pues los ingresos de unos y otros solo permitirían una existencia cercana a la subsistencia. En lo concerniente a la agricultura, donde la tierra es un factor fijo, todas las granjas habrían sido puestas

³² Elvin, 1973 y 2006.

en explotación de forma óptima, de modo que no sería posible lograr un incremento de la producción que compensase la incorporación de nuevos trabajadores. Por tanto, no habría margen para que la población creciera. El equilibrio se alcanzaría mediante controles de natalidad o «frenos negativos» o «preventivos».

Pues bien, según Elvin, este esquema se aplicaría a la China anterior a la llegada de los europeos, pero con ciertas diferencias. El imperio de los Qing en el siglo XVIII sería un «estado estacionario de alto nivel». China habría alcanzado todas las ventajas posibles derivadas de la construcción del mercado nacional, pero no su mayor potencial demográfico. Sería una economía técnicamente eficiente, pero no innovadora. Esta es la cuestión crucial de toda la argumentación. Según Elvin, no había ningún motivo para invertir en tecnologías ahorradoras de trabajo porque los salarios eran muy bajos. Esta situación se extendía a toda China debido a la eficiencia de las redes de distribución y transporte, que impedían la formación de nichos de mercado en los que los salarios fueran mayores y, en consecuencia, hubiera incentivos a la inversión.

El «estado estacionario de alto nivel» guarda una estrecha conexión con el llamado «agujero negro del arroz», desarrollado por Francesca Bray³³. En él se argumenta que los arrozales chinos serían como los agujeros negros del cosmos. Igual que estos absorben toda la energía y materia del universo, los arrozales absorbían cualquier cantidad de trabajo y capital introducido en ellos, sin que el rendimiento marginal obtenido de su incorporación dejara de ser positivo. En consecuencia, cualquier crecimiento demográfico podría ser absorbido. Por supuesto, una situación como la descrita no sería viable de forma indefinida. Por muy absorbentes que fueran los arrozales, llegaría un momento en el que dejarían de tener rendimientos marginales positivos. Pero hasta que ese momento llegase, la población podría seguir creciendo.

El modelo de Elvin, como su correlato en Bray, tiene varias debilidades³⁴. En primer lugar, para ser válido China debería haber agotado las posibilidades de crecimiento basadas en la puesta en explotación de nuevas tierras. Así lo sugiere el mismo título de una de las obras más conocidas de Elvin, *The Retreat of the Elephants*. En él observa que desde hace muchos siglos no hay elefantes en China (en rigor, quedan unos pocos), pero sí los hay en India.

³³ Bray, 1986.

³⁴ Deng, 2000: 13-16.

Este hecho es una metáfora al mismo tiempo que un argumento. Si no hay elefantes en China será porque los hombres han arrasado con los espacios naturales de unos animales que, domésticos o no, exigen una gran cantidad de alimento. *Sensu contrario*, la pervivencia de elefantes en India sugeriría que allí sí existían esos espacios vírgenes. Sin embargo, la idea de una China superpoblada es un mito para cualquier siglo anterior al XVIII. La densidad de población nunca fue particularmente elevada. Es cierto que la desaparición de los elefantes fue muy temprana, pero es una suposición creer que fueron exterminados por algún tipo de competencia por los recursos. Quizás sea más correcto explicar la supervivencia del elefante indio y la desaparición del chino, o del egipcio, atendiendo a, por ejemplo, las diferencias de sus sistemas agrícolas, la frondosidad de las junglas, o los intereses de la clase militar.

Con o sin elefantes, hay muchas evidencias de que durante los Qing China aún disponía de abundantes recursos. La principal es, como se ha indicado, el espectacular y continuo crecimiento demográfico de los siglos XVIII a XX. Pero no es la única. Sabemos que hubo constantes desplazamientos de población hacia nuevas tierras, ya fuera espacios que nunca habían sido cultivados, o que habían sido despoblados. Además, China se convirtió en un importante productor de algodón, una planta que, bajo las condiciones descritas por el modelo de la trampa maltusiana, debería haber sido reemplazada por sorgo, trigo, maíz o cualquier cereal necesario para la supervivencia³⁵.

Otra debilidad del modelo de Elvin es que presupone una China uniforme. Ciertamente, lo era en muchos sentidos. Existía un entramado religioso común formado por la triada budista-taoísta-confuciana. También existía, si no una lengua común, una koiné. Aunque una parte considerable del territorio no estaba poblado por chinos *han*, estos constituían la gran mayoría de la población y escribían (los que sabían) en un mismo idioma; que era oralmente inteligible a muchos de ellos. Desde un punto de vista administrativo, China también era una nación bastante uniforme gracias al mandarinato, dependiente del poder central y seleccionado mediante un único sistema de oposiciones. Pero precisamente dónde no había uniformidad era en el plano económico, debido a la existencia de paisajes agrarios muy diferentes; sobre todo, entre el sur y el norte del país. En el argumento de Elvin las redes comerciales y de distribución juegan un papel importante. La integración económica habría impedido la formación de nichos de mercados en los que productores especializados pudieran haber desarrollado una industria moderna.

³⁵ Por ejemplo, Deng, 1999: 174-179 y siguientes.

El problema de este argumento es que también se puede plantear al revés. Y, de hecho, es mucho más razonable hacerlo así. Un mercado grande y bien integrado ofrece mayores posibilidades de crecimiento al productor eficiente que, de este modo, puede «independizarse» del entorno. El acceso al mercado sirve al empresario innovador para escapar de las restricciones impuestas por los poderes locales, y encontrar demandantes de bienes con características infrecuentes. Precisamente el país europeo que tenía mejores redes de transporte y distribución, Gran Bretaña, también era el que tenía salarios más elevados y una producción más diversificada. En términos generales, la mejora de esas redes de los últimos 200 años no solo no ha uniformado los salarios a la baja, sino que, al contrario, los ha elevado y hecho más diversos. En fin, la hipótesis de que la integración económica impedía el crecimiento de los salarios y, por ende, el desarrollo tecnológico, contradice lo que sabemos sobre el crecimiento económico a largo plazo.

Así pues, la China que dibuja el modelo de Elvin simplemente no es real. Pero, además, su modelo no explica porque otras naciones, especialmente Japón, no cayeron en situaciones parecidas. Más adelante lo veremos con detalle, pero se puede adelantar que quizás Japón sea la única nación del mundo en la que un modelo maltusiano se podría acercar a la realidad. Además, era una economía tanto o más integrada que la China. Sin embargo, precisamente Japón fue la única nación de Asia (y del mundo) que supo arrostrar el reto de Occidente.

Con todo, hay una cuestión intrigante. ¿Por que la tecnología china estaba estancada?³⁶ Una primera respuesta sería afirmar que no había incentivos para el cambio tecnológico porque los salarios industriales (y todos los salarios) eran bajos. Pero esa respuesta inmediatamente lleva a preguntarnos por qué era así. Al fin, las relaciones entre productividad y salarios son biunívocas, de modo que para romper esa vinculación es necesario recurrir a un elemento externo, un estímulo que rompa la espiral de baja productividad-bajos salarios-ausencia de cambios tecnológicos-baja productividad.

No hay muchos motivos para esperar que el contexto cultural de los Qing proporcionara ese estímulo. Por diversos motivos, las tres tradiciones religiosas predominantes en China se definen por el conservadurismo. Seguramente el que menos apelaba a esos valores era el taoísmo, un culto ancestral sobre la vivencia y la fortaleza del cuerpo, y que por eso mismo llamaba a la vitalidad

³⁶ Landes, 2000.

y lo mutable. Sin embargo, su creciente interés por la magia y lo esotérico dice poco de su capacidad para el cambio; al menos, para el cambio inteligente. El mensaje esencial del budismo conduce a un cierto desapego hacia la realidad, pues todo el proceso que lleva a superar el sufrimiento se reduce a la obviedad de que sin esperanza tampoco hay dolor. Tal desapego lleva a la aceptación pasiva de las injusticias, y al inmovilismo. Pero, sin duda, la cima del conservadurismo chino es el pensamiento de Confucio, cuya insistencia en la compasión y el respeto a los mayores y las tradiciones conduce a la inacción. Al fin, la única forma de no hacer nunca daño a nadie es no hacer nada. Y en esto coincide, aunque por otras vías, con el budismo: la única forma de no hacerse daño a uno mismo es no hacer nada. La sociedad china era hondamente conservadora porque sus creencias le impulsaban a ello. Esas creencias eran tan sólidas que, como vimos, incluso las revueltas populares se hacían en nombre del retorno a un pasado idealmente inmutable.

Ese conservadurismo presidía muchos aspectos de la vida social; y también las relaciones laborales. Como en India o Europa, buena parte del trabajo se realizaba en el ámbito rural. El proceso era dirigido por mercaderes residentes en las ciudades, aunque no a través de un sistema de arriendo de la materia prima y los útiles semejante al *putting-out system* europeo. Más bien, se trataba de una actividad desarrollada dentro de las explotaciones campesinas, cuyo producto se comercializaba a través de los mercados. Las manufacturas más elaboradas, como las telas de seda y los estampados de algodón, se realizaban en talleres especializados. La unidad de trabajo era la familia, organizada de forma militar. En resumen, la mujer (y, por ende, los hijos) ocupaba una posición inferior al hombre quizás como en ningún otro lugar del planeta. Un buen testimonio de ello es la abominable costumbre de reducir el tamaño de los pies de las niñas, una práctica crudelísima, muy extendida, y con enormes costes humanos. El respeto a las obligaciones laborales, a los compromisos adquiridos, era esencial, una cuestión de honor. Bajo estas condiciones el coste de fabricación era muy bajo y, por tanto, la incorporación de nuevas tecnologías económicamente indeseable.

En el terreno de la estricta legislación, China padecía de muchas carencias. No existía un derecho mercantil propiamente dicho. Esto obligaba a los mercaderes a servirse de la costumbre como instrumento para la regulación de los contratos. Pero la costumbre, como las normas locales, ofrecen un escenario incierto. De ahí que, en muchos casos, los mercaderes se vieran en la necesidad de buscar la colaboración, cuando no la complicidad, de los funcionarios. Estos disfrutaban de una autoridad derivada del poder imperial, así como una vocación fiscalizadora de la actividad comercial. Todo ello se

traducía en un continuo tráfico de favores e influencias entre el mandarinato y los mercaderes. En sí mismo, el sistema parece haber sido estable y rentable; las fortunas acumuladas ilícitamente por algunos funcionarios dan fe de ello. Pero se generaban efectos perversos sobre la economía. La inseguridad jurídica y la necesidad de recurrir a garantías informales se traducían en elevados tipos de interés, lo que desincentivaba la inversión en tecnologías modernas o cualquier empresa ambiciosa. Al respecto, es interesante observar que China desarrolló un sistema bancario relativamente sofisticado. Una vez más, la creatividad del país se reveló en la invención y empleo de instrumentos comerciales y financieros originales, como letras de cambio, depósitos bancarios, libros para las transferencias de fondos entre depositantes, y el crédito por descubiertos. Pero el resultado más deseable de toda esa innovación, la simple reducción del tipo de interés no sucedió.

El elevado coste del capital explica parte de los problemas de la industria siderúrgica, en la que su precio es un factor mucho más decisivo que el del trabajo. Pero los problemas de este sector podrían ser mayores desde el lado de la demanda. La de la industria siderúrgica es «derivada», es decir, generada por otros sectores industriales, nunca por el consumidor final. Muchos de esos bienes finales son de uso colectivo, como barcos, trenes y armamento, demandados a través de una gran empresa, pública o privada. Muy a menudo, el Ejército, el proveedor del bien público por antonomasia, la Defensa. De ahí que frecuentemente la guerra haya sido uno de los motores fundamentales de la industrialización. No parece una casualidad que durante casi todo el período 1753-1814 Gran Bretaña mantuviese varios conflictos en el exterior; y que en esas mismas décadas naciera la moderna industria siderúrgica británica.

El imperio chino tenía una tradición guerrera aún más larga que la inglesa, lo que podría haber alimentado a una nueva industria siderúrgica. De hecho, uno de los principales demandantes de hierro durante el pico productivo de los Song fue el Ejército³⁷. Es cierto que el gobierno de la dinastía Qing fue mucho más pacífico que cualquier otro anterior, pero las guerras fronterizas –que, además, fueron expansivas– y el mantenimiento de la Gran Muralla seguían exigiendo una renovación de armamento y, por tanto, una demanda regular de productos siderúrgicos. Al fin, a comienzos del siglo XVIII China todavía seguía manteniendo la primacía mundial en esta producción.

³⁷ Hartwell, 1962: 157-158.

En este punto, es interesante la comparación con otro gran imperio, Rusia. En la Edad Moderna su grado de desarrollo económico era menor que el de China. En muchos sentidos, Rusia reunía las peores características de Europa y Asia, como la autocracia, el militarismo, la presión fiscal y la intolerancia religiosa. Solo gozaba de dos ventajas. La primera, unos recursos naturales gigantescos, aunque a menudo difíciles de explotar. La segunda ventaja era la propia monarquía. Con todos sus defectos, que eran muchos, los zares también tenían un lado positivo: eran «europeístas». Es decir, eran conscientes de las debilidades de Rusia con respecto a Europa, y estaban dispuestos a corregirlas, incluso, o especialmente, por la fuerza. Esa debilidad era muy sentida en el terreno militar. Desde el primer momento Rusia tuvo muchos conflictos con sus vecinos. Y aunque, en general, los rusos salieron victoriosos, Occidente siempre apareció como el enemigo más peligroso. Por eso, por lo difíciles que resultaban las victorias, el Ejército ruso siempre estuvo abierto a la aceptación de modelos europeos de instrucción y al empleo de armamento moderno. Y por eso el Estado zarista estuvo directamente implicado en el desarrollo de la minería de carbón y de la siderurgia dentro del, por otro lado, renuente programa de reformas económicas³⁸. En Rusia no tuvo lugar la Revolución industrial porque, en comparación a Europa occidental, faltaban demasiadas piezas. Pero tampoco fue el mundo indefenso, estancado e inmóvil que finalmente resultó ser China. Rusia no es la única comparación posible. Los tres grandes imperios islámicos, cada uno con sus fortalezas y debilidades, también fueron receptivos a las innovaciones tecnológicas europeas, especialmente en el campo militar. Hubo sultanes retrógrados; otros fueron innovadores. Pero, al fin, y aunque solo fuera por el miedo a ser vencidos, llegó la modernización.

Como otras autocracias, los gobernantes chinos no fueron indiferentes a los progresos militares europeos. Las autoridades tuvieron noticia de las innovaciones tecnológicas foráneas e introdujeron armamento moderno. No solo eso: como en la India también se desarrollaron técnicas propias, una vez más, los cohetes. Pero China se enfrentaba a un problema mucho mayor que el que afrontaron Tipu Saib y los *nababs*: la Revolución industrial. En la India a finales del siglo XVIII, la guerra todavía era relativamente sencilla, de modo que la simple potencia de fuego, la logística y la disciplina jugaban un papel fundamental en la victoria. Pero el imperio chino entró en guerra en 1839, y, por entonces, las técnicas militares eran muy diferentes. Y mucho más si el

³⁸ Goehrke, Hellmann, Lorenz y Scheibert, 1975: 162-258.

enemigo era Gran Bretaña, la primera potencia industrial del mundo. La victoria de la Armada inglesa en China fue la de sus ingenieros, tanto mecánicos como militares, capaces tanto de fundir cañones de gran potencia y alcance, como de calcular con precisión la trayectoria de los proyectiles. China había modernizado su Ejército y Armada, pero no lo suficiente, pues, al fin, carecía de los instrumentos, incluso matemáticos, con los que realizar los cambios drásticos que exigía la nueva situación. Y esto en lo concerniente a la parte de su Ejército que estaba modernizada. Otra parte seguía sirviéndose de armas tradicionales, incluso arcos y flechas³⁹.

Así pues, el problema chino a comienzos del siglo XIX, como también a finales del XVIII, o en los comienzos de ese siglo, o aún antes, era que el sistema político y económico era incapaz de adoptar tecnologías modernas de procedencia extranjera, o generarlas por sí mismo; al menos, con el ritmo que se requería. Era, pues, un problema de conservadurismo social. Pero esta explicación sigue siendo insuficiente. Incluso si aceptamos que el entorno cultural era hostil al progreso tecnológico, y que el Estado imperial no hizo todo lo que debería haber hecho (quizás tampoco podía hacer más), aún habría que explicar porque la situación había cambiado con respecto a las dinastías Tang y Song. Planteada una situación similar en el mundo islámico, la respuesta podría estar en el poder, en la forma en la que el sultán se servía del estamento religioso para legitimarse; y este, a su vez, obtenía el monopolio de la moral ciudadana. Y como las autocracias habían suprimido el pensamiento crítico. Pero este no era el caso de China. El emperador no tenía que justificarse porque nadie le cuestionaba. En China no existía un papa que refrendará el mandato del emperador. De hecho, ni siquiera existía una única religión. Por otro lado, el conservadurismo de la Corte imperial, del que hemos visto varios ejemplos, no tendría que haberse trasladado a la sociedad. El imperio estaba lejos de ser omnímodo. No exigía impuestos asfixiantes, ni poseía muchas tierras, ni distribuía las rentas de esas tierras entre nobles o funcionarios. En fin, la vida de los chinos no estaba tan condicionada por el capricho del emperador como lo podría estar la de otros pueblos. Como los reyes Hanover, los nombres de los emperadores chinos eran y son desconocidos.

Quizás haya una respuesta mejor en el tamaño y uniformidad del país. Durante mucho tiempo, China fue una civilización mediana en términos demográficos. Solo Japón, la otra «nación-civilización», era menor. Una población de ese tamaño en un territorio tan extenso hacía difíciles las relaciones entre

³⁹ Andrade, 2016: 237-256.

personas que, por otro lado, compartían la inmensa mayor parte de su lengua, religión y cultura; y que, por eso mismo, tenían poco que intercambiar. Los únicos no-chinos que tenían contacto con el imperio eran los nómadas de las estepas, algunos mercaderes coreanos y japoneses, y los pocos musulmanes sinizados de los extremos noroccidental y sudoriental del país.

Este pudo ser el verdadero problema. Tanto para los emperadores como para sus súbditos, el imperio celeste era el centro del universo. No debía recibir nada de la periferia, salvo el reconocimiento de su imaginaria potestad. Debido a ello, China dejó de beber en nuevas fuentes y se ahogó en su propia tradición. La uniformidad y el aislamiento la empujaron a la decadencia, no ya con los Qing, sino con los Ming. No parece casual que esta dinastía, que señala el punto de inflexión entre la China que avanzaba y la que retrocedía, fuera fundada por aquel emperador Hongwu, «vastamente militar» y profundamente conservador. Y que otro emperador de esa dinastía, Yongle, fuera el que patrocinara aquel enorme programa de exploración cuya finalidad era dar a conocer al mundo lo grande que era China, no averiguar lo grande que era el mundo. Toda la extraordinaria creatividad de aquella brillante civilización tarde o temprano tenía que morir si no era alimentada con regularidad.

Claro que, en realidad, China siempre fue así. La última influencia foránea importante vino con el budismo, durante la dinastía Han (206 aC-220 dC); salvo que se considere que mongoles y manchúes aportaron algo distinto que un montón de cadáveres. Entonces, ¿por qué China fue tan floreciente entre 700 y 1500? Todo hace pensar que tras la inestabilidad política de los siglos III a VI, con los Sui-Tang se configuró una estructura económica, política y militar muy exitosa que permitió el despegue de los Song. Las investigaciones realizadas en tiempos recientes, una vez que se levantó la férula doctrinaria del maoísmo, han sacado a la luz una economía próspera. Su base era ese pequeño campesinado que constituía un gran mercado de bienes y factores. Allí se desarrolló una industria rural que podría ser extenuante para muchas familias, pero que incrementaba su riqueza material. La producción agrícola e industrial se desplazaba con facilidad gracias a una red de carreteras y a navegación fluvial y marítima. Sobre esa base se construyó una red urbana que, sin ser extraordinaria, era notable. En esas ciudades se desarrollaban actividades comerciales y financieras con una creciente complejidad. Por supuesto, eran ciudades rentistas; pero también desempeñaban un papel como centros de servicios. Hasta el siglo XV, la tecnología china fue la más avanzada del mundo. Los tonos brillantes de la anterior descripción no son incompatibles con el hecho, ciertamente sorprendente, del estancamiento demográfico.

Este era causado por la guerra. Cuando esta se redujo a niveles tolerables, el crecimiento demográfico se desató⁴⁰.

Esta economía de libre mercado, de pequeños burgueses, campesinos y mandarines, sin nobles y sin impuestos lesivos, fue la clave del éxito. Pero un éxito que se agotó por falta de aportes. China gozó durante mucho tiempo no solo de una espléndida tecnología, sino también de un eficiente sistema capitalista. Pero incluso la mejor tecnología y el mejor capitalismo se agotan si no se renuevan. Para acabar este epígrafe permítanme una observación totalmente extemporánea. El éxito de nuestra vieja Europa podría agotarse de forma semejante. No deberíamos mirar a los inmigrantes que llegan a nuestras fronteras como enemigos, sino como salvadores. Nosotros mismos, en tanto en cuanto solo nos miremos el ombligo, somos nuestro peor enemigo.

JAPÓN

Entre los historiadores económicos Japón ha recibido bastante más atención que otras naciones porque supo hacer frente a la amenaza europea... europeizándose. En 1853 el gobierno japonés sufrió una dura humillación en la bahía de Yokohama (Tokio), de la que se derivaron muchas consecuencias, pero no la conquista y colonización por alguna potencia occidental. Esto no deja de ser un logro muy pequeño, pues tampoco lo fueron Turquía, Tailandia o la misma China. Para las potencias europeas la colonización solo era una de las opciones posibles, y no la más probable, pues era cara. Así pues, Japón realmente nunca estuvo en peligro de ser ocupado por los Estados Unidos u otra nación. Pero pudo haberse convertido en un país políticamente dependiente, social y económicamente atrasado y, con toda seguridad, inseguro para sus habitantes, que seguirían siendo súbditos antes que ciudadanos. No sucedió nada de esto. Es más, con el tiempo Japón se convirtió en una agresiva potencia colonial hasta el punto de ser la única nación que intentó seriamente la conquista de una parte de China. Esa fortaleza ha sido exagerada en nuestra memoria colectiva por dos hechos. Por un lado, su reciente desarrollo industrial, que ha hecho del país una gran potencia tecnológica. Por otro lado, la Segunda guerra mundial, el primer conflicto en el que una nación no europea amenazó a Occidente. Sin embargo, estos dos hechos proporcionan

⁴⁰ Sobre la solidez de la economía de mercado china, von Glahn, 2019.

una visión distorsionada del pasado. El actual Japón de la microelectrónica y la robótica poco tiene que ver con el de cien años atrás. Y en cuanto a su participación en aquella guerra, se podría decir sin exageración que fue un disparate llevado hasta la extenuación por unos dirigentes increíblemente estúpidos. En 1941 Japón ni era una gran potencia industrial, ni tenía la más mínima posibilidad de vencer, pese a lo cual fue a la guerra⁴¹.

Noventa años antes de aquel desastre, el 8 de julio de 1853, una gran flota procedente de Estados Unidos, y dirigida por el comodoro Mathew Perry, se plantó en el puerto de Yokohama con un sencillo ultimátum: si el gobierno japonés no autorizaba la apertura comercial del país los obuses empezaban a llover. Los japoneses, que más adelante se harían célebres por la defensa numantina de algunas plazas del Pacífico, hicieron lo único que podían hacer: capitular. Al año siguiente Japón firmó con la Unión Americana el primero de varios tratados llamados «desiguales». Esta idea de la desigualdad está asociada a una valoración negativa que solo puede entenderse desde postulados nacionalistas. Básicamente, lo que los norteamericanos hicieron fue obligar al gobierno japonés a que permitiese a sus súbditos comprar mercancías en el extranjero pagando un arancel a la importación de una cuantía baja. Es difícil entender que tiene de injusto permitir a alguien comprar bienes procedentes de otro país. Si, además, al hacerlo paga un arancel, hará una contribución loable al presupuesto nacional. Así pues, lo que hicieron los norteamericanos, cualesquiera que fueran sus intenciones últimas, fue ampliar el ámbito de libertad de los japoneses. Esto no parece en modo alguno criticable, salvo por lo que implica del uso de la fuerza. Al actuar de este modo, Japón retornó a una situación existente hasta comienzos del siglo XVII. Todo esto son hechos bien conocidos y valorados en Japón. Lo que realmente se consideraba inaceptable (pero hubo que aceptar) fue la imposición de condiciones adicionales lesivas para el honor nacional, como la extraterritorialidad de diplomáticos y comerciantes occidentales⁴².

Los tratados firmados por Japón desencadenaron una sucesión de eventos benéficos⁴³. En primer lugar, introdujeron al país en los circuitos comerciales internacionales, lo que le permitió aprovechar las ventajas del comercio y, aún más importante, la adquisición de un conocimiento del que los japoneses habían sido privados. Pero aún más importantes fueron las reacciones

⁴¹ Milward, 1986.

⁴² Jansen, 2000: 274-279 y 283-285. Hane, 2000: 89-93.

⁴³ Bernhofen, Daniel M. and Toshihiro Atsumi, 2011.

políticas que sucedieron a aquella humillación, y que derivaron en la caída del régimen y en una profunda reforma de muchos de los aspectos de la vida social y económica del país. Esas transformaciones no parecen haber sido traumáticas; más bien lo contrario. Pero, sobre todo, supusieron una mejora espectacular de las condiciones de vida del país. Esta se manifestó en todos sus indicadores sociales, aunque, como siempre, los más significativos son los demográficos. Entre 1872 y 1910 la población japonesa pasó de 32 a 50 millones, un crecimiento que no se había conocido en ningún período anterior de su historia. Esto fue posible por un fuerte descenso de la mortalidad, sobre todo la infantil. Más que las mejoras sanitarias, lo decisivo fue la de las condiciones generales de vida (alimentación, habitación, etc.), sobre todo de las capas sociales más humildes. Por primera vez, muchos japoneses tuvieron acceso a sanidad y educación.

En resumen, en la segunda mitad del siglo XIX Japón se industrializó. Y por incompleto y deficiente que fuera el proceso, esto es algo que no se puede decir ni de India ni de China. Lo interesante es que en los tres casos hubo procesos de integración en la economía mundial. Y aunque los tres fueron positivos para los habitantes de esos países, ciertamente no lo fueron en la misma medida. Desde antiguo, India formaba parte del sistema comercial mundial construido alrededor de las rutas árabes y, posteriormente, de las europeas. A pesar de ello, la contribución de ese comercio siempre había sido marginal. Con la conquista británica de la segunda mitad del siglo XVIII ese proceso se aceleró; sobre todo en el siglo XIX. Pero la industrialización no llegó. Al contrario, la industria textil india, básicamente rural, se vio desbordada por la producción inglesa. Con algunas excepciones, China permaneció aislada de los tráficos mundiales hasta casi 100 años más tarde que India. La integración del país en los mercados mundiales comenzó con la firma de tratados comerciales con Inglaterra y las otras potencias occidentales, igualmente llamados «desiguales» por las mismas incomprensibles razones. Como en Japón, la apertura al exterior permitió el desarrollo económico y, en particular, una incipiente industrialización en algunas provincias costeras. Pero, en conjunto, el proceso fue mucho más débil. Así pues, si el mismo fenómeno, la integración económica internacional, tuvo resultados tan dispares en los tres países, habrá que colegir que, por sí mismo, este no es un factor determinante.

Lo que parece más relevante es que Japón no sufría, o no tanto, el armazón de pensamiento conservador de las sociedades india y china. Una de las razones que lo puede explicar es que su «tiempo histórico» era mucho menor. Japón era una nación «joven». En contra de lo que se podría deducir de algu-

nas referencias milenarias, como el supuesto origen de la dinastía imperial, la civilización alcanzó a Japón mucho tiempo después de que llegara a China. Además, tardó en asentarse. En muchos sentidos, y hasta bien entrada la Edad Moderna, Japón solo fue un apéndice cultural de su gran vecino. Así, la escritura japonesa derivó de la china. Y también llegó de China la creencia religiosa mayoritaria, el budismo, así como otros aportes básicos en la mentalidad japonesa, como el confucionismo. Comparativamente, el desarrollo económico o urbano del país durante, por ejemplo, la dinastía china de los Song, era irrisorio. Hasta el año 1000, o incluso más tarde, el bajo grado de civilización del país solo era comparable al de Europa en esos mismos años.

Pero dentro de ese atraso, y con toda su deuda cultural hacia China, en Japón se fue afirmando una civilización propia. El mero hecho de que el budismo arraigara allí como nunca lo hizo en el continente es revelador; así como el mantenimiento de creencias ancestrales, el sintoísmo, que, como es habitual en Oriente, se imbricó dentro de la espiritualidad dominante budista⁴⁴. La originalidad del Japón se manifestaba en muchos terrenos, desde el arte a la organización política y económica. Quizás porque el Estado tuvo dificultades en asentarse, y también porque realmente nunca lo hizo del todo, la nación-Estado que se fue construyendo tenía poco que ver con China. En pocas palabras, Japón desarrolló un modelo feudal independiente del que pudo haber existido en China en épocas remotas. Era un modelo con semejanzas con el europeo; y en muchos aspectos, Japón fue «más feudal» que Europa.

Lo que define el feudalismo, y lo diferencia de la autocracia china o indoislámica, es la ruptura del poder central por un cuerpo de origen militar con relaciones jerárquicas internas, y que está vinculado a la tierra por alguna forma de propiedad hereditaria; es decir, la nobleza. Lógicamente, una estructura económica como esta sostiene, y se ve sostenida, por un conjunto de creencias. Pues bien, en Japón ese entramado cultural fue más completo que el europeo, y se extendió a toda la sociedad como nunca lo hizo en Europa. En particular, construyó un impresionante conjunto de reglas, obligaciones y derechos basados en un estricto sentido del honor. Este sistema perduró incluso una vez liquidado el feudalismo. En el siglo XIX los japoneses aceptaron cambios importantes en las instituciones y en su vida cotidiana porque la sociedad se había construido alrededor de ese sistema de valores, el cual aseguraba la lealtad y la cohesión social⁴⁵.

⁴⁴ Hane, 2000: 29-32. Morishima, 1984: 59-60.

⁴⁵ Morishima, 1984: 64-73.

Si bien el modelo feudal japonés, en su vertiente cultural, parece una versión endurecida del europeo, en otros aspectos era más suave. En particular, en lo concerniente a la religión. En Japón no existía una clase social y un poder religioso. Esto pudo haber sido distinto, pues en sus comienzos, cuando el país estaba saliendo de la barbarie y comenzaba el proceso de aculturación chino, los monjes budistas tuvieron un notable protagonismo político. Sin embargo, diversos acontecimientos hicieron que pronto perdieran esa influencia y se produjera una separación nítida entre las esferas secular y religiosa. Por otro lado, la Casa imperial fue incapaz de afirmarse frente a la emergente aristocracia, así que buscó una estrategia de supervivencia diferente, que resultó exitosa. Los emperadores (no el imperio) se convirtieron en símbolos del espíritu nacional japonés, papel que han mantenido, con otros mimbres, hasta el día de hoy⁴⁶. En definitiva, en el sistema feudal japonés había, como en el europeo, una clase de oradores –los monjes budistas– y un emperador; pero ninguno de ellos tenía verdadero poder.

El verdadero poder, el de las armas, quedó así en manos de una clase nobiliaria. La autoridad no pudo repartirse regularmente entre las distintas familias aristocráticas porque algunas eran mucho más importantes que otras. Pero tampoco ninguna de esas familias pudo afirmarse sobre las demás y sustituir al emperador, pues aun careciendo de cualquier poder efectivo, este era sagrado. Así pues, el sistema de poder derivó hacia un estadio intermedio, en el que una de esas familias principales ejercía una autoridad considerable sobre un Estado cuya cabeza visible, aunque inefectiva, seguía siendo el emperador. Esa familia principal, que era menos (teóricamente) que el emperador, pero más que cualquier otra, estaba dirigida por un *sogún*, que daba nombre al conjunto del sistema, el sogunato. Las otras casas aristocráticas, de importancia variable, también eran independientes del sogún en un grado variable: algunas eran casi totalmente independientes; otras eran meros vasallos⁴⁷.

El primer sogunato fue dirigido por la familia Minamoto (sogunato de Kamakura) y se extendió desde 1180 hasta 1333. El segundo lo fue por la familia Ashikaga (sogunato de Muromachi), desde 1333 hasta 1573. Ninguno de los dos, especialmente el segundo, logró una verdadera unidad del país. Al margen del emperador, la autoridad de los sogunes se veía recurrentemente retada por los señores locales, a menudo envueltos en guerras, como

⁴⁶ Morishima, 1984: 60-63. Kondo, 1999: 58-60.

⁴⁷ Morishima, 1984: 39-45. Hane, 2000: 21-26, Kondo, 1999: 95-146.

la llamada guerra de Onin (1467-1477)⁴⁸. En realidad, el sistema sogunal no se consolidó hasta la llegada de la última y más conocida de las familias aristocráticas japonesas, los Tokugawa. Estos fueron los rectores del sogunato de Edo (Tokio), que se extendió desde 1582 hasta 1867. Habitualmente este régimen es conocido como sogunato Tokugawa, una denominación incorrecta puesto que los dos primeros sogunes, Oda Nobunaga y Hideyoshi Toyotomi, pertenecían a otras familias. Fue el tercero de estos llamados «unificadores», Ieyasu Tokugawa, nombrado sogún por el Emperador en 1603, quien realmente vinculó el cargo a la familia. La llegada de la Armada norteamericana en 1853 supuso el comienzo del fin del sogunato, que se derrumbó en 1867, dando paso a la Restauración o Era Meiji.

Así pues, la Historia de Japón durante casi siete siglos, los que se corresponden a los de su lenta construcción como nación culturalmente independiente de China, estuvieron presididos por una estructura política singular, una monarquía de reyes que no eran reyes, pero que detentaban una autoridad amplia, aunque tampoco omnímoda. Visto con perspectiva, el sogunato no fue una institución tan original. Encontramos sistemas parecidos en el mundo islámico, como los visires buyíes del califato abasida. No obstante, en algo los sogunes sí eran únicos: eran los dueños de una parte no pequeña del territorio que gobernaban, y que habían ganado por la fuerza de las armas. Así, a comienzos del siglo XVII los Tokugawa poseían una sexta parte de la tierra cultivable de Japón, y controlaban otra décima parte a través de sus vasallos directos. Esta cuarta parte del territorio nacional era una base real de poder que, por ejemplo, el emperador de China ni siquiera podía soñar.

Por debajo del sogún se situaban entre 260 y 280 casas aristocráticas, grandes y pequeñas, a veces antiguos enemigos de los Tokugawa (como los Toyotomi), a veces deudos. Las principales de esas familias eran los *daimios*, que a menudo tenían su base territorial en las dos grandes islas del sureste (Shikoku y Kyushu) o en regiones periféricas de Honshu, la isla mayor. Es decir, lejos de Edo-Tokio y de Kioto, las capitales sogún e imperial, respectivamente. Como la autoridad del sogún se basaba en la fuerza militar y carecía del respaldo ideológico, asegurar la lealtad de los daimios más poderosos era complicado. Da idea de ello el que durante parte del año los sogunes acogieran en Edo a sus familiares, en condición de invitados, por no decir rehenes. Y que los propios daimios tuvieran que residir allí durante años alternos. Lo cierto es que el sistema parece haber sido efectivo. A lo largo de 250 años de gobierno

⁴⁸ Hane, 2000: 36-43.

los Tokugawa nunca vieron seriamente amenazado su poder. Esa residencia obligatoria de tantas personas ricas tuvo consecuencias económicas, pues propició el crecimiento de Edo y la mejora de las comunicaciones terrestres del país.

Por debajo de las familias aristocráticas estaban los samuráis. Algunos de ellos tenían sus propios subseñoríos, pero lo normal es que fuesen empleados al servicio de un daimio o del sogún, y tuviesen competencias en un territorio del que no eran propietarios en ningún sentido. En teoría, su principal función era militar, pero también desempeñaban todo tipo de tareas administrativas. Algunos eran pobres, e incluso cultivaban la tierra con sus manos. Todo hace pensar que su número era excesivo –alrededor del 6-7 % de la población total–, lo que ayuda a explicar la elevada presión fiscal. En ese orden jerárquico, por debajo de los samuráis se hallaban los campesinos, sometidos a exacciones semejantes a las de sus homólogos europeos, pero que, además, debían una obediencia completa y servil. No obstante, las mismas reglas que les obligaban también les protegían, pues los samuráis tampoco podían escapar a sus deberes, y a su sentido del deber.

Uno de los terrenos en los que los sogunes lograron hacer valer su autoridad sobre los daimios fue el de las relaciones comerciales. Con los tres primeros sogunes «unificadores» –Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu– y los dos siguientes, Japón mantuvo una política favorable al mantenimiento de relaciones comerciales con el exterior. En realidad, era lo razonable en un país que necesitaba importar varias materias primas para su industria, como seda cruda, plomo o mercurio. Y que también demandaba manufacturas –telas de China e India–, y productos como el azúcar. En contrapartida, Japón exportaba muchas y exóticas mercancías –porcelanas, sake, espadas, laca...– que no eran suficientes para compensar las importaciones. Así pues, y al igual que en Europa, el comercio exterior japonés se saldaba con exportaciones de cobre y, sobre todo, plata, pues, casualmente, esta era una de las pocas producciones mineras del archipiélago. En concreto, desde la mina de Iwami, en el suroeste de la isla de Honsu.

Del mismo modo que el gobierno chino sentía recelo hacia el comercio con la India y los europeos, al gobierno sogunal le preocupaba el comercio exterior en general. Tanto en un caso como el otro, porque se temía que la salida de plata (o su insuficiente entrada), tuviese efectos adversos sobre la economía. Sin embargo, la posición de Japón era más débil que la de China, pues dependía más del exterior. Por este motivo, la decisión de dar un giro a la política comercial solo se produjo como consecuencia de una circunstancia

ajena al propio comercio: el cristianismo. Con la apertura del tráfico comercial con Portugal, a mediados del siglo XVI llegaron a Japón varios misioneros jesuitas, de los que San Francisco Javier es el más conocido. La misión evangelizadora fue bastante exitosa, y hacia 1600 habría unos 700.000 cristianos japoneses (una cifra sobre la que hay que mantener cierta prevención pues no existe confirmación por otra fuente que los mismos jesuitas). Por razones no del todo claras, los sogunes empezaron a manifestar recelo hacia los nuevos creyentes. Se dudaba de su sentido de la lealtad o, más bien, se desconfiaba de su amistad con los Toyotomi, una familia rival de los Tokugawa a la que había pertenecido el segundo sogún de Edo. En un sentido más amplio, se desconfiaba de una confesión tan alejada de las tradiciones religiosas nacionales. En consecuencia, desde la década de 1630 se inició una persecución que prácticamente destruyó aquella incipiente Iglesia⁴⁹. En el plano económico, esto se tradujo en la prohibición de entrada a los barcos portugueses (y, por tanto, españoles), y en la reducción del comercio con Europa a un solo puerto, Nagasaki, en el que, además, se imponían otras restricciones administrativas. Estas eran tan gravosas que Inglaterra optó por cerrar su oficina comercial; simplemente, no le resultaba rentable operar bajo tales circunstancias.

Dentro de la misma política de cierre al exterior, el gobierno sogunal prohibió a los japoneses construir barcos de gran tamaño para comerciar con otros países. Esto comprometía seriamente la viabilidad de las numerosas colonias que se habían ido estableciendo a lo largo del mar de China e Indonesia. Más tarde, a fines del XVII, se establecieron nuevas limitaciones a los barcos chinos y holandeses para impedir la salida de plata. Y, por ejemplo, todavía en el siglo XVIII seguía vigente la prohibición de importar cualquier libro en el que hiciera referencia al dios cristiano (por ejemplo, «Este libro fue publicado en el año del Señor de...»). Todas estas prohibiciones, llamadas conjuntamente *sakoku*, que podría traducirse como «aislamiento nacional», estuvieron vigentes hasta la firma del primer tratado «desigual» a mediados del siglo XIX. Hicieron del Japón una nación cerrada a los europeos; aunque, afortunadamente, solo a ellos, pues el comercio con China y Corea siguió activo, aunque debilitado. No podía ser de otro modo, pues el país seguía necesitando materias primas foráneas. Y, a lo que parece, también mercancías de lujo que tenían un mercado entre las clases pudientes. Algunas de ellas incluso procedían de Europa a través de intermediarios asiáticos⁵⁰.

⁴⁹ Landes, 2000: 680-689.

⁵⁰ Lee, 1999: 5-14.

El mayor impacto económico del *sakoku* fue privar al Japón del conocimiento de la tecnología y la ciencia de Occidente. Igual que con la religión, los japoneses habían demostrado un extraordinario talento para copiar la tecnología europea en objetos como gafas, relojes y, sobre todo, armas de fuego. Es posible que a finales del siglo XVI Japón fuera el mayor fabricante del mundo de mosquetes, un invento occidental llegado al país tan solo medio siglo antes; al parecer, con un número limitadísimo de muestras. Pero una vez que se instauró el *sakoku*, el conocimiento de la tecnología occidental llegó de modo tardío e imperfecto a través de China, cuyo gobierno, además, era cada vez más renuente a las innovaciones. Solo desde finales del XVIII empezó a tenerse un conocimiento más directo a través de la puerta que todavía era el puerto de Nagasaki, y de la difusión de libros extranjeros. No obstante, el retraso de Japón con respecto a Occidente en los albores de la industrialización era enorme. Y por este motivo la llegada del comodoro Perry a Yokohama en 1853 fue tan avasalladora. Japón estaba indefenso porque en los dos siglos anteriores apenas había introducido innovaciones técnicas en su Ejército y Armada. A tenor de la experiencia del siglo XVI, es fácil imaginar que, de haber conocido esa tecnología, la habría copiado y desarrollado. Y, para bien o para mal, el comodoro Perry no hubiera podido imponer sus condiciones.

De todos modos, el *sakoku* está muy lejos de explicarlo todo. El aspecto retrogrado del gobierno japonés en tiempos de los Tokugawa contrasta vivamente con la complejidad de la sociedad y su evolución. Las estimaciones sobre la población son inciertas hasta 1721, cuando se realizó el primer censo relativamente fidedigno. No obstante, hay suficientes indicios para deducir dos cosas. Primero, que la población japonesa creció de forma notable entre 1600 y 1721. En el primero de esos años pudo situarse en 10 o 15 millones de personas; en el segundo, en unos 30⁵¹. Segundo, que entre 1721 y mediados del siglo XIX, el crecimiento fue muy débil. De hecho, y según los censos disponibles, habría sido casi nulo hasta 1846⁵². Así pues, los ciclos demográficos japoneses serían la imagen inversa de los chinos. Pero quizás el dato más interesante no es la tendencia, sino el nivel. Treinta millones de habitantes a comienzos del XVIII son muchas personas. Y más aún si la comparación se hace con China. Excluidas las provincias no-han (Mongolia interior, Sinkiang, Tíbet y Qinghai), China tiene una superficie trece veces mayor que

⁵¹ Cullen, 2003: 63-64.

⁵² Jansen, 2000: 224-226.

Japón, incluyendo la despoblada isla de Hokaido⁵³. Sin embargo, a comienzos del siglo XVIII su población solo era de un poco más del doble (70 frente a 30 millones de personas). Es decir, la densidad de población de Japón vendría a ser unas seis veces mayor que la de esa China *han*. En realidad, el hecho relevante (y oscurecido por nuestra visión eurocéntrica) es la infrapoblación de China. Pero en lo que aquí concierne, tiene sentido preguntarse si Japón estaba superpoblado. Consideremos otra comparación, con España, un país con una superficie un tercio más grande que la de aquel. Con 30 millones de habitantes Japón tendría en 1721 una densidad demográfica similar a la de España, pero hoy, al cabo de tres siglos.

Tabla 6. Población, tierra y producción en Japón.

	Población	Tierra cultivable	Producción arroz
1600	12.000	2.065	19.731
1650	17.180	2.354	23.133
1700	27.690	2.841	30.630
1720	31.280	2.927	32.034
1730	32.080	2.971	32.376
1750	31.000	2.991	24.140
1800	30.650	3.032	37.650
1850	32.280	3.170	41.160
1872	33.110	3.234	46.812

Fuente: Hayami y Miyamoto (1988).

Notas: Unidad de tierra, 1.000 chō (1 chō = 0,99 hectárea).

Unidad de producción, 1.000 koku (1 koku = 180 litros).

Todo lo cual conduce a un punto: si hay algún país en el mundo en el que tenga algún sentido explorar el modelo maltusiano, ese país es Japón. Y no solo por la densidad poblacional. Es relevante que, tal y como prevé la «tram-

⁵³ Otra forma de ver lo mismo: las 18 provincias comprendidas entre la Gran Muralla e Indochina, en las que vivía el 98 % de la población, tenían una superficie doce veces mayor que el sogunato Tokugawa. Sng and Moriguchi, 2014: 444-445.

pa maltusiana», hubiera un fuerte crecimiento demográfico con el comienzo del sogunato Tokugawa, que se fue apagando hasta llegar al estancamiento en el siglo XVIII. Es más: el renovado (y aún más fuerte) crecimiento del Japón en la segunda mitad del siglo XIX no anularía el modelo maltusiano porque, a diferencia de China, India y otros países, Japón sí experimentó una intensa modernización agrícola. Así que, ¡por fin todas las piezas del *puzzle* maltusiano parecen encajar!

O quizás tampoco. La tesis maltusiana aplicada al Japón sería la siguiente. El crecimiento demográfico japonés durante el siglo XVII se basó en la extensión del cultivo de arroz desde sus zonas iniciales, en los cursos altos de los ríos, hacia los valles medios y las pequeñas llanuras costeras. Asimismo, el cultivo de alubias y cebada hizo posible ampliar la producción de las provincias nortenas⁵⁴. Pero a finales de ese siglo puede que ya se hubiese alcanzado el límite de la producción agrícola con las técnicas disponibles. La superficie cultivada se había duplicado en los cien años anteriores, y las roturaciones de tierras habrían provocado una intensa deforestación que, quizás, estaba afectando a la sostenibilidad agrícola a largo plazo. La sobrepoblación habría llevado a Japón a un estado crítico que podría haber abocado al país a una sucesión de crisis de subsistencia. O, mejor dicho, a una mayor frecuencia e intensidad de unas crisis de subsistencia que, en pequeña escala, siempre habían estado ocurriendo. Desde finales del siglo XVII y a lo largo del XVIII se sucedieron hambrunas cuya gravedad resulta difícil calibrar sobre la base de los testimonios o los censos⁵⁵. De modo paralelo, también en esos años se habría incrementado la frecuencia y gravedad de las revueltas campesinas. En esto, Japón también parece distinto a China. Los levantamientos responderían a una pauta «europea»; es decir, breves y poco extensos. Eran, en fin, revueltas de pobres causadas por la escasez ante la ocurrencia de una mala cosecha.

El comportamiento demográfico japonés también parece más «europeo» que «asiático». En primer lugar, la fertilidad era muy baja, lo que tenía como consecuencia una de las tasas de natalidad más bajas del mundo, del 30‰ y hasta del 20‰, inferior incluso a las de Europa occidental en el siglo XVIII. En parte, esta era causada por una edad nupcial superior a la de China o India. Pero esta tampoco era tan alta como en Europa (en Japón central se

⁵⁴ Cullen, 2003: 64-66.

⁵⁵ Kondo, 1999: 201-206. Cullen, 2003: 90-94. Uno de los problemas de la hipótesis es que la caída de la producción en las peores crisis parece obedecer a plagas de insectos parecidos a la langosta.

situaba entre los 18 y 21 años) y, además, parece que seguía siendo baja en la periferia del país (unos 17 años, o menos). Así pues, necesariamente tuvo que haber otras razones. Al parecer, existía cierta planificación familiar. Un indicio en tal sentido son las noticias contradictorias sobre abortos provocados e infanticidios. Sobre estos últimos las evidencias son contradictorias. Las autoridades mostraron su preocupación sobre el asunto pues en Japón, como en el resto del mundo, dominaba un enfoque «poblacional», según el cual lo deseable para el Estado y la nación era que las mujeres tuviesen muchos hijos. Sin embargo, los registros censales no encuentran rastros de esa práctica; es decir, una mayor proporción de varones con respecto a las mujeres. Quizás esa baja fertilidad tenga una mejor explicación en el trabajo femenino, en una doble dirección: la incorporación de la mujer al mundo laboral era un incentivo para no tener tantos hijos; y también la excesiva carga de trabajo dentro y fuera de casa podría haber reducido la fertilidad. Sea como fuere, la tasa de natalidad era baja; y la esperanza de vida, elevada. Pero esto resulta contradictorio con un nivel de vida cercano a la miseria y, en fin, con un escenario maltusiano. Es decir, la falta de recursos no sería la causa de ese comportamiento demográfico poco expansivo, sino la búsqueda de un mayor bienestar personal y familiar.

El contexto institucional vuelve a ser una explicación más sólida. Las investigaciones han revelado el papel de la fiscalidad en el desencadenamiento de las revueltas. Los campesinos japoneses soportaban una presión fiscal similar a la de los campesinos de Europa. Básicamente, sobre ellos recaía un impuesto sobre el arroz (en realidad una renta), que era pagado a los señores, los daimios o el propio shogun. En los últimos tiempos del sogunato venía a suponer un 20-30 % del valor de la producción; una cuantía importante pero tampoco desorbitada. Sin embargo, a esta presión fiscal habría que añadir diversos tributos y tasas como peajes, vivienda, monopolios e impuestos especiales destinados a cubrir, por ejemplo, los gastos de la visita del sogún o del desplazamiento de los daimios a Edo-Tokio. Esas cargas extraordinarias eran las que, a menudo, daban pie a las protestas. Parece que los señores tuvieron cuidado de levantar la mano cuando la situación podía volverse peligrosa para ellos mismos⁵⁶. Por otro lado, la evolución de la estructura de la propiedad también parece haber tenido cierto papel en las revueltas. Como en Europa, en Japón hubo un proceso de concentración de la propiedad que agudizaba la desigualdad entre los campesinos. De ahí que a medida que la productivi-

⁵⁶ Cullen, 2003: 164-168.

dad por unidad de tierra crecía, también lo hacía la distribución del excedente, así como las tensiones sociales. En realidad, todos estos procesos venían de mucho antes de los Tokugawa. Desde la Edad Media, en Japón se fueron conformando latifundios en manos de un reducido número de señores.

Pero acaso el principal argumento para dudar de la tesis maltusiana incluso en Japón es la simple intuición de que, también aquí, más gente significa más riqueza, y no al revés. Esto se revela de forma rotunda en las ciudades japonesas. Hacia los siglos XVII y XVIII Japón era una de las sociedades más urbanizadas del mundo. Es probable que Holanda, Italia e Inglaterra contasen con una proporción de población urbana algo mayor, pero no mucho más. Con esas excepciones, es casi seguro que el resto de Europa y del mundo tenían porcentajes inferiores al Japón. Además, allí se encontraban tres de las ciudades más grandes del planeta: Edo-Tokio, Kyoto y Osaka. Las dos primeras albergaban medio millón de habitantes cada una, y la última unos 300.000. Menos de un siglo más tarde, en 1721, Kyoto apenas había crecido, pero Osaka tenía más de 400.000 ciudadanos y Edo-Tokio alrededor de un millón. Así que, en aquel momento, probablemente fuera la ciudad más grande del planeta, por encima de Delhi, Estambul y Londres. Es importante observar que la distancia entre Tokio y las otras dos urbes japonesas, que están muy próximas entre sí, es de unos 400 kilómetros en línea recta; es decir, menos de la mitad de la que separa Londres de Milán. Así pues, el Japón central reunía una de las mayores concentraciones urbanas del planeta⁵⁷.

Esta estructura urbana revela la existencia de una compleja red comercial capaz de proporcionar todo tipo de alimentos y mercancías a las ciudades. Edo-Tokio y Osaka-Kioto actuaban como los polos de una extensa red de comunicaciones marítimas y terrestres que cubrían todo el país. Muchas de esas rutas fueron abiertas cuando terminaron los conflictos del paso del sogunato de Muromachi al de Edo, a finales del siglo XVI. Las mercancías se desplazaban a través de rutas de cabotaje, pues el tráfico rodado era escaso; no tanto porque no hubiera carreteras –durante el sogunato Tokugawa se emprendió una importante labor de reconstrucción– como por falta de animales de tiro, un problema crónico en un país con pocos recursos naturales. En Japón había suficiente variedad de climas como para permitir una cierta especialización regional. Obviamente, el arroz era la principal mercancía; pero también existía un activo comercio de madera, el principal material de construcción, y pescado seco, tan abundante que, en ocasiones, era empleado como abono.

⁵⁷ Gordon, 2003: 19-23. Cullen, 2003: 66-68 y 84-86.

Se ha estimado que el tráfico marítimo de la costa cercana a Osaka era, a comienzos del siglo XVIII, el mayor del mundo en términos de valor. Obviamente, en su mayor parte era un comercio interno pues, por entonces, las restricciones al tráfico exterior con China habían reducido el número de barcos a 20 anuales. Además, las principales relaciones comerciales se establecían con la provincia meridional de Satsuma, en el extremo sur de la meridional Kyushu; en fin, muy lejos de Osaka y Tokio. Aunque todo el comercio con China, y aún más con Holanda, se basaba en mercancías de alto valor unitario, en el propio Japón se fue desarrollando un comercio similar. Las producciones locales de sake, tabaco, té y tejidos de seda y algodón permitieron la supervivencia de localidades apartadas que obtenían su sustento en el gran mercado de Osaka. El comercio interno también propició el crecimiento de ciudades situadas a lo largo de las rutas comerciales, como las ciudades-castillo que discurrían en la carretera que unía Osaka-Kioto con Tokio⁵⁸.

El crecimiento urbano y la intensa actividad comercial también alentaron el desarrollo de una protoindustria con características similares a las de la Europa. En Japón existían organizaciones gremiales sin autonomía política, pero capaces de controlar la producción y los mercados urbanos. Esto provocó el desplazamiento de parte de la producción artesanal hacia el campo. En algunos distritos esta empezó a ser mucho más importante que la urbana, desarrollándose un sistema doméstico en el que los mercaderes residentes en las ciudades proporcionaban a los campesinos útiles y materias para elaborar prendas sencillas. Como Europa y China, Japón conoció su particular Revolución industrial, en la que la unidad de producción no era el taller o la fábrica, sino la familia. Esa industrialización rural se basó en la intensificación del uso de la mano de obra, no en una mayor capitalización. Y es que Japón tecnológicamente no parece haber sido tan innovador como lo había sido la China Song. No obstante, pudo aprovechar los avances que aquella nación alcanzó en la Edad Media y que, con mayor o menor retraso, llegaron al archipiélago.

Con los Tokugawa hubo un fortalecimiento del comercio y la clase mercantil. El número de banqueros y cambistas creció espectacularmente durante el siglo XVIII, poniendo de manifiesto la creciente complejidad de la economía. De hecho, la crónica falta de metal precioso para resolver las operaciones comerciales condujo a que, de modo independiente a Europa y China, se inventara el papel moneda. A comienzos del siglo XIX las grandes casas co-

⁵⁸ Landes, 2000: 700-711.

merciales japonesas acumulaban riquezas iguales o superiores a las de los grandes daimios⁵⁹.

Pero el rasgo notable de la economía japonesa no es ninguno de los anteriores, sino la educación. En el siglo XVIII el 40 % de los niños y el 15 % de las niñas sabían leer y escribir. Comparativamente, la tasa de alfabetización de Japón estaba por detrás de Suecia y Estados Unidos, dos países que, en este terreno, y por distintos motivos, eran excepcionales. Pero al mismo nivel que Inglaterra y Holanda, y por encima del resto de las naciones europeas. En particular, la tasa de alfabetización femenina, siendo inferior a la de los hombres, era sorprendentemente elevada.

Este logro no debe nada al Estado. La enseñanza de las primeras letras era asumida por los templos y monjes budistas, pues hasta la época Meiji no existió un sistema de escuelas públicas; lo cual era consecuente con la visión idealizada de las relaciones sociales preconizada desde el poder, en la que samuráis y campesinos desempeñaban funciones muy distintas. La enseñanza que seguía a la educación primaria era ejercida por ciertos sabios que, con el tiempo, solían recurrir a la ayuda de amanuenses para dar continuidad a su magisterio. La clientela de estas incipientes academias inicialmente estaba compuesta por los hijos de los samuráis; pero de modo creciente se fueron incorporando los hijos de los comerciantes ricos. La educación estaba inspirada por principios filosóficos de origen budista y sintoísta y, posteriormente, confucianos. En cualquier caso, enfoques moralizantes, acrílicos y conservadores, aunque también pragmáticos. La educación técnica y, aún más, científica, brillaba por su ausencia. Las principales materias de estudio eran de tipo histórico y moral, si bien existía espacio para enseñanzas como cierta economía política, obviamente, de orientación mercantilista. Todo esto ayuda a explicar por qué el *sakoku* como programa político y económico nunca fue seriamente cuestionado por los altos funcionarios ni por la sociedad en su conjunto. Incluso podría argumentarse que las enseñanzas impartidas no solo no impulsaban el progreso social y económico, sino que explican su estancamiento.

⁵⁹ La ostentación de esas riquezas por quienes no pertenecían al estamento superior estaba mal vista. Además, el Estado apoyaba al estamento noble frente al mercantil, seguramente porque compartía un mismo cuerpo de ideas sobre cómo debía regirse la sociedad en su conjunto. Así, a comienzos del siglo XVIII cierto comerciante japonés muy rico fue expropiado de todos sus bienes porque su riqueza resulta ofensiva. Parece que, en realidad, detrás de esta medida subyacía el hecho de que muchos daimios le debían dinero, y esa expropiación era una forma de evitar los pagos. No fueron pocas las veces que samuráis y daimios eludieron el pago de una deuda mediante el sencillo procedimiento de no pagarla.

Pero con todos sus defectos, que eran muchos, el hecho es que una parte apreciable de la población japonesa sabía leer y escribir. Y esto es más de lo que se podía decir de muchos países europeos y asiáticos. Además, todo hace pensar que la calidad de la enseñanza estaba mejorando. En la primera mitad del siglo XIX, los libros de autores europeos, sobre todo holandeses, empezaron a divulgarse dentro de círculos reducidos. En parte, esto fue debido a la relajación de la censura impuesta a comienzos del siglo XVI. Pero la razón última fue el incremento de la población alfabetizada, y la consecuente aparición de un segmento de lectores ávidos de textos más profundos y complejos. Las obras de inspiración occidental y las traducciones de obras holandesas y de otros idiomas europeos anticiparon, en pequeñísima escala, lo que sucedería durante la Restauración Meiji.

En resumen, en la etapa final del sogunato Tokugawa, Japón contaba con capital y trabajo; no tanto tierra. Es decir, contaba con mercados de capital, redes comerciales, centros de consumo, y una población industrial y parcialmente alfabetizada. Todas ellas eran condiciones necesarias, pero no suficientes, para dar el salto hacia un nuevo modelo económico, la industrialización. Sin embargo, carecía de recursos minerales, especialmente carbón, así como de un gobierno favorable a la modernización. Lo primero no debió ser una limitación demasiado grave dado que esos recursos siempre se podían importar desde Corea o China, que es lo que hizo más adelante. Además, las primeras tecnologías modernas, básicamente situadas en la industria textil, no precisaban de una gran fuerza motriz, al menos en su primer estadio.

Pero el marco institucional es otra historia. El gobierno japonés era una autocracia reacia a la introducción de cambios. Además, era un gobierno arbitrario. Esto era consecuente a cualquier sociedad regulada por la sangre en lugar del mérito. Lo sucedido en los mercados de capital es revelador. Como en China, en el Japón Tokugawa existía una próspera y sofisticada economía financiera, pero el precio del capital era alto. Se situaba entre el 10 y el 20 %, inferior al de la India o el Islam, pero también mayor que en Europa occidental. Resulta extraño que fuera así dada la extensión y profundidad del sector financiero. La explicación más verosímil está en la falta de seguridad jurídica. Los prestamistas tenían que soportar los impagos de quienes se amparaban en su estamento noble para no cumplir con las obligaciones crediticias; un problema que también encontramos en otras sociedades con parecidos resultados. En consecuencia, trasladarían ese coste al conjunto de los préstamos.

Por otro lado, el Estado nunca hizo una contribución activa al fomento de actividades industriales modernas como, por ejemplo, hizo la Rusia

de los zares. Los sogunes no tuvieron que hacer frente a guerras externas; solo revueltas internas de limitada extensión, para las que bastaba la tropa local de samuráis. Por tanto, no hubo incentivos para el desarrollo de un armamento moderno. En este campo, toda la innovación empezó y terminó con los mosquetes. Como el gobierno prohibió las expediciones marítimas al extranjero, tampoco hubo incentivos para desarrollar una tecnología naval. Por el lado de la demanda, la única contribución relevante del Estado al crecimiento económico se dio en las infraestructuras de transporte (carreteras) y de defensa (fortalezas). Siendo importantes, tampoco suponían un gran reto tecnológico.

En fin, quedaba el mercado exterior no afectado por el *sakoku*, pero las posibilidades eran limitadas. Corea, el vecino más próximo, era una nación poco desarrollada y con producciones similares –es decir, no complementarias– con las de Japón. Desde comienzos del siglo XV China mantenía una política de aislamiento del exterior, que en ocasiones había conducido al despoblamiento voluntario de las zonas costeras por la amenaza de los piratas. Aunque durante el gobierno Tokugawa las relaciones comerciales alcanzaron cierta normalidad, las desconfianzas mutuas persistieron, impidiendo un mayor desarrollo del comercio. El problema estribaba en que ninguna de las dos partes veía el intercambio de bienes como algo realmente necesario, sino más bien como una fuente de problemas. La falta de una verdadera voluntad de comerciar explica que, por ejemplo, las exportaciones de seda cruda de China a Japón cayeran de modo constante a lo largo de los siglos XVII y XVIII. De hecho, incluso en la época de mayor apertura y estabilidad, con los sogunes unificadores, las miradas fueron puestas en otras latitudes, como Filipinas y su «galeón de Manila» con América.

Un asunto de cierto debate es el papel que habría jugado el *sakoku* en el desarrollo industrial de Japón. Se especula con que el cierre de las fronteras habría tenido un efecto positivo semejante al de un arancel «educativo» en el desarrollo de una industria naciente. Es decir, habría protegido a la industria nacional, tecnológicamente ineficiente, de la poderosa industria occidental. De este modo, Japón habría podido preservar y fomentar su entramado industrial y sentar las bases de su posterior desarrollo. Por tanto, e independientemente de su razón de ser, el *sakoku* habría derivado en una política racional y útil. Pero todo esto es una hipótesis difícil de sostener. En primer lugar, porque no se entiende cómo un mayor mercado podría haber proporcionado la base para la transformación de una artesanía en la que, por definición, los rendimientos a escala son constantes. Reservar el mercado nacional a los artesanos del país puede permitir la multiplicación de su número, pero no

hará a ninguno de ellos más eficiente. El que esto suceda, el que se inventen y construyan máquinas ahorradoras de trabajo, dependerá de otros elementos, como los precios relativos de los factores productivos. Por otro lado, la misma historia de Japón refuta esta hipótesis. A partir de 1853 el país se abrió al exterior; y ello no solo no perjudicó a su inexistente desarrollo industrial, sino que fue el punto de partida de la industrialización, pese a que los productores nacionales tuvieron que hacer frente a la competencia foránea.

En realidad, lo más razonable es suponer que los dudosos efectos positivos del *sakoku* como política industrial (si es que hubo alguno) se vieron ampliamente desbordados por sus efectos adversos. Durante gran parte de su período de vigencia Europa no tuvo ninguna capacidad para competir en Japón. De hecho, la industria inglesa ni siquiera podía competir en la India con los productores locales, como revela su crónico déficit comercial, que se extendió hasta bien entrado el siglo XIX. En cuanto a los Estados Unidos, baste decir que Oregón y California no se convirtieron en Estados de la Unión Americana hasta la década de 1840, y que el primer ferrocarril transcontinental de Estados Unidos se inauguraría en 1860. Así pues, todos los efectos positivos que podríamos imaginar en el *sakoku* se circunscribirían a los pocos lustros, o años, que precedieron a la llegada de la flota norteamericana. En cambio, las consecuencias económicas negativas derivadas del desconocimiento del avance de la ciencia y la tecnología occidental tuvieron que ser colosales. Especialmente en un país como Japón que venía demostrando una extraordinaria capacidad para imitar y aprender de los demás.

Así pues, el mayor obstáculo al desarrollo económico del Japón era, como en tantos otros sitios, el Estado, el sogunato. Por supuesto, la lectura no es tan simple. Podría decirse que, en un primer momento, durante el siglo XVI, el fin de los conflictos internos y la unificación (imperfecta) del país habían hecho del Estado un instrumento útil para el progreso. Pero su incapacidad para cambiar acabó convirtiéndolo en un lastre. La economía japonesa del siglo XVIII estaba dando muestras de agotamiento, aunque también tenía enormes potencialidades⁶⁰. Precisamente por eso la arribada de la Armada norteamericana en Yokohama fue decisiva. Su mayor aportación al desarrollo japonés consistió en provocar la serie de eventos que acabaron en la destrucción de ese régimen. Todo lo demás, los cambios impuestos en el sistema arancelario o la adopción de instituciones europeas, llegó con sorprendente facilidad

⁶⁰ Bassino, Broadberry, Fukao, Gupta and Takashima, 2019.

porque satisfacían las demandas de la ciudadanía. Los europeos solo liberaron unas fuerzas que ya existían. A esas fuerzas las llamamos «capitalismo».

Y es que lo que de común tenían China, Japón y Europa en el siglo XVIII era la existencia de estructuras capitalistas. Al contrario de lo que se ha venido afirmando, el capitalismo no fue una invención de europea; o no lo fue en exclusiva. Acaso, lo haya sido china, si no lo fue árabe o india. Pero también podría decirse que, como la imprenta o las cometas, se inventó en distintos países en diferentes épocas, y resulta imposible otorgar a nadie una carta de paternidad. O, más bien, el mismo debate carece de sentido. Ese concepto tan complicado de definir que llamamos «capitalismo» no es más que lo que hace la gente común cuando le dan la oportunidad de buscarse la vida.

Lo único en lo que Europa tuvo cierta autoría, compartida con Japón, es en el feudalismo. ¿Pudo ser la ausencia de este la causa del fracaso de China? No está nada claro.

CONCLUSIONES

China y Japón, tan distintas del resto del mundo en tantas cosas, eran, a su vez, dos sociedades completamente diferentes. China era una civilización vieja, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Japón solo era su joven aprendiz. China hizo progresos científicos y técnicos extraordinarios desde esos tiempos remotos, y mantuvo una clara ventaja tecnológica sobre las otras civilizaciones hasta, al menos, el siglo XV. Japón nunca destacó en nada, aunque era un eficiente imitador. Hasta el siglo XVIII China fue un país poco poblado, que alternaba periodos de fuerte crecimiento con enormes desplomes demográficos como consecuencia de guerras atroces. Japón era una sociedad populosa desde el siglo XVII, si no antes, en la que se vivía con relativa paz. China sufrió recurrentes ataques de bárbaros, algunos de ellos realmente terribles. Los extranjeros nunca hollaron el suelo japonés. Los campesinos en China eran pequeños propietarios que no pagaban demasiados tributos. Los campesinos en Japón eran siervos sometidos a la arbitrariedad del sogún y los daimios, apremiados por exacciones feudales. En resumen, China y Japón eran países no ya diferentes, sino, casi, opuestos.

Una de las pocas cosas que tuvieron en común fue una historia de desencuentros, desconfianzas y, finalmente, humillaciones ante Occidente. Los ejércitos chino y japonés fueron derrotados ante las armadas inglesa y nor-

teamericana, respectivamente, las cuales obligaron a sus gobiernos a abrir sus fronteras al comercio. La injerencia de los gobiernos occidentales fue humillante, y despertó una común animadversión. Pero la forma en la que cada país la afrontó tuvo un resultado muy diferente. En cualquier caso, lo que de común hay en esas historias es la perspectiva eurocéntrica, la perversa idea de que los éxitos y fracasos de los demás son nuestros, nunca de ellos.

Esta perspectiva es, quizás, lo único que justifica tratar a China y Japón de forma conjunta. Si los dos países dieron una respuesta tan distinta al reto occidental fue porque partían de bases diferentes. En principio, China estaba mejor preparada. Durante mucho tiempo fue un candidato prometedor a la Revolución industrial. Pero a lo largo de las dinastías Ming y Qing, dejó de ser una sociedad innovadora, y se encerró en sí misma. No dejó de crecer; al contrario, el siglo XVIII fue un éxito espectacular en términos agrícolas y demográficos; pero en ningún otro capítulo. Explicar el inmovilismo chino sobre supuestos desequilibrios entre la población y los recursos no tiene ningún sentido, entre otros motivos, porque no existía tal desequilibrio; al menos en ámbitos extensos y en el largo plazo. Si abandonamos los tópicos y nos acercamos a la cultura china, descubrimos explicaciones válidas y más sutiles; aunque todavía esquivas. Lo mismo que el Dios cristiano, el conservadurismo es una explicación muy satisfactoria para todo, excepto para él mismo. Quizás la causa última fuera la falta de contactos con otras civilizaciones.

En Japón en el siglo XVIII se había consolidado eso que llamamos «capitalismo». El país disfrutaba de una vigorosa actividad comercial, una sólida clase burguesa, y un elevado grado de urbanización y alfabetización. Como en Europa, el feudalismo fue la base sobre la que se levantó todo esto. Pero esa sociedad capitalista también existía en China, en este caso, construida sobre un sistema autocrático propio menos intrusivo que el islámico. En principio, el feudalismo no parece una solución mejor que la autocracia china; más bien, parece peor. Entonces, ¿qué ventajas tenía Japón sobre China? Quizás solo una. Las dos eran economías capitalistas asentadas en sociedades conservadoras; pero la japonesa no estaba cerrada al cambio y a la imitación de modelos foráneos.

CONCLUSIONES GENERALES

Hacia el año 1200 el grado de desarrollo de las cinco grandes civilizaciones del planeta, China, India, Islam, Bizancio y Europa, era similar. Seguramente habría que distinguir países, regiones y ciudades dentro de cada una de ellas. Bagdad mejor que La Meca; Pisa mejor que París. Pero sería difícil pronunciarse sobre en cuál de los mejores lugares de cada civilización era preferible vivir. Desde entonces, y hasta tiempos recientes, ha habido una creciente divergencia. Como tal, Bizancio desapareció en 1453 dejando su herencia repartida entre Turquía y Rusia. Por su parte, Japón se incorporó con toda justicia a este selecto club. Pero nada de esto cambia la imagen general. En una primera fase su aspecto más destacado fue la pérdida de posiciones del Islam con respecto a las demás civilizaciones. Al final, lo más sobresaliente fue la «excepcionalidad» europea.

Este libro no analiza las causas de ese proceso en Europa, aunque algo se puede colegir por contraste con lo sucedido en otros lugares. Los europeos avanzaron más deprisa porque tenían más libertad para tomar decisiones. Esto no significa que fuesen libres. Tampoco significa que siempre, ni siquiera la mayoría de las veces, acertaran en sus decisiones. Lo único que significa es que había un mayor número de opciones, y, por tanto, mayores posibilidades de tener éxito, ya fuera con una invención genial, la arribada de un barco repleto de especias, o la explotación de una granja en América. Esa mayor libertad para pensar, hablar y comerciar era el trasunto de una mayor libertad política. O, mejor dicho, de una menor coerción. Y esto sucedía así porque los gobernantes en Europa eran menos poderosos que los de las otras civilizaciones.

Y es que la Historia económica de todas las civilizaciones se escribe como una triste sucesión de imposiciones de los gobernantes sobre los gobernados. *Sensu contrario*, la prosperidad material e intelectual es un reflejo de la libertad. La China medieval es un ejemplo acabado de cómo la gente sabe salir adelante con tal de que la dejen hacerlo. Los chinos tenían un problema muy serio con los pueblos nómadas del norte. Para resolverlo construyeron la mayor obra pública de todos los tiempos, la Gran Muralla; que, tampoco les libró de algunas invasiones muy destructivas. Esta fuerte desventaja de partida, tan-

to por el coste de construcción y mantenimiento de aquellas defensas, como por su ocasional desbordamiento, podría haber llevado a China a convertirse en un país pobre y desolado. Sucedió lo contrario. Quizás como consecuencia de su propia debilidad, los chinos adquirieron pronto una libertad básica: la de cultivar la tierra para ellos mismos. Cualquiera que haya sido la presión fiscal, todo indica que era menor que en el resto del planeta. La tierra se repartía entre los hijos varones y, básicamente, cada campesino cultivaba lo suyo, y llevaba el excedente al mercado. Visto desde nuestra época parece poca cosa. Parece aún menos si se contempla en el marco de un Estado autoritario como era el imperio chino. Pero fue suficiente para que aquel gran país fuera durante mucho tiempo un buen lugar para vivir, y la avanzadilla tecnológica de la humanidad.

El caso contrario al de China es el Islam. Las imposiciones de los poderosos venían desde mucho antes de la prédica de Mahoma, pero la nueva religión las incorporó y reforzó. Esto sucedió porque el islam es, sobre todo, una religión de leyes. Por supuesto, las leyes son necesarias. Son imprescindibles para regular nuestras relaciones con los demás; y también lo son para preservar el ejercicio de nuestra libertad. Pero la ruina está asegurada cuando solo son un instrumento al servicio de los poderosos. En cierto modo, en las sociedades islámicas la religión no era el verdadero problema. Lo era el ejercicio autocrático del poder, que se servía, entre otros instrumentos, de la religión. Al contrario que en China, la presión fiscal sobre los campesinos era asfixiante. Eran tantas y tan diversas las rentas que recaían sobre ellos que la misma noción de propiedad era imprecisa. Además, ningún provecho real se obtenía de ello. Los campesinos cargaban con el peso de unos Estados que no les garantizaban ni paz ni seguridad. Al contrario, los representantes locales de esos Estados actuaban como depredadores.

La razón por la que los Estados islámicos eran tan poderosos radica en que no había contrapoderes. Y su existencia es la característica esencial de Japón y, aún más, de Europa. El más absoluto de los monarcas absolutos de Europa era un mero aprendiz de absolutismo al lado del menos absoluto de los sultanes de Asia. En parte, esto era debido a la Iglesia, que poseía el monopolio de la «verdad»; y eso era bueno porque privaba a los poderosos de ella. Pero fue más decisivo el que tanto en Europa como en Japón se consolidara una verdadera aristocracia. Es decir, una clase social de guerreros que tenían derechos de propiedad sobre una tierra que podían legar. Los aristócratas no eran mejores que los monarcas, pero eran importantes porque impedían que aquellos se hicieran demasiado poderosos. Además, estaban interesados en la buena marcha de sus propiedades, pues lo que hicieran o dejaran de hacer

quedaría para sus hijos. Desde luego, el feudalismo no parece la mejor solución; pero era una solución.

Al margen de Europa, la única civilización que logró desarrollar un sistema feudal completo, Japón, fue la que obtuvo mejores resultados. En cierto modo, mejores que los de Europa, dado el punto de partida. La civilización que más se enredó en formas autocráticas, el Islam, fue la que cosechó el peor resultado. La ausencia de una verdadera nobleza en el Islam y la India puede ser contemplada como una de las razones principales del atraso de esas civilizaciones. Los cuerpos militares de jenízaros, mamelucos, *ghulam* o *mandabdars* aunaban las peores características del funcionariado y la nobleza territorial, sin aportar ninguna de sus cualidades. Dentro del Islam, la India fue un caso singular. Un sistema político y económico de inspiración islámica se implantó sobre un territorio de mayoría hindú, lo que explica la pervivencia de instituciones extrañas, como el sistema de castas y la nobleza *zamindar*. Hasta el siglo XVII la India logró una cierta prosperidad basada en elementos no muy diferentes de los de la China: estabilidad política, comercio regional y cierta capacidad para la innovación agrícola. Pero, al fin, el Estado y la guerra acabaron pesando demasiado, y el país se sumergió en el caos.

En cuanto a América, las civilizaciones precolombinas se hundieron con la llegada de los españoles debido a su enorme atraso tecnológico. La población fue diezmada por la propagación de enfermedades almacenadas durante siglos en el «reservorio» euroasiático. Además, los españoles no instauraron un sistema de propiedad territorial capitalista, sino que se limitaron a explotar, a veces de forma abusiva, la mano de obra indígena. América salió adelante gracias a la aportación tecnológica de Europa, a las bondades del imperio español y a que, pese a todo, el sistema capitalista acabó imponiéndose.

Las consecuencias del comercio negrero sobre África fueron terribles. Ese tráfico nefando no solo causó la muerte de millones de personas, sino que arruinó el progreso de la civilización africana durante siglos. No hay nada bueno que contar sobre esto. La ausencia (o destrucción) de un Estado, y de leyes, convirtió África en un terreno abierto a la depredación.

La expansión europea de los siglos XV a XVIII lo explica casi todo en algunos lugares, y casi nada en otros. En los primeros vivía poca gente, y en los segundos mucha, de modo que, en conjunto, este proceso explica más bien poco. Esto cambió tras la Revolución industrial. Sin duda, Occidente ha sido la civilización que más ha influido en el conjunto de la humanidad. Pero esta obviedad no debería hacernos perder de vista otras obviedades. La principal es que el otro, el asiático, el americano y el africano, también existen.

Por eso deberíamos ser vigilantes con nuestros prejuicios. El eurocentrismo no es un pecado que se perdona con certificados de buena conducta expedidos por funcionarios obedientes al servicio de alguna Iglesia Laica. El eurocentrismo solo es un error. Y los errores no se perdonan, se corrigen. Entre otras cosas, el eurocentrismo consiste en imponer a civilizaciones maravillosamente extrañas, fascinantes, creativas, hermosas y terribles los mismos instrumentos de análisis que aplicamos en Occidente para mirar a Occidente. Esto es un error muy humano que casi nadie quiere ver en sí mismo (fuera de las habituales e insinceras afirmaciones en sentido contrario). Como modernos *Procustos* nos empeñamos en cortar o estirar los cuerpos de nuestros compañeros de viaje para que se ajusten al tamaño deseado. Pero de este modo, solo hacemos daño a otros, y a nosotros mismos. Dejemos que el otro hable por sí mismo, que nos cuente su historia, incluso si no tenemos ningún papel en ella.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, Daron y James A. ROBINSON, 2013: *Why nations fail?* Crown Publishers.
- ACEMOGLU, Daron, Simon JOHNSON y James ROBINSON, 2005: «The rise of Europe: Atlantic trade, institutional change and growth». *American Economic Review*, 95: 546-579.
- ALCINA FRANCH, José y Josefina PALOP, 1992: «Los incas» en LUCENA SALMORAL, Manuel (coord.) *Historia de Iberoamérica*. Cátedra. Vol I: 413-475.
- ALLEN, Robert C., 2003: «Progress and poverty in early modern Europe». *Economic History Review* LVI: 403-443.
- 2009: *The British Industrial Revolution in global perspective*. Cambridge University Press.
- ALLEN, Robert C., Jean-Pascal BASSINO, Debin MA, Christine MOLL-MURATA y Jan Luiten VAN ZANDEN, 2011: «Wages, Prices, and Living Standards in China, 1738-1925: In Comparison with Europe, Japan and India», *Economic History Review*, 64, S8-S38.
- ÁLVAREZ-NOGAL, Carlos y Leandro PRADOS DE LA ESCOSURA, 2013: «The rise and fall of Spain (1270–1850)» *Economic History Review*: 66, 1-37.
- AMES, Glenn J., 1996: *Colbert, mercantilism, and the French quest for Asian trade*. Northern Illinois University Press.
- AMIN, Samir, 1989: *El eurocentrismo, crítica de una ideología*. Siglo XXI.
- AMORETTI, B. S., 1986: «Religion in the Timurid and Safavid periods» *The Cambridge History of Iran*, vol. 6.: 610-656.
- ANDRADE, Tonio, 2016: *The Gunpowder Age: China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*. Princeton University Press.
- ANDREAE, Bernd, 1981: *Farming, development and space: a world agricultural geography*, Walter de Gruyter.
- ANJUM, Nazer Aziz, 2009-2010: «Ship-construction in Mughal India» *Proceedings of the Indian History Congress*, 70: 297-309.

- ARMSTRONG, Karen, 2000: *El islam*. Mondadori.
- AUSTIN, Gareth, 2018: «Global History un (Northwestern) Europe: Explorations and Debates» Beckert, Sven y Dominic Sachsenmaier (comps) *Global History, Globally*, Bloomsbury: 45-66.
- AVNI, Gideon, 2014: *The Byzantine-Islamic Transition in Palestine: An Archaeological Approach*. Oxford University Press.
- BAECHLER, Jean, 1988: «The origins of modernity: caste and feudality (India, Europe and Japan)» en BAECHLER, Jean, John A. HALL y Michael MANN (eds.) *Europe and the rise of capitalism*. Basil Blackwell: 39-65.
- BAKEWELL, Peter, 1990: «La minería de Hispanoamérica colonial» en BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 3: 49-91.
- BANERJEE-DUBE, Ishita, 2014: *History of Modern India*. Cambridge University Press.
- BARQUÍN, Rafael, 2012: *El islam. Un ensayo desde la Historia Económica*. UNED.
- BASSINO, Jean-Pascal, Stephen BROADBERRY, Kyoji FUKAO, Bishnupriya GUPTA y Masanori TAKASHIMA (2014), «Japan and the Great Divergence, 730-1870», <http://www.nuffield.ox.ac.uk/People/sites/stephen.broadberry/SitePages/Biography.aspx>.
- BATEN, Joerg y Jan Luiten VAN ZANDEN, 2008. «Book production and the onset of modern economic growth». *Journal of Economic Growth*, 13: 217-235.
- BAYLY, Susan, 1999. *Caste, society and politics in India from the Eighteen century to the Modern Age. The New Cambridge History of India*. Cambridge University Press. Vol 4.3.
- BENNASSAR, Bartolomé, 1987: *La América española y la América portuguesa Siglo XVI-XVIII*. Akal.
- BERNAL, Antonio Miguel, 2000. *Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica*. Marcial Pons.
- BERGAD, Laird W, 1999: *Slavery and the demographic and economic history of Minas Gerais: Brazil, 1720-1888*. Cambridge University Press.
- 2007: *The Comparative Histories of Slavery in Brazil, Cuba and the United States*. Cambridge University Press.
- BERNHOFEN, Daniel M. y Toshihiro ATSUMI, 2011 «The Effects of the Unequal Treaties on Normative, Economic and Institutional Changes in 19th Century Japan. *The University of Nottingham Research Paper* 2011/19.
- BHARGAVA, Meena, 1976: *The decline of the Mughal empire*. Oxford University Press.

- BLACKBURN, Robin, 1997: *The making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern 1492-1800*. Verso.
- BOSERUP, Ester, 1993: *The conditions of agricultural growth. The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*. George Allen & Unwin Ltd.
- BROWN, Neville, 2001: *History and Climate Change: A Eurocentric Perspective*. Routledge.
- BOWSER, Frederick P., 1990: «Los africanos en la sociedad de la América Española colonial» en BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*. Crítica. Vol. 4: 138-156.
- RATNAKER, BHENGRA, C. R. BIJOY y Shimreichon LUTHUI, 1999: *The adivasis of India*. Minority Rights Group International.
- BROADBERRY, Stephen y Bishnupriya GUPTA, 2005: «Cotton textiles and the great divergence: India and shifting competitive advantage, 1600-1850» *The Economic History Review*, 59, 1: 2-31.
- 2006: «The Early Modern Great Divergence: Wages, Prices and Economic Development in Europe and Asia, 1500-1800», *Economic History Review*, 59, 2-31.
- 2009: «Lancashire, India, and shifting competitive advantage in cotton textiles, 1700–1850: the neglected role of factor prices» *The Economic History Review*, 62, 2: 279-305.
- BROADBERRY, Stephen, Bruce CAMPBELL, Alexander KLEIN, Marc OVERTON y Bas VAN LEEUWEN, 2015a: *British Economic Growth, 1270–1870*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BROADBERRY, Stephen, Johann CUSTODIS y Bishnupriya GUPTA, 2015b: «India and the great divergence: an Anglo-Indian comparison of GDP per capita, 1600–1871» *Explorations of Economic History* 55: 58-75.
- BROADBERRY, Stephen, Hanhui GUAN y David DAOUKUI LI, 2018: «China, Europe, and the Great Divergence: A Study in Historical National Accounting, 980-1850». *The Journal of Economic History*, 78(4): 955-1000.
- BROWN, Kendall W., 2012: *A History of Mining in Latin America. From the Colonial Era to the Present*. University of New Mexico Press.
- BUCCIFERRO, Justin R., 2013: «A forced hand: natives, africans, and the population of Brazil, 1545-1850». *Revista de Historia Económica, Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 31, 2: 285-317.
- CAMERON, Rondo, 1993: *A Concise Economic History of the World: From Paleolithic Times to the Present*. Oxford University Press.

- CAHEN, Claude, 1972. *El islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del imperio otomano*. Siglo XXI.
- CANTONI, David, 2015: «The economic effects of the Protestant Reformation: testing the Weber hypothesis in the German lands», *Journal of the European Economic Association*, 13, 4: 561-598.
- CARAVAGLIA, Juan Carlos y Juan MARCHENA, 2005: *América Latina de los orígenes a la independencia*. Vol 1. Crítica.
- CARUANA DE LAS CAGIGAS, Leonardo, (coord.), 2013: *Crisis y crecimiento económico*, Pirámide.
- (coord.) 2017: *Cambio y desarrollo económico*, Pirámide.
- CHAKRABARTY, Dipesh, 2000: *Provinzialising Europe-Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton University Press.
- CHAUDHURI, Kirti N., 1965: *The English East India Company: The Study of an Early Joint-stock Company 1600-1640*. Routledge.
- 1985: *Trade and Civilisation in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*. Cambridge University Press.
- CHAUNU, Pierre, 1977: *La expansión europea (siglos XIII al XV)*. Labor.
- 1984: *Conquista y explotación de los nuevos mundos*. Labor.
- CHAUNU, Huguette, Guy ARBELLOT y Pierre CHAUNU, 1955-59: *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*. A. Colin.
- ÇIZARÇA, Murat, 1995: «Cash Waqfs of Bursa, 1555-1823» *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 38, 3: 313-54.
- CLARK, Gregory, 2007: *A farewell to alms*. Princeton.
- CONRAD, Sebastian, 2017: *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Crítica.
- CROSBY, Alfred W., 1988: *Imperialismo ecológico*, Crítica
- CROUZET, François, 1980: «Towards an Export Economy. British Exports during the Industrial Revolution» *Explorations in Economic History*, vol. 17, 1: 48-93
- CULLEN, L. M., 2003: *A History of Japan, 1582-1941*. Cambridge University Press.
- DAVIS, Ralph, 1976: *La Europa atlántica*, Crítica.
- 1979: *The Industrial Revolution and the British Overseas Trade*. LEICester University Press.

- DE VRIES, Jan y Ad VAN DER WOUDE, 1997: *The First Modern Economy: Success, Failure, and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815*. Cambridge University Press.
- DENEVAN, William, 1992: *The Native Population of the Americas in 1492*. University of Wisconsin.
- DENG, Kent Gang, 1999: *The premodern Chinese economy*. Routledge.
- 2000: «A critical survey of recent research of Chinese economic history». *Economic History Review*, LIII, 1: 1-28.
- 2003: «Fact or Fiction? Re-examination of Chinese Premodern Population Statistics» WP 76/03. LSE.
- 2004: «Unveiling China's True Population Statistics for the Pre-Modern Era with Official Census Data» *Population Review* 43(2): 32-69.
- DIAMOND, Jared, 1998: *Armas, gérmenes y acero*. Debate.
- DOBADO-GONZÁLEZ, Rafael y Héctor GARCÍA-MONTERO, 2014: «Neither So Low nor So Short: Wages and Heights in Bourbon Spanish America from an International Comparative Perspective». *Journal of Latin American Studies*, 46 (2), 291-321.
- 2010: «Colonial origins of inequality in Hispanic America? Some reflections based on new empirical evidence» *Revista de Historia Económica / Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 28 (2), 253-277.
- DOBB, Maurice, 1971: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Siglo XXI.
- DUDSZUS, Alfred, Ernest HENRIOT y Friedrich KRUMREY, 1987: *Das grosse Buch der Schiffstypen*, Transpress VEB Verlag, Berlin.
- DUMONT, Louis, 1970: *Homo hierarchicus*. Aguilar.
- Editorial Committee of Chinese Military History (1985) *Tabulation of Wars in Ancient*. Volume II. China. People's Liberation Army Press, Beijing.
- EKELUND, Robert B. y Robert F. HÉBERT, 2008: *Historia de la teoría económica y de su método*. McGraw-Hill.
- ELHARTI, Mehdi, 2018: *Fundamental obstacles to modernization in Precolonial Morocco: Geography, Institutions and Culture*. Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- ELLIOTT, John H., 1990: «La conquista y las colonias de América» en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 1: 125-169.
- ELLIS, Elisabeth Gaynor, Anthony ESLER y Burton F. BEERS, 2001: *World History: Connections to Today*. Prentice Hall.

- ELTIS, David, Frank D. LEWIS y David RICHARDSON, 2005: «Slave prices, the African slave trade, and productivity in the Caribbean, 1674–1807» *Economic History Review*, LVIII, 4: 673–700.
- ELVIN, Mark, 1973: *The pattern of the Chinese Past. A Social and Economic Interpretation*. Stanford University Press.
- 2006: *The retreat of the elephants: an environmental history of China*. Yale University.
- EMBREE, Ainslie T. y Friedrich WILHELM, 1974 (2002): *India*. Siglo XXI.
- ERMIS, Fatih, 2014: *A History of Ottoman Economic Thought. Developments before the nineteenth century*. Routledge.
- ESCOHOTADO, Antonio, 1998: *Historia general de las drogas*, Alianza.
- 2008: *Los enemigos del comercio: una historia de las ideas sobre la propiedad privada I*. Espasa Calpé.
- ESPINA MONTERO, Álvaro, 2001: «Oro, plata y mercurio, nervios de la monarquía de España.» *Revista de Historia Económica*, XIX, 3: 507-553.
- FAIRBANK, John King y Merle GOLDMAN, 2006: *China: a new History* (second enlarged edition) Harvard University Press.
- FAROQHI, Suraiya, 1994: «Crisis and change. 1590-1699» INALCIK, Halil y Donald QUATAERT (eds.) *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914*. Cambridge University Press: 411-625.
- FERGUSON, Niall, 2016: *El imperio británico*. Debate.
- 2012: *Civilización: occidente y el resto*. Debate.
- 2009: *El triunfo del dinero*. Debate.
- 1986: «Trade from the mid-14th century to the end of the Safavid period» *The Cambridge History of Iran*, vol. 6.: 412-490.
- FIELDHOUSE, David K., 1987: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. Siglo XXI.
- FLOOD, Gavin, 1998: *El hinduismo*. Cambridge University Press.
- FLORESCANO, Enrique, 1990: «Formación y estructura económica de la hacienda en Nueva España» en BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 3: 92-121.
- FOGEL, Robert William y Stanley L. ENGERMAN, 1974: *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*. Little, Brown and Company.

- FLYNN, Dennis O. y Arturo GIRALDEZ, 2002: «Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century» *Journal of World History*, 13, 2: 391-427.
- 2004: «Path dependence, time lags, and the birth of globalization: a critique of O'Rourke and Williamson», *European Review of Economic History*, 8: 81-108.
- FRAGNER, Bert, 1986: «Social and internal economic affairs» *The Cambridge History of Iran*, vol. 6: 491-567.
- FRANK, Ander Gunder, 1979: *La acumulación mundial, 1492-1789*, Siglo XXI
- 1998: *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*. University of California Press.
- HERBERT, Franke y Rolf TRAUZETTEL, 1984: *El imperio chino*. Siglo XXI.
- FURET, François, 1980: *Pensar la Revolución francesa*. Petrel.
- GAFRE, Regina y Alejandra IRIGOIN, 2012: «Nuevos enfoques sobre la economía política española en sus colonias americanas durante el siglo XVIII», RAMOS, Fernando y Bartolomé YUN (eds.) *Economía política desde Estambul a Potosí*. Universidad de Valencia.
- GALEANO, Eduardo, 1971: *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos y Juan MARCHENA, 2005: *América Latina de los orígenes a la independencia*. Crítica, 2 vols.
- GARCÍA, Manuela Cristina y María Isabel ROMERO, 2012: «Evolución de la población indiana», AMORES CARREDANO, Juan B. (coord.) *Historia de América*, Ariel: 323-370.
- GELABERT, Juan E., 1997: *La bolsa del rey: rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*. Crítica.
- GEORGE GHEVERGHESE JOSEPH, Vasu REDDY y Mary SEARLE-CHATTERJEE, 1990: «Eurocentrism in the social sciences», *Race and class*, 31:4, April 1-26.
- GILMOUR, David, 2018: *The British in India*. Allen Lane.
- GOEHRKE, Carsten, Manfred HELLMANN, Richard LORENZ y Peter SCHEIBERT, 1975. *Rusia*. Siglo XXI.
- GOLDSCHMIDT JR., Arthur y Lawrence DAVIDSON: 2002: *A Concise History of the Middle East*. Wetsview Press.
- GÓMEZ GARCÍA, Luz, 2009: *Diccionario del Islam y el islamismo*. Espasa.
- GOODY, Jack, 2012: *El milagro euroasiático*. Alianza Editorial

- GOODWIN, Jason, 1998: *Los señores del horizonte*. Alianza.
- GORDON, Andrew, 2003. *A modern history of Japan. From Tokugawa times to the present*. Oxford University.
- GRUNEBaum, Gustave Edmund von, 1975: *El Islam. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*. Siglo XXI.
- GUHA, Ranajit, 1963, 2017: *Una ley agraria para Bengala. Los comienzos de la dominación británica en la India*. Traficantes de sueños.
- GUINZO, Arsenio, 2005: «En torno a la concepción hegeliana de Europa». *Logos, Anales del Seminario de Metafísica*, 38: 29-61.
- GUTMAN, Herbert, 1975: *Slavery and the Numbers Game: A Critique of Time on the Cross*. University of Illinois Press.
- HABIB, Irfan, 1963: *The Agrarian System of Mughal India*.
- HALL, John Whitney, 1973: *El imperio japonés*. Siglo XXI.
- HAMILTON, Earl. J., 1934: *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*. Harvard University Press.
- HANE, Mikiso, 2003. *Breve historia de Japón*. Alianza.
- HARARI YUVAL NOAH, 2014: *Sapiens. De animales a dioses*. Penguin Random.
- HARTWELL, Robert, 1962: «A Revolution in the Chinese Iron and Coal Industries During the Northern Sung, 960-1126 A. D.» *The Journal of Asian studies*, vol. 21, n- 2: 153-162.
- HARVEY, David I, Neil M. KELLARD, Jakob B. MADSEN y Mark E. WOHR, 2010: «The Prebisch-Singer Hypothesis: Four Centuries of Evidence» *Review of Economics and Statistics*, 92, 2: 367-377.
- HARVEY, Peter, 1998: *El budismo*. Cambridge University Press.
- HAUDRÈRE, Philippe, 1999: «The French India Company and its trade in the eighteenth century» Chaudhury, Sushil and Michel Morineau, (eds.) *Merchants, companies and trade. Europe and Asia in the Early Modern Era*. Cambridge University Press: 202-211.
- HECKSCHER, Eli J., (1931) 1994: *Mercantilism*, Routledge.
- HERMANO SARAIVA, José, 1989: *Historia de Portugal*. Alianza.
- HOBBSAWM, Eric, 1971: *En torno a los orígenes de la Revolución industrial*. Siglo XXI.
- HOCHSCHILD, Adam, 2002: *El fantasma del rey Leopoldo*. Península.

- HOLT, P. M., Ann K. S. Lambton y Bernard Lewis (eds.), 1970: *The Cambridge History of Islam*. Cambridge University Press.
- HOODBHOY, Pervez, 2000: *El islam y la ciencia*. Bellaterra.
- HOSKING, Geoffrey, 1997: *Russia, people and empire*. HarperCollinsPublishers.
- HOURLANI, Albert, 1992: *Historia de los pueblos árabes*. Ariel.
- HUANG, Philip C. C., 2002: Development or involution in eighteenth-century Britain and China? A review of Kenneth Pomeranz's *The Great Divergence...*» *The Journal of Asian Studies*, 61, 2: 501-538.
- HUNTINGTON, Samuel P., 1997: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós.
- IBÁÑEZ ROJO, Enrique, 2007 «El debate sobre la «Gran Divergencia» y las bases institucionales del desarrollo económico». *Investigaciones de Historia Económica*, 7: 133-160.
- IMBER, Colin, 2004: *El imperio otomano 1300-1650*. Vergara.
- INALCIK, Halil, 1994: «The Ottoman State: economy and society, 1300-1600» IN-ALCIK, Halil y Donald QUATAERT (eds.) *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914*. Cambridge University Press: 9-409.
- ISRAEL, Jonathan I. 1995: *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness and Fall, 1477-1806*. *History of Early Modern Europe*. Oxford University Press.
- JANSEN, Marius B., 2000. *The making of modern Japan*. Harvard University Press.
- JENKINS, Gareth, 1974: «A note on climatic cycles and the rise of Chinggis Khan». *Central Asiatic Journal*, 18(4): 217-226.
- JONES, Eric Lionel, 1988: *Crecimiento recurrente*. Alianza.
— 1990: *El milagro europeo*. Alianza.
- JORDAN, William Chester, 1996: *The great famine*. Princeton University Press.
- JONHSON, H.B. 1990: «La colonización portuguesa del Brasil, 1500-1580», Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 1: 203-233.
- KLOOSTER, Wim, 2016: *The Dutch Moment: War, Trade, and Settlement in the Seventeenth-century Atlantic World*. Cornell University Press.
- KOFF, Dirk H. A., 1989: «The end of an Ancien Régime: colonial war in India, 1798-1818», de MOOR, Jaap A. y H. L. WESSELING (eds.) *Imperialism and War: Essays on Colonial Wars in Asia and Africa*. Brill: 22-49.
- KONDO HARA, Agustín Y., 1999: *Japón: evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*. Nerea.

- KULKE, Hermann y Dietmar ROTHERMUND, 1986: *A History of India*. Routledge.
- KURAN, Timur, 2011: *The long divergence*. Princenton University Press.
- LANDES, David S., 1998: *The richness and poverty of nations*.
— 2000: *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Crítica.
- LANDER, Edgardo (ed.), 2000: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO.
- LALVANI, Kartar, 2016: *The Making of India. The Untold Story of British Enterprise*. Bloomsbury Continuum.
- LEE, John, 1999: «Trade and economy in preindustrial East Asia, c. 1500-c. 1800: East Asia in the age of global» *The Journal of Asian Studies*, 58, 1: 2-26.
- LEE, Ronald y Michael ANDERSON, 2002: «Malthus in state space: Macro economic-demographic relations in English history, 1540 to 1870» *Journal of Population Economics*. 15-2: 195-220.
- LEONARD, Karen, 1979: «The “Great Firm” Theory of the Decline of the Mughal Empire» *Comparative Studies in Society and History* 21(02): 151-167.
- LEWIS, Bernard, 1982: «The Question of Orientalism» *The New York Review of Books*, June, 24.
— 1990: *Race and Slavery in the Middle East: An Historical Enquiry*. Oxford University Press.
- LINCOLN, W. Bruce, 1993. *The conquest of a continent. Siberia and the Russians*. Jonathan Cape.
- LITTLE, Daniel, 1995: «Development Traps in Traditional and Modern China». Richard HARVEY BROWN (ed.) *Culture, Politics, and Economic Growth: Experiences of East Asia*. Studies in Third World Societies.
- LYNCH, John, 1992, *The Hispanic World in Crisis and Change 1598-1700*. Blackwell.
— 2001: *América Latina entre colonia y nación*. Crítica.
- LUCENA SALMORAL, Manuel, 1992: «Los orígenes» en LUCENA SALMORAL, Manuel (coord.) *Historia de Iberoamérica*. Cátedra. Vol I: 19-42.
- MACLEOD, Murdo J. 1990: «Aspectos de la economía interna de la América española colonial: fuerza de trabajo, sistema tributario distribución e intercambios» en BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 3: 148-188.
- Maddison Project*: <https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/> University of Groningen.

- MADDISON, Angus, 1971: *Class Structure and Economic Growth. India and Pakistan since the Moghuls* Routledge.
- MALANIMA, Paolo, 2011. «The long decline of a leading economy: GDP in Central and Northern Italy, 1300–1913» *European Review Economic History* 15: 169-219.
- MALAMUD, Carlos, 2010: *Historia de América*. Alianza.
- MALTHUS, Thomas Robert, 1798: *An Essay of the Principle of Population*. London.
- MANNING, Patrick, 2004: *Slavery and African Life*. Cambridge University Press.
- MARKS, Robert, 2007: *Los orígenes del mundo moderno*. Crítica.
- MARICHAL CARLOS, 2001: «El peso o real de a ocho en España y América: una moneda universal» *El camino hacia el euro. El real, el escudo y la peseta*. Banco de España: 25-38.
- MARSHALL, Peter, 1987a: *Bengal: The British Bridgehead. Eastern India 1740-1828. The New Cambridge History of India*. Vol. 2 Cambridge University Press.
- 1987b: «Private British Trade in the Indian Ocean before 1800», GUPTA, Ashin das y PEARSON M. N. (eds.) *Indian and the Indian Ocean, 1500-1800*. Oxford University Press: 276-300.
- 1992: «“Cornwallis Triumphant”: War in India and the British Public in the Late Eighteenth Century», FREEDMAN, Lawrence, Paul HAYES y Robert O’NEILL (eds.) *War, Strategy and International Politics. Essays in Honour of Sir Michael Howard*, Oxford University Press, 52-74.
- MARTIN, Janet, 1995: *Medieval Russia 980-1584*. Cambridge University Press.
- MATTHEE, Rudolph P., 1999: *The Politics of Trade in Safavid Iran: Silk for Silver, 1600-1730*. Cambridge University Press.
- MAURO, Frédéric, 1979: *La expansión europea (1600-1870)*. Labor.
- MCGOWAN, Bruce, 1994: «The age of the ayans, 1699-1812» INALCIK, Halil y Donald QUATAERT (eds.) *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914*. Cambridge University Press: 637-757.
- MCKENDRICK, Neil, 1982: «Commercialization and the Economy» MCKENDRICK, Neil, John BREWER y J. H. PLUMB, (eds.) *The Birth of a Consumer Society*. Europa Publications Limited.
- MILWARD, 1986: *La Segunda Guerra Mundial, 1939-1945*. Crítica.
- MIRA CABALLOS, Esteban, 2017: «Revisando el viejo debate del colapso de los taínos de La Española» *Clío*, 86 (194): 284-335.

- MOKYR, Joel, 1993: *La palanca de la riqueza: creatividad tecnológica y progreso económico*, Madrid, Alianza.
- MILLAR, Fergus, 1966: *El imperio romano y sus pueblos limítrofes*. Siglo XXI.
- MORINEAU, Michel, 1999: «The Indian challenge: seventeenth to eighteenth centuries», CHAUDHURY Shusil y Michel MORINEAU, (eds.) *Merchants, companies and trade. Europe and Asia in the Early Modern Era*. Cambridge University Press: 243-275.
- MORISHIMA, Michio, 1984: *¿Por qué ha «triunfado» el Japón?* Crítica.
- MORNER, Magnus, 1990: «Economía rural y sociedad colonial en las posesiones españolas de Sudamérica», BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, Crítica. Vol. 3: 122-147.
- NAU, Heino Heinrich, 2005: «Institutional, evolutionary and cultural aspects in Max Weber's social economics», *Cahiers d'économie Politique / Papers in Political Economy*, 49: 127-142.
- NEEDHAM, Joseph, 1977: *La gran titulación: ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*. Alianza.
- 2000: *Science and civilisation in China*. Cambridge University Press.
- NESS, Gayl D. y William STAHL, 1977: «Western Imperialist Armies in Asia». *Comparative Studies in Society and History*, 19(1), 2-29.
- NORTH, Douglass C. y Barry R. WEINGAST, 1989: «Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth-Century England», *Journal of Economic History*, 49-4: 803-832.
- NORTH, Douglass y Robert Paul THOMAS, 1978: *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica*. Siglo XXI.
- NUNN, Nathan, 2008: «The long-term effects of Africa's slave trades». *Quarterly Journal of Economics* 123 (1): 139-176.
- OFFENBERG, Adri K., 1996: «The Printing History of the Constantinople Hebrew Incunable of 1493: a Mediterranean Voyage of Discovery» *The British Library Journal*, 22 (2): 221-235.
- OLIVEIRA, João Paulo e Costa (coord.), 2014: *História da expansão e do Império Português*. A Esfera dos Livros.
- OLIVEIRA, Francisco Roque de, 2003: «Os portugueses e a Ásia marítima, c. 1500-c. 1640: Contributo para uma leitura global da primeira expansão europeia no Oriente. 1ª parte: Os mares da Ásia no início do século XVI» / «[Idem] 2ª parte: O Estado português da Índia». VII, 151 y 152, *Scripta Nova*.

- PANZAC, Daniel, 1992: «International and Domestic Maritime Trade in the Ottoman Empire during the 18th Century» *International Journal of Middle East Studies*, 24-2: 189-206.
- PARKER, Geoffrey, 1988: *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge University Press.
- PARTHASARATHI, Prasannan, 2011: *Why Europe grew rich and Asia did not: Global economic divergence, 1600-1850*. Cambridge University.
- PATRICK O'BRIEN, «Ten Years of Debate on the Origins of the Great Divergence», <http://www.history.ac.uk/reviews/review/1008> Date accessed: 14 July, 2018.
- PEARSON, Michael N., 1976: «Shivaji and the Decline of the Mughal Empire», *The Journal of Asian Studies*, 35, 2: 221-235.
- PEEBLES, Patrick, 2006: *The History of Sri Lanka*. Greenwood.
- PEDERSON, Neil, Amy E. HESSL, Nachin BAATARBILEG, Kevin ANCHUKAITIS, Nicola DI COSMO «Mongol Pluvial and empire expansión» *Proceedings of the National Academy of Sciences*, Mar 2014, 111 (12): 4375-4379.
- PEDREIRA, Jorge M., 1998: «“To have and to have not” The economic consequences of empire: Portugal (1415-1822)» *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 16, 1: 93-122.
- PÉREZ HERRERO, Pedro, 1992: *Comercio y mercados en América Latina colonial*. Mapfre.
- PÉREZ HERRERO, Pedro, 2002: *La América colonial (1492-1763)* Síntesis.
- PÉREZ MALLAINA, Pablo Emilio, 2002: «Tierras por descubrir y ganar» en LUCENA SALMORAL, Manuel (coord.) *Historia de Iberoamérica*. Cátedra. Vol. 2: 23-108
- PINKER, Steven, 2012: *Los ángeles que llevamos dentro*. Paidós.
- 2002: *La tabla rasa*. Paidós.
- PIPES, Daniel, 1991: *El islam*. Espasa.
- PLEIJT, Alexandra M. de y Jan Luiten VAN ZANDEN, 2016: «Accounting for the «Little Divergence: What drove economic growth in pre-industrial Europe, 1300-1800?» *European Review of Economic History*, 20: 387-409.
- POMERANZ, Kenneth, 2000: *The great divergence: China, Europe, and the making world economy*. Princeton University.
- 2018, «Scale, Scope and Scholarship: Regional Practices and Global Economic Histories» BECKERT, Sven y Dominic SACHSENMAIER (comps.) *Global History, Globally*, Bloomsbury: 163-194.

- PRAK, Maarten, 2005: *The Dutch Republic in the Seventeenth Century: The Golden Age*. Cambridge University Press.
- PRAKASH, Om, 1998: *European Commercial Enterprise in Pre colonial India. The New Cambridge History of India*, Cambridge University Press.
- PRASANNAN, Parthasarathi, 2011: *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not: Global Economic Divergence, 1600–1850*. Cambridge University Press.
- PRITCHARD, James, 2004: *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730*. Cambridge University Press.
- RAO, Mohan, 1994: «An Imagined Reality: Malthusianism, Neo-Malthusianism and Population Myth» *Economic and Political Weekly*, 29- 5: 40-52.
- RAWLS, John, 1995: *Teoría de la Justicia*. Fondo de Cultura Económica.
- RAYCHAUDHURI, Tapan y Irfan HABIB (eds.) 1982: *The Cambridge Economic History of India*: Volume 1, c.1200-c.1750.
- RESTALL, Matthew, 2004: *Los siete mitos de la conquista española*. Paidós.
- RICHARDS, John, 1993: *The Mughal Empire*. Cambridge University Press.
- ROBERTS, Michael, 1955: «The Military Revolution, 1560-1660» Rogers, Clifford, J. (ed.) *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*. 13-35.
- ROCA BAREA, Elvira, 2017, *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Siruela.
- RODNEY, Walter, 1982: *How Europe underdeveloped Africa*. Howard University Press.
- ROEMER, Hans R., 1986a: «The Safavid Period». *The Cambridge History of Iran*, 6.: 189-350.
- 1986b «Timur in Iran» *The Cambridge History of Iran*, vol.6.: 42-97.
- ROJAS, José Luis, 1992: «Los aztecas» en Lucena Salmoral, Manuel (coord.) *Historia de Iberoamérica*. Cátedra. Vol I: 363-412.
- ROSENTHAL JEAN-LAURENT y R. BIN WONG, 2011: *Before and Beyond Divergence: The Politics of Economic Change in China and Europe*. Harvard University Press.
- ROSTOW, Walt Whitman. 1973: *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. Fondo de Cultura Económica.
- ROY, Tirthankar, 2013: *An Economic History of Early Modern India*. Routledge.
- RUSSELL-WOOD, A. J. R., 1990: «El Brasil colonial: el ciclo del oro, c. 1690-1750» Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, vol 3. Crítica. 260-305.

- SAID, Edward, 1979: *Orientalism*. Vintage Books.
- 2018: *Orientalismo*. Debolsillo.
- SAITO, O. (2010): «Climate and Famine in Historic Japan: A Very Long-Term Perspective», en S. KUROSU, T. BENGTSSON y C. CAMPBELL (eds.) *Demographic Responses to Economic and Environmental Crises*. Reitaku University, 272-281.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, 1990: «La población de la América colonial española» BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, vol 4. Crítica: 15-38.
- SÁNCHEZ BARRICARTE, Jesús Javier, 2008: *El crecimiento de la población mundial: Implicaciones socioeconómicas, ecológicas y éticas*. Tirant lo Blanch.
- SARGENT, Arthur John (1899) 2004: *The Economic Policy of Colbert*. Batoche Books.
- SAVORY, Roger M., 1980: *Iran Under the Safavids*. Cambridge University Press.
- SCHULTZ, Helga, 2001: *Historia económica de Europa, 1500-1800*. Siglo XXI.
- SCHWARTZ, Stuart, 1990: «Brasil colonial: plantaciones y periferias, 1580-1750» BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, vol 3. Crítica. 191-259.
- SOCOLOW, Susan Migden, 1994: «La población de la América colonial», Bernand, Carmen (comp.) *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*. Fondo de Cultura Económica, 218-248.
- SELLIER, Jean y André, 1997: *Atlas de los pueblos de Oriente*. Acento.
- SHARMAN, J. C., 2019: *Empires of the weak*. Princeton.
- SHIUE, Carol H. y Wolfgang KELLER 2007: «Markets in China and Europe on the Eve of the Industrial Revolution» *American Economic Review*, 97-4: 1189-1216.
- SNG, Tuan-Hwee y Chiaki MORIGUCHI, 2014: «Asia's little divergence: state capacity in China and Japan before 1850». *Journal Economic Growth*, 19: 439-470.
- PAMUK, Sevket y Maya SHATZMILLER, 2014: «Plagues, Wages, and Economic Change in the Islamic Middle East, 700-1500» *The Journal of Economic History*, 74-1: 196-229.
- SHAW, Standford J., 1976: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*. Cambridge University Press.
- SHELLEN, Xiao Wu, 2015: *Empires of coal: fueling China's entry into the modern world order, 1860-1920*. Stanford University Press.
- SIMONSEN, Roberto C., 2005: *História econômica do Brasil: 1500-1820*. Edições do Senado Federal; v. 34

- SINGH, Abhay Kumar, 2006: *Modern World System and Indian Proto-Industrialization. Bengal 1650-1800*. Nothern Book Centre.
- STREUSAND, Douglas E., 2011: *Islamic gunpowder empires*. Westview Press.
- STUDER, Roman, 2008: «India and the great divergence: assessing the efficiency of grain markets in 18th and 19th century India.» *Journal of Economic History*, 68, 2: 393-437.
- TALHELM, T., X. ZHANG, S. OISHI, C. SHIMIN, D. DUAN, X. LAN y S. KITAYAMA, 2014: «Large-Scale Psychological Differences Within China Explained by Rice Versus Wheat Agriculture» *Science*, 344: 603-608.
- TAWNEY, Richard Henry (1937), 1998. *Religion and the Rise of Capitalism*. Hesperides Press.
- TEPASKE, John, 2010: *A New World of Gold and Silver*. Brill.
- TORRES MORENO, James Vladimir, 2013: «Precios, oferta monetaria y crecimiento económico en la Nueva Granada de la segunda mitad del siglo XVIII» *Revista de Economía Institucional*, 15, 29: 195-225.
- THIRSK, Joan, 1978: *Economy Policy and Projects. The Development of a Consumer Society in Early Modern England*. Clarendon Press.
- THORNTON, Rusell, 1987: *American Indian Holocaust and Survival: A Population History Since 1492*. University of Oklahoma Press.
- TOYNBEE, Arnold J., 1981: *Estudio de la Historia*. Alianza.
- VAN ZANDEN, Jan Luiten y Bas van LEEUWEN, 2012: «Persistent but not consistent: the growth of national income in Holland, 1347–1807». *Explorations in Economic History* 49: 119-130.
- VEINSTEIN, Gilles, 1999: «Commercial relations between Indian and Ottoman Empire (late fifteenth to late eighteenth centuries» CHAUDHURY, Sushil y Michel MORINEAU, (eds.) *Merchants, companies and trade. Europe and Asia in the Early Modern Era*. Cambridge University Press: 95-115.
- VERCELLIN, Giorgio, 2003: *Instituciones del mundo musulmán*. Bellaterra.
- VERNET, Juan, 2001: *Los orígenes del islam*. El acantilado.
- VILLIERS, John, 1976: *Asia sudoriental antes de la época colonial*. Siglo XXI.
- VON GLAHN, Richard, 2016: *The economic history of China*. Cambridge University Press.
- VRIES, Jan van, 2010: «The limits of globalization in the early modern world» *Economic History Review*, 63-3: 710-733.

- WACHTEL, Nathan, 1998: «Los indios y la conquista española» en BETHELL, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, vol 1. Crítica. 170-202.
- WALKER, James T., 2014: «National income in domesday England», ALLEN, Martin y D'Maris COFFMAN (eds.), *Money, Prices and Wages: Essays in Honour of Professor Nicholas Mayhew*. Palgrave Macmillan, Basingstoke: 24-50.
- WALLERSTEIN, Immanuel, 1984: *El moderno sistema mundial II, El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*. Siglo XXI.
- 1988: *El capitalismo histórico*. Siglo XXI.
- WATSON, Peter, 2012: *La gran divergencia*. Crítica.
- WEATHERFORD, Jack, 2006: *Gengis Khan y el inicio del mundo moderno*, Crítica.
- WEBER, Max, (1903-1920) 1997: *Sociología de la religión*. Istmo.
- (1905) 1998: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Istmo.
- WEISS, Thomas «Review on Time on the cross». http://eh.net/book_reviews/time-on-the-cross-the-economics-of-american-negro-slavery/.
- WILLIAMS, Eric, 2011: *Capitalismo y esclavitud*. Traficantes de sueños.
- WILLIAMSON, Jeffrey G., 2013: *El desarrollo económico mundial en perspectiva histórica*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- WITTFOGEL, Karl August, 1981: *Oriental despotism: a comparative study of total power*. Vintage.
- WOLF, Eric, 2005: *Europa y la historia de la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica.
- WONG, Eva, 1998: *Taoísmo*, Ontro.
- YUN, Bartolomé, 2004: *Marte contra Minerva*, Crítica.
- 2019: *Iberian World Empires and the Globalization of Europe 1415-1668*. Palgrave.
- ZHAO, Dingxin, 2015: *The Confucian-Legalist State*. Oxford University Press.



Enero, 2021

Este es un libro de Historia Económica mundial que aborda épocas y territorios poco tratados por los manuales de esta disciplina. Se centra en el período anterior a 1800 (y, normalmente, posterior a 1500) y en aquella parte del planeta en la que la civilización occidental tenía una menor presencia o no la tenía en absoluto. Este es el sentido del título *Escapando de eurocentrismo*, que bien podría leerse como *Escapando del euro-centrismo*. Deliberadamente se huye de interpretaciones basadas en ideologías, conceptos y experiencias europeas, para buscar otras que inciden en las condiciones internas de las civilizaciones no-occidentales. Hay dos ideas básicas. En primer lugar, que el carácter depredador de los regímenes autocráticos de muchas de esas civilizaciones fue muy nocivo para su progreso. La segunda idea, némesis de la anterior, es que la clave del desarrollo económico de algunas de esas civilizaciones, singularmente la China medieval y el Japón moderno, se hallaba en la construcción de mercados libres.



THEMA: KCA, NHF, 3MD, 3MG, 3ML